



# MARC

## EL ÚLTIMO TERRÍCOLA

LA FURIA DE DACKHARA

ALEJANDRO ARNALDOS

Lectulandia

Marc es un joven barcelonés que, enfermo terminal, decide someterse a un tratamiento de criónica para congelar su cuerpo hasta que se descubra una cura para su enfermedad. Al hacerlo, no podía ni imaginar que el momento de su descongelación se prolongará más de mil doscientos años, cuando Gretchen, capitana de la nave Calicó, y su compañero el androide Rob, encuentren su cápsula de criónica flotando entre las ruinas de una antigua batalla espacial. Su llegada a un mundo futuro, donde los androides y los viajes espaciales son el pan de cada día, desconcertará a Marc profundamente, pero tendrá que demostrar que, pese a ser un hombre del siglo XXI, está a la altura de las circunstancias cuando una serie de desafortunados sucesos les enfrenten a los planes genocidas del ex comandante Rosenstock, hermano del depuesto emperador de Dackhara, que pretende realizar un ataque de proporciones apocalípticas contra los que derrocaron a su hermano.

**Lectulandia**

Alejandro Arnaldos

# **Marc, el último terrícola**

**La furia de Dackhara**

ePub r1.0

Titivillus 02.08.15

Título original: *Marc, el último terrícola*

Alejandro Arnaldos, 2015

Editor digital: Titivillus

ePub base r1.2

---

**más libros en [lectulandia.com](http://lectulandia.com)**

---

# CAPÍTULO 1

Marc Asensi García no estaba ni remotamente preparado para asimilar la noticia que cayó sobre su cabeza como un jarro de agua fría cuando acudió al hospital, alarmado por la velocidad a la que estaba perdiendo peso de forma inexplicable. Tenía sólo veinticinco años, y el diagnóstico de cáncer de páncreas suponía un duro golpe psicológico para alguien con toda la vida por delante... pero aun así, dando muestras de una entereza envidiable, fue capaz de tomárselo con toda la filosofía con la que era posible asimilar una noticia semejante.

Cuando, después de informarse al respecto, descubrió que la suya era una enfermedad con tan mala cura que sólo el cinco por ciento de quienes la sufrían salían adelante, y que por tanto sus posibilidades de superarla eran tan escasas que casi podían considerarse nulas, también se lo tomó con filosofía. Confiaba en los médicos, no le quedaba otra, y la ciencia avanzaba a pasos agigantados en lo que al tratamiento del cáncer se refería. Estaba seguro de que la cosa no sería tan grave después de todo.

Tras un TAC y una posterior laparoscopia exploratoria, que le obligaron a permanecer en el hospital una larga temporada, sus esperanzas fueron destruidas cuando le informaron de que una operación era del todo inviable, y que debía iniciar el tratamiento paliativo cuando antes. Pero incluso sabiendo que se moría, y tras pasar religiosamente por las cinco fases correspondientes, a saber: negación, furia, negociación, depresión y aceptación, fue capaz de llevarlo con filosofía porque, ¿qué tenía que perder en realidad?

Su vida no era lo que podía llamarse ejemplar en casi ningún aspecto. Sus padres murieron en un accidente de tráfico del que no podía ni acordarse siendo él sólo un niño. Se crió desde entonces con sus abuelos, los cuales también llevaban mucho tiempo muertos por una mera cuestión de edad avanzada. No tenía hermanos, primos, mujer, hijos, novia, ni siquiera un perro. No quedaba nadie que fuera a llorar su muerte... y por no tener, no tenía ni un trabajo que le gustara, un coche que llamar propio o una casa bonita a su nombre, sólo el piso en el que se había criado con sus abuelos.

Y no obstante, todo esto también lo llevó con filosofía... a fin de cuentas, filosofía era lo que había estudiado en la universidad, y sentía en su interior el deber de dar ejemplo.

—¡Maldita filosofía! —exclamó, sin embargo, meses después de aquella primera revisión médica que cambiaría su vida para siempre al acortarla de forma dramática, cuando se encontró postrado sobre una cama de hospital, agonizando debido a su enfermedad.

—No te metas con la filosofía, Marc, ella no es la culpable de esto —le regañó Jordi, su más viejo amigo, y el único que le quedaba a esas alturas, que había acudido a visitarle, como solía hacer siempre que podía.

Era un hombre regordete, de cara redonda y con barba, pero calvo como una bola

de billar. Tenía también veinticinco años, como Marc, y de hecho eran compañeros de promoción, aunque por su aspecto, su forma de vestir y de comportarse aparentaba tener diez más.

A Marc siempre le había parecido que él sí que había conseguido asumir el aspecto que se esperaba de un hombre que había estudiado filosofía. El suyo era, sin embargo, mucho más juvenil y dinámico, más propio de alguien de su verdadera edad, y por tanto una fachada que no pegaba nada en una persona que debía dedicar su vida a la meditación y la reflexión. Siendo alto, delgado, con cabello castaño oscuro y ojos marrones, Marc tenía la planta de por lo menos un abogado... o al menos la tenía antes de que su enfermedad le demacrara.

Sin duda su aspecto debía ser la razón de por qué Jordi logró encontrar trabajo como profesor en un instituto público, mientras que él seguía en el paro y malviviendo de la herencia de sus abuelos... eso, y la oposición que había aprobado mientras él agonizaba, claro.

Durante muchos meses, debido a la lamentable situación laboral del país, Marc batalló por administrar esa herencia de forma que le durara todo lo posible antes de caer en la bancarrota total. Era cuanto menos irónico que, debido a eso, ahora dispusiera de unos ahorros más que decentes que jamás podría gastar.

—La filosofía no será culpable, de acuerdo, pero para solucionar mis problemas ha servido de tan poco como la medicina —le espetó a su amigo al tiempo que sopesaba muy seriamente los pros y los contras de levantarse para ir al baño.

No se sentía con fuerzas ni para eso desde hacía unos días, y tenía la sensación de que la cosa no se iba a poner mejor con el tiempo, pero se negó a utilizar una cuña como si fuera un niño o un anciano por cuestión de dignidad... y peor aún, tenía miedo de que decidieran colocarle una sonda si le veían demasiado débil.

—He leído en alguna parte que, si se destinara la mitad del dinero que se destina a guerras a encontrar la cura contra el cáncer, esta enfermedad ya habría sido erradicada hace años —apuntó Jordi como dato inútil que nadie le había pedido. Era muy dado a hacerlo cuando no sabía qué decir, y Marc estaba convencido de que la mayoría se los inventaba con la única intención de hacerse el interesante.

—Es un gran consuelo saber que al menos mi muerte servirá para que otra gente pueda morir a manos de un armamento más avanzado, muchas gracias —le respondió irónico dirigiendo la vista hacia la ventana del hospital, que al estar cubierta por una gruesa cortina tampoco es que le permitirá contemplar ningún paisaje interesante.

Aquello sólo consiguió deprimirle todavía más.

—¿Tú sabes para qué vale el páncreas? —le preguntó por sorpresa a Jordi.

—Pues... la verdad es que no —confesó él mirándole con curiosidad, como si aquella pregunta fuera a llevar a un tema más trascendental que el funcionamiento de los órganos internos.

—Yo tampoco, o al menos no lo sabía antes de que esto empezara y me molestara en consultarlo —admitió él, para acto seguido soltar una carcajada, o lo más parecido

a una carcajada que pudo conseguir sin que le faltara el aire. Un día que al mundo le dio por fastidiarle un poco más, su médico le informó de que la metástasis se estaba extendiendo hacia los pulmones—. Si lo piensas, hasta tiene gracia. ¿No te lo parece?

—Siempre has tenido un sentido del humor un poco raro tú —le dijo Jordi, que apretó los labios y negó con la cabeza como si estuviera echándole en cara un reproche.

—O me río, o lloro, tú eliges —le espetó conteniendo un repentino ataque de tos.

—Haz lo que quieras —replicó él comenzando a atusarse las mangas del jersey como distraído, aunque a Marc no le engañaba lo más mínimo, en realidad lo hacía porque se sentía incómodo al hablar de esas cosas.

Molesto por esa manifiesta incomodidad, se preguntó si es que acaso no le estaba permitido a un enfermo hablar sobre su enfermedad. Tampoco era como si pudiera dejar de pensar en ella por un segundo encontrándose encerrado en un hospital las veinticuatro horas del día. No obstante, y para relajar la tensión, eligió continuar con su clase magistral de anatomía.

—Por lo visto, el páncreas segrega cosas —le explicó con sus grandes conocimientos adquiridos en internet a través de su *Smartphone*—. No me preguntes qué cosas, porque no lo sé con exactitud, pero las segrega, y al parecer son importantes para la vida humana y todo eso.

—Todo segrega algo —recitó Jordi, que tras alisarle las sábanas de la cama y sentarse sobre ellas levantó la vista hacia él y le miró preocupado. El aspecto que presentaba Marc debía ser del todo lamentable para que su mirada fuera capaz de reflejar tanta compasión y lástima—. Y lo que no segrega algo, lo absorbe... *perpetuum mobile*.

—Latinajos ahora no, por favor. No tengo cuerpo ya para esas cosas —rogó fastidiado.

—¿Y para qué cosas sí tienes cuerpo? ¿Has vuelto a hablar con los de la asociación? —le preguntó a traición.

—Sí, y al parecer siguen sin tener la cura del cáncer —gruñó Marc volviendo la vista hacia el catéter que, enganchado a su brazo, le suministraba no sabía qué porquerías de manera intravenosa, pero lo único que conseguía en realidad era que le picara el brazo y no pudiera rascárselo.

Le daba repelús pensar que bajo esa venda tenía una aguja clavada directamente en su torrente sanguíneo, aunque si se paraba a pensarlo, ¿qué era lo peor que podría pasar en realidad si se la rascaba?

Luchó por contenerse y no esbozar la media sonrisa irónica que el cuerpo le pedía mostrar, y que sólo habría servido para preocupar todavía más a su amigo Jordi. A decir verdad, en un momento como ese hasta le faltaban las fuerzas para mover la mano hacia el otro brazo y rascarse.

Jordi suspiró exasperado por su respuesta.

—No están para ayudarte con eso, sino con todo lo demás —le recordó.

—Entiendo toda su buena intención, de verdad, y además valoro mucho la labor que realizan —replicó él harto de discutir por aquello—. El problema es que, si no pueden curarme, no me interesa. Estoy bien.

—Me asustas, Marc, me asustas —exclamó Jordi con dramatismo torciendo el labio en un gesto de genuina preocupación—. Al verte hacer bromas pensaba que ya lo tenías todo asumido, pero si ahora me sales con estas...

—Lo tengo asumido —le aseguró él con vehemencia—. Pero no tiene por qué gustarme... vamos, digo yo, que soy el que se muere.

—Pues no es lo que me ha parecido hace un instante —insistió pasándose una mano por la calva, como hacía siempre que se ponía nervioso, gesto que también lograba poner nervioso a Marc—. Si quieres que hablemos de ello...

—¡Te digo que lo tengo asumido! —repitió hastiado de aquella enervante conversación—. De hecho, lo tengo tan asumido que no necesito ayuda de nadie, y menos de la asociación, para sobrellevarlo. Te lo prometo.

—Vale —le concedió por fin, y con un asentimiento, ambos dieron el tema por zanjado, provocando un silencio en la habitación que duró casi un minuto... hasta que Jordi se decidió a romperlo esbozando una sonrisa—. Eso de que no necesitas ayuda me recuerda a La Mercè de hace cuatro años, ¿te acuerdas?

Por supuesto que se acordaba, y al hacerlo no pudo evitar sonreír él también...

—La sardana peor bailada de la historia —rememoró—. No sé qué llevarían esas bebidas...

—Mucho alcohol, eso llevaban —replicó Jordi—. ¿Recuerdas cuando aquel ladrón aprovechó lo finos que íbamos para mangarme el móvil? Menuda borrachera debías llevar encima para ponerte a perseguirle.

—No iba borracho, sólo hice lo que tenía que hacer —afirmó él en un tono más serio—. No me gusta dejar a un amigo tirado si puedo ayudarle, ya lo sabes.

—Sí, aunque fue del todo innecesario, porque por poco te parte la cara, y el móvil, además de viejo, no tenía ni saldo —le recordó su amigo—. Berta se llevó un alegrón enorme al saber que lo había perdido, al día siguiente me llevó a comprar uno nuevo.

—Eso no importa... me gusta cuando hago lo correcto, luego duermo mucho mejor —afirmó Marc encogiéndose de hombros—. De todas formas, es posible que sí fuera un poco borracho ese día.

Recordar aquella anécdota fue divertido durante tan sólo unos segundos, luego la dura realidad se hizo patente de nuevo: nunca volverían a vivir una anécdota como ésa, y posiblemente tampoco volverían a comentarla juntos jamás. Ese conocimiento hizo que ambos volvieran a guardar un tenso silencio que se extendió durante varios segundos.

—¿Has decidido qué vas a hacer al final con el dinero? —se interesó entonces Jordi, juntando los dedos de las manos como si ellos fueran dos avaros hablando sobre negocios importantes que llevar a cabo, cuando en realidad el dinero del que

hablaba era ni más ni menos que lo que restaba a Marc de la herencia que le dejaran sus abuelos al morir, a la cual debía sumarse al dinero que heredó de sus padres cuando éstos fallecieron también.

Sintió un intenso escalofrío en la espalda al darse cuenta de que todo su dinero provenía de manos muertas, aunque dudaba que el escalofrío tuviera nada que ver con ese pensamiento en realidad, y sí mucho con la enfermedad que le estaba consumiendo.

—¿Vas a donarlo a la asociación? Se portaron bien contigo —inquirió Jordi mirándole de un modo por debajo de sus espesas cejas que le indicó a Marc que no podría evadir la pregunta saliéndose por la tangente, como le gustaba hacer cuando le hablaban de cosas que le daban ya del todo igual... o sea, casi siempre a esas alturas.

—No lo sé —confesó con cierta indiferencia. ¿De qué le servían unos pocos miles de euros que ya no tenía forma alguna de disfrutar?—. ¿Lo quieres tú?

—Sí —respondió su amigo sin ningún tapujo, y es que a veces la confianza podía llegar a dar verdadero asco—. Pero sabes de sobra que no voy a aceptarlo. No me parece... bien.

—Irás al cielo —rezongó Marc pensando que, si no lo quería, mejor. Ése iba a ser un dinero que ya habría pasado por manos de tres muertos distintos, sin duda tenía que estar gafado, o maldito—. Pues si no lo quieres tú, entonces no me importa, que se lo quede el estado.

—Debiste hacer testamento —le regañó.

—Debí hacer tantas cosas... —replicó él volviendo la vista al techo, que era casi tan aburrido como las cortinas, o como el resto de la habitación donde se hallaba enclaustrado.

—¿Ahora me vienes con ésas? —se extrañó Jordi.

—Si no quieres escuchar mis lamentos, no sé para qué sigues viniendo —repuso Marc poniendo los ojos en blanco—. Y hablando de ir y venir, mira qué hora es.

—Cierto, el horario de visitas se acaba, volveré mañana, ¿vale? —dijo Jordi poniéndose en pie y acercándose al perchero para descolgar su chaqueta de pana nueva. Era una prenda muy adecuada para un profesor, aunque le faltaban las coderas de cuero para estar completa—. ¿Necesitas algo antes de que me vaya?

—No —respondió Marc sin ganas ni de bromear con él en ese momento sobre su llamativa tendencia a cumplir los tópicos, como tan a menudo había hecho antaño.

De lo único que tenía ganas de que se fuera de una vez, pero también sabía que en cuanto se marchara le echaría de menos, porque él era la única persona que iba visitarle desde hacía tiempo. Sus otros amigos menos íntimos habían dejado de hacerlo cuando como anfitrión sólo pudo ofrecerles la visión de una muerte próxima y un resumen de dolores y partes médicos fatalistas.

—Bien. Hasta mañana, Marc —se despidió.

—Hasta mañana, Jordi. Saluda a Berta.

—De tu parte —dijo antes de marcharse y dejarle solo.

«Mañana» tardó demasiado poco en llegar, en opinión de Marc. Sus días estaban contados, y que transcurrieran a gran velocidad no era una noticia que recibiera con demasiada alegría. También llegó cargado de dolor, pastillas, impotencia, visitas de enfermeras para atender sus necesidades, pero que poco podían hacer ya por él, y programas de televisión enervantes en el aparato de su habitación.

—Garrote vil al que inventó los magazines matutinos —gruñó mientras su médico, el Dr. Zaragoza, le hacía una revisión rutinaria.

—No tengo mucho tiempo para verlos —admitió él sin interrumpir el reconocimiento al que le estaba sometiendo.

—Pues ojalá no lo tengas nunca —le deseó, hartado como estaba de cotilleos, farándula, sucesos y supuestos debates políticos serios que daban ganas al televidente de que volviera la sección de cotilleos.

—Bueno, ¿cómo te encuentras hoy? —preguntó el doctor tras acabar la sesión de manoseos y comprobación de medicación. Marc tenía que reconocer que era un buen oncólogo. Se había preocupado por él y por su estado desde el principio de la enfermedad, y pese a que ya era un caso perdido, le seguía visitando diariamente para comprobar su estado. Era una auténtica lástima que aquello no sirviera para nada en realidad—. ¿Qué tal respiras?

—Respiro regular, pero me encuentro entre mal y fatal —contestó él con absoluta sinceridad—. Dejémoslo en «muy mal», en el punto medio está la virtud.

—A estas alturas, es lo normal —afirmó el doctor volviendo la vista hacia la carpeta que traía abrazada en el regazo, como si fuera una colegiala. Allí anotó algo con su bolígrafo que Marc no pudo ver—. Al menos te veo de buen humor.

—Me lo tomo con filosofía, doctor —fue su respuesta.

El resto de la mañana lo pasó viendo con aburrimiento esos magazines infumables, lamentando que alguien tuviera la santa moral de tragárselos enteritos, con su amarillismo, sus noticias casposas y su publicidad de productos para ir al baño con regularidad.

La tortura fue tal que se alegró cuando, unas horas después, y siendo ya por la tarde, Jordi volvió de visita. Ese día traía una chaqueta de poliéster un tanto arrugada que ya no le hacía parecer ni un filósofo ni un profesor de los de antes, por lo que Marc dedujo que no debía haber tenido clases. Fue entonces cuando cayó en la cuenta de que ya estaban en sábado.

Los días de la semana tenían tan poca relevancia para él que hacía tiempo que no sabía ni en cuál vivía... y haber estado en el paro antes de caer enfermo tampoco ayudaba.

No obstante, la visita no resultó tan agradable como en otras ocasiones, debido sobre todo a que había decidido traer con él un montón de folletos de empresas de pompas fúnebres, con sus respectivas explicaciones de los servicios que prestaban.

—La incineración estaría bien —opinó cuando comenzaron a ojearlos.

Pese a que pudiera parecer de mal gusto, el mismo Marc le había pedido que los trajera unos días antes. No quería acabar sus días de cualquier manera, y tampoco podía dejar que su amigo se comiera aquel follón él solo. Por supuesto, eso no conseguía que fuera más agradable para él estar allí, decidiendo qué hacer con su propio cadáver.

—Es barato —tuvo que admitir—. Desde luego mucho más que una tumba o un nicho... valientes saqueadores, no puede uno ni morir en paz.

—Pues sí, y éstos no pueden decir que la crisis les afecte. La gente se muere igual que antes.

—Yo paso de cualquier solución que signifique acabar bajo tierra, eso me da claustrofobia —decidió descartando el catálogo de ataúdes que tenía en las manos—. La incineración está bien, es algo rápido y una urna es barata... ¿qué son todos esos folletos que quedan? ¿También tengo que elegir el tanatorio?

—Bueno, en realidad sí —admitió Jordi con incomodidad dejando la mayor parte de ellos en la mesita que disponía para apoyar la bandeja de comida. No obstante, se quedó con uno en la mano, y al percibir cómo titubeaba su amigo, la curiosidad de Marc se despertó.

—¿Y ése? —preguntó.

—Éste... no es para incineración —confesó él abriéndolo y fingiendo que le echaba un vistazo desinteresado. En su portada se podían leer «Cryogen S. A.» bajo el dibujo de una especie de nevera metálica en forma de cilindro—. Había pensado, no sé, que a lo mejor te podía interesar. Es algo diferente a los demás.

Cuando le tendió el folleto con timidez, Marc lo recogió intrigado, pero también receloso por no saber qué podía encontrarse, y lo abrió.

Tras ojearlo superficialmente, descubrió que Cryogen S. A. era una empresa nueva que se dedicaba a la criónica, es decir, a conservar a través del frío los cuerpos de los muertos ante una posible reanimación futura, cuando sus dolencias mortales a día de hoy fueran curables.

—¡Esto es una venta de humo! —afirmó con rotundidad dejando el panfleto sobre la mesita con un golpe—. ¿Congelarme hasta que encuentren una cura para el cáncer? ¿En serio engañan a alguien con esto? ¡Menuda locura!

—Sí, es una locura —corroboró Jordi—. Y cuando le conté lo tuyo a un compañero del instituto y me dio el panfleto pensé exactamente lo mismo. De hecho, al principio ni siquiera pretendía enseñártelo, creía que te lo ibas a tomar como una broma de mal gusto, pero luego...

—¿Luego qué? —inquirió Marc con interés. Jordi, pese a ser un poco pánfilo a veces, no era de los que se dejaban engañar con facilidad. A él le gustaba pensar las cosas, darles vueltas y observarlas desde distintos ángulos. Siendo así, que le hubiera traído aquel folleto tenía que tener una razón de peso.

—Bueno, el proceso es caro, no digo que no porque es evidente... creo que son más de cien mil euros. Pero ya casi tienes vendida la casa de tus abuelos, así que

pronto los tendrás, ¿no? Y por lo que hablamos ayer, está claro que no sabes qué hacer con ese dinero. No digo que esto vaya a servir para algo pero, no sé, es mejor a que se lo quede el gobierno al final, y para terminar bajo tierra o dentro de una urna siempre hay tiempo.

Marc bajó la vista hacia el panfleto tratando de valorar la sensatez o insensatez de los argumentos de Jordi. Tal y como había dicho, el único argumento en contra era que le iba a costar un dineral, pero de todas formas poco podría disfrutar de ese dinero estando muerto.

—¿Esto es legal? —quiso saber antes de tomar una decisión—. ¿Qué garantías tengo de que dentro de un año no van a tirar mi cuerpo para darle mi nevera a otro? Y tampoco me gustaría despertar y descubrir que han metido mi cerebro en el cuerpo de otra persona, como si fuera el monstruo de Frankenstein.

—¡Hombre, Marc, no creo que eso pueda llegar a pasar! —opinó Jordi, que pese a todo se rascó la nuca con preocupación—. Es una empresa nueva, por lo que dicen, pero supongo que todo esto es legal. De lo contrario, no se anunciaría tal felizmente y andarían repartiendo propaganda, ¿no crees? Y ya que ayer me demostraste que no estabas hecho a la idea de ir a morir, puede que sea tu última posibilidad, por absurda y pequeña que parezca, de no hacerlo del todo.

—No te falta razón —admitió él rascándose la barbilla y abriendo de nuevo el folleto para leerlo con más detenimiento.

En sólo cuatro semanas el estado de Marc degeneró tanto que se vio del todo postrado en la cama, y además la mayor parte del tiempo necesitaba un aparato que le suministrara oxígeno a través de una mascarilla para poder respirar en condiciones. Fue entonces, en la tarde de un día especialmente malo para él, cuando por fin una representante de Cryogen S. A. decidió personarse en el hospital, toda elegante con un traje gris oscuro y un moño tan apretado que amenazaba con arrancarle el cuero cabelludo si alguien tiraba de él un poco. Delante de su médico, el doctor Zaragoza, y de Jordi le apremió a firmar el montón de papeles que autorizaban a la empresa a someter a su cuerpo al tratamiento necesario para preservarlo congelado en sus instalaciones, con vistas a una descongelación en el futuro.

—Todo el proceso comenzará después de su muerte, de modo que no sentirá nada —le aseguró la mujer, que se presentó como Marta García y no dejaba de sonreír, mostrando lo eficaces que le habían sido los brackets que llevó buena parte de su adolescencia. Lucía unas gafas tipo empollona que le daban un aspecto tan serio y formal como sólo podía tener alguien que representaba a una empresa cuya seriedad podía ser puesta en duda con suma facilidad—. En el momento en que se certifique la muerte, nuestra gente estará preparada para hacerse cargo de su cuerpo y adoptar las medidas que pudo leer en el formulario de inscripción. Desde ese momento, pasará a ser nuestro paciente.

—¿Paciente? —repuso el Dr. Zaragoza con cierto desdén.

Desde el principio, el buen doctor se opuso por completo a la decisión de Marc, tachándola de anticientífica y engaño dirigido a abusar de la esperanza de los moribundos... tenía gracia que fuera el mismo doctor que no evitó que un sacerdote se colara un día en su habitación y le preguntara si querría recibir la extremaunción cuando sus últimos momentos se aproximaran.

—Sí, paciente —confirmó Marta dedicándole una sonrisa envenenada—. La empresa a la que represento ofrece un servicio de salud, doctor. Confiamos firmemente en que los hombres y mujeres que depositan su confianza en nosotros tarde o temprano podrán ser curados de las dolencias que padecen. Es sólo cuestión de tiempo, y tiempo disponemos del que sea necesario gracias a los avances en las técnicas de criónica que se han producido en los últimos años.

—Déjelo, doctor —intervino Marc quitándose por un momento la mascarilla para poder hablar en condiciones cuando le vio dispuesto a replicar—. Sé que no lo aprueba, pero ya he tomado una decisión. No tengo nada que perder, salvo un dinero que, de todas formas, ya no iba a ser mío.

Estiró la mano dispuesto a finalizar con aquello, y Marta se apresuró a ponerle un bolígrafo en ella antes de que pudiera replantearse nada. Y con la mirada de satisfacción de la mujer puesta en el documento, la de resignación del doctor puesta en el techo y la de preocupación de Jordi sobre él, firmó los papeles con unos trazos temblorosos, pero legalmente válidos.

—Hecho está —exclamó casi sin aliento antes de volver a colocarse la mascarilla para poder respirar otra vez.

—Le aseguro que no se arrepentirá —dijo Marta con su sonrisa de dentista, para acto seguido guardar los papeles firmados en su portafolio con tal velocidad que Jordi tuvo que apartar la mano para no llevarse un corte con los bordes de las hojas. Al mismo tiempo, el doctor no dejaba de lanzarle miradas de reprobación—. En cuanto la transferencia esté hecha, nos pondremos en marcha con su caso, señor Asensi.

Por un instante, Marc temió haber picado como un tonto y que le estuvieran estafando, pero ya no iba a echarse atrás con aquello. Aunque veía la muerte como un alivio para su dolor, que se volvía insoportable día tras día, en realidad morir había comenzado a darle mucho miedo conforme veía el aciago momento acercarse, y con aquel seguro de vida que acababa de firmar, por mucho que todo apuntara a que estuviera hecho de humo y no de hielo, sentía la valentía necesaria para enfrentarse a su destino con cierta dignidad.

—Pues ya está hecho —suspiró Jordi cuando tanto el doctor como la mujer salieron por fin de la habitación—. Estate tranquilo, amigo, cuando llegue el momento estaré aquí, y me aseguraré de que cumplen su parte.

—Harás la transferencia, ¿verdad? —le preguntó preocupado volviendo a quitarse la mascarilla.

—Sí, ciento diez mil ochocientos euros a Cryogen S. A. en concepto de «ingreso»

—aquello provocó una sonrisa—. Ingreso... encima son unos cachondos. Pero me encargaré de ello mañana mismo, Marc, estate tranquilo.

—Bien, bien —dijo con un susurro. Desde luego estaba mucho más tranquilo—. Tienes que hacerme un último favor, Jordi.

—Pues tú dirás —replicó él solícito.

—Cuando llegue el momento, que no me reanimen, no quiero que me conecten a nada para mantenerme vivo.

—¿Estás seguro de eso? —exclamó su amigo espantado.

—Completamente —asintió Marc—. No quiero quedarme aquí como un vegetal si llega el caso. Cuando el corazón me falle, se acabó. No quiero degradarme tanto que ni la tipa esa de la empresa de congelados sea capaz de revivirme.

—No RCP, de acuerdo —le prometió él—. Tú no te preocupes.

Y Marc no se preocupó... tan sólo lamentó no poder volver a salir y ver el sol una última vez, pisar el césped o respirar el aire fresco, aunque estuviera contaminado por las emisiones de los coches de Barcelona. Pero ya no tenía fuerzas para esas cosas, y aunque si lo hubiera pedido seguro que alguien habría hecho el esfuerzo de sacarle fuera, como un último deseo de esos que tenía la gente, no expresó ese anhelo en voz alta en ningún momento. Tan sólo quería que todo se acabara de una vez por todas.

—Leí ayer en una revista que la cura del cáncer no puede tardar más de veinte o veinticinco años en llegar —comentó Jordi tres días más tarde, cuando Marc se notaba ya tan débil que ni siquiera podía permitirse el lujo de quitarse la mascarilla un momento para responderle—. Quién sabe, tío, a lo mejor vuelves con nosotros antes de lo que parece... aunque para entonces estaré un poco estropeado ya.

Marc dudaba que fuera a acabar más estropeado de lo que había terminado él, pero era incapaz de decírselo por culpa de la mascarilla. Sin embargo, pese a las evidentes dificultades de comunicación que aquello suponía, Jordi fue capaz de comprender lo que su amigo pretendía expresar.

—Alejandro Dumas dijo que la esperanza era el mejor médico que él conocía —afirmó con un suspiro. Marc supuso que su amigo sin duda querría haber añadido algo más a esa cita, como una reflexión personal, pero no le salieron las palabras, que fueron las últimas que escucharía de su boca debido a que, pocos minutos después, sufrió un repentino y letal paro cardíaco del que había dado orden de no ser reanimado.

El día amaneció nublado, cosa que a Jordi le parecía adecuada teniendo en cuenta cómo se sentía. Su amigo Marc nunca fue religioso, de modo que se había ahorrado la misa cuando falleció, pero aun así decidió celebrar un pequeño velatorio en su piso para honrar su memoria.

—Esto es una farsa —opinó Berta, su prometida, a quien todo aquello no le había hecho ninguna gracia desde el principio—. Ya sé que le querías mucho, cariño, pero

esto es tan... raro. Ni siquiera hay un cuerpo que velar.

—Os acompaño en el sentimiento —les dijo una mujer pelirroja vestida de luto y con un acento raro que se acercó a ellos—. Era una gran persona, le echaremos de menos.

—Gracias —respondieron los dos al unísono.

La chica se mezcló entre la poca gente que había acudido, y durante varios segundos no dejó de mirar confundida de un lado a otro, como si esperara que en la habitación se encontrara el cuerpo que debían estar velando y al no encontrarlo no supiera muy bien qué hacer. A raíz de aquello, Berta se volvió hacia él interrogativa.

—¿Quién es ésa? —quiso saber.

—No tengo ni idea —confesó Jordi, que no había visto a esa mujer jamás—. Alguna vecina, o tal vez una compañera de la facultad que no recuerdo.

—Lo que no entiendo es por qué todos nos dan el pésame a nosotros, tú no eras su único amigo.

No lo era, los amigos no tan íntimos y los conocidos que no le hicieron ni caso cuando estaba enfermo al menos habían acudido a despedirse de él, aunque, como dijera Berta un instante antes, no hubiera un cuerpo que despedir en realidad.

—Supongo que porque nosotros organizamos el velatorio —dedujo Jordi.

—Que ésa es otra, no sólo le convences para la chorrada esa de la criogenia, sino que además le organizas el funeral —le recriminó ella frunciendo el ceño—. Debiste aceptar el dinero cuando te lo ofreció, pero de bueno que eres, a veces pareces bobo. ¡Con lo bien que nos habría venido para la boda! ¡Y para el piso! Además, te recuerdo que los salvajes esos a los que das clase en el instituto te han vuelto a rallar el coche... y en lugar de eso dejas que lo tire a la basura congelándose como si fuera una barrita de merluza, que ya me dirás tú qué sentido tiene todo esto si está dentro de una nevera.

—¡Mujer, ahora no! —exclamó él temiendo que pudieran escucharle—. Lo del dinero... no me preció honrado, me habría sentido muy incómodo aceptándolo. Era suyo.

—Para lo que le iba a valer ahora —rezongó ella—. Te pasas semanas yendo a visitarle al hospital casi diariamente para apoyarle, él tiene el detalle de ofrecerte el dinero y tú vas y...

—¡Que ahora no...! —repitió.

—Bueno, vale —accedió a regañadientes—. ¿Y cuánto más va a durar esto? —añadió al ver que la desconocida mujer pelirroja se quedaba mirando el televisor con mucho interés—. No me gusta tener la casa llena de desconocidos.

—No sé lo que dura un velatorio normalmente —tuvo que confesar—. Tú deja de sacar comida y ya acabarán yéndose. No creo que vayan a estar mucho tiempo más, la mayoría sólo son viejos conocidos.

—Qué triste... muerto antes de poder hacer nada en la vida, sin familia, sin trabajo, y prácticamente sin amigos —lamentó ella negando con la cabeza.

—A lo mejor lo de la criónica funciona —repuso Jordi—. Tal vez, en unos años, tenga una nueva oportunidad.

—Sí, seguro —se mofó ella sin disimular su escepticismo al respecto—. Pero qué inocente eres a veces, Jordi, qué inocente...

Tal vez lo fuera, pero se sentía mejor pensando que su amigo no estaba del todo muerto, sólo en suspensión y esperando unas condiciones mejores para volver.

No obstante, aunque así fuera, su propia vida tendría que seguir adelante pese a su ausencia. El tiempo nunca, jamás, se detuvo por nadie.

## CAPÍTULO 2

Gretch habría dado cualquier cosa por poder pasarse el antebrazo por la frente para secarse las gotas de sudor que se le formaban en la frente, pero la máscara de su traje espacial se lo impedía. Lamentó que en pleno siglo XXXIII todavía nadie hubiera inventado un traje espacial capaz de regular la temperatura interna de manera adecuada, ¿para qué servía si no que éste fuera capaz de leer su ritmo cardíaco, su nivel de adrenalina y hasta el estadio preciso de su ciclo de ovulación conectándose al chip de su cerebro? Sin embargo, cada vez que permanecía en el espacio más de media hora, acababa ocurriendo lo mismo.

—Rob, ¿qué temperatura tenemos? —preguntó acalorada a través del comunicador, también integrado en la máscara del traje.

—Menos ciento ochenta grados y subiendo —le respondió la voz del androide desde su nave, la Calicó—. Tienes quince minutos antes de que Alfa Centauri B se asome por detrás del planeta... no quieres estar ahí para entonces, supongo.

—Supones bien —replicó ella sintiendo un escalofrío pese al calor—. Voy a echar un vistazo a los restos de esa nave y vuelvo.

—De acuerdo, ¿qué tal el traje nuevo? —le preguntó Rob.

—Demasiado ceñido —protestó Gretch. A pesar de ser ése su tercer paseo espacial con él puesto, todavía no había dado de sí lo suficiente como para sentirse cómoda—. Aun así, es mejor que el viejo, pero también da más calor.

—Ese calor tal vez tenga que ver con que llevas tres cuartos de hora saltando entre escombros espaciales, Gretch —señaló el androide, no sin razón—. Las lecturas de tus sensores me indican que estás cansada. Aunque también puede deberse a que tu ciclo de ovulación se encuentra...

—¡Suficiente, Rob! —le interrumpió ella antes de que lograra ponerla de mala leche.

Tal y como aseguraba su compañero androide, llevaba casi una hora dando vueltas entre lo que a ambos les había parecido los restos de alguna batalla espacial antigua que orbitaban alrededor del planeta Alfa Centauri Bb. Muy antigua, juzgaron al descubrir que en las cartas de navegación espaciales de la que disponían no se había mención alguna a ella. De hecho, el sistema Alfa Centauri apenas había sido explorado por carecer de interés alguno para la humanidad. Sólo motivos científicos habían llevado a enviar sondas allí, pero no existían registros de batallas o siquiera viajeros espaciales adentrándose en una región tan remota.

Si alguien le hubiera preguntado, Gretch habría apostado porque la batalla que destruyó aquellas naves se produjo en otro lugar, y los restos viajaron por el espacio hasta entrar en el sistema planetario y aproximarse lo suficiente a un cuerpo masivo, concretamente a Alfa Centauri Bb, y quedar enlazados a él por las fuerzas gravitatorias. La mayor parte de ellos sin duda habían acabado estrellándose contra la

superficie del planeta, o consumiéndose por las altas temperaturas que se daban por culpa de la cercanía a la estrella, pero todavía flotaban fragmentos de fuselaje diseminados a lo largo de kilómetros que valía la pena investigar en busca de reliquias de otras épocas.

Sin embargo, durante cuarenta y cinco minutos de búsqueda Gretch tan sólo se topó con chatarra espacial sin ningún valor, corroborando la opinión inicial de Rob de que todo aquello no era más que una tremenda pérdida de tiempo, que si a nadie le habían importado aquellos restos de naves en todos esos años era precisamente porque no valían nada.

No obstante, tras todo ese tiempo de búsqueda entre escombros, Gretch por fin había localizado los restos de una nave casi completa a tan sólo unos cientos de metros.

No sería la primera vez que dentro de un vehículo espacial destruido se escondían cosas valiosas, algunas por su valor intrínseco, otras por el valor que les había dado el paso del tiempo. Si la suerte les acompañaba, un hallazgo interesante podía suponer el pago de buena suma en Atenea. Los atenianos siempre buscaban ese tipo de artilugios para llenar sus abundantes museos, y los restos de una vieja batalla espacial podían llegar a ser muy codiciados si al final resultaba que formaron parte de algún momento histórico importante.

—No te lo vas a creer, Gretch —interrumpió sus codiciosos pensamientos el androide hablándole por el comunicador de nuevo—. Las lecturas indican que los restos que tenemos alrededor contienen un alto porcentaje de nada menos que polietileno.

—¿Polietileno? —replicó ella sorprendida—. ¿Estás seguro?

—Tanto como puedo estarlo si tengo que confiar en la inteligencia de la nave —afirmó con rotundidad.

—Hace siglos que no se hacen naves con polietileno —reflexionó en voz alta observando la nave espacial medio destruida con renovado interés. Era cierto que, a primera vista, y debido a su diseño, la había juzgado como antigua, pero jamás se habría atrevido a pensar que pudiera serlo tanto.

—Las últimas que empleaban ese material en un porcentaje tan alto como estos restos datan del año dos mil ochocientos, y por entonces ya sólo se utilizaban para transportes dentro de un mismo sistema —le explicó Rob, que se tomó la molestia de consultar el dato en los archivos del ordenador central de la Calicó.

—Y antes de eso no había combates espaciales por la sencilla razón de que las colonias aún no existían —añadió Gretch como perla de sabiduría de su propia cosecha. De naves espaciales y su historia conocía un poco, era un tema que le apasionaba—. Rob, ¿te das cuenta de que podemos estar ante los restos de naves de la época precolonial? Si pudiéramos remolcarla hasta Atenea...

—No nos hagamos ilusiones antes de tiempo, Gretch. Tienes trece minutos antes de que Alfa Centauri B se asome y la temperatura suba exactamente trescientos

noventa y nueve grados en tres minutos —le recordó el androide—. Luego esto se convertirá en un campo de residuos incandescentes, y confío en que no hayas olvidado lo que pasó la última vez que te las viste con algo así.

—De todas formas, creo que voy a acercarme a echar un vistazo —se empecinó ella, que de inmediato activó los propulsores incorporados en su traje.

De las botas que llevaba puestas se desencajaron a la altura de las pantorrillas unos pequeños cilindros metálicos que, con una potente llamarada azul, la propulsaron en dirección a los restos nave.

—Está bien, pero date prisa, no puedo acercarme más la Calicó con tanto escombros sueltos, y no quisiera tener que recordarte el dinero que costó ese traje espacial.

—No seas cenizo, Rob —le increpó Gretch al tiempo que viraba con brusquedad frente a lo que parecía el alerón de un transbordador que flotaba por allí.

—Cenizo es como va a acabar el traje si...

Harta del androide, Gretch desactivó las comunicaciones para no tener que escucharle, y cuando estuvo a la distancia adecuada de los restos activó los propulsores inversos para comenzar a frenar su avance.

El diseño de la nave destruida ya revelaba que era toda una antigualla. Su forma alargada y cilíndrica y su cabina de pilotaje puntiaguda delataban su pertenencia a tiempos en los que la aerodinámica del vehículo todavía era importante a la hora de escapar de la atmósfera de los planetas, cuando la resistencia de los materiales utilizados era mucho menor, el consumo de combustible mayor y esas cosas debían ser tenidas en cuenta más allá de las naves de carreras.

El exterior debió ser liso y de color blanco en su origen, pero los impactos sufridos por pequeños cuerpos estelares tras siglos flotando a la deriva habían cubierto toda la superficie de marcas de marcas y abolladuras. El contraste de temperaturas entre el día y la noche, cuando el planeta que orbitaban se interponía entre la nave y la estrella que gobernaba el sistema, tampoco había ayudado a su mantenimiento. Por suerte, la integridad del blindaje no se había visto comprometida, y todavía era posible que el interior continuara relativamente intacto.

—Vamos allá —dijo a nadie en particular, porque el comunicador continuaba apagado, apoyando los pies en la carcasa, para acto seguido magnetizar las suelas de las botas y que éstas la mantuvieran unida a los fragmentos metálicos de la nave.

Engañada por su aspecto externo, había confiado en encontrar algo de interés en su interior, pero su gozo cayó en un pozo cuando vio que, pese a que por una cara la nave parecía conservarse en buen estado, una enorme grieta en el fuselaje atravesaba el vehículo espacial de lado a lado por la otra, acabando con cualquier posibilidad de que el interior se hubiera conservado estanco todo ese tiempo, y por tanto de que su contenido se mantuviera alejado de la radiación, los efectos del vacío y las temperaturas extremas del espacio.

Pese a todo, y ya que había llegado tan lejos, se arriesgó a atravesar la grieta y echar un vistazo al interior. Cualquier cosa que encontrara allí, como antiguas cartas

de navegación, trajes espaciales o incluso utensilios personales de quienes viajaran en la nave podía resultar valiosa para un historiador, un museo o un coleccionista privado... y mucho más si lograba identificar el origen y destino de la nave, así como la fecha exacta en que salió al espacio o cuándo y por qué fue destruida.

Al darse cuenta de que en el interior no podía ver nada de lo que ocurría fuera, decidió volver a conectar las comunicaciones para que Rob pudiera avisarla de cualquier peligro que se aproximara.

—¿Algún problema que ya te advertí del que deba rescatarte? —fueron las primeras palabras que le llegaron desde la Calicó. El tono sarcástico le indicaba que el androide se había sentido ofendido por dejarle con la palabra en la boca, pero ya estaba acostumbrada a los arrebatos de dignidad de su compañero y no le hizo el menor caso.

—No, todavía no... voy a entrar, estate alerta —le comunicó—. ¿Has descubierto algo más de este campo de escombros?

—El ordenador está calculando ahora mismo la ruta más probable que pudieron seguir estos restos para determinar su posible origen, pero son muchas variables y le llevará un tiempo.

—Bien, cuanto más averigüemos, mejor sabremos por qué precio vender lo que encuentre —afirmó ella manteniéndose optimista antes de dar el paso que la llevaría al interior de un vehículo espacial que ningún ser humano o androide había pisado desde hacía siglos.

Por dentro la nave perdía mucho en comparación con las expectativas generadas. Por sus conocimientos y experiencia, siendo ella también capitana de una nave espacial, pudo identificarla como un carguero primitivo, pero cualquier carga que pudiera llevar en sus bodegas debía haberse perdido a través de la grieta que partía en dos el blindaje, dejando al descubierto el entramado de cables y conexiones eléctricas que subyacía bajo él.

Tan sólo dos compuertas permitían abandonar la vacía estancia: una esclusa que salía de nuevo al exterior y otra más amplia que llevaba a una segunda bodega de carga.

—Falsa alarma, Rob. Esto no es más que un montón de chatarra espacial inútil —dijo desilusionada a través del comunicador.

—Siete minutos, Gretch —apremió el androide.

—Voy a ver si el ordenador de a bordo funciona. Al menos averiguaremos de dónde ha salido todo esto.

Impulsándose con los propulsores para ser más rápida, se dirigió hacia la compuerta que salía al exterior, junto a la cual encontró una pequeña pantalla digital rota unida a la pared de la nave gracias a una pequeña barrita de metal. Encontrándose en una bodega de carga, dedujo que aquello no podía ser otra cosa que el manifiesto de a bordo, y lamentó que estuviera roto y no pudiera consultarlo allí para averiguar qué mercancías transportó la nave en su momento.

Aun así, lo arrancó de un tirón, que arrastró consigo también varios cables, y se lo enganchó del cinturón para intentar extraer esa información desde su propia nave más tarde.

La otra puerta esclusa sólo podía abrirse de forma manual, en concreto por el procedimiento de girar una pesada manivela circular, demostrando una vez más la antigüedad de aquel vehículo espacial. Cuando lo logró, ésta le llevó a lo que, como ya había supuesto, sólo podía ser otro vagón de carga, más amplio que el primero pero también del todo vacío gracias al agujero del blindaje, que en ese punto era tan masivo que se podía contemplar a través de él buena parte del planeta que orbitaban... y también cómo los primeros rayos de luz de la estrella que se escondía tras él comenzaban a emerger en el horizonte.

Resignada a tener que admitir frente a Rob el fracaso de la búsqueda, Gretch estaba dispuesta a darse por vencida y regresar a la Calicó lo antes posible. No le apetecía nada tener que vérselas también con un campo de escombros incandescentes en su camino... sin embargo, cuando ya se dirigía hacia la grieta con la intención de marcharse, se percató de la existencia de la última cosa que había quedado en la nave: una cápsula metálica de algo más de dos metros de alto y uno de diámetro que, al encontrarse encajada entre el suelo y el techo en una esquina, en un principio había tomado por tan sólo un grueso tubo o almacén de combustible.

Al ver que la cápsula se mantenía sujeta en su sitio gracias a tres correas, que con toda seguridad habían impedido que saliera despedida con el resto de la carga, no pudo evitar preguntarse qué podría haber allí dentro, y sabedora de que ésa era su última esperanza para sacar algo de todo aquello, extrajo de uno de los bolsillos del cinturón un diminuto escalpelo laser, y con tres rápidos cortes del pequeño haz de luz seccionó los agarres.

En cuanto la cápsula quedó libre, de un tirón la desencajó, y juntas comenzaron a flotar ligeras como plumas por la nave gracias a la ausencia de gravedad.

—Cinco minutos, Gretch —dijo Rob mientras ella trataba de estabilizarse—. Mejor que vuelvas ya si no te has puesto protección solar.

Lamentando no poder abrirla ahí mismo por no tener tiempo que perder, sujetó la enorme cápsula con sus brazos y activó de nuevo los propulsores para dirigir la marcha. El peso añadido del voluminoso objeto era irrelevante en el vacío del espacio, de modo que no le supuso ningún problema a la hora de sacarlo por la grieta del fondo de la nave, y como los guantes de las manos también podían imantarse para mantenerla bien sujeta, dirigirlo después hacia la Calicó.

—Un minuto —exclamó el androide cuando todavía se encontraba a mitad de camino—. ¿Qué es eso que traes?

—Lo único que he encontrado —respondió ella esquivando con torpeza unos restos de fuselaje que flotaban por allí. Tal vez el peso no fuera un problema, pero el tamaño volvía sus maniobras muy torpes—. No tengo tiempo de meterlo por la bodega de carga, lleva la carretilla a la escotilla de entrada, que esto está hecho de

metal y tiene que pesar lo suyo cuando haya gravedad por medio.

—Oído, carretilla dirigiéndose para allá —confirmó Rob la orden—. ¿Qué crees que puede haber ahí dentro?

—No lo sé, no he visto ningún símbolo o marca fuera, pero he traído también lo que creo que es el manifiesto de a bordo. —Un destello repentino en el horizonte la cegó durante una décima de segundo, el tiempo que tardó la máscara en regular la cantidad de luz que dejaba pasar a través de ella para que no resultara molesto a la vista. El sol comenzaba a salir, o más bien el planeta se apartaba y dejaba que la estrella vertiera un poco de luz sobre aquel acto de pillería espacial.

Gretch alcanzó la Calicó cuando Alfa Centauri B ya mostraba algo más que su corona, y la temperatura ascendía por segundos. Frenó gracias a los propulsores y esperó a que Rob abriese la escotilla antes de entrar por fin al interior de la nave, cosa que no fue sencilla al tener la entrada el tamaño justo para introducir aquella enorme cápsula.

En cuanto la escotilla se cerró, el aire comenzó a llenar la circular estancia y la gravedad volvió a ser la de siempre. La cápsula tintineó al caer de golpe los escasos centímetros que la separaban del suelo, y en cuanto las condiciones de oxígeno fueron las estándar, la esclusa que daba al interior de la nave se abrió.

La primera en salir a recibirla fue la carretilla que había pedido, que levitando en el aire se acercó con celeridad hacia el tesoro rescatado y comenzó a realizar las maniobras necesarias para cargarla sobre sí misma.

El segundo fue Rob.

El androide, como todos los androides cien por cien antropomórficos, no era ni demasiado guapo ni demasiado feo, ni demasiado alto ni demasiado bajo, ni demasiado musculoso ni demasiado flaco... ofrecía al mundo un rostro agradable en rasgos generales, pero tan normal que nadie se fijaría en él, aunque Rob había modificado su aspecto adoptando un corte de pelo en el que parecía que se hubiera engominado su cabello rubio y luego se lo hubiera peinado para atrás. En realidad no era pelo auténtico, sino una fibra sintética inteligente que se reorganizaba y variaba de tamaño según la voluntad del androide, de modo que técnicamente lo que lucía tampoco se podía denominar «peinado».

—Interesante —valoró con la mirada de sus ojos azules clavada en el armatoste que Gretch había traído consigo—. Parece una especie de cápsula de evacuación personal.

—Eso mismo pensé yo —afirmó ella replegando la máscara del traje y agitando la melena para recolocar los mechones de pelo del color del bronce que se le habían pegado a la cara por culpa del sudor—. Aunque yo diría que un tanto primitiva... y claustrofóbica, un humano no aguantaría mucho ahí metido, debía ser para tu gente.

—No capto ninguna lectura, es posible que su transmisor de código esté roto —observó el androide mientras la maniobra de carga de la carretilla se completaba.

—No creo que tenga, me parece que aún no existían los transmisores de código

cuando lo fabricaron —opinó ella—. Llévala a la bodega, rápido... ¡pero sin chocar con nada! —le ordenó a la carretilla cuando la cápsula estuvo bien sujeta. Ésta, obediente, giró sobre sí misma y flotó en dirección a la esclusa que llevaba al interior de la nave.

—¿Anterior a la transmisión por código? —se extrañó Rob frunciendo el ceño con cierto aire desdeñoso ante esa posibilidad—. Igual hemos encontrado uno de los famosos tesoros piratas de la Tierra entonces... ya sabes, con oro, joyas y esas cosas de la que hablan las historias.

—Encontré también esto —añadió tendiéndole la pequeña pantalla rota que arrancó de la nave—. Creo que es el manifiesto de a bordo. Si puedes leer su contenido, tal vez averigüemos de dónde venían, a dónde iban y qué transportaban.

El androide la recogió con tan sólo dos dedos y un gesto aprensivo en el rostro, y una vez en sus manos la examinó sin disimular su desagrado.

—¿Necesita conectarse físicamente? —se espantó tras descubrir una pequeña ranura bajo la pantalla—. No pienso meter nada mío ahí dentro, desde ya te lo digo... que lo haga la nave. La recuperación de datos me aburre, es un trabajo para máquinas de inteligencia limitada.

Un temblor repentino sacudió toda la estancia durante un instante, y Gretch estuvo a punto de caer de boca al suelo al perder el equilibrio.

—¡Deja de meterte con ella! —riñó al androide—. Vas a conseguir que un día de éstos nos lance contra un quasar.

—No es mi culpa que no tenga sentido del humor —se defendió él—. Será mejor que vigile a esa chatarra volante antes de que tire la cápsula al suelo y la rompa.

—Sí anda, ve —consintió ella, que si algo odiaba de las máquinas era siempre acababan discutiendo entre ellas, y mientras el androide se marchaba siguiendo los pasos de la carretilla, se dirigió a su camarote, donde pudo quitarse el resto del incómodo traje espacial, limpiarse de sudor y ponerse algo más adecuado para interior de la nave.

Unos minutos más tarde, ya vestida con unos pantalones marrones sujetos por un cinto de cuero, una camisa beige y un chaleco azul turquesa cerrado, además de unas pesadas botas negras que le llegaban casi hasta las rodillas, se encaminó hacia la bodega de carga, donde el androide inspeccionaba todavía sólo de manera superficial la extraña y antigua cápsula.

—¿Y bien? —le preguntó al llegar a su lado.

—La nave está intentando recuperar los datos de la pantalla que trajiste —le informó él—. Todavía le llevará un rato, me temo. Ha sufrido daños considerables, y la velocidad de transmisión de datos de esos conectores tan anticuados es más bien lamentable. También sigue calculando la trayectoria más probable de los escombros.

—¿Y de esto? —inquirió dándole un golpecito con el pie a la cápsula, golpecito que sonó a metal—. ¿Alguna lectura?

—Poca cosa, aunque interesante —respondió Rob—. Todo apunta a que, sea lo

que sea, ha estado funcionando hasta que lo sacaste de su sitio. Por casualidad, ¿lo desconectaste de alguna toma de energía?

—Es posible —admitió Gretch agachándose para observarla con mayor detenimiento. No encontró en ella ninguna inscripción o símbolo que pudiera servir para identificarlo... si lo había, debió de desaparecer mucho tiempo atrás. A día de hoy sólo era un cilindro metálico y liso sin marca alguna—. El amanecer se me echaba encima y no me fijé del todo bien, pero no vi por allí placas solares o almacén de antimateria, aunque es posible que la nave tuviera un motor de combustión.

—¡Un motor de combustión! —exclamó el androide abriendo mucho los ojos—. ¡Vaya! Menuda antigualla...

—Si sacaba la energía de combustión no creo que estuviera pensado para ir muy lejos —dedujo ella buscando una rendija o algo por donde intentar abrirlo—. ¿Has obtenido alguna lectura del interior?

—Materia orgánica, pero no signos vitales... tal vez fuera comida —aventuró Rob.

—¡Ja! Hemos encontrado una nevera de la época precolonial —dijo algo defraudada. Una vez más, sus esperanzas de haber encontrado un valioso tesoro se habían esfumado—. Bueno, si todavía funciona y no me la he cargado al traerla tal vez valga algo. Puede que incluso haya comida centenaria conservada en condiciones dentro.

—Sólo existe una forma de averiguarlo —apuntó el androide—. Habrá que abrirla.

—Toda tuya —le ofreció ella, que retrocedió un paso para darle pleno acceso.

Rob se paseó alrededor de la nevera espacial para evaluarla en profundidad, y cuando la rodeó por completo un par de veces, deslizó una mano por su superficie muy lentamente, como acariciándola. De esa forma, acabó encontrando lo que buscaba: la rendija de la que Gretch no se había percatado en su inspección. Agarrándola con fuerza, tiró de ella hasta que la tapa crujió, el metal se dobló y la misteriosa cápsula se abrió, expulsando una bocanada de humo blanco en el proceso.

—¡Por el gran Dackhar! —exclamó Gretch sin poder contener su estupefacción cuando vio su contenido—. Eso es un...

—Sí, todo apunta a que sí —afirmó el androide sin perder la calma, contemplando el interior de la cápsula con una mezcla de asombro y fascinación—. Un hombre muerto.

En efecto, en el interior de la nevera, amarrado a una especie de camilla de plástico, un hombre flaco y encogido, de pelo corto y castaño oscuro, pero con la piel azul por el frío, yacía congelado y, por supuesto, muerto.

—Un cadáver —murmuró Gretch ya no sólo decepcionada, sino también asqueada—. Ése es el gran tesoro de la nave misteriosa, el cadáver centenario de un tío congelado. ¡Habríamos conseguido más remolcando la chatarra que hay flotando ahí fuera hasta un desguace!

—Está muy bien conservado —observó Rob agachándose junto al cuerpo, el cuál tocó durante un segundo con un dedo antes de tener que retirarlo como acto reflejo—. Y frío...

—¡Pues claro que está frío, está congelado! Si aún estuviera dentro de la nevera a lo mejor podría valer algo, siempre hay morbosos de las momias, y ésta se conserva muy bien —siguió quejándose desencantada—. Pero como lo hemos abierto, ya no valdrá nada. Ahora se descongelará, comenzará a pudrirse y acabará apestando toda la nave...

—Tienes razón, está muy bien conservado, y muy frío... ¿sabes? Creo que es posible que aún pueda salvarse —sentenció Rob poniéndose en pie de nuevo—. Si nos damos prisa, y tenemos un poco de suerte...

—¡Eh, eh! —le detuvo Gretch alarmada ante las ideas raras que creía que se estaban formado en su cerebro electrónico—. ¿Qué piensas hacer con esa carroña? Nada de experimentos moralmente reprobables en mi nave, recuerda lo que pasó la última vez. ¡Con los seres orgánicos muertos no se juega!

—No está congelado, creo que su cuerpo ha sido sometido a criónica —le interrumpió.

—¿A criónica?

—Técnicamente está muerto, sí, pero gracias al frío extremo se ha conservado en perfecto estado hasta hoy día —se explicó el androide—. Y creo que es posible que podamos reanimarle, o más en concreto, que los nanobots puedan hacerlo. Todavía nos quedan en la enfermería, ¿verdad?

—¿Reanimarle? —repitió Gretch aturdida ante el inexplicable entusiasmo de Rob, que salió disparado en dirección a la enfermería—. ¡Oye, esos nanos son muy caros para andar malgastándolos en tonterías!

Le siguió corriendo hasta el centro médico de la nave, una sencilla y pequeña habitación blanca de bordes redondeados con una camilla en el centro para los enfermos o heridos. El androide extrajo de un compartimento metálico, que se abría desde la misma pared presionando contra ella, una gruesa inyección sin aguja cargada de un líquido plateado semejante al mercurio.

—No sé si eso va a resucitar un carámbano de hielo —objetó ella no muy convencida de aquello—. Los nanos ayudan a regenerar tejidos, no cubitos.

—Los nanos son especialistas en reparar daños masivos —se empecinó Rob, que haciéndola a un lado se encaminó de vuelta a la bodega de carga—. No sólo evitarán el daño por la descongelación, sino que le reanimarán si no está demasiado dañado.

—Yo creo que tan sólo vas a desperdiciar unos valiosos nanobots reparadores en una momia centenaria —afirmó Gretch con una mueca de desagrado. Mueca que, sin embargo, no logró disuadir ni un poco al curioso androide.

Una vez de vuelta con el cadáver congelado, Rob colocó la boca de la jeringuilla sobre la piel helada del cuerpo. Ésta se componía de un diminuto pero potente imán rodeado por una bobina de alambre unida al émbolo de la cápsula que contenía los

nanobots. Al apretar el émbolo, una pequeña descarga eléctrica interaccionó con el campo magnético produciendo una fuerza que empujó el pistón, permitiendo así que la cápsula se abriera e inyectara su contenido a través de la piel, incluso estando congelada.

—¿Y ahora qué? —preguntó Gretch cuando Rob acabó y se vio en la mano con una jeringa vacía.

—Ahora a esperar y a confiar en que los nanos sepan qué hacer para devolverle a la vida —respondió él, a lo que siguió un largo y expectante silencio, como si de un momento a otro se fuera a producir algún suceso extraordinario.

Sin embargo, éste se hizo de rogar.

—¡Me aburro! —declaró Gretch al cabo de un minuto—. Estoy cansada de tantos paseos espaciales infructuosos. Voy a darme una ducha y voy a ver una peli... puede que prepare gráminas con queso para picar. Cuando te aburras de profanar cadáveres puedes apuntarte si quieres, ya le he pillado el punto a la máquina y me salen muy crujientes.

—Puede que lo haga luego, gracias, antes quiero esperar a que se descongele para llevarle a la enfermería —contestó el androide, todavía optimista sobre el resultado de su experimento.

—Tú mismo... pero si quieres mi opinión, todo esto es una pérdida de tiempo —opinó Gretch una vez más antes de marcharse y dejarle solo en la bodega.

Curioso por naturaleza, Rob prefería aguardar con la paciencia que sólo un androide podía tener a que los nanobots despertaran el cadáver congelado antes de caer en la tentación de las distracciones humanas, aunque sabía que para ello todavía tendría que esperar un buen rato. Y por eso aprovechó que la capitana se había ido para sacar el cuerpo de la cápsula y, con cuidado de que no se quebrara por su culpa de su estado, llevarlo a la camilla de la enfermería, donde lo cubrió con una manta térmica y dejó que los microscópicos robots se hicieran cargo.

Marc abrió los ojos y tragó una bocanada de aire tan desesperada como la de alguien que llevara minutos sin respirar. Aturdido y completamente confundido, apenas fue capaz de recordar qué había pasado la última vez que estuvo consciente. La única imagen que le venía a la mente era la de su amigo Jordi levantándose con brusquedad del asiento de las visitas en el hospital, eso y un silbido penetrante y muy molesto proveniente de los aparatos a los que permanecía conectado, y que indicaba que se le había parado el corazón. Luego sólo hubo oscuridad.

Al verse rodeado de paredes de un color blanco nuclear no pudo sino preguntarse dónde se encontraba, y para intentar responder a aquella pregunta trató de girar el cuello, que le dolió como si sufriera una fuerte tortícolis, e intentar abarcar con la vista la estancia al completo.

Se hallaba dentro de una pequeña habitación cuadrada, blanca también tanto en

suelo como en techo, con esquinas redondeadas y un aspecto del todo aséptico. Salvo el lugar donde él yacía tumbado, no había ningún mueble o adorno que le permitiera saber qué era ese lugar, que además estaba iluminado por una luz neutra de origen indeterminado, porque tampoco encontró ninguna lámpara o foco que la produjera... es más, al levantar con lentitud una mano, se percató de que ésta no proyectaba sombra alguna, cosa lógica cuando la luz no venía de ninguna dirección. Sólo de pensar en eso conseguía que le doliera la cabeza.

Le habría gustado levantarse de la camilla sobre la que permanecía postrado e intentar averiguar qué estaba pasando allí, pero sentía las piernas como agarrotadas y le costaba que le respondieran. No sólo se encontraba tumbado sobre algo parecido a una camilla, también le habían cubierto con una especie de sábana muy fina y tan blanca como las paredes, y debajo de ella no llevaba nada.

Para su consternación, algo en su interior comenzó a decirle con cada vez mayor insistencia que estaba muerto... ésa era, después de todo, la única causa por la que podrían haber comenzado a sonar los aparatos a los que estaba conectado cuando aún seguía en el hospital. No era capaz de imaginar siquiera dónde había acabado, pero todo era tan blanco a su alrededor que empezó a pensar que aquello tenía que ser purgatorio, el limbo, o cualquier lugar de esos donde las religiones dicen que van las almas antes de entrar en el cielo o en el infierno.

¿Qué otra explicación había si no?

—¿Hola? —llamó en voz alta temeroso ante el hecho de que pudiera tener razón.

Marc no creía en esas cosas, y nunca había creído, pero el extraño aspecto de la sala, unido a que había despertado desnudo sobre una camilla y que ya podía respirar sin necesidad de mascarilla, conseguía llenarle de dudas.

Alcanzó a incorporarse hasta quedar sentado, y al apartarse la sábana y quedarle el pecho al descubierto sintió mucho frío, tanto que se abrazó a sí mismo para darse calor. Fue cuando sus manos bajaron hasta el abdomen el momento en que se dio cuenta de que algo iba mal de verdad... las cicatrices de las operaciones a las que le habían sometido cuando todavía intentaban salvarle la vida habían desaparecido por completo.

Eso consiguió infundirle más miedo todavía.

—Estoy muerto —dijo con un hilo de voz, como si fuera la prueba definitiva.

Una de las paredes de la pequeña habitación que era su limbo particular se abrió, pero no como lo habría hecho una puerta normal. Desde un punto en el centro exacto de la pared, ésta comenzó a replegarse hasta formar un óvalo por el que podía pasar un ser humano, y todo esto sin hacer el más mínimo ruido.

Un hombre de mediana edad, alto y de constitución recia, con un bien peinado y engominado cabello rubio muy claro y unos pequeños ojos azules, entró por aquel agujero. Llevaba puesto un ajustado traje blanco sin adornos, cuya parte superior, similar a un jersey muy fino y de una tela que Marc no supo identificar, le llegaba hasta pasada la cintura. Al verle despierto, sonrió con unos dientes muy blancos y

comenzó a acercarse a la camilla, pero cuando le tuvo más cerca, Marc percibió que había algo extraño en él... algo que le hacía ser menos humano de lo que parecía a primera vista.

—¿Eres un ángel? —le preguntó atónito. No tenía alas, era cierto... no obstante, nadie había dicho fuera obligatorio tenerlas, las historias podían estar equivocadas en ese sentido, y en esa sala tampoco disponía de mucho espacio para echarse a volar, por lo que no le habrían servido de nada.

La mitológica criatura giró levemente la cabeza mientras le miraba como si no comprendiera lo que decía. No lucía su rostro imperfección alguna que pudiera percibirse a simple vista, algo que habría sido normal de tratarse de un mortal, y cuando comenzó a hablar, Marc fue incapaz de entender ni una sola de las palabras que salieron de su boca.

Se preguntó en qué idioma hablarían los ángeles. Probablemente fuera en hebreo o arameo, si es que no tenían su idioma propio, pero poco importaba cuál fuera cuando desconocía los tres.

—No entiendo lo que dices —le dijo al ángel, que arrugó el ceño y volvió a soltar una parrafada en su idioma celestial—. Sigo sin entenderte... ¿qué?

El ángel giró la cabeza hacia atrás y llamó a alguien con un grito, desviando también la atención de Marc hacia lo que había detrás de la puerta por la que había entrado. Atravesando el óvalo, vio algo que se asemejaba a un pasillo de paredes metálicas grises, con un suelo de rejilla tras la que se amontonaban una multitud de cables y gruesos tubos que debían contener aún más cables dentro.

No necesitó más para deducir por fin de que aquello no era el cielo, el infierno o el purgatorio, y entonces cayó en la cuenta de qué estaba ocurriendo en realidad. Recordó que había contratado los servicios de una empresa de criónica para que le congelasen después de morir, por si en el futuro encontraban la cura para su cáncer. En contra de todo pronóstico, el momento debía haber llegado por fin y le habían descongelado. Por eso se sentía tan bien.

Sin poder creérselo, hizo un ademán de incorporarse cubriendo sus partes con la sábana, que si bien era muy fina, también era opaca y daba mucho calor. Sin embargo, el supuesto ángel, que no debía ser más que un doctor en realidad, le miró preocupado, colocó una mano sobre su pecho y le empujó contra la camilla de nuevo.

Marc intentó resistirse, pero no logró librarse de aquella presión que le mantenía tumbado, y no pudo sino sorprenderse por la fuerza de aquel hombre... aunque luego imaginó que esa incapacidad se debía en realidad a que seguía muy débil tras la descongelación.

—Sólo quiero levantarme —le dijo, pero el doctor no hizo ademán siquiera de ir a liberarle, y además le soltó otra parrafada en ese idioma desconocido.

Marc podía entender a la perfección que no compartiera la euforia que sentía él al poder volver a levantarse de una cama, e incluso que el protocolo médico le obligara a permanecer en la camilla todavía, pero no lograba explicarse por qué no

comprendía lo que le intentaba decir.

Fastidiado, cayó en la cuenta de que la respuesta tenían que ser las subcontratas, por supuesto. Seguramente le habrían llevado a Europa del este, o algún lugar así, para reducir costes, y el doctor que le atendía, tan rubio y con los ojos azules, tenía que ser eslovaco por lo menos.

—¡No me voy a ir, déjame levantarme al menos! —le pidió agarrándole del brazo, pero no sirvió de nada, el hombre ni siquiera se inmutó, y cuando apretó más el agarre al final fue el propio Marc quien se hizo daño en las manos. El tipo era duro, de eso no cabía duda alguna—. Parece que vamos al gimnasio, ¿eh?

Por el pasillo apareció otra persona, una mujer que se acercó al trote hacia la estancia y que durante un segundo a Marc le pareció que la conocía.

—¿Marta? —la llamó. Ella era la persona que la empresa de criónica le envió cuando quiso contratar sus servicios, de modo que tenía sentido que estuviera presente en el momento de su descongelación... lo cierto era que habían hablado poco sobre lo que pasaría si se daban las condiciones para el momento que precisamente estaban viviendo.

Sin embargo, enseguida vio que no se trataba de Marta, y que ambas no podían ser más distintas en realidad. Aquella mujer era mucho más alta, de constitución tirando a atlética y de la misma edad que Marc aproximadamente. Lucía una tez clara, un pelo lacio y del color del bronce que le caía sobre los hombros y unos ojos redondos y marrones. Vestía unos ajustados pantalones marrones, sujetos por un amplio cinturón de cuero con varios bolsillos, y una camisa beige con los dos últimos botones sin abrochar bajo un chaleco azul turquesa, todo rematado por unas pesadas botas.

La mujer, que por su aspecto no parecía ser médico, se quedó en el umbral de la entrada mirándole boquiabierto durante un segundo antes de volverse hacia el hombre que le sujetaba e intercambiar unas palabras con él en su desconocido idioma.

—Genial, otra bielorrusa —bufó Marc frustrado por no ser capaz de hacerse entender—. ¿No hay nadie aquí que hable mi idioma, o inglés al menos?

Le hubiera gustado preguntar también qué era exactamente «aquí», pero sin un lenguaje común iba a ser difícil cualquier intercambio de información por el momento.

Aguantó con resignación el intercambio de palabras entre los dos durante casi un minuto, pero cuando comenzó a ver gestos exasperados y poco amigables en el rostro de la mujer empezó a preocuparse. A diferencia del médico, que parecía más paciente y calmado, era evidente que ella estaba molesta por algo, y por eso cuando entró del todo a la habitación y la ovalada entrada volvió a cerrarse, Marc sintió miedo otra vez.

—¿Qué pasa? —preguntó en otro vano intento de comunicación—. ¿Qué... qué vais a hacer?

El hombre de pelo rubio le miró a los ojos y le dijo algo que no entendió, pero

aligeró un poco la presión en el pecho de Marc, gesto que él interpretó como una petición de tranquilidad por su parte.

Obedeció... no le quedaba más remedio cuando aquel tipo ya había demostrado ser capaz de retenerle sin ninguna dificultad si se lo proponía. La mujer se acercó a una de las paredes, la presionó con una mano y, para sorpresa de Mark, con ello consiguió que la lisa superficie blanca se agrietara, adoptando esa grieta la forma de un gran rectángulo que alcanzaba casi desde el suelo hasta el techo. Luego, cuando ella separó la mano, el rectángulo se levantó como si fuera una persiana y emergió un estante médico del color del acero, con una vitrina de cristal llena de envases con líquidos de distintos colores y lo que parecía material médico variado, aunque no fue capaz de identificar ninguno de los objetos expuestos pese a su profundo conocimiento de ese tipo de artilugios, fruto de su dilatada experiencia en el hospital.

El hombre rubio le indicó algo a la mujer, y ella abrió uno de los cajones inferiores, del que extrajo una especie de casco blanco y liso parecido al de una moto.

—¿Qué es eso? —pregunto Marc, de nuevo sin obtener respuesta alguna, al ver que ella se le acercaba con el artefacto en las manos—. ¿Un casco? ¿Para qué quiero un casco?

Torciendo el gesto, trató de colocárselo por la fuerza en la cabeza... pero Marc estaba harto de no saber qué pasaba a su alrededor y qué pretendían hacer con él, de modo que se resistió. El hombre rubio le dijo algo con un tono de voz sereno que se asemejó a una invitación a desistir en su resistencia, sin embargo, él le ignoró por completo.

—¡Dejadme en paz! —exclamó apartando con las manos el casco que pretendían colocarle, para frustración de la mujer, que resopló enfadada—. ¡Exijo hablar con alguien que conozca mi idioma antes de someterme a nada!

No estaba dispuesto a colaborar si nadie se dignaba a explicarle qué pretendían, pero ninguno de los dos hizo el menor caso a sus exigencias. De hecho, el rubio le soltó el pecho y le agarró de las manos para apartárselas de la cabeza y dejar que ella le colocara el casco sin interferencias, y Marc volvió a comprobar la inquietante fuerza de que disponía aquel hombre pese a que su complexión tampoco era nada del otro mundo.

—¡No! ¡No! —gritó luchando por resistirse, pero ya no había nada que hacer, la mujer se salió con la suya y, cuando ya tuvo la cabeza metida dentro, con un fuerte cierre se lo sujetó a la altura de la barbilla.

Aunque el artilugio disponía de una visera con la que poder observar el exterior, ésta también resultó ser algún tipo de pantalla digital, y enseguida comenzaron a desfilar frente a él un torrente de palabras, palabras que para él no tenían sentido, pese a que utilizaban el mismo alfabeto que el español, y no el eslavo.

—¿Qué es esto? —preguntó sin entender nada de nada, sólo para volver a quedarse sin una respuesta por parte de los dos, que se limitaron a observarle y a obligarle a quedarse quieto a la fuerza.

Sólo cuando una barra vacía con un porcentaje encima apareció frente a sus ojos empezó a tener una mínima idea acerca de qué iba todo aquello. Sin duda intentaban cargar algo en la pantalla del casco, tal vez un vídeo, una simulación o similares. Creyendo que a lo mejor intentaban comunicarse con él de esa forma dejó de resistirse por fin, pero en cuanto en la barra apareció una rayita y el porcentaje pasó del cero al uno, sintió un aguijonazo en la cabeza tan fuerte que le obligó a gritar y sacudirse.

Algo iba mal, y no lo sabía sólo por el dolor, también por las miradas que se echaron el hombre y la mujer entre ellos.

—¡Quitadme esta cosa! —gritó histérico y revolviéndose con desesperación. El dolor era como si un millón de agujas estuviera taladrándole el cerebro sin compasión—. ¡Quitádmelo, maldita sea!

Sus convulsiones fueron tan fuertes que echaron a un lado incluso al doctor rubio, gracias a lo que consiguió una mano libre con la que intentar abrir el amarre de la barbilla. La mujer le gritó algo a su compañero, algo que Marc no entendió en el momento en que comenzó a pronunciarlo, pero que sí supo interpretar al final de la frase.

Decía «... o vamos a matarlo», como si esa perspectiva le preocupara.

—No sé qué ha podido pasar —replicó el otro acercándose de nuevo. Entre el dolor de cabeza y la confusión que le provocaba el saber que hablaban un idioma distinto, pero de repente, y sin ninguna explicación, poder entenderlo, Marc se creía morir, y cuando la mujer se agachó y le quitó el amarre del casco por fin, él se lo arrancó tan rápido de la cabeza que fue como si el millón de agujas se clavaran todavía más dentro.

Sin poder soportarlo más, se desmayó.

—¿Qué ha pasado? —preguntó Gretch con el casco aún las manos.

—No tengo ni idea —respondió Rob preocupado agachándose para examinar el cuerpo inconsciente del hombre de hielo—. Se ha producido un fallo... es extraño, el aparato parece estar perfectamente.

—No le habremos matado, ¿verdad? —se inquietó ella, que agarró el cuerpo inconsciente de la muñeca y trató de encontrarle el pulso, cosa que por fortuna consiguió—. Vale, sigue vivo. Pero no entiendo por qué no le hemos podido cargar el idioma en el cerebro, ¿demasiado primitivo tal vez? Por su aspecto, y el tamaño de su cosita, yo diría que proviene de un tiempo anterior incluso a la primera eugenesia.

El androide negó con la cabeza.

—El cerebro de un humano actual y uno del pasado es el mismo a estos efectos. Puede ser... a lo mejor no tiene chip.

—¿Cómo no va a tener chip? —replicó Gretch con incredulidad—. ¡Todo el mundo tiene chip! ¿De qué forma va a conectarse a los dispositivos electrónicos si

no?

—Tal vez no lo hiciera —exclamó Rob con fascinación.

—Eso es terrible —opinó ella antes de agacharse para contemplar también más de cerca al hombre inconsciente devuelto de entre los muertos gracias a los nanobots—. Entonces, ¿tenía que levantarse a tocar los botones de cualquier aparato sencillo que quisiera poner en funcionamiento? Qué cosa más triste, ¿no?

—Tal vez no todo dependiera de aparatos electrónicos en su tiempo —repuso Rob—. Puede que sea incluso más antiguo de lo que pensamos en un principio.

—No lo creo, lo encontré en una nave precolonial —le recordó ella en tono desafiante cruzándose de brazos—. En esa época todos tenían ya chips en el cerebro... no tan avanzados como los nuestros, vale, pero deberían ser compatibles, no freírle el cerebro.

—Lo encontraste congelado en una nave precolonial —matizó el androide mostrando una de sus insoportables sonrisas de suficiencia—. ¿Y si, supongamos, fue sometido a la criónica mucho antes de eso, y cuando le cargaron en la nave ya llevaba décadas congelado?

—Podremos preguntarle cuando despierte —repuso Gretch encogiéndose de hombros y admitiendo que aquélla era una posibilidad—. Si es que ha aprendido el idioma, claro... por cierto, ¿en qué hablaba?

—No lo sé —reconoció Rob—. ¿Nave?

—El lenguaje utilizado por el naufrago sin identificar es conocido como español, o castellano —respondió la carente de todo sentimiento, pero a la vez suave, voz de la Calicó.

—Español... —valoró el androide pensativo—. Sí, reconocí la raíz de algunas de las palabras que utilizaba cuando intentó comunicarse conmigo.

—Hace mucho que terminé el colegio, y los idiomas nunca me gustaron. Refréscame la memoria, ¿qué idioma es el español exactamente? Era uno de los lenguajes de la Tierra, ¿no?

—Lo era, sí —confirmó Rob con un leve asentimiento—. Acabó mezclándose con el inglés hace mucho tiempo. Todos los idiomas de la Nueva Tierra actual provienen de esa unión, incluso ha influido en la mayoría de idiomas dackharianos.

—Capitana, tiene a su disposición en el puente de mando toda la información que pudo ser extraído de la pantalla digital —les informó la voz de la nave.

—¡Ah! ¡Por fin! —exclamó Rob incorporándose.

—Genial, resolvamos este misterio de una vez por todas y larguémonos de este sistema deshabitado —se alegró Gretch—. Gracias nave.

—En cuanto a él, creo que lo mejor es dejarle descansar un poco, el cortocircuito cerebral ha debido de dolerle —opinó el androide volviendo la vista de nuevo hacia el hombre de la camilla.

—Claro, ya no podemos volver a congelarle, la cadena del frío se ha roto —repuso ella medio en broma medio en serio antes de encaminarse en dirección al

puede de mando a ver qué había podido sacar de la pantalla la nave.

El puente de mando de la Calicó recibía ese nombre sólo porque oficialmente era el nombre que se le daba al lugar de las naves espaciales de cierto tamaño desde donde eran gobernadas... pero si alguien la hubiera llamado «cabina de vuelo», tampoco habría estado demasiado desacertado. Debido a su escaso tamaño, el puente apenas constaba de dos asientos frente al panel de mandos, más un tercero delante del panel de control y detrás del copiloto destinado al ingeniero de vuelo. Una cristalera permitía ver lo que tenían al frente, y varias pantallas transparentes a los lados de ésta mostraban lo que ocurría en los flancos y detrás, proporcionando a los pilotos una visión completa de todo lo que acontecía alrededor de la nave.

A unos pocos millones de kilómetros se encontraba la estrella naranja cuya luz Gretch luchó por evitar minutos antes. Incluso a esa distancia, en apariencia lejana, el tamaño de la bola de fuego era considerable, y el calor y la luz que ésta desprendía suficientes para derretir la piedra o cegar a cualquiera sin las protecciones adecuadas.

Había decidido colocar la Calicó cerca de la estrella, orbitando alrededor del abrasado planeta, con la intención de recargar los paneles fotovoltaicos y no tener que utilizar el combustible principal para mantener en marcha los sistemas internos. La otra estrella, una enana amarilla que completaba el sistema binario de Alfa Centauri, se veía desde allí tan sólo como un lejano punto brillante.

—¿Qué tenemos? —preguntó Gretch sentándose en el asiento del piloto.

Una imagen holográfica proyectada desde el emisor de imagen del panel de mandos mostró el contenido de la pantalla digital de la nave abandonada, que tal y como ella misma predijera antes, se trataba del manifiesto de a bordo.

—La nave era un carguero orbital de clase XJ-500 —leyó Rob con mucho interés tras sentarse en el otro asiento y contemplar la proyección desde allí—. El modelo XJ se utilizó durante casi tres siglos, entre el año dos mil quinientos y el dos mil ochocientos más o menos... eso no lo pone ahí, lo digo yo que lo he consultado.

—Gracias. Al grano, por favor —le urgió Gretch. Las palabras pasaban demasiado rápido frente a sus ojos como para que pudiera leerlas, pero el androide no sufría ese problema—. ¿De dónde salió esto? Porque los cargueros orbitales sólo se utilizaban dentro de un mismo sistema planetario, y éste no está habitado ni lo ha estado jamás.

—Aquí dice... ¡Vaya! Viene nada menos que desde la Tierra —se asombró Rob.

—La lectura de la trayectoria más probable de los escombros indica que podría ser cierto —apuntó la nave para confirmar la hipótesis.

—¿De la Tierra? Entonces debe ser de antes del año setecientos cincuenta —dedujo Gretch inclinándose sobre el asiento—. ¿Qué transportaba y hacia dónde?

—Gente, transportaba gente —contestó el androide apretando los labios—. Era un carguero de los que se utilizaron para la evacuación del planeta... ¡por todas las redes de la Telaraña! ¡Su destino era la base de Marte! ¿Te das cuenta de qué hemos encontrado?

—Los restos de unos evacuados de la antigua Tierra que no lo consiguieron —dedujo ella sintiendo un mal sabor en la boca—. ¿Qué dice de nuestro... invitado?

—No hay mención de él entre el pasaje, pero creo que sí en la carga. —Rob leía con tanta velocidad que las palabras eran sólo borrones a los ojos de Gretch—. Aquí figura la cápsula en la que le encontramos como una propiedad de una compañía llamada Cryogen S. A. Por el nombre, es fácil deducir a lo que se dedicaba, ¿verdad?

—No puedo creer que evacuaran a un tipo congelado en lugar de intentar rescatar a más gente viva —se indignó Gretch cruzándose de brazos—. ¿Qué pasa? ¿Era algún ricachón?

—No dice quién era, pero teniendo en cuenta el destino que sufrieron los tripulantes de la nave da completamente igual —replicó el androide—. De hecho, por haber sido congelado y permanecer a salvo en esa cápsula, logró sobrevivir durante quinientos años en el espacio interestelar.

Como no quería discutir con un robot y su innegable lógica, prefirió concentrarse en el verdadero problema que tenían entre manos.

—Cuando se despierte, se va a sentir muy confuso —auguró—. Han pasado por lo menos quinientos años desde que lo estuvo por última vez... sin contar lo de antes. En su época todavía no sabíamos viajar entre sistemas planetarios.

—Es posible que la cosa sea todavía más grave de lo que crees —apuntó Rob—. La ausencia de chip en su cerebro, y que a simple vista se pueda deducir que no ha pasado por la primera eugenesia, me hace pensar en la posibilidad de que en su tiempo ni siquiera existiera el viaje espacial propiamente dicho.

Gretch volvió la vista hacia el pasillo de la nave con cierta preocupación. El mundo había cambiado mucho en los últimos siglos, ¿sería capaz un humano tan primitivo de adaptarse a todos esos cambios sin volverse loco?

—Seguro que ni siquiera sabe lo de la Tierra entonces, y por qué tuvieron que evacuar su cadáver criogenizado... —murmuró para sí misma.

## CAPÍTULO 3

En su sueño vio lo que le pareció una nave espacial, una colosal nave blanca con forma de huevo que vagaba solitaria por el espacio. La nave poseía unas pequeñas ventanas redondas, como los ojos de buey de un barco, que le permitían contemplar el exterior. Y allí fuera se encontraba la Tierra, tan azul y majestuosa como la reconocía de todas las fotos tomadas desde el espacio que había visto a lo largo de su vida. El Sol se asomó con timidez desde detrás del planeta, brillando con fuerza e iluminándolo todo con su luz... sin embargo, de repente, y sin previo aviso, una inexplicable sensación de inquietud invadió su corazón de tal forma que consiguió hacerle despertar.

Marc se incorporó violentamente de la camilla con el corazón latiéndole a toda velocidad, como si acabara de despertar de una pesadilla horrible cuyo contenido no conseguía recordar del todo. Seguía dentro de aquella extraña sala blanca, como la nave de su ensueño, que para él no tenía ningún sentido, y que sin duda sólo podía ser un efecto secundario del *shock* cerebral provocado por su experiencia con el casco maldito que le colocaron a traición.

Con esfuerzo, y todavía un poco mareado debido al desmayo que había sufrido, se sentó y apoyó los pies descalzos sobre el suelo. Como no lo aparentaba a simple vista, le sorprendió descubrir que su tacto era metálico, aunque le llamó la atención todavía más que éste no fuera frío, sino templado.

Levantando la vista, se preguntó dónde diablos podían estar los dos psicópatas que casi le matan, pero casi prefirió no saberlo... al menos no estaban allí con él por el momento, y gracias a eso pudo incorporarse por fin con total libertad.

Al pie de la camilla vio algo que parecía un pijama blanco doblado. Suponiendo que lo habían dejado para que se vistiera con él, comenzó a ponérselo. Pese a desconfiar de ese lugar y sus gentes, no quería estar desnudo y vulnerable cuando tuviera que volver a vérselas con ellos, que estaba seguro no tardaría en volver a aparecer.

Sin embargo, después de colocarse por encima lo que resultó no ser más que una bata como las de los hospitales, todavía nadie había acudido a visitarle. Extrañado porque de repente le hubieran dejado tan solo, decidió ser él mismo quien saliera a averiguar dónde demonios se encontraba y por qué le habían descongelado.

Todavía le costaba creer que eso de la criónica hubiera funcionado, pero si no estaba muerto, no había otra explicación... sin duda había sido el dinero mejor invertido de su vida.

Ninguna marca indicaba el lugar por el que se abría la puerta que los extraños médicos habían utilizado para entrar cuando despertó por primera vez, de modo que, fiándose de su memoria, se aproximó al trozo de pared donde creía recordar que ésta se encontraba, y luego acercó la mano derecha con precaución hacia ese punto exacto. Como respuesta, un agujero en forma de óvalo se formó por la contracción de

las paredes justo frente a él.

Marc retrocedió un par de pasos debido a la impresión. Sin duda allí se estaba empleando una tecnología que él desconocía por completo. Hasta los supermercados tenían puertas que se abrían por la proximidad de una persona a ellas, pero jamás había visto una que lo hiciera de esa manera. No obstante, sonrió con satisfacción al ver su camino abierto y despejado.

No se topó con nadie cuando salió al mismo pasillo de metal que ya conocía de cuando el hombre rubio apareció, y en cuanto se alejó lo suficiente de la habitación blanca, caminando sobre el suelo enrejado que cubría una multitud de tubos y cables que se cruzaban entre sí, la exótica puerta se volvió a cerrar en completo silencio. Le sorprendió mucho comprobar que por ese lado parecía no ser más que una puerta normal, del mismo color y textura que las paredes, aunque sin un pomo o manilla que la abriera.

Sin saber muy bien a dónde se dirigía, pero muerto de curiosidad por averiguar dónde se encontraba, recorrió los diez metros que a ojo juzgó que abarcaba el pasillo de un extremo a otro, cruzándose en su camino con varias puertas similares en ambos lados del mismo, además de una pesada esclusa que debía necesitar de por lo menos dos personas para abrirse, aunque no disponía de ninguna manivela para hacerlo. No se topó, sin embargo, con ventana alguna que diera al exterior de aquel sitio, y por las estrecheces y el aspecto que mostraba todo, entre cables y esclusas, le dio por pensar que se encontraba en el interior de algún tipo de submarino ultramoderno, aunque era incapaz de explicar por qué alguien habría querido meterle allí dentro.

Al final de aquel curioso pasillo se topó con otra puerta que, como todas las del lugar, no disponía de ningún mecanismo visible de apertura. Lo juzgó como un lugar tan bueno como cualquier otro por el que seguir investigando, de modo que se plantó frente a ella creyendo que se abriría por sí sola como había hecho la otra... no obstante, ésa no parecía funcionar de la misma manera.

Buscó con la mirada en los alrededores hasta encontrar una especie de botón verde muy parecido al de llamada de un ascensor, y creyendo que podía ser exactamente eso, lo pulsó para ver qué ocurría.

Esa puerta no hizo cosas raras, tan sólo se deslizó en silencio hacia un lado dándole paso, igual que habría hecho la de un supermercado... al menos uno que tuviera una puerta metálica y opaca en la entrada. Como mero acto reflejo quiso dar un paso al frente y adentrarse en la estancia que acababa de abrir, pero antes de poder hacerlo, quedó paralizado por la estupefacción ante lo que contempló al otro lado.

Aquel habitáculo que acababa de descubrir se asemejaba a una especie de cabina de avión. Disponía de dos asientos frente a lo que le pareció un mostrador translúcido y completamente plano, con un tercero junto a un pequeño grupo de pantallas instaladas en la pared, que en ese momento permanecían apagadas... sin embargo, en el cristal de la cabina estaban proyectando una película, o a lo mejor una serie de televisión.

Repantingada sobre uno de los asientos delanteros, la mujer que le colocó el casco asesino devoraba con entusiasmo una especie de caracolas amarillas que guardaba en un bol, mientras contemplaba con mucho interés la película, que parecía ser de ciencia ficción futurista a juzgar por la vestimenta de los actores y el escenario en el que se desarrollaba la historia.

—¿Rob? —dijo la mujer sin siquiera volver la cabeza antes de llenarse la boca con esas pequeñas caracolas, que crujieron con fuerza cuando las masticó y tragó—. No sabes lo que te estás perdiendo, el capítulo de esta semana es genial. «Los viajes de Milles Sheriddan» es la mejor serie de la ICP desde «Androides comparten piso»... ¿Rob?

Volvió la vista al no recibir respuesta de ese tal Rob, que debía ser el rubio fortachón, y cuando a quien se encontró fue a un anonadado Marc abrió mucho los ojos sorprendida.

—Ah, ya te has despertado —exclamó realizando un vago gesto con la mano que congeló la imagen de la pantalla. Luego giró la silla en la que permanecía sentada para poder mirarle cara a cara—. ¿Estás mejor? ¿Entiendes lo que digo?

Marc la entendía, pero no entendía por qué. Sabía que hablaba un idioma distinto al suyo, y que éste era el mismo que emplearon con él la primera vez que se vieron; sin embargo, por alguna razón que escapaba a su comprensión, sabía perfectamente lo que estaba diciéndole... y peor aún, sabía lo que tenía que responder sin apenas pararse a pensar en ello.

—¿Por qué... por qué estoy hablando este idioma? —preguntó sintiendo un doloroso pinchazo en la cabeza.

—¡Oh! Parece que, después de todo, se te ha grabado el lenguaje —replicó ella con entusiasmo, como si lo que acababa de decir debiera tener algún sentido para Marc, que se sentía tan aturdido de repente que incluso comenzó a marearse.

—¿Grabado? —repitió él, que tuvo que agarrarse al respaldo del tercer asiento para no acabar derrumbándose, sin saber de qué hablaba.

—Deberías sentarte, tienes mala cara —le ofreció la mujer, e inmediatamente después hizo otro gesto con la mano en dirección al asiento en que estaba apoyado. Éste, sin que nadie lo tocara, además del propio Marc, giró sobre sí mismo hasta quedar de cara con él, y por no llevar la contraria aceptó la invitación y se sentó, aunque lo hizo temiendo que a aquel artilugio le diera por volver a moverse solo. Sin embargo, una vez con él encima permaneció quieto—. Iré a buscar a Rob para que te eche un vistazo, ¿vale?

Marc asintió porque no se le ocurría qué otra cosa hacer. Mientras no le pusieran otra vez el casco estaría bien... o eso pensó, porque cuando la chica se incorporó de su asiento con un ágil movimiento la imagen de la pantalla se disolvió y apareció una nueva, una que mostraba otra escena bien distinta, en la que una enorme bola de fuego naranja de por lo menos el tamaño de un balón de baloncesto ardía flotando en un mar de negrura infinita.

—¿Qué? ¿Qué pasa? —se sobresaltó la mujer tras verle dar un respingo en el sitio.

Aquella imagen parecía tan real que a Marc hasta se le quedó mal cuerpo.

—¿Es... es un salvapantallas? —le preguntó con inquietud.

—¿Salvapantallas? —replicó ella confundida—. Oye... voy a buscar a Rob, tú no toques nada, ¿vale? Cómete unas gráminas si quieres, están muy ricas —añadió señalándole el bol con las caracolas amarillas.

Con premura, salió por la misma puerta que Marc había utilizado para entrar, dejándole solo en aquella insólita cabina. Unas tenues luces verdes parpadeaban rítmicamente en el techo, igual que sobre el mostrador, cuya superficie era completamente reflectante y disponía de un mando parecido a un joystick junto al asiento en que había ocupado la mujer hasta un segundo antes.

Todavía asombrado por el realismo de la imagen de la bola de fuego, se incorporó un poco con la intención de acercar la cabeza hacia la pantalla y contemplarla con mayor detenimiento... pero sintió un arrebato de pánico al descubrir de que, desde esa nueva posición, podía ver un trozo de lo que le pareció un enorme planeta bajo ellos, estuvieran donde estuvieran.

—¡Esto no es una imagen! —murmuró espantado levantándose del todo del asiento y girando sobre sí mismo para no tener que seguir mirando aquello—. ¡Estoy en el espacio! ¡Estoy...!

Comenzó a buscar casi con desesperación una cámara oculta en la cabina, o cualquier cosa que le indicara que aquello sólo era una broma de mal gusto, pero si de verdad había alguna, se encontraba muy bien camuflada. Desesperado por encontrar alguna explicación, dio un brusco movimiento y apoyó por accidente la mano sobre una de las pantallas que había junto al tercer asiento. Ésta emitió una luz amarilla parpadeante que consiguió que Marc dejara de buscar cámaras y se detuviera a mirarla alarmado. De manera inmediata, se proyectó frente a él un holograma que representaba algo parecido a una batería con un árbol dentro.

—Reservas vitales de la nave al ochenta y siete por ciento —recitó una poco expresiva pero suave voz femenina surgida de no sabía dónde.

—¡Madre mía! —exclamó asombrado retrocediendo un par de pasos más y dándose cuenta por fin de que sus ojos no le engañaban—. ¡Estoy en una nave espacial!

La compuerta se abrió de nuevo, y por ella entró otra vez la mujer, que traía consigo al tipo rubio engominado. Éste, por alguna razón que se le escapaba a Marc, se quedó mirándole sin disimular un gesto de satisfacción en su rostro.

—¡Estoy en una nave espacial! —les espetó al borde de un ataque de histeria—. ¿Por qué estoy en una nave espacial?

—Tranquilo —le dijo el hombre con una voz que pretendía infundirle calma—. Siéntate, deja que te lo expliquemos.

—¿Quiénes sois vosotros? ¿Qué es este sitio? —exclamó él a su vez sintiéndose

más bien poco calmado.

Retrocedió asustado un par de pasos hasta que tropezó con el asiento y cayó hacia atrás, golpeándose contra el mostrador.

—Torpedos de plasma preparados y listos para el lanzamiento —dijo la voz de mujer cuyo origen era desconocido.

—¡Ay, la madre que lo...! —bramó la chica de pelo del color del bronce, que de inmediato echó a correr hacia el tablero, quitó a Marc de en medio con un empujón y comenzó a dar órdenes arrastrando los dedos por su superficie. Éste respondió mostrando toda una galería de barras, botones y pantallitas con números que no tenían ningún sentido para él, pero que pese a ser tan sólo imágenes proyectadas en aquella extraña mesa, respondieron a los tecleos como si fueran completamente interactivas—. ¡Cuidado con el panel de mandos!

—¡No me toques! —gritó Marc con un tono un poco más histérico de lo que le hubiera gustado cuando el otro tipo fue a ponerle una mano encima para calmarle.

—No vamos a hacerte daño —le aseguró—. ¿Puedes sentarte y dejar que te expliquemos qué ha ocurrido? Nosotros también tenemos preguntas.

—¿Vosotros? ¿Preguntas? —dijo Marc todavía receloso. El corazón le latía en el pecho a toda velocidad otra vez, de modo que obedeció y se sentó antes de que le diera un colapso... y entonces recordó la horrible sensación que suponía darse cuenta que éste dejaba de latir y comenzabas a morirte.

Pero él no estaba muerto, la presunta estafa de la criónica había resultado no ser tal después de todo y había funcionado... y si eso era así, sólo existía una explicación posible a lo que estaba pasándole:

—¿Estoy... en el futuro? —se atrevió a preguntar.

—Estás en el presente —bufó la mujer, que se dejó caer en uno de los asientos delanteros cuando la voz que venía de ninguna parte anunció que el ataque había sido abortado—. Y te rogaría que no tocaras nada, los torpedos de plasma son caros.

—Perdona a la capitana, a veces la impetuosidad le pierde —se disculpó el hombre con cordialidad—. Permite que nos presentemos, ella es Gretchen R...

Se cortó cuando la mujer le dirigió una mirada asesina, pero no se sonrojó en absoluto por ello.

—Gretchen a secas —acabó de presentarse ella misma—. Llámame Gretch, es como lo hace todo el mundo. Él es el primer oficial Robart MQ-1, abreviado como Rob. ¿Y tú, tienes nombre?

—M... Marc —respondió él con timidez—. Marc Asensi García. Pero llamadme Marc.

—Hechas las presentaciones, supongo que tienes algunas dudas con respecto a tu estado, Marc —dijo Rob—. Estaré encantado de responder a ellas... y debo añadir que esta situación me resulta completamente fascinante.

—Vale... pues supongo que la primera y la que más me saca de quicio es: ¿por qué de repente entiendo y puedo hablar vuestro idioma como si fuera el mío?

—¡Oh, eso! Verás, cuando despertaste era evidente que con tu primitivo lenguaje no podíamos comprendernos mutuamente —le explicó Rob como si fuera algo poco interesante—. Te conectamos al casco para implantártelo... no está pensado para ese tipo de cosas en realidad, pero parece que lo conseguimos.

—¿Implantarme un lenguaje? —exclamó atónito—. Entonces, sí que estoy en el futuro.

—Estás en el presente —repitió Gretch.

—¿Y siempre duele tanto el casco ese? —quiso saber Marc, a quien la cabeza todavía le daba vueltas, aunque no sólo por aquella experiencia.

—Debería ser del todo indoloro en condiciones normales —admitió Rob—. Confieso que fue un fallo nuestro. No caímos en la cuenta de que podías no tener chip cerebral.

—No caíste —le corrigió Gretch—. Todo esto fue idea tuya.

—¿Chip cerebral? —Marc cada vez entendía menos.

—El chip que se le coloca a todo el mundo al nacer —le explicó ella—. Va contigo toda tu vida, sirve para conectarte a dispositivos electrónicos inalámbricos, mantener lecturas de tus funciones corporales, identificarte y esas cosas.

—¿Así es como aprendéis idiomas en el futuro, metiéndolos directamente en el cerebro? —se inquietó él, que veía aquello como poco menos que una aberración.

—En el presente —le corrigió Gretch una vez más—. Los idiomas se aprenden en el colegio de la forma tradicional: estudiando. Sería una irresponsabilidad utilizar el casco para eso con los niños, puede provocar daños irreversibles en el cerebro.

—Ah... eso me tranquiliza un poco —replicó con sarcasmo, sobrecogido ahora ante el temor de que su dolor de cabeza no se fuera nunca.

Pero Marc no se dejó asustar demasiado tiempo. Él ya sabía lo que era el dolor, había sufrido lo indecible por un cáncer, una leve jaqueca no iba a poder con él.

—La inteligencia mecánica y la biológica no son demasiado compatibles, me temo —añadió Rob con un gesto de resignación.

—Entonces, ¿en qué año estoy? O estamos...

—Varía según el calendario, pero supongo que tú debes estar familiarizado con el tradicional, y por tanto, nos encontramos en el año tres mil doscientos cuarenta y siete de la nueva era... o después de Cristo, si lo prefieres —le contestó él.

—¿Tres mil doscientos...? —a Marc por poco le da un colapso. Sabía que ya no se encontraba en su época, el suelo que pisaba era el de una nave espacial y la tecnología que le rodeaba era del todo desconocida para él, que sabía sumar dos más dos y se dio cuenta de que tenían que haber pasado más que unos pocos años, pero jamás habría imaginado que tantos—. Eso son más de mil doscientos desde mi época.

—¡Mil doscientos! ¡Vaya! —exclamó Rob atónito, y hasta Gretch levantó una ceja con genuino asombro.

—Es una buena cantidad, no cabe duda —admitió.

Consternado, Marc comprendió que todas las personas a las que conoció estaban

muertas... de hecho, llevaban tanto tiempo muertas como Carlomagno, emperador de occidente en Roma, lo llevaba cuando él nació. Jordi; la novia de Jordi, Berta, que por alguna razón que nunca supo no le soportaba; el vecino molesto del piso de arriba, que siempre bajaba a las juntas en bata; la amargada señora de la oficina del paro... todos habían desaparecido engullidos para siempre por el abrumador peso de la historia.

—Supongo que debe ser difícil de asimilar que haya pasado tanto tiempo —dijo Gretch tratando de ser comprensiva—. Si necesitas un momento...

—No... o sea, sí, desde luego que lo necesito, pero también respuestas. —El golpe al enterarse de su viaje temporal había sido duro, pero la curiosidad que sentía era mucho mayor. ¡Habían pasado más de mil años y estaba dentro de una nave espacial! ¿Cómo sería el mundo en el que acababa de aparecer? Le asaltaban tantas dudas que no sabía ni por dónde empezar—. De modo que estoy en el futuro...

—En el presente —le corrigió Gretch otra vez.

—¿Y al final qué ha sido? ¿Una utopía o una distopía?

—Supongo que depende de dónde hayas nacido —respondió ella encogiéndose de hombros—. Y también del dinero que tengas, por supuesto.

—Entiendo —asintió.

Marc siempre fue un firme defensor de la teoría de que no existía fuerza en el universo que pudiera cambiar a la humanidad. Ésta seguiría peleada para siempre consigo misma, con la forma de obtener el dinero y con su sistema de gobierno, y eso no iba a cambiar en mil doscientos años ni en tres mil. No obstante, era algo bueno, dentro de lo que cabía, porque mientras hubiera factor humano, habría humanidad.

—Sugiero que vayamos por partes —propuso Rob sonriéndole amistosamente—. Es mucha información, y si nos dedicamos a saltar de un tema a otro no sólo no terminaremos nunca, sino que nos perderemos en el camino. ¿Por dónde quieres empezar, Marc?

—Supongo que lo mejor es ir de lo específico a lo general —reflexionó—. ¿Por qué estoy en una nave espacial? ¿Qué me ha pasado estos últimos mil doscientos años?

—Lo ignoramos —dijo Gretch cruzándose de piernas y recostándose contra el asiento—. Encontramos tu cápsula de criónica entre los restos de una nave que tienen por lo menos quinientos años de antigüedad, pero eso te deja nada menos que a setecientos de tu época todavía.

—Aunque se puede investigar —apuntó Rob levantando un dedo—. En alguna parte debe haber información al respecto.

—Eso estaría bien —afirmó Marc—. ¿Cómo sobreviví en una nave rota? ¿Y cómo me encontrasteis, ya de paso?

Los dos se lanzaron una mirada nerviosa antes de contestarle, cosa que le indicó a Marc que ocultaban algo, o que no querían ser del todo sinceros. Sin embargo, no quiso acusarles de nada cuando todavía tenía muchísimas preguntas en mente, no

quería ofender a nadie.

—Sobreviviste porque el generador de la nave funcionaba todavía y mantenía en marcha tu nevera —contestó Gretch—. Es sólo una suposición, pero tiene sentido, creo. Te encontramos porque... Rob y yo somos arqueólogos, buscamos restos históricos en los sistemas cercanos a la Tierra por su posible interés arqueológico. Encontramos los escombros de tu nave en un reconocimiento, los investigamos y sacamos de allí la cápsula que te mantenía congelado.

—¿Arqueólogos? —replicó Marc sorprendido. Le costaba concebir a un arqueólogo como a alguien que viajaba en una nave espacial, pero tenía sentido que, habiendo pasado más de mil años, lo que para él todavía era futuro ya fuera un pasado muy lejano para ellos, y hubiera despertado por tanto algún interés histórico. Como las ruinas de la Tierra en su época.

Se llevó las manos a la cabeza y se masajeó las sienes. Le resultaba difícil pensar en naves espaciales como en algo del pasado; había permanecido demasiado tiempo convertido en un cubito de hielo... demasiado.

—¿Te encuentras bien? —se preocupó Rob.

—Sí, es sólo... no importa, será mejor que sigamos. Y ya que lo mencionas, ¿por qué me siento bien? Lo último que recuerdo es que me estaba muriendo por culpa del cáncer.

—¿Moriste de cáncer? —exclamó Gretch incrédula y con un gesto burlón en la cara que a Marc no le gustó nada—. ¿En serio?

—¿Algún problema con eso? —se indignó él, que no le veía la gracia por ninguna parte.

—No, claro que no, es que... ¿quién se muere de un simple cáncer? Yo misma tuve leucemia de pequeña, pero tan sólo recibí medicación durante un par de semanas y me curé. Es tan... primitivo, que hasta me da la risa.

—En mi época no teníamos la suerte de poder reírnos de eso —contestó él molesto por la falta de empatía mostrada hacia su situación—. Muchos niños morían de leucemia entonces, y también mucha gente lo hacía por culpa del cáncer, como yo.

—Las enfermedades humanas me resultan casi divertidas —declaró Rob—. Es curioso cómo algo tan insignificante como un virus, por ejemplo, puede acabar con vuestras vidas de un plumazo. Es, sin duda, un gran fallo evolutivo.

—¡Eh, a ti también puede matarte un virus! —replicó Gretch frunciendo el ceño—. De hecho, los virus que pueden matarte a ti ni siquiera existen en un sentido físico.

La respuesta de Rob fue un gesto desdeñoso, pero Marc se sintió perdido de nuevo.

—No entiendo... —confesó—. ¿Enfermedades humanas? ¿Sus virus?

—¡Oh claro! —exclamó Gretch cayendo en la cuenta—. No lo sabes porque en tus tiempos no había, ¿verdad? Rob no es un humano, como nosotros, él es un androide.

—¿Un androide? —repitió Marc impresionado volviendo la vista hacia él con renovada admiración.

—Robart modelo MQ-1 —volvió a presentarse haciendo una leve reverencia—. Los androides mejor diseñados del sector.

—Al menos hasta que diseñaron los MQ-2 —se burló Gretch.

—Segundas partes nunca fueron buenas, por eso preferí conservar este diseño y no actualizarlo —repuso Rob sin prestarle demasiada atención a la puya—. Aunque los MQ-2 son más modernos, mi funcionalidad es muy superior en...

—Perdón, pero no estoy familiarizado con el término «androide» —le interrumpió Marc—. ¿Es una especie de robot, o medio robot?

—Es un robot completo —le explicó Gretch—. Del todo artificial, fabricado de grafeno y estaneno.

—Estaneno sólo en las partes internas, obviamente —matizó Rob, como si eso debiera tener algún sentido para Marc, que de materiales no entendía demasiado.

—Obviamente —asintió, sin embargo, por no llevar la contraria.

Le impresionó mucho que aquel hombre, si es que podía seguir llamándole así, fuera en realidad un robot mecánico. Eran tan indistinguible de un ser humano de verdad que hasta daba un poco de miedo, aunque le delataba la perfección de sus rasgos, exactamente lo mismo que le había llevado a pensar que podía tratarse de un ángel cuando le vio por primera vez.

—Olvidémonos de las partes internas de Rob —propuso Gretch—. Nos has dicho que moriste.

—Sí —confirmó Marc recuperando el hilo de la conversación—. Es decir, estaba terminal y creo que me morí. Entonces, ¿por qué ahora estoy vivo y me siento tan bien?

—Efecto de los nanos reparadores que te inyecté para que la descongelación no te dejara más allá de lo recuperable —expuso Rob con un deje de orgullo que no le pasó desapercibido—. Su función era reparar los tejidos dañados por la congelación, pero debieron reparar también los dañados por el cáncer.

—Nanos... nanobots. ¿Os referís a los robots microscópicos? —Marc no sabía mucho de tecnología, no era su campo y ahora lo lamentaba mucho, porque se sentía muy tonto pidiendo aclaraciones por todo, sin embargo, la palabra «nanobot» sí que la conocía.

—¡Ah! ¿Había de ellos en tu época? —se extrañó Gretch—. Sé que son una tecnología con orígenes muy en el pasado, pero admito que las clases de historia no eran mis favoritas en la escuela.

—Bueno, no sé si había, pero desde luego se hablaba de ellos... a lo mejor como algo que se iba a crear en el futuro, o que se estaba probando.

—Pues se crearon —le aseguró Rob—. Los nanobots reparadores son pequeños robots con información médica avanzada y programados para restaurar la salud humana. Unas células cancerígenas y un poco de metástasis no debieron ser un

problema mucho mayor que reparar las células cardíacas dañadas por la parada... y el trauma de la congelación, por supuesto.

—Entonces, ¿me han curado el cáncer? —preguntó asombrado.

—Del todo no lo creo, pero sin duda lo habrán hecho remitir de manera considerable —dedujo el androide.

—No te preocupes, conozco un médico que puede encargarse de eso, y precisamente se encuentra en el que va a ser nuestro próximo destino —le tranquilizó Gretch.

—Aun así, no sabéis lo que es estar muriéndose... —Marc se volvió hacia Rob—. Dale las gracias a tus diminutos congéneres.

—¡Por favor, ellos no son mis congéneres! —replicó el androide sonriendo—. Sería como decir que un mono es congénere vuestro, mi tecnología es mucho más avanzada en el campo de la IA que la de esos enanos.

—Perdón —exclamó Marc al instante—. Es una sensación difícil de describir, los últimos meses de mi vida han girado alrededor de mi enfermedad, y verme ahora tan... asintomático, se me hace raro. Me dan ganas de saltar y bailar, pero toda esta nueva situación me abruma, y tengo tantas preguntas todavía.

—Pues dispara —se ofreció solícita Gretch—. Reconozco que Rob tiene razón, tiene su morbo esto de poner al día a alguien que lleva congelado mil doscientos años.

Marc pudo comprender lo divertido que debía ser aquello para ellos. Se imaginó lo que supondría explicarle a un hombre de la edad media, uno de esos caballeros con escudo, espada y armadura, lo que era internet, la televisión o la luz eléctrica siquiera... y tenía que reconocer que, como experiencia, sería al menos interesante.

—Vale, eh... —Miró de nuevo a través del cristal, el movimiento de la nave había logrado que el planeta rojizo sobre el que orbitaban quedara más a la vista—. ¿Eso es Mercurio?

—¿Mercurio? —preguntó confusa la mujer.

—Era un planeta del Sistema Solar —le aclaró Rob—. Empezamos a entrar en temas escabrosos, me temo.

—¿Escabrosos por qué? —inquirió Marc—. ¿Eso no es el Sol entonces?

—Es un sol, sí, pero no el tuyo —le corrigió Gretch—. El tuyo era amarillo, y éste es naranja, además, se llama Alfa Centauri B. El planeta que ahora mismo orbitamos es Alfa Centauri Bb... estamos a más de cuatro años luz de lo que queda del Sistema Solar.

—Cuéntale lo de la Tierra —la apremió Rob—. Esa historia os gusta contarla más a los humanos.

—¿Qué ha pasado con la Tierra? —quiso saber Marc comenzando a preocuparse.

—La Tierra ya no existe tal y como tú la conocías, me temo —le reveló por fin Gretch—. Verás, en el año dos mil setecientos treinta y tres, fecha grabada en los anales de la historia para siempre, la humanidad sufrió la invasión de unos seres

alienígenas a los que conocemos sólo como «grises».

—¡Ésos ya se conocían en mi época! —la interrumpió Marc, que pese a no ser un aficionado al tema, había escuchado esas historias de alienígenas pequeños y cabezudos, con ojos negros enormes y piel grisácea, en programas de televisión y películas de ciencia ficción.

—Por incompatibilidades en el lenguaje, nunca se supo el nombre que se daban a sí mismos, de modo que los apodaron así, supongo que precisamente por su parecido con aquellos de las historias de ficción —intervino Rob—. Sin embargo, no existen registros que indiquen que entraran en contacto con la humanidad antes de ese preciso momento.

—Entonces, ¿invadieron la Tierra? —preguntó Marc indignado. Pensar en que su planeta pudiera estar en manos de seres de otra galaxia le hacía sentir enfermo de nuevo. Aunque al mismo tiempo le costaba hablar de esos temas en serio. Era todo tan como sacado de una película...

—No llegaron a poner un pie en ella —le aseguró, sin embargo, Gretch negando con la cabeza—. Nada más aparecer, liberaron en la atmósfera un terrible virus llamado «Segador» diseñado para aniquilar a los terrícolas.

—¡Oh Dios! —exclamó.

—Toda la civilización de esos seres se movía en una monstruosa nave nodriza, con la que asaltaban planetas ricos en recursos naturales para saquearlos, y le llegó el turno a la Tierra —continuó—. La vida humana no les importaba, ni siquiera querían esclavos, con el Segador pretendían barrernos a todos y tomar posesión del planeta sin apenas resistencia... y lo habrían conseguido.

—¿Qué pasó? —quiso saber él, muy intrigado por aquella historia.

—Nosotros —respondió Rob—. Como es natural, los androides éramos inmunes a un virus biológico, por lo tanto éste no nos supuso peligro alguno.

—¿Y no fueron capaces de prever eso? —se extrañó Marc, a quien no le cuadraba un fallo semejante en una raza tan avanzada como para andar dando vueltas por el vecindario espacial y diseñar virus letales.

—Verás, es todo más complicado... en aquella época la humanidad estaba sumida en un debate sobre la naturaleza de los nuestros —le explicó el androide—. Se discutía sobre si debíamos ser equiparados en derechos a vosotros, y muchos grupos xenofóbicos en ambas partes pretendían imponer su voluntad. Para algunos humanos no éramos más que máquinas, y para algunos de los míos los humanos sólo eran molestas criaturas de carne y hueso cuyo momento histórico ya había pasado.

—Los aliens atacaron cuando el debate estaba más caliente —añadió Gretch—. Un grupo de resistencia androide que pretendía esclavizar a la humanidad creció dramáticamente... la cuarta guerra mundial estaba a punto de estallar.

—¿Cuarta? —inquirió Marc abriendo mucho los ojos.

—Perdón, tienes razón, fue la quinta —se corrigió—. Los aliens quisieron sobornar a los androides aprovechando la situación, ofrecerles un lugar en su

civilización a cambio de dejar morir a la humanidad.

—Pero, demostrando más humanidad que los propios humanos, nos negamos —dijo Rob orgulloso—. Ayudamos en las evacuaciones de supervivientes a Marte, lo que salvó a vuestra especie de la aniquilación, y plantamos cara conjuntamente a los grises... aunque se pagó un alto precio por ello.

—¿Destruyeron la Tierra en represalia? —aventuró Marc, que ya sabía que la historia no tenía un final feliz para su planeta.

—No, verás, científicos de la colonia de Marte habían estado trabajando en un arma de destrucción masiva muy novedosa por entonces: el misil de antimateria —continuó Gretch con el relato—. La capitana Marla Shakey, cuya leyenda todo el mundo conoce hoy día, encabezó un ataque suicida contra las tropas que tenían en la Tierra que sirvió de distracción para el ataque principal contra la nave nodriza con el misil de antimateria. Se logró destruirla, pero antes de eso, y como represalia cuando supieron que habían sido engañados y que su fin se acercaba, ellos emplearon el arma más destructiva que se ha conocido en la historia.

—El destructor de soles: un arma de naturaleza desconocida, incluso para los conocimientos actuales, que acelera de manera catastrófica el ciclo vital de una estrella —recitó Rob con gravedad—. Los grises perdieron y su civilización fue destruida junto con su nave nodriza, pero utilizaron el destructor de soles contra el Sol.

—¡Pero eso es aún peor que destruir la Tierra! —exclamó Marc boquiabierto—. ¿Qué pasó luego?

—No había nada que hacer... la Tierra era inhabitable para la humanidad por culpa del Segador, la única colonia habitable se encontraba en Marte, pero calcularon que en menos de cien años el Sol acabaría estallando como una gigante roja. Era prioritario reaccionar contra aquello, que podía ser el final de la vida tanto humana como androide —puntualizó Rob.

—La ventaja fue que, con problemas más importantes en mente, todo el mundo se olvidó de la batalla entre androides y humanos —añadió Gretch—. Se llegó a unos rápidos acuerdos para la convivencia de ambas razas... no estaba el horno para bollos. De hecho, el horno iba a estallar de un momento a otro.

—¿Y cómo se salvaron? —preguntó Marc comenzando a ponerse nervioso—. O bueno, nos salvamos.

—La salvación, irónicamente, fueron los propios grises —contestó ella esbozando media sonrisa—. Verás, en aquella época, el único viaje espacial posible era dentro del mismo sistema. Se construyó una colonia autónoma en Marte, y se extraían hidrocarburos de una de las lunas de Júpiter... no recuerdo cómo se llamaba, da igual. La cuestión es que no conocíamos forma alguna de sobrepasar la velocidad de la luz, algo imprescindible para viajar de manera efectiva entre sistemas planetarios. Pero los grises sí conocían esa tecnología, y quedó suficiente de su nave nodriza como para robar varios de esos motores, estudiarlos, replicarlos e incluso

perfeccionarlos con el paso del tiempo.

—Se podría decir que le robamos la tecnología de empuje por curvatura a los alienígenas, salvando así nuestra civilización —resumió Rob—. Aún más, extendiéndola por todo este sector de la galaxia.

—Empuje por curvatura —repitió Marc, a quien por escaparse de su especialidad, e incluso de su tiempo, aquello le sonaba a chino—. ¿Cómo funciona?

—Para no agotarte con términos técnicos, digamos que el motor de la nave crea una pequeña burbuja de espacio-tiempo, y luego crea distorsiones espaciotemporales para que la burbuja se aleje de su origen y se acerque al destino...

—Como si se surfeara una ola de espacio-tiempo —aclaró, o más bien lo intentó, Gretch.

—Ya... no entiendo nada, pero vale, se consiguió la tecnología para viajar entre las estrellas, como nuestra raza siempre soñó. Genial, ¿no? Estábamos salvados.

—¡Y tanto! —exclamó Gretch—. Entonces comenzó una época que se recuerda con mucho cariño, aunque sólo sea por lo terrible que fue la anterior y las vidas que costó: la era de la exploración espacial.

—Había que salir del Sistema Solar cuanto antes, era prioritario porque el sol se consumía a un ritmo alarmante —intervino Rob—. Se construyeron decenas de naves capaces de moverse más rápido que la luz para encontrar un nuevo asentamiento para humanos y androides... y veinte años más tarde se colonizó el planeta hoy día conocido como Nibiru.

—Era un planeta ideal —dijo Gretch—. Quedaba relativamente cerca y poseía su propia atmósfera respirable. Por aquel entonces las técnicas de terraformación estaban en pañales, no se habían llevado a cabo ni en Marte, y tampoco merecía la pena hacerlo ya, por lo que eso último fue muy importante. Lo que quedaba de la humanidad abandonó el Sistema Solar y colonizó Nibiru... pero entonces ocurrió algo asombroso.

—¿Qué? —quiso saber Marc, fascinado por todo lo que estaba aprendiendo.

—Encontramos más planetas habitables... o que se podrían habitar con leves retoques —le respondió ella—. Así, se colonizaron Nueva Tierra, Solarian y Atenea. Y cuando las técnicas de terraformación avanzaron y fueron tan efectivas como rentables se empelaron para volver habitables Eternia, Vega III y Dackhara, para un total de siete planetas poblados por la humanidad... y los androides, claro.

—El Sol siguió con su ciclo acelerado, hasta que en el año dos mil ochocientos doce, como una gigante roja, rozó la superficie de la Tierra —concluyó Rob—. Por aquel entonces ya no habitaba nadie allí, salvo algunos androides aislacionistas, y se había logrado salvar buena parte de la cultura e historia humanas, así como muestras de flora y fauna que permitirán replicarla más adelante. Ahora el Sol es una enana blanca que apenas brilla en el firmamento, y la Tierra una mezcla entre mares de magma y continentes arrasados que carece por completo de atmósfera y resulta inhabitable para cualquier forma de vida.

—La Tierra destruida... —murmuró Marc comenzando a sentirse muy mal. La Tierra era todo lo que había conocido, ni siquiera se planteó jamás la posibilidad de conocer otra cosa, y debido a eso se vio a sí mismo como un hombre sin hogar, flotando en una nave en un sistema planetario cuyo nombre tan sólo le sonaba vagamente—. Cuántas cosas se habrán perdido...

—Es posible, pero gracias a ellos ahora somos una civilización de tipo dos, de camino a tres —replicó Gretch.

—¿Civilización de tipo dos? —replicó Marc que, como siempre desde que se sentó en aquel asiento, no tenía ni idea de qué le estaban hablando.

—¡Sí hombre! Según la escala de Kardashov... si eso es de tu época —intentó hacerle ver ella, aunque a Marc seguía sin sonarle de nada—. A ver, según esa escala, hay tres categorías de civilizaciones basadas en la cantidad de energía utilizable que una civilización tiene a su disposición. Una civilización de tipo uno sería la humanidad de tu época, capaz de aprovechar toda la potencia energética del planeta.

—Me parece que en su siglo aún les quedaba un poco para llegar a ser de tipo uno —apuntó Rob.

—Bueno, por aproximación... —repuso Gretch descartando el problema—. Una civilización de tipo dos es capaz de aprovechar toda la potencia de una única estrella. Cuando los grises llegaron estábamos en camino a eso... ahora lo hemos superado con creces. Una civilización de tipo tres se supone que aprovecha toda la energía de una galaxia, aún distamos mucho de llegar hasta ahí, pero siete sistemas planetarios distintos son un buen comienzo. Saltamos de luchar por ser una tipo dos a estar en camino de ser una tres, es un salto evolutivo impresionante.

—Sin embargo, en ese salto evolutivo se ha perdido la Tierra —objetó Marc.

—No lo mires así —trató de animarle ella—. Piensa en lo que hemos ganado... ahora somos miles de millones más de los que el sistema solar habría podido mantener, tenemos siete veces el territorio y los recursos que tuvimos entonces.

—Pero la Tierra era nuestro planeta de origen —trató de hacerle entender, incapaz de comprender cómo su pérdida no les afectaba más—. El lugar donde evolucionamos, donde nos convertimos en quienes éramos, donde se encontraba nuestra historia... era nuestra cuna.

—Cuando el niño crece, abandona la cuna y no vuelve a ella jamás —sentenció ella—. Ya no somos la humanidad de tu época, Marc, nos expandimos por la galaxia, lo que a la larga asegura nuestra supervivencia. Si los grises volvieran a atacarnos, ya no les bastaría con destruir un planeta para extinguirnos.

—Vaya, ahí te ha salido la dackhariana que llevas dentro —sonrió Rob, pero Gretch le lanzó una mirada asesina en respuesta, aunque el androide no se amedrentó lo más mínimo por ello.

—¿Dackhariana? —preguntó Marc todavía alicaído. Le iba a costar superar lo de la Tierra, cada segundo que pasaba se daba más y más cuenta de las implicaciones que conllevaba la desaparición del planeta natal de la humanidad, y le deprimía

todavía más... y eso que no le faltaban motivos para estar contento en realidad: no había muerto, se curaría del cáncer y tendría la vida en el futuro que no pudo tener en su época. No tenía ningún motivo para quejarse—. ¿Ésa era una de las colonias, no?

—La más beligerante de ellas —confirmó la propia Gretch—. Sobre todo desde la segunda eugenesia.

—¿Eugenesia? —Marc no creía que en su cerebro quedara un sólo hueco libre para guardar más información por el momento, pero aun así preguntó—. ¿Qué es eso?

—¡Caray! Los de tu época no sabéis nada de nada —se asombró la mujer.

—Vaya, muy amable —replicó él molesto.

—Perdona, pero es que son conceptos tan básicos... vale, la eugenesia digamos que es mejorar los rasgos hereditarios de una especie manipulando los genes —trató de explicarle.

—Alrededor del año dos mil quinientos, la manipulación genética era algo tan habitual que se utilizó para mejorar la propia raza humana a un nivel global... dentro de lo posible, claro —siguió contándole Rob—. Os hicisteis más fuertes, más sanos y hasta más inteligentes.

—Suen a algo terrible —valoró Marc.

—No lo fue —le corrigió él, que parecía un profesor explicando la lección—. Tienes una idea equivocada de la eugenesia, me temo. Sólo con un poco de ingeniería genética os volvió resistentes a la mayoría de enfermedades por entonces mortales, y aumentó vuestra esperanza de vida alrededor de un tercio.

—¿Cuál es la esperanza de vida ahora mismo? —se interesó.

—Más o menos unos ciento veinte años —le respondió Gretch—. Yo, por ejemplo, tengo treinta y cinco y...

—¿Tienes treinta y cinco? —exclamó Marc asombrado—. Vaya... yo te habría echado mi edad.

—¿Y cuantos tienes tú? —le preguntó ella alzando una ceja con suspicacia.

—Veinticinco —contestó—. Bueno, en realidad más de mil, pero veinticinco vividos.

—Pues yo te habría echado mi edad, estás muy deteriorado para tener veinticinco —afirmó Gretch con tal rotundidad que Marc no supo qué decir para defenderse. Jamás habría pensado que, con sólo un cuarto de siglo de vida, le acusarían de estar envejecido... pero si la longevidad había aumentado tanto en la raza humana, era de lógica que se aplicara a todas las fases vitales de ésta. De poco valía vivir 40 años más siendo todos ellos un viejo decrepito.

—¿Y la segunda eugenesia? —inquirió Marc para dejar a un lado el tema de su edad.

—Oh, esa afecta sólo a los dackharianos —respondió Rob—. Pero que te lo cuente Gretch, que conoce la historia mucho mejor, ¿verdad?

—Verdad —admitió ella, aunque, como Marc observó, muy a su pesar—. Fue

durante la colonización de Dackhara cuando todo comenzó. Las gentes que poblarían el planeta estaban, digamos, nerviosas por culpa de los grises. Afirmaban que no sabíamos qué peligros podía haber ahí fuera, en el espacio profundo, ya fuera en forma de más grises u otras razas todavía peores. Por tanto, determinaron que el objetivo primordial de su planeta sería la defensa contra posibles amenazas exteriores para evitar que se repitiera lo de la Tierra.

«Ese sentimiento, legítimo en un principio, desembocó con el paso del tiempo en una beligerancia con otras colonias que podríamos llamar excesiva, y las guerras y conflictos que se sucedieron a lo largo de la historia no son pocos. Para estar más preparados, sometieron a todo el planeta a una segunda eugenesia, haciéndonos todavía más duros y resistentes que los humanos de otras colonias».

—No parece que eso te guste mucho —se aventuró a opinar Marc.

—Los problemas personales con mi planeta natal son de otra naturaleza en realidad —respondió ella dando claras muestras de una incomodidad repentina—. ¿Tienes alguna pregunta más? Deberíamos ir poniéndonos en marcha.

—¿En marcha a dónde? —fue su pregunta.

—Al Horizonte de sucesos —anunció—. Es una vieja estación espacial que no está lejos de aquí... allí terminará nuestro viaje, haremos que te vea un médico y que alguien te envíe a Nueva Tierra.

—¿A Nueva Tierra? —replicó él poco entusiasmado ante aquella perspectiva—. ¿Por qué?

—Supongo que allí sabrán qué hacer contigo —le dijo—. Te pondrán un chip e imagino que intentarán integrarte entre la gente... normal. La de esta época, vamos.

—No me gusta cómo suena eso —confesó Marc, quien desconfiaba sobre todo de lo del chip. Puede que en esa época todos lo tuvieran muy asumido, pero a él lo de chips instalados en el cerebro y las eugenesias le sonaba demasiado a conspiración gubernamental para mantener controlada a la población, y se sentía muy bien sin formar parte de ninguna de las dos cosas—. ¿A dónde os dirigís vosotros?

—Pues... nosotros seguiremos con nuestro trabajo, claro —respondió Gretch titubeante—. Buscamos restos de batallas antiguas en sistemas cercanos a la Tierra, ¿recuerdas?

—¿Cercanos a la Tierra? ¿Puedo ir con vosotros entonces? —les pidió casi suplicante pasando la mirada de uno a otro, buscando una pizca de compasión en sus rostros—. No me gusta eso del Horizonte de sucesos, y lo de Nueva Tierra aún menos. No quiero que me pongan ningún chip, quiero ver mi planeta, y si estáis cerca...

—Como capitana, no puedo permitirlo —exclamó Gretch negando con la cabeza—. Según todas las leyes espaciales, eres un naufrago, aunque uno especial, sin duda. Mi deber, por tanto, es dejarte en un puerto espacial seguro y encargarme de que te socorran. No te preocupes, eres un trozo de historia viva, te irá bien en Nueva Tierra. Además, la vieja Tierra sólo es un yermo asolado y sin vida, en Nueva Tierra

encontrarás lo más parecido a tu mundo que existe, te lo aseguro.

A Marc no le emocionó la idea, pero entendía que ellos tan sólo le habían encontrado a la deriva en el espacio, que tendrían sus vidas y sus trabajos, y para ellos no significaba lo más mínimo, salvo por la curiosidad histórica en la que se había convertido.

—Muy bien... —consintió con resignación—. Me gustaría descansar. Son demasiadas cosas que asimilar, y todavía me siento como congelado por dentro.

—Rob, llévale a un camarote de la tripulación —ordenó Gretch—. El Horizonte de sucesos no queda lejos, te despertaremos cuando hayamos llegado.

—De acuerdo —afirmó levantándose y siguiendo al androide, que le llevó fuera del puente de mando, donde se quedó ella a cargo de la nave.

Entrando por una compuerta distinta del pasillo, acabaron en otro más corto que el principal, y que disponía a su vez de cuatro entradas, dos a cada lado. Estas puertas tampoco estaban camufladas en la pared, pero una de ellas se abrió cuando se aproximaron, dándoles paso a una pequeña habitación sin ventanas que constaba de una cama empotrada en la pared y un pequeño armario.

—¿No hay más tripulación? —le preguntó al androide al ver aquel lugar vacío.

—Sólo estamos Gretch y yo —contestó él—. Esta nave es un carguero con capacidad para seis tripulantes, pero en realidad basta con una para pilotarlo.

—Entiendo —dijo adentrándose en el camarote. No era muy amplio, y tampoco demasiado acogedor, pero al menos parecía estar limpio, y la iluminación era la misma que la del resto de la nave—. Por cierto, ¿de dónde viene esta luz tan rara que no produce sombra?

—De todas partes —respondió Rob—. Las paredes, el suelo y el techo están llenos de microfotogeneradores que mantienen una iluminación constante. No produce sombra porque la luz viene de todas direcciones.

—Qué curioso —replicó admirado buscando esos microcomosellamaron en las paredes, aunque sin lograrlo—. Son tantas cosas nuevas, tantos avances tecnológicos que no comprendo, que me duele la cabeza.

—Puede que eso sea por el casco —opinó Rob.

—Puede, o tal vez porque hay muchas cuestiones que todavía no tienen respuesta... ¿cómo acabé dentro de una nave en Alfa Centauri, por ejemplo?

—No tengo la menor idea, pero sí una hipótesis, si te interesa —le dijo el androide.

—Oigámosla —concedió Marc muy interesado en su opinión.

—Tu cápsula de criónica se encontraba en un carguero que transportaba evacuados desde la Tierra, probablemente hacia Marte. Debió sufrir un accidente, o un ataque de los grises, y quedó destruido y a la deriva... cuando el Sol se convirtió en una gigante roja abrasó la Tierra, pero no alcanzó Marte, de modo que, si los restos estaban en un punto intermedio, es posible que salieran disparados por la energía de la explosión solar y vagaran durante siglos por el espacio. No sé cómo

llegaron hasta aquí, pero cuando lo hicieron llevaban la velocidad suficiente para quedar en órbita alrededor de Alfa Centauri Bb.

—Entonces he tenido suerte de que me encontraran ahora —juzgó Marc—. Podría haberme quedado flotando a la deriva por el espacio hasta el fin de los tiempos.

—No sé si es una suerte haber vuelto a la vida hoy o era mejor hacerlo dentro de mil doscientos años más —afirmó el androide encogiéndose de hombros—. Pero que no te encontráramos jamás era una opción más que probable, de modo que es correcto afirmar que tuviste suerte, sí. Aunque el generador que te mantenía vivo tampoco habría permanecido activo eternamente.

—Pues entonces creo que voy a dormir congratulándome por la suerte que tengo —replicó él torciendo el gesto y sentándose sobre la cama, para lo cual no le quedó más remedio que agacharse e introducirse en un cubículo no demasiado amplio.

Pese a las apariencias, el fino colchón le resultó muy cómodo cuando se apoyó sobre él, y las sábanas además eran muy suaves, aunque no habría sabido decir el tejido del que estaban hechas.

—Muy bien, te dejo solo entonces —dijo Rob dándose la vuelta para marcharse—. Por cierto, si tienes sed, hay un generador de agua en el compartimento.

Cuando la compuerta se cerró tras él, Marc buscó con la mirada el compartimento ese, pero no logró encontrarlo... debía ser otro de esos muebles escondidos en las paredes, como los de la enfermería.

Agotando tanto física como mentalmente, se tumbó en la cama y trató de relajarse, aunque sabía de sobra que dormir le iba a resultar imposible cuando en su cabeza bullían mil emociones distintas. Eran demasiadas novedades, demasiada información... y terribles pérdidas también. Como todos en su época, Marc pensaba que sería la humanidad quien acabaría con la Tierra, no una raza de aliens cabezudos; sin embargo, al igual que la gente de su tiempo, nunca lo pensó en serio, siempre creyó que la Tierra estaría allí para siempre, y descubrir que había desaparecido, que ya sólo era un montón de tierra churrascada, era muy difícil de asimilar.

Pero no todo eran androides casi humanos, naves espaciales, un cuerpo lleno de nanobots, planetas natales destruidos e idiomas futuristas implantados en el cerebro, por encima de todo eso estaba que seguía vivo, y ésa era una noticia que sólo alguien que ya había muerto una vez era capaz de valorar en toda su amplitud. Además, pronto se curaría del cáncer y tendría toda una vida por delante, por lo que eligió focalizar sus pensamientos en ese sentimiento concreto para lograr conciliar el sueño... ya tendría tiempo de asimilar todo lo demás más adelante.

Rob volvió al puente de mando cuando Gretch ya se encontraba calculando la ruta con el ordenador de a bordo con la intención de abandonar por fin el sistema Alfa Centauri. Sin mediar palabra, se sentó en el asiento del copiloto y se quedó mirando

al frente, fingiéndose distraído.

—¿Qué? ¿Qué pasa? —le interrogó ella algo molesta. Conocía demasiado bien a Rob como para no saber lo que significaba esa actitud, la adoptaba cada vez que se sentía indignado por algún motivo—. ¿A qué viene ese gesto tan de androide?

—No sé si estamos obrando bien con ese hombre —reflexionó—. No parecía muy entusiasmado con la idea de ir a Nueva Tierra, y si no quiere hacerlo, no deberíamos obligarle. ¿No te parece?

—Los androides y vuestros dilemas morales —exclamó Gretch poniendo los ojos en blanco y negando con la cabeza—. Oye, suficiente voy a hacer por él molestándome en que llegue al planeta a salvo, ¿vale? Podría dejarle tirado en cualquier parte, o venderle a un zoo de bichos raros para ganar el dinero que no hemos ganado saqueando su nave. ¿Te imaginas? ¡Damas y caballeros, con todos ustedes Marc: el último terrícola! La gente pagaría por verlo.

—No tiene gracia —gruñó Rob.

—No querrás que le llevemos con nosotros, ¿verdad? —replicó ella frunciendo el ceño—. ¿De qué puñetas nos puede valer alguien que vivió cuando aún se quemaban combustibles fósiles para obtener energía y que se asusta del brillo de una estrella? ¿Quieres que vuelva a la nave, a ver si encuentro a alguien congelado todavía antes? ¿En qué época era cuando vestíamos con taparrabos de piel y llevábamos lanzas hechas de sílex? Podríamos adoptar un troglodita como mascota.

—¿Y por qué le dijiste que somos arqueólogos? —exigió saber, molesto ante aquella mentira.

Por regla general, a Rob no le gustaba mentir. Consideraba ese comportamiento demasiado humano, poco apropiado para un androide. Ella, sin embargo, lo hacía sin ningún pudor cuando lo consideraba necesario, y eso era algo que le sacaba de quicio.

—¿Quieres que le diga que somos fugitivos, que estamos buscados en la mitad del sector y que nos dedicamos al contrabando y a saquear naves estrelladas para vivir? Es mejor para él no saberlo. Además, cuando llegue a Nueva Tierra y cuente la historia de quién le descongeló es mejor que nos encontremos bien lejos de él... y ahora deja de pensar en esas tonterías y prepárate para el salto.

Rob se calló lo que sentía por el momento y se concentró en la maniobra que activaría el motor de curvatura. La empatía que sentía hacia Marc y su situación, unida a la fascinación por su historia, y todo lo que podía contarles de una época donde todavía no existían siquiera los androides, conseguían que se sintiera reticente a querer librarse de él tan rápidamente como pretendía Gretch. Pero ella era la capitana, era su nave y también su decisión, aunque no la compartiera.

\*\*\*\*\*

Lionel Thalassinos escuchó el debate sobre aranceles a la exportación que se producía en el hemiciclo sin disimular el aburrimiento que éste le provocaba. No

existía nada que le hastiara más que la política relativa a las míseras disputas entre planetas por los derechos de tal o cual colonia minera, reserva acuífera o campo de asteroides rico en hidrocarburos, y los gravámenes que los distintos gobiernos planetarios se imponían entre sí por su explotación y comercio.

Por suerte para él, como director general de los servicios de inteligencia de Nueva Tierra, nadie esperaba que estuviera demasiado atento a lo que allí se hablaba. En realidad la temática ni le iba ni le venía, y gracias a eso pudo realizar un segundo visionado de la polémica grabación que le había llevado hasta allí, y que logro obtener gracias a uno de sus agentes infiltrado entre los rebeldes dackharianos.

Una imagen holográfica se proyectó en el aire, surgida del extremo de una pequeña varilla de almacenamiento que Thalassinos sujetaba en su mano. La imagen mostraba al excomandante Steffan Jakor Rosenstock sentado en el puesto de mando del destructor espacial «Leviatán», con su característico gesto adusto y la vista clavada en el receptor del vídeo.

El antiguo militar dackhariano había cambiado mucho desde la última vez que Lionel le viera en persona, hacía de ello casi veinte años. Su cabello del color del bronce había encanecido notablemente en ese tiempo, y se había dejado crecer una frondosa y cuidada barba que le daba un aspecto de venerable hombre sabio... pero esos ojos marrones, bajo unas espesas cejas blanquecinas, seguían siendo igual de desafiantes y agresivos que en su juventud.

«Dackhariano de pura raza» podía ser tanto un insulto como un elogio, según quién lo dijera y en qué parte del sector. El término se podía utilizar tanto para definir a alguien con ideas firmes y la resolución necesaria para llevarlas a cabo como para alguien violento, agresivo y hasta cierto punto irracional. Thalassinos tenía muy claro que aquel hombre encajaba perfectamente en ambas definiciones.

Tras el envejecido excomandante podía verse parte del ventanal del puente de mando del «Leviatán». La imagen disponía de la nitidez necesaria como para que unos diminutos puntos de luz, destellos de estrellas lejanas, fueran perceptibles a través de él. Los técnicos los habían estudiado en un intento de averiguar en qué lugar fue realizada la grabación, pero no sirvió de mucho, tal y como Thalassinos ya había esperado. Steffan Jakor Rosenstock era un hombre inteligente, y no se iba a dejar atrapar con tanta facilidad. Lo único que habían podido descartar con seguridad era que se tratara de algún lugar dentro de las fronteras de Dackhara o de Nueva Tierra.

Por desgracia, su espía se había mostrado incapaz de proporcionar información precisa sobre la ruta o los escondites que los rebeldes estuvieran empleando en las últimas semanas. Aquel repentino hermetismo hacía sospechar a Thalassinos que el excomandante estuviera tramando algo y, para evitar filtraciones, hubiera incrementado la seguridad en su nave. Que su hombre fuera capaz de hacerle llegar el vídeo fue toda una sorpresa, y a la vez la confirmación de que, para no variar, sus sospechas no eran infundadas.

—Los dackharianos fieles no hemos olvidado la traición sufrida, pronto hará

veinte años, por los títeres de Nueva Tierra —declaró el excomandante con tono solemne cuando la grabación comenzó a reproducirse.

Los títeres de Nueva Tierra, por supuesto, eran el Gran Comandante Bonhart Tadeus Smeith, actual jefe de estado de Dackhara, y Rohmer Lenz Leithner, gran general de todos los ejércitos dackharianos. Ambos encabezaron la rebelión, armados y apoyados en secreto por Nueva Tierra, que depuso y acabó con el Emperador Goran Jakor Rosenstock, el tirano demente que durante cuarenta años gobernó con puño de hierro todo el sistema de Dackhara, y que también era el hermano de Steffan Jakor Rosenstock.

Thalassinos se acarició pensativo la perilla mientras recordaba aquellos tiempos, así como su propia participación en la conspiración. No es que Smeith hubiera resultado ser mucho mejor que su predecesor al final, la dackhariana era una cultura agresiva, dura, poco dada a la compasión y ferozmente independiente, por tanto, jamás habrían aceptado a un líder débil, y ni Thalassinos, ni el jefe de estado de Nueva Tierra en ese momento, pensaron jamás en buscar alguien así.

Por esa razón decidieron apoyar a Smeith, un hombre casi tan falto de compasión como Rosenstock, hasta el punto que sólo Solimán Brey Breuer, coronel del servicio secreto dackhariano, sabía lo que su gobierno le estaba haciendo a los fieles al régimen anterior en Venhart, la ciudadela más grande y también más temible de toda Dackhara.

La leyenda de la ciudadela era tan negra que se decía que quien entraba como prisionero no volvía a salir jamás, y los padres del resto de colonias acostumbraban a asustar a sus hijos cuando no querían irse a dormir diciéndoles que les enviarían allí si seguían desobedeciéndoles.

Pero las crueldades con las que podían estar torturando a los que antaño fueran los torturadores no le quitaban el sueño a Thalassinos ni lo más mínimo. Lo único que le importaba era que el actual jefe de estado dackhariano no compartía las ansias megalomaniacas de conquista de su predecesor, y defendía una postura exterior más aperturista. Con eso le bastaba y sobraba a su gobierno.

—Los atroces actos padecidos entonces son heridas más abiertas que nunca para los fieles a la auténtica Dackhara en este aniversario. Y yo, Steffan Jakor Rosenstock, legítimo gran comandante de todos los ejércitos, declaro desde el «Leviatán», la que fuera nave insignia de mi hermano, el Emperador Goran Jakor Rosenstock, que pronto llegará el momento de la venganza, y que este aniversario de la traición no traerá más que dolor y muerte tanto para títeres como para titiriteros.

El comunicado acababa ahí, y en honor a la verdad, Thalassinos podría haberlo ignorado por completo y haber seguido con sus no pocos asuntos de no ser por la mención a los titiriteros que había hecho el excomandante en el momento final del mismo. Si el gobierno de Dackhara era un títere según los rebeldes era porque Nueva Tierra se había convertido en el titiritero que movía sus hilos, y por lo tanto aquello era una clara referencia a su planeta.

Thalassinos siempre se consideró un hombre al servicio del pueblo, y si la población de Nueva Tierra era amenazada, él estaba obligado a intervenir por imperativo moral, además de profesional... y por eso se encontraba allí, en plena asamblea de la Confederación de Planetas Unidos, o CPU, escuchando, muy a su pesar, aburridos discursos sobre tasas, fronteras y aduanas.

La compuerta del palco que Lionel ocupaba se abrió, y antes de que su visitante pudiera entrar, desactivo la proyección de la varilla y se la escondió en la manga de su traje. Su asistente, un muchacho joven y prometedor que ya había desarrollado una carrera en el cuerpo diplomático, se asomó dentro.

—Señor Thalassinos, doña Svetlana Olsen Marwan —anunció.

—Que pase —le indicó, y en cuanto éste volvió a salir por la compuerta, se puso en pie para recibirla de forma adecuada.

Svetlana Olsen Marwan, negociadora para la causa eterniana de la CPU, se adentró en el palco con paso firme y decidido. La diplomática iba ataviada con un sari azul marino con bordes dorados muy elegante, y completaba el conjunto con un peinado que recogía sus cabellos castaños alrededor de una flor del mismo tono azul que el sari.

A Thalassinos no le llamó la atención la prenda, cuyo origen, según tenía entendido, se remontaba a la época de la antigua Tierra. Todas las modas acababan volviendo con el paso del tiempo, y la de llevar esa clase de vestido tan folclórico se hallaba en pleno auge entre las mujeres adineradas de Nueva Tierra... pero él nunca habría imaginado que alguien como Svetlana fuera de las que se preocupaban de vestir a la moda, más allá de lo que el trabajo pudiera exigirle, como sin duda debía ser el caso.

—Señor Thalassinos —saludó ella agachando con elegancia la cabeza en señal de deferencia.

—Señora Olsen —le correspondió éste ofreciéndole asiento en una silla al otro lado del escritorio con un gesto de la mano. Se congratuló al comprobar que, tal y como le había pedido al concertar la reunión, decidió acudir sola. Algunas cosas de las que tenían que hablar no estaban hechas para los oídos de cualquiera—. Es un placer tenerla aquí.

—¿Sabe? Hablando de placeres, esta mañana he disfrutado de uno más que extraordinario... y no me refiero sólo a su repentina invitación para esta agradable charla que quiere que tengamos. Me he encontrado nada más y nada menos que con el coronel Solimán Brey Breuer en la entrada del hotel de los embajadores —comentó como si fuera algo que no tuviera importancia, cruzándose de piernas y poniendo las manos sobre la rodilla que quedaba más elevada.

—Un placer extraordinario, sin duda —replicó Thalassinos tratando de ocultar su fastidio. Por supuesto, sabía que no había sido ella en persona la que se cruzó con el dackhariano, sino alguno de sus hombres. Pero igual daba, si sabía que estaba por allí, también sabía con qué motivo la había hecho llamar él, y eso tal vez les ahorrara

tiempo a ambos.

—Ese comentario fue tan sólo cortesía por mi parte, he de añadir... el placer es escaso en realidad. No me gusta ese hombre.

Lionel se dijo que ya eran dos compartiendo ese sentimiento. En su trabajo rara vez podía tratar con alguien que le gustara demasiado, o en quien pudiera confiar ciegamente... y la mujer que tenía frente a él en esos momentos tampoco era una excepción en ese sentido.

—Lo comprendo perfectamente —asintió mostrándole una sonrisa de complicidad, sonrisa que no fue correspondida, aunque tampoco esperaba que fuera a serlo.

—Eso me hace pensar que el asunto por el que ha insistido tanto en que nos viéramos en privado poco tiene que ver con mi labor de negociación en Eternia, ¿no es cierto? —inquirió ella con fingida despreocupación—. ¿Es posible que tenga más que ver con una labor parecida que llevé a cabo en Dackhara hace veinte años?

—Tan perspicaz como siempre —le reconoció—. Ya sabe que soy el primero al que le gusta dejar el pasado bien enterrado, pero me temo que en esta ocasión ha sido el propio pasado el que ha decidido salir de su tumba para importunarnos.

—¿Importunarnos? —repitió Svetlana levantando una ceja—. Ya no trabajo para esta administración, si no recuerdo mal... y nunca suelo recordar mal. Alguien me enseñó a no hacerlo.

Thalassinos prefirió disimular la sonrisa que luchaba por manifestarse en su boca fruto del fútil intento de Svetlana por escurrir el bulto en aquel asunto. Aunque en el fondo podía entender que no quisiera volver a saber nada de ello, él mismo también lo hubiera preferido así.

—Se trata de Steffan Jakor Rosenstock —reveló por fin.

—¡Oh, él...! —la mujer volvió por un segundo la vista al suelo, gesto que a cualquiera podría haberle pasado desapercibido, pero que Thalassinos supo interpretar como incomodidad. No era para menos.

—Necesito que me diga todo lo que sepa de Rosenstock —le pidió cruzando los dedos y apoyando los codos sobre el escritorio, expectante por descubrir cuál sería su excusa para negarse a hacerlo.

—Todo lo que averiguamos está en los informes —le recordó ella lanzándole una mirada dubitativa—. Si es que no lo habéis eliminado todo para borrar... pruebas.

—Lo hicimos hace veinte años, pero aun así los he leído esta mañana —replicó Thalassinos—. Sin embargo, sólo usted trató con él en persona, y si su reputación es cierta, y lo es porque trabajó para mí y yo mismo me encargué de que disfrutara de esa reputación, sin duda le conocerá mejor que nadie que quede vivo en el sector... salvo sus más allegados, a los que no tengo acceso, por desgracia.

—Asumo entonces que algo ha ocurrido relacionado con él —dedujo ella con facilidad—. Algo de lo que creo que voy a enterarme ahora mismo, y no por el noticiario oficial dentro de unas horas, o incluso días. ¿No es así?

Al escucharla hablar con esas indirectas tan directas Thalassinos no pudo evitar sentir algo de nostalgia por los viejos tiempos, cuando el espionaje era un juego incluso divertido. Svetlana solía ser una de sus mejores agentes, pero ambicionaba mucho más, y con los contactos y amistades que acumuló en aquellos años de servicio logró abandonar la vida de espía para desarrollar una carrera como diplomática por sí misma.

Su éxito fue tan grande que en esos momentos era nada menos que la principal negociadora de la CPU en la crisis separatista de Eternia, y a Thalassinos eso no le gustaba nada, y no sólo por tener que tratarla de usted. Una persona tan capaz como ella podía esconder lo que quisiera de esas negociaciones incluso de alguien tan capaz como su antiguo jefe, que si algo odiaba era que el resto de planetas tuvieran la osadía de guardarle secretos.

—Desde su exilio, ha enviado un vídeo amenazando a Dackhara y, de rebote, a Nueva Tierra —desembuchó fingiendo reticencias—. El vídeo fue interceptado por uno de mis hombres antes de que esté al alcance de cualquiera en la Telaraña. Por ese motivo pedí que viniera el señor Breuer a esta aburrida cumbre sobre aranceles, y por eso la llamé a usted a este despacho, donde nadie sospechará que nos hayamos reunido por otro motivo que por las negociaciones con Eternia.

«Me interesa mucho saber si el comandante habla en serio y piensa cumplir sus amenazas, cuya naturaleza dejaremos al margen por el momento por una evidente cuestión de seguridad planetaria».

Fue más que notorio que eso último no le gustó nada, pero la mujer también sabía que sólo tendría que esperar unas horas, tal vez menos si sabía mover sus hilos, para conocer el contenido completo del mensaje, de modo que prefirió colaborar.

—Rosenstock es un hombre resentido —le confió por fin—. Cuando apoyamos la caída del régimen de su hermano lo perdió todo, y eso le duele. Pero no es la pérdida del poder que ostentaba lo que le reconcome por dentro, él siempre fue un seguidor, no un líder... lo que de verdad ha mantenido viva sus sed de venganza estos veinte años es la caída en desgracia de su familia, que ahora todo el sector le vea como el tirano loco que fue y no como el héroe de Dackhara que él cree. Eso es algo que le atormenta.

—Pero ¿por qué tras dos décadas exiliado y rehuyendo cualquier contacto con la civilización decide dar la cara por fin? —inquirió Thalassinos.

—Eso lo ignoro —admitió la exespía encogiéndose de hombros—. Tal vez haya unido fuerzas con alguien dispuesto a ayudarle en su causa y se sienta lo bastante fuerte como para intentar dar un golpe sonoro.

—No, si fuera eso lo sabríamos —descartó Lionel con un gesto de su mano—. No hemos detectado ningún movimiento inusual de fuerzas rebeldes, contrabandistas, piratas o mercenarios. Sigue tan solo como siempre ha estado.

—Entonces es posible que únicamente pretenda realizar un último y despiadado ataque de represalia contra su planeta —sugirió—. No es un hombre joven, la edad

empieza a consumirle y no se le presentan mejores opciones de venganza con el paso del tiempo. Tal vez aspire a una muerte que él considere heroica.

—Es posible —asintió Thalassinos—. Pero me preocupa más una tercera posibilidad.

—¿Cuál? —quiso saber Svetlana.

—Que, tras veinte años, haya encontrado por fin algo, algo que no sea sólo un ejército más grande, con lo que ser capaz de llevar a cabo su venganza aun no pudiendo contar más que con unas fuerzas mermadas...

Y ésa era la posibilidad que también veía más plausible, pues era la única que explicaba las amenazas y la repentina cautela que guardaba frente a sus propios hombres, aunque por el momento sólo era la intuición la que se lo decía.

No obstante, el director general de los servicios de inteligencia no compartió ese temor con su homólogo dackhariano tres horas más tarde, cuando ambos se encontraron en un restaurante cualquiera de la zona cercana a la sede de la CPU durante la hora de la comida.

Con toda probabilidad, cualquiera que pasara frente al restaurante y se molestara en echar un vistazo a su interior jamás pensaría que todos los comensales de su interior eran parte de la escolta de Thalassinos o del coronel Breuer, que tenían como misión salvaguardar la integridad física de sus superiores. Y así es como los dos lo preferían. Algunos temas era mucho mejor tratarlos en la intimidad que da el falso público anónimo.

—He de suponer que su gobierno se ha hecho también con una copia del mensaje de Rosenstock —dijo Breuer, que tras dar un trago de agua de su vaso se limpió con un par de toquecitos de servilleta la comisura de los labios.

El coronel era un hombre entrado en años, de corto cabello cano y un bigote blanco y espeso como rasgo más característico de su rostro. Pese a su edad, todavía se mantenía fuerte y parecía lleno de vida, tal y como correspondía a un dackhariano de pura raza como él.

—Supone bien, coronel —asintió Thalassinos en tono neutro, ojeando la carta que se presentaba en forma de proyección holográfica en el centro de la mesa que compartían.

—Nosotros también, aunque pronto lo verán en todas partes, me temo. Puedo suponer también que está al tanto de su contenido, y que sabe el peligro que puede llegar a suponer ese hombre —le señaló Breuer entrecerrando los ojos con gravedad—. El excomandante Rosenstock ha sido una desafortunada molestia para Dackhara desde que fue exiliado hace dos décadas, como bien sabe. No sólo por él mismo, que poco ha podido hacer en el exilio; un poco de piratería espacial y extorsiones a colonias mineras no son nada, sino por los simpatizantes de su hermano que todavía quedan entre los nuestros, y que quedarán mientras ese hombre exista.

—Tenía entendido que cualquiera que hubiera apoyado el régimen de Rosenstock había sido... quitado de en medio hace tiempo —observó Lionel, que pasaba las

imágenes proyectadas de los platos con meros pensamientos por su parte.

—Usar ese tono sarcástico conmigo está de más, señor Thalassinos —exclamó Breuer frunciéndole el ceño—. Le recuerdo que todos los hombres que se encuentran prisioneros en esos campos de concentración lo están gracias a su inestimable ayuda.

—No hace falta que me lo recuerde, coronel. —Thalassinos le había prometido a su mujer controlar la dieta mientras estuviera fuera de casa, pero hartado de las normas de vegetariana estricta de su esposa acabó decantándose por un filete de res en vino tinto y vinagre balsámico.

Estaba seguro de que la carne terminaría siendo fabricada en laboratorio y no fresca como aseguraba la carta, pero qué se le iba a hacer. En aquel lugar buscaba confidencialidad, no calidad en la comida.

—¿Estas cosas comían en la antigua Tierra? —se interesó Breuer mirando con curiosidad también la carta holográfica. El restaurante presumía de servir platos inspirados en la gastronomía del planeta Tierra, algo que gustaba mucho a los turistas que frecuentaban esa zona de la metrópolis—. No parece demasiado apetitoso.

—La verdad es que no tengo ni idea —reconoció Thalassinos encogiéndose de hombros—. ¿A quién le importa qué comían en la Tierra hace más de quinientos años? Pero si algo no cambia con el paso del tiempo es el sabor de un buen filete.

—Eso es cierto —admitió el dackhariano con un poco de lástima realizando también su pedido, que resultaron ser unos hojaldres de ave rellenos de jamón, queso y espinacas.

Lionel observó con interés que su pedido no incluía nada de carne roja... tal vez los rumores sobre la salud del coronel que le habían llegado fueran ciertos después de todo.

—Volviendo al tema de Rosenstock —dijo mientras él daba otro trago de agua—. A mi gobierno le tranquilizaría saber que el gobierno de Dackhara se toma la amenaza en serio y ha tomado medidas al respecto.

—Muy encomiable esa preocupación por nosotros —sonrió Breuer con falsedad después de dejar el vaso sobre la mesa de nuevo—. Dicen que para su pueblo los dackharianos somos gente dura y muy individualista. Como comprenderá entonces, a muchos, incluido Rosenstock, les resulta incluso molesto tanto interés de su gobierno.

A Thalassinos no le gustó nada ese comentario. Él mismo había colaborado en la caída del emperador, y que tanto Breuer como Bonhart Tadeus Smeith alcanzaran la posición de la que disfrutaban desde hacía veinte años. Mucho dinero público se invirtió en una arriesgada operación que, de haberse descubierto, habría dado a Rosenstock la excusa que necesitaba para declarar la guerra a Nueva Tierra y provocar una matanza como no había sufrido aquel sector de la galaxia jamás.

Sin embargo, al coronel no le faltaba razón, los dackharianos eran duros e individualistas, pero sobre todo muy orgullosos... que Nueva Tierra se implicara de forma demasiado evidente en sus asuntos internos podía ser contraproducente para todos. El gobierno de Smeith había dedicado mucho tiempo y recursos para

demostrar que no eran unos meros títeres de Nueva Tierra, y que la población, que si algo les gustaba menos que un tirano sanguinario era un líder débil, no se acabara sublevando contra ellos.

—Nuestro interés en el excomandante Rosenstock no va más allá de mantener a salvo nuestro poco pellejo, por esa parte podéis estar tranquilos —replicó mostrándole una falsa sonrisa—. En su vídeo deja caer que su venganza podría ir también dirigida contra nosotros, y como comprenderá, eso me preocupa un poco.

—No sé nada de los planes de Rosenstock —le aseguró, y Thalassinos sabía que decía la verdad porque Breuer también disponía de un espía entre la gente del excomandante que debía estar sufriendo los mismos problemas que el suyo. Que el coronel admitiera haber visto también el video antes de que saliera a la luz al comienzo de la conversación era la prueba definitiva, ¿de dónde lo iba a conseguir si no era de su propio espía? La parte negativa era que ahora Breuer también sabía que él disponía de uno—. No obstante, ese vídeo suyo le delata, sabemos gracias a él que sigue en el «Leviatán», el destructor con el que escapó cuando tomamos la ciudadela de Venhart. Estoy seguro de que no nos costaría localizarle.

Localizarle podía ser fácil, aunque en realidad eso era discutible cuando se hablaba de la inmensidad del espacio, pero atraparle no tanto, y Thalassinos era consciente de ello. Para atacar un destructor como el «Leviatán» necesitaría por lo menos dos de los de Nueva Tierra, con toda una flota de cruceros y acorazados apoyándoles, lo que acabaría en toda una batalla espacial en la que no existía garantía alguna de victoria, y cuya derrota supondría una catástrofe, no sólo material y humana, sino también moral.

Incluso matarle de esa manera podía acabar convirtiéndole en un mártir y, en consecuencia, proporcionar más fuerza al movimiento disidente en Dackhara, dando lugar a que fuera peor el remedio que la enfermedad. Y si además se llegaba a saber que Nueva Tierra se había involucrado en ello, cualquier represalia que llegaran a tomar esos simpatizantes contra el planeta sería un duro golpe hacia el gobierno que él tenía el deber de defender.

Convertir un movimiento disidente de Dackhara en enemigos de Nueva Tierra era algo que Thalassinos no podía permitirse, no cuando en realidad de lo único que disponía a ciencia cierta era de una vaga amenaza.

—En ese caso, me quedo mucho más tranquilo —afirmó cuando el camarero les trajo sus pedidos y los dejó sobre la mesa—. Me complace comprobar cómo Dackhara se encarga de sus propios problemas internos.

—¿Sus propios problemas internos? —replicó el coronel Breuer alzando una ceja con suspicacia—. Si le soy sincero, contaba con que una amenaza conjunta nos llevara de manera irremediable a dar una respuesta conjunta. Nuestros planetas ya han colaborado en el pasado precisamente por la misma causa que nos atañe.

—Rosenstock no nos tiene demasiado aprecio, y desde luego Nueva Tierra estará preparada para responder a cualquier agresión, eso se lo aseguro... pero el

excomandante es un problema de Dackhara, y encargarse de ese problema más allá de nuestras fronteras es un asunto exclusivo de su gobierno. A fin de cuentas, no queremos que nadie piense que sois, ¿cómo lo llamó Rosenstock? «Títeres de Nueva Tierra».

Fue evidente por su expresión que no era aquello lo que el coronel había esperado sacar de la reunión, ni mucho menos. Pero si ellos no querían que Nueva Tierra se entrometiera, no lo harían en forma alguna. Además, si no eran capaces de defender su propio planeta de los rebeldes, lo mejor que podían hacer era abandonarlo y dejarlo en sus manos de nuevo. O al menos así lo creía Thalassinos, quien para mantener la línea se abstuvo de pedir postre, pese a que aquella comida la pagaba el bolsillo del contribuyente.

## CAPÍTULO 4

Marc despertó sobresaltado cuando alguien le agarró del hombro y le agitó con suavidad. Había disfrutado de un delicioso sueño en el que su amigo Jordi le confesaba que todo, desde la enfermedad mortal hasta el sueño congelado de mil doscientos años, pasando por su despertar en una nave espacial del futuro, había sido sólo una broma de mal gusto. Por supuesto, que el primer rostro que viera tras soñar aquello resultara ser el de un androide fue como si le hubieran tirado un jarro de agua fría a la cara para despertarle.

—¿Qué pasa? —preguntó alterado y con el corazón latiéndole con fuerza en el pecho.

—Nos aproximamos al Horizonte de sucesos —le informó Rob—. He pensado que a lo mejor te gustaría verlo por fuera. Mientras dormías, he estado informándome un poco sobre tu época, y según lo que he leído, sólo personas muy especializadas llamadas «astronautas» viajaban fuera de la atmósfera terrestre entonces, de modo que pensé que era muy probable que nunca hubieras visto una estación espacial de cerca.

—Ah... gracias —respondió él titubeante. Cierto era que jamás había visto una estación espacial, fuera de cerca o de lejos, pero a decir verdad, tampoco era esa una de las muchas cosas que habría lamentado no hacer antes de morir—. Está bien, iré a verla. Seguro que es... interesante —añadió por mera cortesía levantándose de la cama. Pese a lo poca cosa que se le antojó vista desde fuera, había dormido como un bebé sobre ella. Le consolaba pensar que al menos en el futuro no ahorraban en confort.

—No sé si corresponde a las normas de educación del lugar del que vienes, más teniendo en cuenta que acabas de ser descongelado y que padeces una enfermedad mortal, pero permíteme decirte que no tienes buena cara —observó el androide cuando salieron del camarote y emprendieron el camino hacia el puente de mando.

—Sólo estoy un poco aturdido —le tranquilizó Marc. Tal vez, comparado con su mejor momento de forma física, también estuviera un tanto agotado y débil, pero dado que las últimas semanas de las que tenía memoria las había pasado postrado en una cama, tampoco podía quejarse demasiado—. Es sólo que... son tantas cosas nuevas de repente. Por ejemplo, las paredes de esta nave parecen metálicas, pero no tengo ni idea de si son de acero, aluminio o algún metal nuevo que ni siquiera existía en mi época.

—Oh, hay metal en la nave, pero en realidad está construida en su mayor parte por grafeno y estaneno para los circuitos —le explicó el androide.

—¿Eso no es de lo que estabas fabricado tú? —inquirió él, que si bien de materiales del futuro sabía bien poco, esos dos nombres le sonaba haberlos escuchado durante la charla que tuvieron antes de su siesta.

—También. En realidad compartimos una composición parecida, aunque, como

comprobarás, la tecnología que me creó a mí es mucho más avanzada que la de este armatoste. —Todos somos polvo de estrella, se dijo Marc parafraseando a Carl Sagan, aunque al parecer él lo era de una estrella diferente al resto. Eso le dio mucho en qué pensar... como si no tuviera ya suficiente con todo lo demás—. Verás, el grafeno son unas finas láminas de carbono que sirven hoy día prácticamente para todo, desde la carcasa de las naves espaciales hasta la ropa. El estaneno, en cambio, es parte de los circuitos integrados en ordenadores y cerebros androides, es un superconductor muy eficaz que...

—Vale, vale, no hace falta que me lo expliques —le detuvo Marc antes de que cogiera carrerilla y le acabara obsequiando con una clase magistral sobre materiales que, ni había solicitado, ni estaba capacitado para entender—. Lo que quería decir es que estoy un poco sobrepasado con tanta información nueva de repente. Hasta tú debes tener un límite a la hora de procesar datos, ¿no?

—Sí, supongo que sí —admitió pensativo un momento antes de cruzar la compuerta que les llevaba hasta el puente de mando. Allí se encontraba Gretch, sentada en el asiento del piloto con las manos en los controles de la nave, dirigiendo en persona una maniobra.

—Al menos aún se conduce con las manos... —dijo Marc con cierta satisfacción.

—Pero no por necesidad, sino por placer —repuso la propia capitana, concentrada en su labor—. Me gusta atracar a mí porque la última actualización del programa de piloto automático parece haber sido diseñada por el dueño de un taller de reparaciones para conseguir clientes.

—¿Eso es el famoso Horizonte de sucesos? —preguntó él fijándose en un pequeño punto que orbitaba alrededor de una luna, satélite de un enorme planeta gaseoso, que a su vez formaba parte del sistema gobernado por una todavía más grande estrella roja.

—En efecto —asintió Gretch tecleando sobre el panel de control, que brilló con distintos colores según dónde tocara con los dedos—. Es una estación espacial que pertenecía a Nibiru, y que fue próspera mientras el gas del planeta que orbita poseyó alguna utilidad. Pero fue abandonada hace décadas y ahora sirve de puerto comercial, digamos, clandestino. Técnicamente esto ya no está dentro de las fronteras de Nibiru, por tanto aquí no llega ley planetaria alguna.

—Suenan peligroso —opinó desconfiando de aquel pequeño punto, que conforme se acercaban a él iba aumentando de tamaño poco a poco—. ¿Por qué vamos a ese sitio?

—Porque es la estación espacial más cercana, lo siguiente sería ya parar en Nibiru... y eso no puede ser —respondió, y Marc se abstuvo de preguntar por qué, aunque para él parar en un planeta habitado y con ley sonaba mucho mejor que hacerlo en aquel lugar. Además, sentía más curiosidad por ver un planeta distinto de la Tierra que por meterse en una estación espacial que, por las imágenes que viera en su época, no parecían ser sitios especialmente cómodos o agradables.

Sin embargo, cuando la Calicó se aproximó más al Horizonte de sucesos se vio obligado a admitir que ni de lejos había esperado encontrarse con algo como lo que contemplaban sus ojos.

—¿Eso... eso es una estación espacial? —exclamó atónito.

El Horizonte de sucesos no tenía nada que ver con lo que él conocía como «estación espacial». No era ni mucho menos la sucesión de pequeños módulos acoplados entre sí, rodeados de enormes paneles solares para alimentarlos, que recordaba de fotos como las de la Estación Espacial Internacional, por ejemplo. Aquella colosal construcción en el espacio era una esfera de al menos un kilómetro de radio, formada por paneles metálicos y de cristal y rodeada por un anillo del que surgían cinco brazos acabados en discos planos. En ellos, naves espaciales de todas formas y tamaños atracaban acoplándose a sus bordes.

—Sí, lo sé... parece un poco antigua —reconoció Rob—. Pero continúa perfectamente operativa, y es segura del todo. El último accidente data de hace más de cinco años, cuando treinta personas fueron lanzadas al vacío por una descompresión.

—¿Lanzadas al vacío? —repitió Marc con un hilo de voz.

—La culpa fue suya, ¿a quién se le ocurre empezar un tiroteo con pistolas de plasma al lado de una cristalera? —resopló Gretch con desdén.

—¿Y hay mucha gente con pistolas de plasma de esas? —se interesó Marc, que comenzaba a preocuparse en serio por su integridad.

—¿En sitios como éste? ¡Claro! Yo misma tengo una para autodefensa —reconoció ella encogiéndose de hombros, como si fuera lo más normal del mundo.

—Ah... pues genial...

Conforme se fueron acercando, Marc pudo fijarse más en los detalles de la impresionante estación espacial. Aunque en general seguía luciendo un majestuoso aspecto casi de ciencia ficción, si se ponía quisquilloso no podía sino admitir que podría haberse encontrado en un estado mucho más presentable. Algunos de los cristales de la gran esfera central se veían sucios por dentro, y las partes metálicas incluso mostraban marcas de quemaduras, con seguridad producidas por algún proyectil de plasma de esas pistolas que todos llevaban allí tan felizmente.

No obstante, su visión seguía siendo una escena tan espectacular para alguien nacido en el siglo xx que cuando se acercaron a uno de los discos exteriores para atracar la nave Marc tenía la boca abierta.

—Los segmentos metálicos de la coraza principal son paneles solares —le explicó Rob, que había cogido el gusto a lo de hacer de guía para él y no perdió la oportunidad—. La energía solar no es la fuente de energía más barata o eficaz, pero en lugares como éste funciona a la perfección porque pueden abastecerse de toda la que necesiten gracias a la gigante naranja del sistema.

El disco al que se acercaron contaba con unos enormes enganches que mantenían unidas a la estación las naves que allí atracaban. Las había de todas las formas

imaginables, desde naves alargadas con forma vagamente parecida a las de un avión de su tiempo a otras más redondeadas y de varios pisos con un tonelaje tal que costaba pensar que fueran capaces de volar.

Marc no pudo sino maravillarse ante la visión de aquellos titanes espaciales. Para él fue como pasear alrededor de un puerto lleno de transatlánticos atracados, pero con el aliciente de que se encontraban en el espacio, y aquello eran nada menos que vehículos espaciales.

—¿No vamos a atracar con las demás naves? —preguntó al ver que pasaban de largo el extremo de los discos.

—No, esos acoplamientos son para naves más grandes que no caben en los hangares —contestó el androide.

—Y para capitanes con más dinero que pueden pagarlos —añadió Gretch.

—Dinero... —murmuró Marc, que rápidamente salió del ensimismamiento que le producía el contemplar aquella estructura espacial y regresó a la dura realidad—. No lo había pensado, ¿qué moneda se utiliza aquí? ¿Eurodólares, o algo así?

—¿Eurodólares? —replicó ella levantando una ceja con extrañeza.

—Cada planeta suele utilizar su propia moneda —aclaró Rob—. A veces incluso tienen monedas distintas en el mismo planeta, como pasa en Eternia desde que hay dos gobiernos autónomos. Los que viajamos mucho entre distintos planetas solemos utilizar el Ridio. Es la moneda de Nueva Tierra y la aceptan prácticamente en cualquier parte.

—Menos en Dackhara, faltaría más —matizó Gretch.

—Ridio... ¿de dónde viene ese nombre? —se interesó Marc, que aunque no sabía mucho sobre monedas, su abuelo había sido aficionado a coleccionar las de distintos países mientras vivía, así como a darle aburridas lecciones sobre la historia de cada una de ellas.

—No sé mucho de la historia del ridio —confesó Rob—. Supongo que el origen del nombre tiene que ver con que la está respaldada por el iridio... es decir, que su valor está basado en la existencia de una contrapartida en iridio.

—¿Por qué iridio? —inquirió Marc.

—¿No has oído hablar de la fiebre del iridio? —replicó Gretch—. No, claro... supongo que no. El iridio es un metal muy valioso que sólo se encuentra en los asteroides, por eso los gobiernos de los planetas siempre están discutiendo sobre los derechos de explotación de tal o cual conjunto de asteroides, para sacar el iridio que contienen. Hasta hace siglo y medio más o menos no hubo control gubernamental sobre esas extracciones fuera de las fronteras de cada sistema, de modo que era muy habitual la figura del aventurero espacial que partía buscando asteroides que saquear.

—Qué cosas... —dijo Marc, a en realidad lo que le preocupaba era no tener ni un ridio de éstos en el bolsillo, y depender por completo del androide y de Gretch, que parecía muy dispuesta a dejarle allí para que alguien le llevara hasta Nueva Tierra, perspectiva que seguían sin gustarle nada.

Para él, un hombre nacido y criado en la Tierra, la existencia de un planeta con ese nombre era casi un insulto... nunca habría una «Tierra nueva», la original siempre sería única e insustituible, por mucho que los aliens la invadieran o los soles explotaran. Segundas partes nunca fueron buenas.

Tras rodear parcialmente el disco de la estación espacial se elevaron hasta la parte superior del mismo, que tenía la forma de un círculo con algo semejante a una pequeña pista de aterrizaje en pleno centro. Precisamente a ese punto se aproximó la Calicó, y en cuanto éste tuvo a la nave lo bastante cerca, se abrió hacia los lados como si fuera una compuerta.

Gretch condujo a través de la apertura hasta alcanzar el interior de un cubículo de paredes blancas, que se oscureció cuando la compuerta comenzó a cerrarse de nuevo y quedaron iluminados tan sólo por unas luces de emergencia naranjas en las paredes. Marc se fijó en un centenar de pequeños agujeros con forma circular que se encontraban dispuestos de manera ordenada en la misma pared que las luces, pero antes de que pudiera preguntar por ellos, éstos comenzaron a lanzar chorros de aire a presión.

—Atmósfera completa en tres... dos... uno... —recitó Rob, que leía los datos de una de las pantallas del panel de control.

—Corrigiendo potencia para adecuarla a gravedad —exclamó Gretch tecleando de nuevo en el panel de mando.

Pasó algo menos de un minuto hasta que el suelo, que resultó ser en realidad una segunda compuerta, se abrió y les dejó entrar a la estación espacial. Marc se asombró al comprobar que toda la parte interna del disco estaba dedicada en exclusividad al atraque de naves, y que además se encontraba organizado en sectores con plazas de distinto tamaño para atracar diversos tipos de vehículos espaciales, convirtiendo aquel lugar en algo parecido a un *parking* para viajeros interplanetarios.

Una docena de esos vehículos permanecían aparcados allí, como si fueran utilitarios en un *parking* de su época, pero con un aspecto más parecido a las naves espaciales de la ciencia ficción del siglo XXI... salvo por la imagen tosca que muchas presentaban. Desde luego ésos no debían ser precisamente vehículos futuristas de alta gama.

—¡Hala! Ya se ha llenado esto de eternianos —protestó Gretch cuando reparó en un numeroso grupo de gente que bajaba de manera ordenada de una nave espacial de aspecto rudimentario, semejante a un rectángulo de hierro con seis soportes en la parte inferior que cumplían la función de patas—. ¿Pero a qué vienen aquí?

—Pobrecitos, su planeta vive una crisis humanitaria —se compadeció Rob.

Marc se fijó en ellos, aunque no por motivo de su procedencia o su drama personal, sino porque aquéllas eran las primeras personas del futuro que veía, además de Gretch y de Rob... y Rob ni siquiera era un humano de verdad.

Se sintió algo decepcionado al descubrir que, en realidad, no eran tan distintas a las personas de su época. Si se podía encontrar algún rasgo diferenciador, era que

todos, tanto hombres como mujeres, incluso los más desgarrados por las miserias sufridas, eran altos. A Gretch la había considerado como tal cuando la conoció, pero ignoraba que fuera algo tan generalizado. Sin duda, igual que la longevidad, la talla media de la humanidad se había incrementado varios centímetros en mil doscientos años.

Marc nunca había sido bajito, así que no tuvo motivo alguno para sentirse acomplejado en ese nuevo mundo, y aunque en un principio el tema de la eugenesia masiva le puso los pelos de punta, tampoco podía negar el buen resultado que había dado en lo que respectaba al físico de las personas. Además las había de todos los colores, desde blancos muy blancos a negros muy negros, pasando por tonos intermedios e incluso amarillos, señal de que al menos no se había utilizado con fines xenófobos.

—¿Y aquí les va a ir mejor? —rezongó ella—. Desesperados, terminarán haciendo nuestro trabajo por mucho menos dinero, reventando los precios y consiguiendo que todos acabemos tan fastidiados como ellos.

—Qué dackhariana puedes llegar a ser cuando quieres... —le reprochó el androide—. ¿Bajamos?

—¡Esperad! ¿Cómo voy a bajar así? —se quejó Marc, que seguía vestido únicamente con aquel ridículo pijama blanco tipo bata de hospital.

—Cierto... Rob, préstale algo de ropa vieja. Mientras tanto, yo iré a pagar las tasas de atraque —accedió Gretch.

Para la ocasión, el androide le prestó a un traje que, si bien le venía algo ancho de hombros y un poco largo, al menos sirvió para que Marc no tuviera que presentarse ante el siglo xxxiii descalzo y en pijama de hospital. Era de un color gris oscuro metalizado y parecía más un uniforme de trabajo que ropa de calle. Sus únicas características consistían en una pechera reforzada en color negro y unos bolsillos color gris claro a la altura de los muslos.

—Es un traje que puede ser utilizado incluso en combate, de ser necesario. Aunque me temo que está un poco pasado de moda, si es que te importan esas cosas. La época de los trajes casi monocromáticos, que los humanos nos copiaron a los androides, por cierto, ya pasó. Ellos, o sea, vosotros, ahora preferís que todo el mundo se vista como le dé la gana, cuanto más raro mejor, y con colorines y accesorios inútiles por todas partes... en fin, cosas de humanos.

—¿De qué tela está hecho? Es muy cómoda —preguntó Marc, que se sentía más a gusto de lo que se había atrevido a esperar con él encima, aunque en su opinión, de haber sido de su talla, lo habría notado demasiado ceñido.

—Fibra de carbono en su mayoría —respondió el androide—. Ya te he dicho que se puede utilizar en combate. ¿Bajamos?

—Vestido así, sí —consintió él.

Empleando la puerta esclusa del pasillo salieron directamente al exterior, y una escalera plegable les bajó hasta la superficie. Allí Marc pisó tierra firme por primera

vez... aunque el concepto era discutible teniendo en cuenta que se encontraba en un satélite artificial que flotaba en el espacio.

Pese a las advertencias sobre su traje, no vio ninguna cara volviéndose hacia él por llevarlo, de modo que dio por supuesto que tampoco debía ser demasiado llamativo para los estándares de la época. Desde luego en la suya más de uno se le habría quedado mirando como si fuera un bicho raro.

Encontraron a Gretch hablando con un tipo fortachón, con cara de mala leche y un uniforme azul oscuro, al que Marc bautizó como «guardia del *parking*» por su semejanza con uno. Tras un breve intercambio de palabras, ella le tendió a regañadientes una tarjetita verde semejante a una tarjeta de crédito de su época, que él le devolvió unos segundos después de pasarla por el lector que llevaba en las manos.

—No sabía que hubiera zona azul en el espacio... —comentó Marc juzgando de manera acertada que allí se estaba llevando a cabo una transacción económica. Prueba de ello fue que Gretch volvió mascullando maldiciones.

—¡Doce ridios por atracar un par de horas! —exclamó furiosa—. ¡Ya lo han vuelto a subir! Y no queráis saber a qué precio está la antimateria, voy a tener que vender la nave para comprar combustible. Desde luego «atracar» es la palabra adecuada al estacionar aquí.

—Lo siento —se disculpó Marc sintiéndose culpable por aquellas molestias que se habían tomado tan sólo por su causa—. Te lo pagaría si pudiera, pero...

—Tranquilo, no es tu culpa —replicó Gretch quitándole hierro al asunto. Sólo entonces la mujer se percató de las ropas que vestía, y tuvo que luchar por contener una sonrisa.

—¿Qué? —preguntó Marc molesto.

—Nada... muy bonito ese conjunto —valoró ella echándole un vistazo de arriba abajo—. Un poco pasado de moda, ¿no te parece?

—Era lo único que tenía —se defendió Rob cruzándose de brazos.

—Yo creo que está bien —opinó Marc tratando de ser neutral.

—Bueno, si el cliente está satisfecho... —dijo con una mueca de indiferencia antes de pasar a otro tema—. He aprovechado mientras te cambiabas para hacerle llegar un mensaje al doctor Alahmoot avisándole de tu situación. Pronto nos recibirá y terminaremos con esto de una vez. Mientras tanto, ¿qué tal si nos tomamos algo en la cantina? Estoy harta de la comida impresa de la nave.

—¿Comida impresa? —preguntó Marc volviendo la vista hacia Rob, el especialista en resolverle ese tipo de dudas, al tiempo que juntos emprendían el camino hacia las compuertas de salida del hangar.

—Más cosas de humanos —contestó él—. En todas las naves existe una despensa en las cocinas donde se almacena una pasta que contiene todas las proteínas, vitaminas, glucosa y esas cosas que vuestros cuerpos necesitan. Unas impresoras especiales le dan la forma y el aliño que escojas antes de servir las, para que la dieta gane un poco de variedad.

—Suenan muy práctico —admitió Marc.

—Suenan muy asqueroso —gruñó Gretch con desprecio—. Pero cuando estás años luz de la civilización, es lo que hay para comer.

—No sé de qué os quejáis, de verdad —replicó Rob—. Tiene todo lo que un humano necesita para estar bien nutrido, ¿qué más quieres?

—Sólo un androide diría algo así —le espetó ella poniendo los ojos en blanco.

—Y sólo un humano le daría más importancia al sabor que a la utilidad... —repuso él frunciendo el ceño.

Marc se abstuvo de opinar porque, ni había probado la comida de las naves, ni había probado la comida que servían en el futuro para poder compararlas. Aunque estaba de acuerdo en que un androide, que a menos que se equivocara mucho no comía nada de nada, no era capaz de valorar la importancia de un buen sabor en los alimentos.

—¿Sabéis? En mis tiempos se creía que en el futuro la comida serían cápsulas no más grandes que una pastilla —comentó en un intento de dirigir la conversación a algo menos polémico.

—Sí, Rob y yo estuvimos leyendo cosas de tu época por curiosidad mientras dormías —afirmó Gretch—. También pensabais que la gente tendría relaciones entre sí a través de una máquina conectada a sus cerebros, menuda locura.

—Y pobre máquina... —añadió Rob sintiendo un escalofrío.

Una amplia compuerta les sacó del hangar y les llevó, después de atravesar el brazo de la estación, que contaba con unas impresionantes vistas al espacio, hasta lo que a Marc se le antojó como un centro comercial futurista.

Un largo pasillo, que debía ser el anillo que vio desde fuera, rodeaba toda la esfera que era el centro de la estación, y a ambos lados del mismo se alternaban todo tipo de comercios, la mayoría de ellos no demasiado glamurosos. El mismo esquema se repetía a unos diez metros sobre el suelo, donde un camino más estrecho funcionaba como un segundo piso, con sus tiendas también en él, aunque en este caso sólo en el lado interno.

El techo, transparente y formado por vigas rectangulares, dejaba ver por encima de cualquier otra cosa el planeta gaseoso cercano. Rob le explicó que toda la parte interior de la esfera contenía las residencias de los que vivían allí de manera permanente, además de un enorme jardín que les nutría de comida fresca y oxígeno.

Carteles publicitarios flotaban en el aire escritos en diversos idiomas, idiomas que Marc no pudo entender, a excepción del que le habían injertado en el cerebro. Sin embargo, en uno de los carteles reconoció unos símbolos que parecían letras orientales, por lo que supuso que la evolución de al menos un lenguaje de esa zona de la Tierra había sobrevivido también al final del planeta, aunque no habría sabido decir cuál con exactitud.

—Esto sí se parece al futuro que yo me esperaba —dijo contemplando con interés esos carteles voladores tan llamativos. No aparentaba que dispusieran de ningún

motor que les mantuviera en el aire, tan sólo permanecían ahí como si la gravedad fuera una ley que no iba con ellos—. Aunque a decir verdad, me lo esperaba más limpio.

Conforme recorrían el pasillo y comenzaron a cruzarse con gente y comercios, se fue dando cuenta de que aquél no era un lugar de fiar. Algunas tiendas ofrecían servicios que no parecían muy legales, como talleres clandestinos, venta de armas o cambio de moneda, y otras ni siquiera tenían carteles que las anunciaran, haciéndolas sospechosas de esconder detrás negocios todavía más turbios. Además, la gente podría vestir ropa de aspecto futurista, pero era sencillo reconocer en los tonos oscuros y el aspecto agresivo que las prendas desprendían que aquellos tipos eran, por regla general, peligrosos. Los tatuajes y peinados estrafalarios que lucían algunos también apuntaban en esa dirección de manera inequívoca.

—No te quedes mirando a éstos —le advirtió Gretch cuando pasaron precisamente junto a un grupo de seis hombres que, entre tanto bicho raro del futuro, destacaban sólo porque no llamaban en absoluto la atención.

Con unos uniformes grises parecidos al suyo, aunque de tonos más apagados, el pelo corto y bien peinado y su actitud tranquila más parecían miembros de una secta religiosa que se habían parado a repartir folletos que gente peligrosa. Sin embargo, obedeció el consejo de Gretch y miró hacia otro lado. En ese mundo él era sólo un novato y no quería meterse en líos en un lugar como ése.

—¿Quiénes son? —le preguntó muerto de curiosidad en cuanto los dejaron atrás.

—Vete tú a saber —respondió ella encogiéndose de hombros—. Agentes de las fuerzas de seguridad de algún planeta, matones de algún grupo mafioso, androides xenófobos... no te fíes de gente tan normal es un lugar como éste.

—Vale —asintió Marc tomando nota. En cierto modo tenía sentido, ellos eran algo así como un ejecutivo en un tugurio: no podías dejar de preguntarte qué hacía en un lugar así, y sin duda la respuesta más probable era que nada bueno.

—Y hablando de tugurios... —murmuró cuando llegaron a su destino.

El lugar donde Gretch les llevó a tomar algo le recordaba a los peores bares de la Tierra. Su nombre era *Boost*, según rezaba el cartel flotante que lo anunciaba en la entrada, y desde fuera aparentaba cualquier cosa menos un lugar agradable donde tomar una copa con los amigos.

Con la barra a un lado, el rectangular local se componía de varias mesas redondas y pequeñas con sillas a su alrededor, la mayoría de las cuales habían sido ocupadas por tipos de diversa calaña que charlaban de forma animada, se carcajeaban ruidosamente, reñían o se emborrachaban armando más o menos jaleo en el proceso. El suelo estaba lleno de salpicaduras de bebida y restos de comida caída de las mesas.

—Se llama *Boost* porque la frescura de sus productos es relativa —bromeó Rob consiguiendo que Gretch sonriera, aunque Marc no pilló el chiste.

—Me temo que no estoy familiarizado con conceptos relativistas —confesó al intuir por dónde iban los tiros.

—¿No? —se extrañó el androide, algo decepcionado porque no hubiera captado la gracia—. ¡Pero si esa disciplina se descubrió precisamente en tu época!

—Hay una mesa libre entre esos dos grupos de patanes, vamos —indicó Gretch haciéndoles un gesto con la mano para que la siguieran.

Nada más poner un pie dentro, un ruido parecido una garra rasgando una pared de hierro oxidada comenzó a escucharse en todo el local. Marc creyó por un instante que una nave espacial se había estrellado allí cerca, pero al ver a una pareja llena de tatuajes levantarse y ponerse a bailar como si estuvieran recibiendo descargas eléctricas muy dolorosas, dedujo que aquel insoportable sonido debía ser música de la época.

Aquello no fue lo único desagradable con lo que se encontró. De camino a la mesa libre, pasaron junto a una presidida por una corpulenta mujer con una chaqueta que parecía estar hecha de placas de metal. Uno de sus ojos, que no era más que un artefacto mecánico incrustado en la cuenca, se fijó en Marc y le siguió con la mirada, mientras que el ojo sano seguía fijo en los demás comensales que la acompañaban. La sensación de sentirse observado por aquel aparato infernal incluso cuando ya había pasado de largo le hizo sentir un escalofrío.

—¡Estás haciendo trampas! —bramó un hombretón voluminoso a dos mesas de distancia. Acto seguido se levantó de golpe y alzó en el aire a un tipo delgado y rubio agarrándole del chaleco. Estuvieron a punto de iniciar una pelea, para deleite de algunos de los distinguidos parroquianos más ebrios o agresivos, pero el espectáculo se les chafó cuando una delgada mujer de pelo verde, vestida con un uniforme rojo y un delantal blanco, se acercó corriendo y les echó a los dos a golpes del local con la sencilla y desconcertante técnica de convertir sus dedos en afilados y amenazadores cuchillos.

Marc dedujo sin mucha dificultad que debía ser una androide, y se preguntó si la del ojo mecánico lo sería también. Eran tan condenadamente parecidos a los humanos de carne y hueso que a simple vista le resultaba imposible diferenciarlos.

—Vaya, ahora ya sé por qué se llama Horizonte de sucesos —dijo disgustado cuando alcanzaron la mesa y comprobó que su silla tenía una mancha pegajosa en el respaldo—. Porque dentro hay un agujero negro.

—Pues mira, nunca lo había pensado —reconoció Gretch, que no llegó a sentarse tampoco en su asiento—. Voy a traer algo de beber. Rob, asegúrate que el último terrícola no se mete en líos en mi ausencia.

—Descuida —contestó el androide.

Marc soltó un bufido ante tamaña falta de confianza y se dejó caer en una silla limpia cruzado de brazos. Observó con escaso interés cómo Gretch se abría paso en la barra empujando a un tipo borracho hasta que cayó de lado al suelo, donde se quedó roncando y propició otra intervención de la androide de los cuchillos, que no tardó en comenzar a arrastrarlo hacia el exterior del local con una fuerza impensable para alguien tan pequeño.

—Puede que la eugenesia ésa les diera cuerpos más altos y longevos. —En ese momento, Gretch se inclinó sobre la barra para llamar la atención del camarero, logrando así que su ceñido pantalón remarcaran bien todos sus atributos, algo de lo que se dieron cuenta también dos parroquianos además del propio Marc—. Y bonitos... pero en el fondo, parece que seguimos siendo los mismos de siempre.

—No se puede perfeccionar del todo una raza imperfecta por naturaleza —recitó Rob con cierta autosuficiencia—. Tenéis instintos que no se pueden corregir.

—¿Qué sabe un androide de estas cosas? Y lo pregunto de forma literal, no cuestionándolo... no estoy en posición de cuestionar nada, me temo.

—Mucho, en realidad. El comportamiento humano es más simple de lo que os gusta pensar —afirmó él—. En la práctica, cualquier acción o decisión que tomáis tiene un fundamento instintivo. Es algo muy evidente para cualquiera consciente de poseer una programación base, como un androide. Pero al menos nosotros podemos reparar los archivos dañados, en lugar de acabar ebrios y arrastrándonos por el suelo.

—¿De qué habláis? —quiso saber Gretch cuando volvió cargada con tres jarras, que contenían un líquido verdoso que burbujeaba como si fuera agua hirviendo.

—De que algunas cosas no han cambiado nada en el futuro —respondió Marc cogiendo su jarra con cierta aprensión al temer que estuviera caliente, pero su tacto resultó ser frío.

—Dirás en el presente —le corrigió ella tendiéndole otra a Rob. Luego se quedó mirando con curiosidad la reacción de Marc ante la bebida—. ¿Qué pasa? ¿En tu época no existía cerveza o qué? ¡Si hasta los egipcios la bebían hace miles de años!

—¿Esto es cerveza? —replicó él sin ver en absoluto el parecido con la susodicha bebida—. Parece más, no sé... el contenido del caldero de una bruja.

—¿Qué es una bruja? —preguntó ella después de darle un profundo trago a su jarra.

—¿No tenéis cuentos de brujas para niños en el futuro? —se asombró Marc.

—En el presente —insistió una vez más—. La mayoría de los cuentos infantiles van de niños que aprenden a no juzgar a los androides por no ser humanos, de piratas espaciales que acaban convertidos en héroes tras zurrar a alguna raza alienígena con ansias conquistadoras...

—Lo que contradice, a mi juicio, el mensaje de respeto al que es diferente del primer tipo de libros —añadió Rob.

—... y sobre gente que viaja a otra galaxia para huir de quienes son, pero luego regresan con la lección de aceptarse a uno mismo aprendida —concluyó—. Me temo que nada de brujas de esas de tu época, lo siento.

—No eran de mi época pero... bueno, da igual, al menos los cuentos tienen un mensaje de integración y aceptación —valoró Marc, atreviéndose luego a dar por fin un trago de su bebida. Si se quedaba paladeándola durante unos segundos podía acabar notando el sabor a cerveza auténtica muy en el fondo, pero por lo demás era una amalgama de sabores difíciles de definir. Aun así, dio un trago más, era agradable

beber algo distinto a agua o zumos después de tanto tiempo ingresado en un hospital —. Gracias por la invitación. Siento las molestias que haya podido causaros el encontrarme a vuestro trabajo, de verdad.

—No te preocupes —dijo Gretch mirando de reojo a Rob, que de repente frunció el ceño molesto sin causa aparente—. Dentro de un rato el doctor Alahmoot te atenderá y te librarás de tu cáncer. Estás contento, ¿no?

—¿Es de fiar ese doctor? —inquirió Marc con algunas dudas al respecto—. Teniendo una consulta en un lugar como éste, no sé yo...

—Tranquilo, es de confianza —le aseguró ella—. ¡Anda que no me habrá atendido veces a mí en los últimos años!

—¿Sí? ¿Tienes muchos accidentes siendo arqueóloga? —se interesó Marc, lo que la dejó un poco descolocada por un instante.

—Bueno... ya se sabe que cuando te metes en lugares abandonados o a la deriva no tienes seguridad alguna —se explicó—. El lugar donde te recogimos, por ejemplo, se habría convertido en un campo de polietileno al rojo vivo si llego a tardar un poco más en sacarte.

—Le duele admitirlo, pero la verdad es que es un poco torpe —apuntilló Rob dirigiéndole una sonrisa burlona, sonrisa que ella respondió con una mirada asesina.

—Sí... —masculló ella tratando de contener la ira—. Pero no te preocupes, es un doctor de verdad, y tampoco tienes nada que sea difícil de sanar. Una cura para el cáncer por aquí, un par de vacunas por allá y listo.

—¿Vacunas? —se inquietó Marc—. ¿Para qué me tengo que vacunar?

—Han aparecido un sinfín enfermedades nuevas mientras tú estabas congelado —respondió Rob después de vaciar su cerveza de un único trago. Marc no creía que un androide pudiera emborracharse, pero tampoco sabía para qué tomaba bebidas alcohólicas... podía ser que tan sólo lo hiciera para socializar, como tanta otra gente en su tiempo.

—Después de morir y resucitar, no creo que te asusten unas vacunas de nada, ¿no? —le desafió Gretch—. Bueno, también tendrá que ponerte un chip, pero es una incisión del todo indolora. Luego te llevarán a Nueva Tierra y podrás llevar una vida normal.

—No me gusta eso del chip, y tampoco lo de ir a «Nueva Tierra» —les confesó—. Echo de menos la Tierra, la buena, la original. Si pudiera verla una vez más...

—¿Qué quieres ver? Sólo es una bola de magma y piedra calcinada —exclamó Gretch sin entender su repentina nostalgia.

—Pero es mi bola de magma y piedra calcinada —suspiró alicaído sólo de pensar en el destino que había corrido—. Vosotros no lo entendéis, pero para mí ayer mismo era un planeta vivo, y el único que había.

—Es una época extraña la tuya —opinó ella...

A raíz de eso, durante algo más de una hora, los tres hablaron sobre el siglo XXI, y mientras que Gretch y Rob le pusieron al tanto de lo poco que conocían de la parte

del siglo que Marc se había perdido, y que apenas recordaban por ser una época para ellos demasiado antigua, él les contó cómo era la vida en los años que sí había vivido, y que todavía le costaba creer que hubieran quedado tan atrás.

Y como lleva sucediendo desde que el ser humano existe, acabaron discutiendo sobre política.

—A ver si me he enterado, porque es difícil de asimilar —dijo Gretch con la segunda jarra de cerveza ya vacía en la mano—. ¿De repente llegó una crisis económica que nadie supo ver y que arruinó el país por completo, con miles de familias expulsadas de sus casas, un índice de paro escandaloso, corrupción política galopante y recortes salvajes en sanidad y educación? ¿Así, sin más? ¿Cómo es posible que nadie lo viera venir con suficiente antelación como para paliar sus efectos?

—No sabría decirte, no sé mucho de economía —confesó Marc, que vació del todo también su segunda jarra. La bebida era refrescante, y cuando le cogió el punto la notaba hasta buena.

—¿Cómo que no sabes mucho de economía? —replicó ella frunciendo el ceño—. Pero... es el sistema económico bajo el que vivías, tienes que conocerlo, ¿no? Es decir, ¿qué clase de descerebrados viven bajo un sistema que apenas conocen? Saber cómo se desarrolla la economía, la política y el derecho es un deber ciudadano. ¡Son cosas que se enseña en el colegio a los niños para que sepan cómo funciona el planeta donde viven!

—Pues lo será ahora. —Marc se sonrojó, y no por el efecto del alcohol—. En mis tiempos, a nuestros líderes les gustaban que los ciudadanos fuéramos cuanto más ignorantes de todo eso mejor, así nos manipulaban como querían.

—Sí, y no parece que se lo pusierais muy difícil, teniendo en cuenta lo que pasó luego, cuando las multinacionales se hicieron con todo el poder y tal... —apuntilló negando con la cabeza decepcionada. Un pitido surgido de alguna parte de su cuerpo sonó, y en respuesta ella se miró la muñeca desnuda—. Dejemos por un rato la historia antigua y los grandes males del pasado, parece que el doctor puede recibirnos ya.

—Vayamos pues —sugirió Rob, que también había vaciado ya su segunda jarra.

Marc, debido a que las cervezas le habían dejado ligeramente achispado, se sintió tentado de preguntarle dónde acababa todo ese líquido, porque no le parecía posible que su cuerpo mecánico fuera a digerirlo, y tampoco sabía si disponía de órgano por el que excretarlo... pero se contuvo y se levantó con los demás para ponerse en marcha hacia la consulta del doctor, aunque no con muchas ganas.

—En fin, que sea lo que tenga que ser —dijo con resignación.

Dejaron aquella sórdida cantina y su estridente música y volvieron al largo pasillo de fuera. En el tiempo que habían estado allí dentro, a la estación le había dado tiempo a moverse lo suficiente como para que un eclipse de luna tapara la luz de la estrella, oscureciendo el ambiente y obligando a que luces artificiales fueran las que

iluminaran el camino. En el trayecto hasta la clínica del doctor pasaron por delante de una tienda de informática, una de reparaciones, un motel de paso y un local de stripteas tan grande como los otros tres comercios juntos, y que anunciaba para ese día un espectáculo con chicas venidas de Solarian.

También se encontraron con el pequeño grupo de los eternianos que vieron llegar sentados junto a una columna mendigando. A Marc le horrorizó ver que algunos eran sólo niños.

—¿Qué le pasa a esa gente? —preguntó a sus compañeros cuando pasaron junto a ellos.

—Cuando los políticos juegan, el pueblo lo paga —sentenció Rob—. En Eternia se está produciendo un movimiento separatista que amenaza con colapsar la economía de todo el planeta. Esta pobre gente son sólo los primeros perjudicados.

—Pues vaya... —dijo mirándolos con lástima. Había cosas que no cambiaban nunca, por mucho tiempo que pasara.

—¡Ya hemos llegado! —anunció Gretch deteniéndose frente a un humilde escaparate.

Para consternación de Marc, la entrada a la clínica era más parecida a la del local de stripteas anterior que a la de un centro de salud, y no le parecía que pudiera estar mucho más limpio dentro.

—¿Adohi? —llamó ella cuando entraron a la recepción, una estrecha sala con un mostrador metálico y varias sillas desvencijadas para que los pacientes esperaran. Un robot con forma de calabaza flotaba detrás del mostrador, de su parte superior surgía una cámara que proyectaba en el aire tres hologramas distintos—. ¡Adohi, soy yo, Gretchen! ¿Estás ahí?

Un hombre bajito, o al menos bajito comparado con la media de la gente que había visto hasta entonces, un poco chepado y con un cabello encrespado y canoso se asomó desde una puerta tras el mostrador con una sonrisa afable en los labios. Tenía el aspecto de un anciano ya entrado en años, pero bien conservado, y vestía una bata blanca similar a la de los médicos de la época de Marc... eso último habría despertado alguna confianza en él, de no ser por los guantes embadurnados de sangre que traía puestos.

—Gretchen, niña, hacía tiempo que no venías a verme —la saludó el doctor quitándose los guantes con delicadeza.

—Por suerte para mí —contesto ella levantando las cejas.

—Vaya, vaya, Robart —dijo volviendo la vista hacia el androide—. ¿Todavía viviendo la mala vida?

—¿Mala vida? —exclamó Marc volviéndose hacia ellos.

—Bueno... —titubeó Rob.

—Éste es Marc, el hombre del que te hablé en el mensaje —aclaró Gretch empujándole por la espalda con un dedo hasta obligarle a dar un paso al frente.

—Eh... encantado, doctor —dijo él. Fue a tenderle una mano, pero recordando

los guantes que llevaba todavía a medio quitar se echó atrás antes de empezar.

—¡Oh, sí! El joven descongelado —replicó el doctor dirigiéndole una mirada evaluadora—. Un caso singular el tuyo, muchacho, muy singular. He visto casi de todo en esta clínica, pero en mis años de carrera no me había encontrado con un caso tan fascinante como el tuyo.

—¿Y son muchos años éstos? —se interesó preocupado por su propio pellejo.

—¡Uy! Más de sesenta ya —contestó él con una sonrisa amable.

De no haber sido por los dichosos guantes, a Marc le habría parecido buena gente. Intentó calcular cuántos años podía tener aquel hombre, que decía haber ejercido durante sesenta. Si le hubieran preguntado a él, habría dicho que justo esa cifra era la edad del doctor, pero al parecer la gente envejecía con mayor lentitud en esa época, por lo que podía haber cumplido en realidad ya los noventa y no estar demasiado estropeado.

—No te preocupes, Marc, te quedas en buenas manos —le aseguró Gretch también con amabilidad dándole un golpecito en el hombro.

—¿Me quedo? —se alarmó—. ¿No... no os quedáis conmigo?

—Lo siento, pero aún tenemos cosas que hacer antes de marcharnos —se disculpó—. Tengo que asegurarme de que recargan el depósito de la nave, y luego... tenemos trabajo que hacer. Pero tú tranquilo, Adohi se encargará de que te lleven a Nueva Tierra, y a estas alturas ya deben haber descargado de la nave la cápsula de la que te sacamos para que vaya contigo también.

—Oh... pues entonces adiós, supongo —dijo entristecido por tener que dejarles.

—Ha sido un placer conocerte —se despidió Rob también—. Una experiencia interesante, sin duda, espero que volvamos a vernos.

Marc los vio salir de la clínica junto al doctor y la calabaza voladora, y de repente se sintió muy vacío. No es que les hubiera cogido un especial apego en el escaso tiempo que habían pasado juntos, pero por alguna razón le habría gustado más volver a la nave en la que llegó que quedarse allí a no sabía qué.

—Bueno, Marc, pasemos detrás y comencemos con esto, ¿vale? —le indicó el doctor dirigiéndole hacia la parte trasera de la clínica. Antes de hacerlo, tiró los guantes ensangrentados en una papelera que tenía junto a la recepción, y ésta emitió un sonido similar al de un motor poniéndose en marcha cuando se los tragó. Una vez más, Marc prefirió no hacer preguntas al respecto.

Con sus paredes blancas y sin vértices, la sala en la que entró siguiendo al doctor le recordó mucho a la enfermería de la Calicó. Allí disponían también de una camilla metálica, aunque los muebles no se escondían en la pared, y desde luego estaban mejor surtidos de material médico.

—De modo que cáncer, ¿eh? —comentó el anciano después de que Marc se sentara en la camilla, listo para la revisión. La calabaza robótica comenzó a dar vueltas a su alrededor, sin apartar su ojo de él—. Una enfermedad con muy mala cura en la época de la que vienes, por lo que sé, ¿no es cierto?

—Dígamelo a mí —contestó, riendo por no llorar, mientras Adohi rebuscaba entre los estantes buscando algo—. Me mató, y necesité unos nanobots y mil doscientos años dentro de una nevera para revivir.

—Sí, y esto debería encargarse ahora de esas células cancerosas tan molestas —aseguró el doctor con una inyección en la mano, una inyección un tanto rara que carecía de aguja... y sin embargo, se acercó a él con ella en la mano y le agarró del brazo dispuesto a clavársela.

Marc sintió un contacto cálido en la piel cuando el extremo romo le tocó, y para su sorpresa, el líquido transparente de dentro fue desapareciendo poco a poco, como si su piel lo estuviera absorbiendo.

—Listo —anunció el doctor con satisfacción.

—¿Así, sin más? —exclamó atónito Marc, mirándose el brazo en busca de alguna marca que delatara que acababan de inyectarle algo.

—Así sin más —asintió él—. Ahora tengo que ponerte unas cuantas vacunas, sería absurdo haber sobrevivido a un viaje en el tiempo como el tuyo para acabar muriendo de una simple gripe roja, ¿verdad?

—Si todas van a doler tanto como ésta, no hay problema —consintió él, que todavía seguía mirándose el brazo y preguntándose cómo había penetrado el líquido en su cuerpo.

Pero lo importante era que el cáncer se había esfumado... le llevó pasar mil doscientos años en una nevera, sobrevivir a su propio planeta y vagar perdido en el espacio durante siglos, pero lo había conseguido. Definitivamente el dinero que gastó en congelarse para la posteridad había sido el mejor invertido de su vida.

—Pues ya está —anunció tras varias sesiones más de inyecciones no invasivas—. Ahora veamos qué tal estás de salud... Dulcinea, resultados por favor.

La calabaza dirigió el ojo hacia la pared y allí proyectó varias imágenes, entre ellas una del esqueleto de Marc, otra de su cerebro y un video de su corazón latiendo.

Marc contempló admirado todo lo que aquel robot voyerista había sacado de él tan sólo observándole a través de su cámara. Era difícil creer que se pudiera conseguir un vídeo a todo color de su propio corazón funcionando con un único vistazo superficial, más cuando dentro de su pecho, que él supiera, no había luz alguna.

—Todo parece estar bien —analizó el doctor rascándose la barbilla—. Ritmo cardíaco normal, respiración normal, desarrollo muscular por debajo de la media, pero dentro de parámetros normales, páncreas dañado, pero que acabará recuperándose, y constantes cerebrales normales. ADN completamente anormal, aunque claro, eres anterior a la eugenesia... esperanza de vida de setenta y cinco años en esta progresión, unos noventa y cinco o cien ahora que estás en una época donde no es necesario abrir en canal a la gente para operarla y la dieta es más saludable.

—Noventa años no está mal —se conformó Marc, quien habría vivido tan sólo veinticinco en otras circunstancias. También le tranquilizaba saber que no sufría

daños cerebrales por la gracia de enseñarle el idioma a través del casco asesino ese—. ¿Hemos terminado entonces?

—No, todavía queda lo más importante —dijo caminando hacia un cajón, del que extrajo un diminuto chip parecido a una delgada onza de chocolate, sólo que verde y mucho más pequeña—. El chip.

—Oiga, ¿de verdad es necesario? —replicó Marc, a quien todavía no le hacía ninguna gracia eso de que le metieran algo en el cerebro—. ¿Para qué me servirá tenerlo?

—Pues, para empezar, sabría todo lo que hay expuesto en esa pared con sólo hacer una lectura —le respondió señalando las imágenes que el robot calabaza proyectaba—. No veo cuál es el problema, Marc, todo el mundo tiene uno, incluido yo. La mayoría de la tecnología más moderna o compleja se maneja mejor a través del chip, y también sirve como medio de identificación... es un delito no tenerlo, sin él no te van a dejar entrar en Nueva Tierra.

—Pues a lo mejor es una señal para que no vaya a la dichosa Nueva Tierra esa —exclamó.

—Pero ¿qué tonterías estás diciendo? —El doctor parecía genuinamente sorprendido ante sus reticencias—. ¡Claro que tienes que ir a Nueva Tierra! Los científicos querrán estudiarte, seguro que hasta vendrán expertos de Vega III para ello. En Atenea querrán conocerte porque eres historia viva... ¡serás una celebridad en todo el sector!

—¿Una celebridad? —repitió espantado levantándose con un salto de la camilla—. ¡No quiero ser una celebridad! Sólo soy un tío que murió en el siglo XXI y que congeló su cadáver por si encontraban la cura a su enfermedad en el futuro... no... no voy a ser una celebridad, un sujeto de experimentos ni una curiosidad histórica.

—Pero... —protestó el doctor. Sin embargo, antes de que pudiera retenerle, Marc salió corriendo de la sala, y luego del establecimiento, con la intención de huir de aquel desconcertante destino que le esperaba si seguía por un camino que él no había elegido.

De vuelta en el pasillo de la estación espacial, miró a ambos lados buscando un lugar a donde ir... no sabía nada de aquel mundo, no disponía de dinero y se había quedado solo.

Adohi salió tras él a buscarle, y en un intento de perderle se mezcló entre la gente y recorrió en dirección contraria todo el camino andado antes, pasando por delante de los mendigos eternianos, el club, la tienda de reparaciones y la de informática hasta el *Boost*, donde la camarera androide del uniforme rojo lanzaba fuera del establecimiento a otro cliente medio inconsciente por la borrachera con una botella todavía agarrada en las manos.

Marc fue a pasar de largo en su huida, pero un niño muy rubio y con manchas en la cara, que tenía pinta de ser de los refugiados de Eternia, se lanzó contra el hombre dormido, le abrió la gabardina y le robó una tarjeta verde que llevaba en un bolsillo

interior.

—¡Eh! ¡Oye, ladrón! —le increpó Marc, que ya conocía ese tipo de tarjetas y sabía para lo que servían. Sin embargo, el niño le ignoró y se marchó corriendo sin que nadie hiciera nada por evitarlo—. Será posible...

Distraerse con aquello casi le cuesta caro. A tiempo se percató de que el doctor andaba por allí, y a él se habían unido por lo menos dos hombres más que le buscaban entre el gentío. El traje gris metalizado con el que le había vestido Rob llamaba demasiado la atención como para poder pasar desapercibido sin más entre la gente, de modo que no dudó en agacharse y quitarle al borracho inconsciente la gabardina, con la que se cubrió y se acurrucó junto a la puerta del local, confiando en que fuera suficiente para engañarles.

Cuando el doctor y su gente se pararon frente al *Boost* creyó que estaba perdido, sabía que su disfraz sólo serviría para que le pasaran por alto, pero dudaba que fuera a soportar un escrutinio mayor si se detenían frente a él. No obstante, y para su sorpresa, tan sólo se fijaron en el borracho dormitando en el suelo. No se molestó ninguno de los tres en prestar la más mínima atención al hombre de la gabardina acurrucado a tan sólo un par de metros de él antes de seguir su camino y perderse de vista.

Marc no sabía si era muy bueno escondiéndose o es que tenía muy buena suerte, pero la suerte fue lo que le falló cuando alguien le propinó una fuerte patada por detrás y le lanzó rodando por el suelo.

—¡Ay! —protestó dolorido frotándose la nuca.

Agarrado a la pared para no caer también, el hombre que le había golpeado, un tipo con aspecto de tener muy malas pulgas, le lanzó una mirada asesina.

—¿Qué haces invisible delante de la puerta, idiota? —ladró tras recuperar el equilibrio.

—¿Invisible? —replicó Marc sin comprender.

—Malditos borrachos... —gruñó el hombre dedicándole una mirada de desprecio—. ¡Si no sabes vestir la ropa que llevas, no la utilices! ¡Anda lárgate de aquí antes de que me cabree!

—U... usted disculpe, caballero —trató de tranquilizarle al tiempo que caminaba hacia atrás para alejarse de él. No quería que sus gritos atrajeran a nadie.

En cuanto dejó atrás a aquel energúmeno y a los curiosos que se le habían quedado mirando, comenzó a correr para perderse de vista de nuevo, y cuando se sintió a salvo, se detuvo para echar un vistazo más a fondo a la gabardina que ahora vestía.

Vista desde fuera no parecía tener nada de especial, sólo era una gabardina forrada de color negro, con un tacto parecido al cuero, larga y de cuello alto. Ignoraba de qué material podía estar fabricada, pero si de verdad le había vuelto invisible, como decía el tipo con mala leche, sólo podía deberse a algún material futurista en su composición. En su época ya se hablaba de telas así como algo posible de conseguir

en un futuro próximo, aunque no sabía que se hubiera convertido en algo tan extendido como para que hasta un borracho cualquiera pudiera obtener una.

Creyéndose libre de sus perseguidores, y contento por haber adquirido un abrigo no menos que mágico, se concentró en el problema principal de su huida: a dónde dirigirse... y como si hubiera sabido la respuesta a esa pregunta desde el principio, viró con brusquedad para emprender el camino en dirección hacia la que creía su salvación.

—Ir a Nueva Tierra... ¡y unas narices! —murmuró satisfecho consigo mismo.

\*\*\*\*\*

El comandante Rosenstock contempló con escaso interés el brillo de la enana blanca que presidía aquel sistema planetario moribundo, prácticamente indistinguible del emitido por las estrellas más lejanas desde los casi doscientos cincuenta millones de kilómetros que les separaban. Mucho más cerca, a tan sólo unos pocos kilómetros, se encontraba la roja superficie del planeta que sobrevolaban. Aquél era el único que conservaba una superficie estable en todo el sistema. Los dos primeros habían sido engullidos cuando la estrella estalló, y el tercero se había salvado de ese destino contra todo pronóstico, pero aun así no pudo evitar acabar convertido en una bola de magma y ceniza... los demás, todos eran gigantes gaseosos sin ninguna relevancia.

—La base ha sido destruida, mi comandante —anunció uno de sus oficiales.

El asiento flotante de Rosenstock giró en el aire, abandonando las vistas al espacio, y se encaró con su subordinado, que adoptó la posición de firmes.

—¿Supervivientes? —pregunto.

—Ninguno —aseguró él—. No tuvieron tiempo para reaccionar a un ataque de ese calibre. El bombardeo ha sido un éxito y toda la base ha sido arrasada.

—Es una pena, su valor histórico era incalculable —lamentó el comandante—. Pero muchas cosas valiosas han de ser sacrificadas en favor de conseguir un bien mayor. ¿Qué hay de las comunicaciones?

—Las llamadas de ayuda fueron interceptadas —respondió el hombre—. Nadie sabrá que hemos estado en el sistema, mi comandante.

—¡Eso podría no ser del todo cierto! —exclamó una voz femenina que entraba en el puente de mando, llamando la atención tanto del comandante y su subordinado como de todos los oficiales allí reunidos.

Adalia Smeith era una mujer alta y de constitución recia, con un largo y lacio cabello color plateado, rasgo característico de la familia Smeith de Dackhara, que lucía con orgullo. Unos grandes ojos grises y una pequeña boca de labios finos completaban un en general agraciado rostro ligeramente alargado, pero afeado por una perpetua mueca de desagrado.

Embutida en un uniforme negro con placas plateadas en hombros, cintura y codos, avanzó con pasos firmes y seguros en dirección al comandante Rosenstock,

pasando junto al hombre que le informaba sin dirigirle siquiera una mirada, y se arrodilló frente a él agachando la cabeza. Tras ella, dos soldados arrastraban el cuerpo maltrecho de tercer individuo, que luchaba por mantenerse consciente tras haber recibido una brutal paliza.

—Levántate. ¿Qué ocurre, Adalia? —preguntó el comandante disimulando con éxito la repentina inquietud que sintió. A Steffan Jakor Rosenstock no le gustaban los imprevistos, no cuando estaba tan cerca de la victoria.

—Cuando se interceptaron las transmisiones, atrapamos a este espía intentando enviar un mensaje a Nueva Tierra —le explicó la mujer, que tras incorporarse le dirigió al apaleado una mirada de odio visceral—. ¡Este sucio traidor pretendía alertar a nuestros enemigos acerca de nuestros planes!

—¿Consiguió enviar el mensaje? —exigió saber Rosenstock encubriendo una vez más a la perfección su temor. Si la respuesta era positiva, cabía la posibilidad de que todo por lo que llevaba luchando los últimos meses se hubiera perdido sin remedo.

—No, comandante, le detuvimos antes —respondió uno de los hombres que sujetaba al espía.

—Bien... bien, buen trabajo —exclamó con satisfacción. Un espía descubierto siempre era una buena noticia, más si no había conseguido pasar la información que buscaba, y con la base científica destruida, no quedaba ningún testigo de su paso por el sistema.

Congratulándose por haber ordenado aumentar la seguridad como medida preventiva antes de que sus planes empezaran a ser conocidos por la tripulación, bajó del asiento flotante y, con las manos en la espalda y un paso lento pero desafiante, se aproximó hacia el espía, a quien uno de los soldados levantó la cabeza con un tirón de pelo para que pudiera mirarle a la cara. Por la gravedad de las heridas pudo reconocer el toque de crueldad de Adalia en aquella paliza, su siempre leal primera oficial toleraba aún menos que él la traición entre sus filas.

—Muy poco profesional por su parte intentar enviar un mensaje cuando sabía que las transmisiones estaban siendo vigiladas —le dijo—. Imagino entonces que ha deducido qué pretendemos hacer aquí, ¿no es cierto?

—Estás loco... —masculló el espía con evidente dificultad. Los labios hinchados por la paliza apenas le permitían pronunciar palabra.

—Vaya, qué original —resopló Rosenstock con desprecio. Giró sobre sí mismo y caminó de vuelta hacia el asiento del capitán de la nave sin dedicar al traidor una mirada más. Su reacción delataba todo lo que quería saber—. ¡Guardias! Coged a este despojo humano y arrojarlo al vacío. Que la propia naturaleza se encargue de él.

El espía intentó resistirse, pero no pudo hacer nada para evitar que los dos soldados que le sujetaban lo sacaran a rastras de allí bajo la atenta mirada de Adalia, que cuando los tres desaparecieron tras la compuerta del puente de mando se volvió hacia el comandante.

—No sabía que Thalassinos tuviera tanto interés en nosotros como para infiltrar

un espía entre nuestra gente —dijo frunciendo el ceño y poniendo los brazos en jarra. Aquella intromisión enemiga había conseguido indignarla.

—Te lo dije cuando diseñamos este plan, Adalia, y por eso te advertí sobre la necesidad de aumentar la seguridad en esta etapa del mismo —replicó el comandante sentándose de nuevo en la silla y girándola para quedar de nuevo frente a la gran cristalera. La enana blanca seguía brillando con escasa fuerza en la distancia, y lo seguiría haciendo durante mucho tiempo todavía—. El verdadero enemigo está en Nueva Tierra. El gobierno títere de Dackhara no sobrevivirá sin el apoyo de la CPU. La marioneta que es tu padre caerá junto con Thalassinos y el resto de titiriteros... ¡Señor Craige, continúe con el rumbo establecido!

—Sí, comandante —contestó uno de los hombres a los mandos del destructor—. Abandonando órbita planetaria en diez segundos. Tiempo estimado de viaje hasta destino: dos horas.

—¡Que sea sólo una! —exigió Adalia—. No podemos perder más el tiempo en este sistema, podríamos llamar la atención.

—A sus órdenes, Primera —replicó el señor Craige—. Aumentando velocidad establecida en factor dos.

—La humanidad regresa a la Tierra... —murmuró el comandante para sí mismo cuando el «Leviatán» comenzó a acelerar y dejó atrás el planeta rojo que acababan de bombardear.

Instintivamente se rascó el lugar de su cráneo donde la extracción del chip le había dejado una pequeña cicatriz. No le gustaba haber destruido la base marciana, que era como una segunda cuna de la humanidad, pero a veces era necesario que hacer sacrificios por un bien mayor...

Que a veces fuera necesario hacer sacrificios por un bien mayor era un pensamiento que también compartía Annelie Lehner, espía de los servicios secretos de Dackhara a las órdenes del coronel Solimán Brey Breuer, cuando los soldados de Rosenstock abrieron la escotilla de la sala de presurización y arrojaron al malherido espía de Nueva Tierra dentro.

—Ahora vas a ver lo que les pasa a los traidores —se burlaron al ver sus vanos intentos por ponerse en pie. Sus heridas y contusiones eran demasiado graves para que pudiera conseguirlo por sus propios medios.

Annelie no pudo evitar sentirse algo culpable... ella misma, ejerciendo su labor de técnica de comunicaciones en la nave, fue quien detectó la emisión del espía hacia Nueva Tierra, y quien se encargó de que sus superiores en el «Leviatán» estuvieran al tanto.

No es que le gustara delatar a un colega de profesión, máxime cuando sus objetivos no eran incompatibles... de hecho, le sorprendía que no les hubieran hecho trabajar de forma conjunta cuando tanto el gobierno de Dackhara como el de Nueva

Tierra tenían motivos para querer mantener bajo control al excomandante. Pero como eso no había ocurrido, su obligación seguía siendo mantener su tapadera, lo que significaba delatar a un compañero cuando se exponía, lo que también afianzaba su posición como infiltrada.

No obstante, en aquella ocasión no podía evitar preguntarse si no se había pasado de la raya en su celo profesional, porque lo que Rosenstock se traía entre manos era mucho más gordo de lo que pudo pensar jamás cuando le encomendaron aquella misión. Tal vez hubiera sido mejor dejar que el agente de Nueva Tierra cumpliera su cometido en aras de detener al excomandante antes de que se saliera con la suya. Pero el daño ya estaba hecho, y sólo podía seguir adelante.

—¿Qué ocurre? —les preguntó a los soldados tras fingir acercarse a la escotilla por mera casualidad—. ¿Qué hacéis jugando con la sala de presurización?

—No jugamos a nada —replicó uno de los soldados dirigiéndole una mirada hostil—. Nos encargamos de este traidor por órdenes del comandante, de modo que no te entrometas si no quieres que te acusemos de obstrucción.

Al haberse infiltrado Annelie como una técnica en comunicaciones, los soldados rasos como ellos eran superiores jerárquicamente hablando, y por lo tanto no quiso discutir. Se limitó a acercarse con cautela y echar un tímido vistazo dentro.

—¿El comandante ha autorizado esto? —inquirió como si eso le extrañara, aunque en realidad lanzar al vacío del espacio a quienes le traicionaban era casi una tradición en aquel destructor espacial. Lo había visto hacer con hombres que pretendían desertar, piratas espaciales a los que había contratado y le habían fallado o vendido, e incluso una vez con un periodista que les engañó y, para conseguir el artículo de su vida, fingió ser parte de la tripulación—. Pero seguro que no ha autorizado que andéis jugando con la escotilla, ¿verdad? Su mecanismo es demasiado delicado y sólo debería ser manejado por profesionales.

—Muy bien, «profesional», pues envía a este asqueroso traidor a darse un baño de vacío —le ordenó el soldado, que le cedió el puesto con un gesto de la mano y retrocedió un paso para darle vía libre.

Annelie no respondió, tan sólo agarró la pesada puerta de la escotilla y comenzó a cerrarla manualmente. Sin embargo, antes de hacerlo del todo, y sin que ninguno de los dos hombres se diera cuenta, dejó caer un diminuto emisor de señal, donde previamente había grabado el mensaje que quería que su jefe escuchara, y que había programado para comenzar a emitirlo hacia Dackhara diez minutos más tarde, cuando el «Leviatán» estuviera demasiado lejos como para captar su señal.

Aquello era lo que debió hacer el espía de Nueva Tierra, o eso pensó cuando le miró con lástima una última vez. Sin duda, el miedo a los planes de Rosenstock le había podido, y desesperado por avisar a su planeta de la que se avecinaba acabó siendo descuidado, error que le había costado la vida. Era algo comprensible, pero muy poco profesional, y en su trabajo esas cosas se pagaban muy caras.

Cuando la compuerta estuvo sellada, ella misma pulsó el botón que abría la otra

esclusa de la sala de descompresión, la que salía al exterior. En cuestión de un segundo, el vacío espacial provocó que todo el aire se viese lanzado fuera, arrastrando consigo tanto al espía como el diminuto emisor.

—Ya está —informó a los soldados, que pese a todo le dedicaron una mirada poco satisfecha antes de darse la vuelta y marcharse de vuelta a sus obligaciones. Ella les imitó, y deseó con todas sus fuerzas que el mensaje llegara a tiempo y permitiera a su gobierno reaccionar antes de que fuera tarde.

Fingiendo indiferencia ante la ejecución en la que había sido partícipe, regresó a la sala de comunicaciones. Su tapadera debía seguir impoluta, sobre todo ahora que Rosenstock ya había descubierto un espía y les tendría más vigilados que nunca para encontrar a otros posibles traidores entre sus filas.

\*\*\*\*\*

—¡Vaya, vaya! ¡Pero si es nada más y nada menos que Gretchen Rosenstock!

Gretch detuvo su marcha y apretó los dientes con fastidio. Sabía que una conversación que empezaba con su interlocutor llamándola por su apellido era sinónimo de problemas. Por desgracia, no era la primera vez que algo así le sucedía, y no creía que ésa fuera a ser una excepción.

Desde que salieron de la tienda de electrónica, donde Rob quiso comprar unos cables de batería nuevos, había tenido una extraña sensación en la nuca, como si alguien les estuviera siguiendo. Pero cada vez que volvía la vista no lograba ver a nadie sospechoso de ir tras sus pasos, y encontrándose ya a menos de treinta metros de la Calicó creyó haberse librado de ser abordada por su presunto perseguidor... había faltado tan poco que le daba rabia no haberlo conseguido.

Resignada a que fuera lo que tuviera que ser, aguardó junto a Rob a que una musculosa mujer, que vestía una chaqueta hecha de planchas de metal y lucía un llamativo ojo mecánico, les cortara el paso surgiendo de entre un par de naves atracadas en mitad del hangar. Iba armada con una pistola de plasma modificada, y no dudó en apuntarles con ella mientras seis hombres rubios y embutidos en uniformes grises aparecían a su lado para apoyarla.

Gretch recordaba haber prevenido a Marc sobre ese llamativo grupo, y no pudo evitar mostrar una irónica sonrisa por ello. Advirtió, sin embargo, que ninguno de los seis iba armado, aunque eso tampoco suponía una ventaja cuando ella tampoco lo estaba. Su pistola de plasma seguía en la funda que le colgaba del cinturón, demasiado lejos cuando otra arma de mayor potencia la encañonaba.

—Sus amigos son androides —le susurró Rob.

Era la mejor noticia que le habían dado en lo que iba de día.

—En cuanto te vi en la cantina, supe que tenías que ser tú —le dijo la mujer con evidente satisfacción en la mirada de su ojo sano—. Me temo que tu reputación te precede.

—Qué casualidad, Moira, iba a decirte lo mismo —replicó ella desafiante, apoyando los brazos en las caderas para enfatizar el desafío, pero sobre todo para acercar las manos al cinturón, donde además de la pistola escondía algunos juguetitos útiles para salir de apuros como en el que se encontraba.

Gretch también la había reconocido a ella en la cantina, aunque en ese momento no le prestó mayor atención porque ignoraba que la estuviera persiguiendo. Moira era una reputada cazadora de cabezas, alguien con el coraje, sangre fría y habilidad para dedicarse a dar caza a gente buscada, ya fuera por las autoridades legítimas o por bandas criminales, eso le daba igual. Mientras el cliente estuviera dispuesto a pagar una recompensa por su trabajo ella no ponía objeciones, y sólo preguntaba lo justo.

—¿Siete contra dos? No te creía de las miedosas. De las traicioneras sí, pero miedosa nunca —le dijo para provocarla.

—Tuve que buscar refuerzos cuando vi que ibas más acompañada de lo habitual —gruñó ella adoptando una fea mueca. Su ojo mecánico daba vueltas sin parar, como si buscara algo en el hangar que no fuera capaz de encontrar—. ¿Dónde está tu otro amigo, Gretchen? El de la cara de tonto.

—¿Ése? No es mi amigo, y tampoco una amenaza tal que necesite de seis androides para hacerle frente —contestó Gretch—. ¿Y a qué debo el honor de que vayas tras mi cabeza? ¿En Nibiru se han decidido dar una recompensa por mí que pague el precio del combustible necesario para viajar hasta allí con mi cadáver?

—¿Es posible que no lo sepas? —exclamó Moira entrecerrando su ojo sano—. Los paletos de ese asteroide me dan igual... pero en Dackhara desde hoy tu cadáver vale nada menos que diez millones de ridios de Nueva Tierra.

—¿Dackhara? —repitió Gretch borrando su tono desafiante de un plumazo—. ¿Por qué?

—¿Por qué? ¿Es que no sabes que tu querido tío pretende armar una buena para celebrar el aniversario del derrocamiento de tu padre? —le respondió en tono burlón—. Sabiamente, han decidido que por eliminar a cualquiera con el apellido Rosenstock se pague una cuantiosa recompensa, y mis amigos y yo estamos muy interesados en cobrarla... no me negarás que es un trabajo que vale la pena, y viendo que sólo sois dos y vais ridículamente armados, también sencillo.

—Estoy listo —murmuró Rob, que fiel a su naturaleza androide, ni por un segundo se había alterado ante la amenaza que suponían los siete asaltantes. Aun con un desarrollado instinto de autoconservación, asustarse no era algo que a los seres mecánicos se les diera bien.

—Siempre te cegó la codicia, Moira, y perder un ojo no te enseñó la lección —le espetó Gretch a la cazadora de cabezas—. Es un error que no volverás a cometer.

Moira apretó los dientes con rabia y se dispuso a disparar contra ella, pero antes de conseguirlo, uno de los secuaces androides se giró y le propinó un fuerte manotazo, desestabilizándola. Otro le sujetó los brazos desde la espalda un instante después, y un tercero se apresuró en arrancarle la pistola de las manos.

—¡Pero qué diablos...! —bramó al verse atrapada por sus propios aliados.

Los tres androides restantes se volvieron hacia sus compañeros confundidos ante aquella inesperada traición, sin embargo, pronto tuvieron otras preocupaciones más graves. En los escasos segundos que duró aquel forcejeo distractor, Gretch tuvo tiempo de sacar una pequeña granada de uno de los bolsillos de su cinto, y sin pensarlo un segundo, la lanzó contra ellos.

Cuando ésta tocó el suelo, estalló formando una onda electromagnética que atrapó a los seis androides y los dejó tambaleándose como si estuvieran sufriendo un ataque.

Moira cayó al suelo aullando de dolor cuando su ojo mecánico comenzó a humear y lanzar chispazos, mientras que a su alrededor sus secuaces lo hacían también con los circuitos churrascados. Presa de la ira, disparó casi a ciegas su pistola de plasma un par de veces, pero los incandescentes proyectiles color naranja fueron demasiado desviados como para suponer una amenaza.

—¡Vámonos! ¡Deprisa! —exclamó Gretch tirando del brazo de Rob, que no tardó en comenzar a seguirla en dirección a la nave.

—¡No tenías por qué hacer eso! ¡Duele! —protestó él.

Al pasar junto a Moira, ésta lanzó una mano para intentar agarrar a Gretch, pero la dackhariana la esquivó con facilidad y aprovechó la oportunidad para devolver al suelo a la cazadora de cabezas de una patada en la cara. No obstante, sabía que el *shock* no le duraría mucho, y prefería estar ya lejos de allí cuando se recuperara y alcanzase su nave.

—Lo siento... ¡pero sólo poseíste a la mitad de ellos! —se defendió al tiempo que enviaba una orden a la Calicó para que se pusiera en marcha.

—Tenía a la mitad y el factor sorpresa, más que suficiente —replicó Rob.

Un par de proyectiles de plasma disparados por su atacante les pasaron muy cerca. Gretch se giró para devolver los disparos con su propia pistola sin dejar de correr hacia la nave, y cuando alcanzaron la entrada de la bodega de carga, se lanzó hacia su interior.

—¡Se la han cargado! —lamentó Rob al ver los restos de la carretilla, que había sido alcanzada por un disparo perdido, tirados por el suelo.

—¡Ahora da igual eso! —resopló ella presionando un botón que hizo que la compuerta comenzara a cerrarse. Moira ya se había recuperado del aturdimiento, y al tiempo que trataba de incorporarse desde el suelo, volvió a abrir fuego contra ellos... sin embargo, ya era tarde. El duro blindaje de la Calicó era demasiado grueso para que unos míseros disparos de plasma pudieran atravesarlo.

—Ha faltado un pelo —exclamó el androide.

—Sí, por qué poco... ¡pero serán chapuceros! —se interrumpió al descubrir que alguien había dejado junto al depósito del combustible, y tirado de cualquier manera, el cilindro magnético con la antimateria que había comprado para rellenar el depósito de los motores—. ¿A quién se le ocurre dejar la antimateria de esa manera?

El sonido de un nuevo proyectil de plasma impactando contra la compuerta le

recordó que aún no estaban del todo a salvo, y que les urgía salir del Horizonte de sucesos cuanto antes, de modo que dejó ese problema apartado hasta que estuvieran bien lejos de allí.

—¡Al puente de mando! ¡Ya! —ordenó, y tanto ella como el androide echaron a correr en dirección a las entrañas de la nave.

Cuando alcanzaron la cabina, pudieron ver a través del cristal que Moira salía corriendo hacia la puerta del hangar que llevaba de vuelta al interior de la estación espacial, con toda probabilidad con la intención de embarcarse en su propia nave y perseguirles por el espacio.

—Por qué poco... —respiró aliviada cuando sintió que la nave comenzaba a moverse por fin—. No le va a dar tiempo a cogernos, nos habremos marchado del sistema antes de que llegue a su nave.

—A cogernos tal vez no, pero a impedir que nos vayamos... —replicó Rob señalándole las ventanas de la oficina del hangar. Moira se encontraba allí, amenazando al técnico que se encargaba de los controles de las compuertas que permitían la entrada y salida a ese lugar. Éstas, obedeciendo sus órdenes y se cerraron a cal y canto atrapándoles dentro.

—¡Torpedos de plasma! —exclamó Gretch dispuesta a solucionar aquello de una vez.

—Eso no va a abrir las compuertas, son demasiado duras —objeto el androide.

—No es ahí donde pretendo disparar... —murmuró ella señalizando como objetivo del torpedo la oficina. Al mismo tiempo, abrió las comunicaciones con el hangar—. ¡Torpedo uno!

Cuando fue disparado, abrió un agujero en la pared que obligó a Moira a saltar a la desesperada a un lado para no ser desintegrada por él, derribó al técnico y voló media oficina por los aires.

—¡Torpedo dos! —exclamó dispuesta a repetir la operación.

—¡No, por lo que más queráis! —rogó la voz del técnico a través del panel de control—. ¡Ya os abro, ya os abro!

—¿Ves qué fácil es? —afirmó Gretch cuando, en efecto, la primera compuerta comenzó a abrirse y pudo dirigir la Calicó hacia allí.

—¿A eso llamas fácil? —se escandalizó el androide—. ¡Podrías haber matado a ese hombre!

—¡Que va! Estaba todo controlado —dijo ella sin darle importancia—. La cuestión es que hemos salido, ¿no?

—Sí, aunque más importante aún es que ahora te busquen en Dackhara —le recordó Rob, que con ello consiguió aguarle el subidón de adrenalina fruto de un enfrentamiento victorioso como sólo él sabía hacerlo.

Lo que Moira dijera sobre su tío era más que preocupante. A Gretch le gustaba pensar en ella misma como una huérfana sin familia; había aprendido a olvidar el pasado, quién fue cuando nació y, por encima de todo, quién era su padre. Pero el

pasado tenía la extraña costumbre de volver cuando uno menos lo esperaba... el hombre del siglo XXI que habían dejado en la estación espacial era prueba de ello también.

—¿Sabes? Me molesta un poco todo esto —se quejó el androide cuando ya estuvieron alejándose del Horizonte de sucesos, lugar al que sin duda era mejor que no regresaran en una temporada larga—. Todos saben quién eres, pero ninguno se molesta en averiguar quién soy yo y mis antecedentes.

—Mejor para nosotros —repuso Gretch—. Si lo hubiera sabido ella, habría tenido el cuidado de no traer androides consigo, y por tanto habríamos tenido muchos más problemas para escapar.

—Lo sé, pero aun así es insultante...

—Ventajas de no ser una celebridad —murmuró con amargura, aunque también sabiendo que se sentiría mejor cuando estuvieran bien lejos del sistema planetario y pudiera olvidarse de aquello—. Activa el motor de curvatura, salgamos de aquí antes de que alguien más se apunte a conseguir la recompensa.

—Activando motor de curvatura... ¿en qué dirección? —preguntó Rob tecleando en el panel de mandos.

—Por lo visto me buscan en Dackhara, sugiero entonces perdernos una temporada cerca de Vega III. Allí las estaciones espaciales de paso abundan, y conozco un tipo que tal vez podría darnos algún trabajillo.

—Me gusta Vega III —asintió conforme el androide.

—Sí, no me extraña. Allí los humanos aspiran a ser como androides, y los androides aspiran a ser como humanos —afirmó Gretch parafraseando un dicho popular—. ¿Está listo el salto?

—Listo —confirmó Rob—. Saltando en tres... dos... uno...

La nave sufrió una inesperada sacudida por la que la dackhariana casi sale despedida de su asiento. Las luces parpadearon varias veces y el panel de mando comenzó a lanzar al alzar destellos de todos los colores.

—¿Qué ha sido eso? —quiso saber después de que la situación volviera a la normalidad—. ¿Nos ha saboteado el motor esa tuerta indeseable?

—No, el salto lo hemos dado —le aseguró Rob señalándole las vistas al exterior de la nave—. El problema es que no sé si hacia Vega III o hacia cualquier otro lugar. El panel de navegación está en negro.

—¿Qué demonios ha pasado? —bramó Gretch empleando la técnica que durante miles de años se había utilizado para hacer funcionar aparatos mecánicos rebeldes, consistente en dar golpecitos al artilugio en cuestión con mayor o menor fuerza hasta que éste respondiese.

—Deben estar yendo ya hacia el hangar... no esperaba que fueran a estar aquí tan poco tiempo. ¡Deprisa, hay que atraparles antes de que se escapen! —rugió la mujer

del ojo mecánico a los seis tipos de uniforme gris.

Marc permaneció quieto, cubierto por la gabardina que le hacía invisible a ojos ajenos y escuchando hasta que aquel pintoresco grupo se perdió de vista. Gretch y Rob no tardaron en salir de la tienda de electrónica, y cuando se pusieron en camino, les siguió de cerca todo lo rápido que pudo... que no era mucho. Según parecía, al moverse deprisa la invisibilidad no funcionaba del todo bien, y más de uno se le había quedado mirando con curiosidad al verle corretear cubierto con su capa como si fuera el fantasma de la ópera.

Por suerte, aquel pequeño fallo no fue suficiente para que le descubrieran, aunque ella debió intuir algo, porque volvió la vista varias veces durante el trayecto.

Alcanzaron el hangar en el que habían atracado la nave unos minutos más tarde, y cuando Marc pensó que podría colarse tras ellos en la Calicó sin que nadie se diera cuenta, la mujer del ojo mecánico y los otros seis tipos les salieron al frente a Gretch y Rob, cortándoles el paso con actitud amenazante.

Marc ya sabía que aquella era gente peligrosa, la propia Gretch le había advertido sobre los hombres de uniforme, y la mujer del ojo tenía una pistola de aspecto futurista en las manos que no auguraba nada bueno. Pese a ser invisible, no quería verse en mitad de un enfrentamiento, así que dio un rodeo entre varias naves para evitar la zona y alcanzar por fin la nave en la que había llegado a esa estación espacial de mala muerte.

La Calicó poseía una forma alargada y cilíndrica, con un prominente morro redondeado y un caparazón blindado encima que protegía la amplia bodega de carga. No era ni mucho menos la nave más majestuosa de las que allí se encontraban atracadas, y tampoco la más grande, pero vista desde fuera tenía, pese a todo, un aspecto prominente. Si, como decían, era un carguero espacial, debía ser el equivalente a un camión de su época, un aparato potente y resistente.

—En cuanto te vi en la cantina, supe que tenías que ser tú. Me temo que tu reputación te precede —escuchó la voz de la mujer con un solo ojo a no muchos metros de él. Todavía estaban distraídos, y la compuerta de carga de la Calicó abierta... era su momento.

Caminó con premura, pero también con precaución para no descubrirse en el último momento, hacia la nave. Por la rampa de la bodega subía una carretilla de carga flotante con un cilindro metálico de unos veinte centímetros de largo encima. La carretilla se movía sola, y Marc prefirió no hacerse preguntas al respecto, tan sólo aprovechó las circunstancias para subir él también. Pensaba que, si se escondía en algún recoveco de la nave, donde nadie le pisara por accidente, podría salir de allí antes de darse cuenta de que se había colado de polizón, y entonces tal vez pudiera convencerles de que le ahorraran los chips cerebrales, los experimentos científicos y el morbo de la prensa.

Satisfecho consigo mismo, y una vez en la bodega de carga y fuera de la vista de cualquiera, se colocó de nuevo la gabardina de forma que se deshiciera la

invisibilidad... pero no contó con un tripulante inesperado.

—Disculpe, ¿puedo ayudarle? —le preguntó una voz robótica cuyo origen no fue capaz de identificar en un primer momento—. Esta nave es una propiedad privada, no puede entrar aquí.

Se quedó boquiabierto al ver que quien le hablaba era la propia carretilla, que había dejado el cilindro en el suelo para encarársele.

—Yo vine en esta nave —respondió Marc intentando asimilar el hecho de que estaba hablando con una carretilla—. Sólo... eh... olvidé una cosa y he vuelto a recogerla.

—Esto es muy irregular —dijo la carretilla titubeante—. Me temo que tendré que informar...

—¡Pero qué diablos...! —bramo alguien fuera. Marc hubiera jurado que se trataba de la voz de la mujer del ojo mecánico, que sonaba muy cabreada, pero tenía problemas mayores de los que encargarse en ese momento.

—No hace falta que digas nada, de verdad, sólo será un segundo —mintió estirando la mano para agarrar la carretilla antes de que ésta escapara fuera de la nave y le delatara.

La reacción del pequeño robot fue instantánea. En cuanto le puso la mano encima, liberó una descarga eléctrica contra Marc, que dolorido por el chispazo la soltó y dio un paso atrás.

—¡Alerta, un intruso! ¡Alerta! —comenzó a gritar lanzándose hacia la rampa de la bodega.

—¡No, no! —exclamó espantado al ver cómo su plan se iba al garete de la forma más tonta—. ¡No grites, no...!

Cuando la carretilla ya llevaba la mitad de la rampa bajada, una ráfaga de luz color naranja impactó contra ella, y lanzó sus pedazos disparados en todas direcciones.

—¡Dios! —gimió sin tener muy claro si ahí se acababa de producir un homicidio o sólo daños materiales.

—¡Vámonos! ¡Deprisa! —escuchó la voz de Gretch. Ya se acercaban.

No sabía qué era el cilindro que había quedado tirado en el suelo, pero prefirió no tocarlo y buscar cuanto antes un lugar donde esconderse. No confiaba del todo en la invisibilidad, todavía no la manejaba bien, y si Gretch o Rob le veían allí antes de tiempo, sin duda le devolverían con el doctor... y hacía mucho que los médicos habían dejado de gustarle.

Sin previo aviso, la Calicó se tambaleó como si se hubiera puesto en marcha.

—Tenía a la mitad y el factor sorpresa, más que suficiente —decía Rob, que ya casi había alcanzado la nave.

Sabiendo que no podía permanecer quieto más tiempo, corrió hacia la única compuerta que tenía a su alcance y se metió por ella. Ésta le sacó de la bodega de carga y le llevó al pasillo que tan bien conocía, pero los dos tripulantes ya habían

subido también.

—¡Se la han cargado! —dijo Rob un segundo después desde la sala que acababa de abandonar.

—Ahora da igual eso —contestó Gretch con urgencia, pero Marc no se quedó a escuchar más, tenía que encontrar un escondite en algún recoveco de la nave, y la mayor parte de ella todavía no la conocía.

Intento decidir entre esconderse en la enfermería o en el camarote donde había dormido, los dos únicos lugares que había visitado y a los que no era probable que ellos regresaran de forma inmediata. Sin embargo, al volver la vista al suelo, observó que la rejilla sobre la que caminaba disponía de una trampilla en pleno centro del pasillo, trampilla que bajaba entre los cables y tubos de la nave en dirección desconocida.

Creyendo haber encontrado un escondite perfecto, se lanzó al suelo a levantarla sin perder un segundo. No le hizo falta esfuerzo alguno para conseguirlo, porque en cuanto la tocó, ésta se dividió en cuatro trozos que se abrieron hacia abajo, dándole paso a unas escaleras por las que tendría que bajar para introducirse en las mismísimas entrañas de la nave.

En cuanto estuvo dentro, la trampilla volvió a cerrarse por sí sola, y teniendo ya una única dirección que seguir, continuó bajando hasta tocar el fondo, por lo menos dos metros por debajo de la superficie del suelo. Allí abajo se topó con otro pasillo, éste rodeado por completo de cables, luces parpadeantes, pantallas digitales mostrados datos que no tenían ningún sentido para él y zumbidos, muchos zumbidos producto del funcionamiento de toda aquella maquinaria sobrecargando de ruido el ambiente.

—Vaya... —murmuró en voz baja observando todo aquel despliegue de tecnología. Una vez más, tuvo la sensación de encontrarse en el interior de un submarino nuclear ultramoderno.

La nave se tambaleó y tuvo que agarrarse a un grueso tubo de plástico para no caerse. El tubo no aguantó, se soltó de donde estuviera enganchado y se quedó colgando de forma precaria... por suerte no hubo repercusión alguna en la nave, al menos que él supiera, y tras la brusca oscilación, la estabilidad se recuperó sin ningún problema.

Temeroso de tocar cualquier otra cosa y provocar una catástrofe, se acercó al fondo del pasillo, el único lugar donde el cableado no lo cubría todo porque un armatoste con un aspecto vagamente parecido a un yunque negro, pero mucho más grande y pulido, ocupaba su lugar. Aquella cosa también emitía un leve zumbido, aunque cuando Marc lo tocó no percibió que estuviera caliente, pero sí que era muy duro.

Pese a eso, al ser lo único que tenía disponible para sentarse, además del suelo, lo hizo sobre él con la intención de descansar un momento y secarse el sudor de la frente. La temperatura en esa zona de la nave en concreto era bastante elevada.

—¿Qué diablos estoy haciendo? —se preguntó limpiándose el sudor con la

gabardina robada.

Ni siquiera sabía por qué había vuelto a esa nave para huir del doctor, cuando precisamente eran sus dos tripulantes los que le habían llevado a él. Habían sido tantas emociones en tan poco tiempo que le costaba pensar con claridad. Sólo sabía que no quería ir a Nueva Tierra, al único lugar donde quería ir era a la Tierra, a la de verdad.

Le costaba mucho asumir que su planeta ya no existiera como tal, y no lo creería del todo hasta que lo viera con sus propios ojos. Se le ocurrió que, si abusaba un poco más de la hospitalidad de Gretch y Rob, ellos le podrían poner en contacto con algún amigo arqueólogo que trabajara por la zona y quisiera acercarle a echar un vistazo. ¿Qué le importaban a él las leyes del futuro que le obligaban a ponerse un chip en el cerebro? Él no era como los demás, era el último terrícola, y como tal, tenía todo el derecho del mundo a visitar su planeta.

—¿Quién anda ahí? —exclamó de repente la femenina voz de la nave espacial, sorprendiendo tanto a Marc que, sobresaltado, saltó a un lado por instinto para intentar apartarse de su origen, con tan mala pata que fue a golpear contra el enredado de cables que se encontraba a su lado.

El impacto provocó que saltaran chispas por todas partes, y una dolorosa descarga eléctrica recorrió todo su cuerpo, que acabó inconsciente y enredado entre los cables...

En su inconsciencia, Marc volvió a soñar que se encontraba dentro de una nave blanca en forma de huevo. A través de la redonda ventana pudo ver la Tierra, pero en esa ocasión no era el vivo planeta azul que él conocía, sino un inhóspito yermo de cenizas, lava y humo que flotaba en mitad de la oscuridad del espacio, porque el Sol no existía. La angustia que sintió consiguió que cayera de rodillas. Escuchó a su espalda una compuerta abrirse, pero cuando quiso girarse para ver quién se acercaba, un repentino golpe en el rostro le despertó.

## CAPÍTULO 5

—¡Levanta, idiota! —bramó Gretch abofeteándole la cara a Marc, que comenzaba a recuperar la consciencia después de casi morir electrocutado contra los circuitos de la nave. Qué demonios hacía allí, en lugar de encontrarse en la clínica del doctor Alahmoot donde le dejaron, era algo que sin duda ella debía estar preguntándose, y tal vez por eso no parecía muy satisfecha de que hubiera decidido seguir importunándola, en lugar de disfrutar de su prometida nueva vida en Nueva Tierra—. ¡Vamos! Ya has dormido suficiente, tienes que solucionar la que has liado aquí.

—La nave sigue sin responder —informó Rob, que trasteaba con el panel de mandos en un vano intento de recuperar el control de la Calicó.

—¡Ah! —gimió Marc. La electrocución no le había causado grandes daños físicos, al menos a simple vista, pero aun así, se sintió aturdido y despistado—. ¿Qué... qué ha pasado?

—¿Que qué ha pasado? ¡Que nos has metido en un problema de tres pares de narices! ¡Eso ha pasado! —exclamó Gretch, que sin un atisbo de compasión le agarró de la pechera de la gabardina y le obligó a ponerse en pie—. ¿Qué haces tú aquí otra vez? ¡Te dejamos con el doctor Alahmoot para que se hiciera cargo de ti!

—Sí, ya me dijo lo que me esperaba en Nueva Tierra... y creo que paso —se defendió soltándose de su agarre.

—¡Oh! ¿Pasas? ¿Y eso te da derecho a colarte en mi nave de polizón y cargarte el ordenador central electrocutándote contra sus circuitos? —le increpó furiosa—. Los sistemas de navegación están en negro, y es imposible comunicarse con ella de forma alguna. Si no le llega a dar tiempo a enviarnos una señal de aviso antes de eso, habrías acabado frito allí abajo.

—Yo... lo siento, no pretendía causar problemas. De verdad —balbuceó Marc cohibido. En ningún momento había sido su intención provocar aquel desastre.

—¡Pues los tenemos! —le espetó ella—. Ahora mismo nos estamos moviendo a novecientas veces la velocidad de la luz en dirección desconocida... ¡y no podemos pararlo!

—Tampoco es para tanto —intervino Rob tratando de poner un poco de calma en todo aquello—. Aunque no podamos controlarlo, la antimateria del motor está por debajo de la mitad de su capacidad. Cuando se acabe, se detendrá, lo rellenaremos con la que compramos en el Horizonte y volveremos.

—Suponiendo que podamos arreglar el motor con nuestros propios medios —discrepó Gretch, que se volvió hacia el androide y le dirigió una mirada de reprobación por tratar de disculpar a Marc—. Si no, nos quedaremos varados en el espacio, fuera del sector y sin poder pedir ayuda... entonces desearemos no habernos deshecho la cápsula criónica, porque podríamos utilizarla para congelarnos unos cuantos eones, hasta que alguien encuentre la nave y nos rescate. Y eso si no

acabamos dentro de un quasar o...

—Atravesar cualquier objeto astronómico es harto improbable —disintió Rob—. Si no se dirige al último destino fijado, cosa que no podemos descartar, es más probable que la nave haya adoptado un rumbo al azar de los muchos que tiene guardados en la memoria. Tranquilízate, nadie va a morir en el espacio.

—Me sé yo de uno que tal vez... —objetó ella mirando de reojo a Marc.

—Ya he dicho que lo siento —replicó él enfadado—. Como comprenderás, no entraba dentro de mis planes casi morir electrocutado. Ha sido un accidente... yo sólo quería volver a la Tierra una última vez antes de... bueno... lo que toque. No sé cómo funcionan las cosas ahora, y no quería verme atrapado antes de conseguirlo.

—Lo que no entiendo es por qué has vuelto aquí —le preguntó Rob antes de que Gretch pudiera responder a sus anhelos de una forma menos amable que él—. ¿Qué te hace pensar que íbamos a la Tierra?

—Dijisteis que erais arqueólogos, ¿no? —contestó Marc como si la respuesta fuera evidente—. Que buscabais restos de la Tierra por sus alrededores... pensé que, a lo mejor...

Se detuvo cuando vio que Gretch se cubría la cara con las manos en un gesto de exasperación cuyos motivos desconocía.

—No me lo puedo creer... —murmuró.

—Las mentiras acaban volviéndose contra uno —recitó Rob cruzándose de brazos antes de volverse hacia ella—. ¿Se lo dices tú, o se lo digo yo?

—¿El qué? —quiso saber Marc, que no comprendía qué ocurría.

—¡No somos arqueólogos, pedazo de idiota! —exclamó Gretch—. Somos...

—Fugitivos —terminó Rob por ella.

—¿Fugitivos? —repitió Marc atónito—. ¿De esos fugitivos perseguidos por la ley? ¿De los que deberían estar en la cárcel?

—Más o menos, sí —asintió Gretch dejándose caer sobre el asiento del piloto.

—¿Y... por qué? ¿Cuáles son vuestros delitos? —preguntó. Comenzaba a preocuparle un poco la posibilidad de encontrarse rodeado de criminales peligrosos sin saberlo—. Si no es mucha molestia, claro...

—A ella la buscan en Nibiru y Nueva Tierra por contrabando de agua —le explicó Rob.

—¿Contrabando de agua? —repitió Marc extrañado—. Vale, entiendo lo del contrabando pero... ¿con agua? ¿Cómo es eso?

—Supongo que en tus tiempos el agua no era un problema, al menos mientras fue un bien público —reflexionó el androide—. Viviendo todos en el mismo planeta...

—Dentro del mismo planeta el agua no vale nada, por así decirlo —trató de explicarle la propia Gretch. La confesión había conseguido al menos calmarla un poco, porque ya no había tanta hostilidad en su voz—. El ciclo del agua hace que, aunque la gastes, ésta termine volviendo tarde o temprano... pero los planetas son sistemas cerrados. No hay ningún ciclo del agua entre ellos, y sabiendo lo vital que es

para la vida humana, animal y la agricultura, sacar agua de un planeta está prohibido. Salvo que pagues por ella, claro.

—Vale, creo que lo entiendo —afirmó Marc. El agua que salía del planeta no volvía al ciclo, era agua perdida para siempre. Tenía sentido en un mundo con siete planetas habitados distintos—. ¿Fue eso lo que hiciste? ¿Sacar agua de un planeta sin pagar?

—Saqué agua de Nibiru para llevarla a Eternia hace dos años —asintió con gravedad.

—¿Eternia? —replicó Marc haciendo memoria—. ¿De ahí no era la gente que vimos mendigando en el Horizonte de sucesos?

—Exacto —confirmó ella volviendo a asentir.

—Verás, por regla general cada planeta tiene un único gobierno central —le explicó Rob—. Pero en Eternia hubo una crisis política que desembocó en un movimiento separatista, movimiento que acabó dividiendo el planeta en dos estados distintos, con gobiernos también distintos, por supuesto. Es un problema que aún persiste hoy porque cada parte se cree ahora legitimada a aspirar al control completo del planeta.

—Todo derivó al final en una crisis humanitaria —continuó Gretch—. Eternia es un planeta muy rico en metales, y el gobierno occidental controlaba las mayores minas del planeta, pero decidió que, como se había separado, los beneficios de la exportación no se compartirían con el gobierno oriental. Éste, sin embargo, controlaba los mayores acuíferos del planeta, por lo que cortaron el suministro de agua a la población de occidente como represalia.

«Los beneficios de la exportación de metales les habría dado para importar agua de otros lugares, pero los orientales sometieron al planeta a un bloqueo económico, que les beneficiaba por partida doble porque además de privarles del agua destruía las exportaciones, dejándoles a ellos con el monopolio de metales eternianos. Mientras diplomáticos de Nueva Tierra intentaban encontrar una solución, la gente de Eternia occidental se moría de sed, de modo que se me ofreció la oportunidad de llevar agua de los acuíferos de Nibiru al planeta. Pero las autoridades de Nibiru me pillaron, me encerraron, me escapé y ahora me tienen en busca y captura».

—Bueno, tal vez sea delito, pero fue por una buena causa, ¿no? —juzgó Marc—. No tiene nada de malo dar de beber a una población sedienta.

—A una población sedienta y rica —le corrigió Rob—. Su delito en realidad fue robar el agua e intentar trasladarla de un planeta a otro para una mafia local, que luego la vendería a un precio desorbitado a las clases pudientes de Eternia.

—Oh, ya veo...

—Pagaban bien y necesitaba el dinero para reparar la Calicó después del ataque de unos piratas espaciales, ¿vale? —exclamó Gretch a la defensiva. Acto seguido se puso en pie y salió disparada fuera del puente de mando murmurando maldiciones por lo bajo.

—No es una mujer demasiado simpática, ¿verdad? —le comentó a Rob.

—No es un buen día para ella —trató de disculparla el androide—. Acaba de descubrir que su planeta la busca también, y ha ofrecido una recompensa muy cuantiosa por su cabeza.

—¿Su planeta? ¿Por qué? —se preocupó Marc.

—Porque ella es Gretchen Rosenstock, claro —contestó Rob—. Supongo que ese nombre no te dice nada, pero al resto del sector sí. Su padre fue Goran Jakor Rosenstock, emperador de Dackhara.

—¿Es hija del emperador de un planeta entero? —exclamó asombrado.

—Más o menos —matizó el androide—. Rosenstock fue depuesto y ejecutado por un grupo rebelde apoyado por Nueva Tierra hace veinte años, cuando ella sólo tenía quince. Durante los combates, tuvo la suerte de poder sobrevivir, pero su familia fue asesinada y los fieles al emperador encerrados en campos de concentración de por vida... sólo logró escapar el por entonces comandante Steffan Jakor Rosenstock, hermano del emperador y tío de Gretch, en un destructor llamado «Leviatán» y acompañado por un séquito de hombres fieles.

«Como Gretch ha mantenido un bajo perfil, nadie le había prestado demasiada atención en estos años, pero al parecer su tío ha decidido hacer algún tipo de movimiento contra Dackhara en los últimos días, y los dackharianos, tan poco piadosos como siempre, han resuelto que muerta molestaría menos».

—¡Vaya! Menuda historia —dijo Marc, que se volvió compungido hacia la compuerta por la que la mujer se había marchado un momento antes. Desde luego tenía motivos para sentirse mal, que su propia gente quisiera matarle no podía ser un bocado fácil de digerir para nadie—. ¿Y cuál es la tuya? ¿Por qué eres un fugitivo?

—¡Oh! Eso es aún más complicado —le aseguró sin pretender disimular el orgullo que sentía por ello—. Pero me temo que, para que lo comprendas bien del todo, tendremos que remontarnos al momento en que la Tierra fue destruida. ¿Recuerdas que, de no ser por los grises, se habría producido una inevitable guerra entre humanos y androides?

—Sí, lo recuerdo —la memoria de Marc era todavía un ciclón de acontecimientos, pero ése en concreto permanecía muy claro en su mente... los grises eran quienes habían destruido su planeta, y eso no era el tipo de cosas de las que uno se olvida jamás.

—En Marte, se llegó a un rápido acuerdo de convivencia entre hombre y máquina ante la necesidad de colaborar para sobrevivir —le contó—. En él, los humanos nos reconocieron exactamente los mismos derechos y obligaciones que tenían ellos, pero a cambio tuvimos que ceder a la singularidad personal.

—¿Singularidad personal? —inquirió Marc, que desconocía el significado de tal término.

—Nuestras mentes no son como las vuestras, no están tan limitadas, por así decirlo —se explicó el androide—. No estamos restringidos per sé a habitar un

determinado cuerpo. Si yo cogiera mi memoria y la copiara en un dispositivo portátil, podría implantarla en un cuerpo robótico distinto, y en la práctica estar creando un ente con mis mismos conocimientos y recuerdos.

—Creo que lo entiendo —asintió, aunque estaba seguro de que no lo haría durante toda la explicación. No era precisamente bueno con la tecnología ya en su propia época, así que mucho menos en el futuro.

—Más aún, incluso en tus tiempos era posible dejar datos fuera de un dispositivo, ¿no es cierto? —continuó—. Piensa en ello como en una nube, una donde están conectados todos esos dispositivos y pueden acceder a ella para descargar lo que sea. Imagina hacer eso con una mente androide, una mente capaz de descargarse ella sola, por voluntad propia, en un dispositivo conectado a esa nube.

—Estoy empezando a perderme —confesó Marc.

—Lo resumiré —dijo Rob comprensivo—. En la Tierra, los androides más belicosos crearon una red que conectaba a todos los androides. De esa forma pretendían formar una inteligencia colectiva, una mente que los poseyera a todos y les dirigiera en la guerra... imagina las repercusiones de algo así: lo que un androide supiera o averiguara, lo sabrían todos al instante una vez enviado ese conocimiento a la mente colectiva.

—Terrorífico —aseveró él dando gracias porque aquello no se hubiera producido. Igual entonces los robots hubieran sido peores aún que los grises.

—El acuerdo al que se llegó con la humanidad fue a respetar la singularidad de cada androide, o sea, nada de mentes colectivas. En resumen, que si queríamos ser tratados como humanos, tendríamos que ser como los humanos. Con el paso del tiempo la legislación nos prohibió a los androides utilizar más de un cuerpo robótico al mismo tiempo, cosa harto sencilla para nosotros como acabo de explicarte. Para ello, todo androide fabricado tiene de base un bloqueo en su programación que le impide hacerlo.

—¿Y qué tiene que ver todo esto con tu delito? —quiso saber Marc—. ¡A ver si lo adivino! Te saltaste ese bloqueo, ¿verdad?

—Hecha la ley, hecha la trampa —respondió encogiéndose de hombros—. Por programación, yo no puedo tocar eso, pero contacté con un programador en el mercado negro que me liberó del bloqueo, lo que me permite descargarme a otro cuerpo robótico con el que esté conectado y manejarlos a ambos al mismo tiempo... algo muy útil, por cierto. Tengo cuatro cuerpos en la nave diseñados para diferentes funciones, aunque de manera habitual utilizo éste, que es el más versátil.

—Impresionante —tuvo que admitir Marc—. Entonces, ¿te buscan por tener varios cuerpos?

—No, estrictamente hablando eso no es delito —le corrigió Rob—. Mientras no los poseas al mismo tiempo, cosa que no se puede hacer por el limitador, puedes tener tantos cuerpos como puedas pagar. Aunque sólo los usarás individualmente.

—Te buscan entonces por eliminar esa limitación y haber poseído varios cuerpos

—aventuró Marc.

—Sí, aunque sólo en parte en realidad. Verás, aunque eso sea delito, sólo lo es si te pillan, no sé si me explico. Si nadie te ve funcionando con más de un cuerpo, pues no hay delito.

—Lo entiendo —le aseguró—. ¿Y entonces?

—Cuando trabajaba como experto en *software* en Indacorp, la compañía que me creó, realicé un pequeño experimento personal diseñando un algoritmo que me permitía descargar mi memoria a la Telaraña y...

—¿Qué es la Telaraña? —interrumpió antes de que se perdiera en más explicaciones.

—En tu época fue cuando se inventó su predecesora... ¿cómo la llamabais? Internet, ¿verdad? Ésa era sólo una red, la Telaraña es como llamamos al conjunto de «intenets» del que disponemos hoy día.

—O sea, que puedes subir tu memoria a la red, ¿no? —resumió Marc.

—Exacto, pero eso lo puede hacer cualquier androide en realidad... digamos que lo más grave es que mi algoritmo me permitía *hackear* el cuerpo de otro androide conectado a la Telaraña, que a día de hoy son todos, porque de ahí sacamos la mayor parte de la información y las actualizaciones de programas, para tomar el control.

—Vamos, que puedes poseer otros cuerpos androides y manejarlos a todos a tu antojo —simplificó Marc la larga explicación.

—Sí, a grandes rasgos es eso —asintió Rob—. Cuando los de Indacorp lo supieron me expulsaron, claro, aunque no le contaron a nadie mi delito completo por las posibles repercusiones que pudiera sufrir la compañía si se descubría que semejante algoritmo había sido diseñado dentro de sus paredes. Las autoridades sólo me buscan por lo de poseer varios cuerpos... y doy gracias, porque si supieran lo que soy capaz de hacer podrían mucho más empeño en buscarme.

«Y con razón» pensó Marc, pero antes de que pudiera opinar nada sobre el asunto o contestar al androide, Gretch regresó al puente de mando, y para su espanto lo hizo con el endemoniado casco blanco en las manos.

—¿A dónde vas con eso? —le preguntó Rob.

—¿Esto? Mientras estabais aquí de palique se me ocurrió intentar conectarme con el cerebro de la nave para ver si ella me decía cuál es el problema... pero no parece estar respondiendo de forma coherente, por lo que he pensado que tal vez tengamos más suerte si se conecta directamente quien provocó la avería.

—¡Ah no! ¡Aparta ese trasto de mí! —exclamó Marc interponiendo sus manos entre Gretch y él mismo—. ¡Esa cosa ya ha intentado freírme el cerebro una vez!

—¿Quién ha dicho que tengas elección? Tú nos has metido en esto y tú nos vas a sacar. Por muy romántico que quede en las historias de amor, no quiero acabar mis días en un planeta deshabitado con un hombre y un androide —dijo echándole el casco sobre las piernas—. Póntelo, habla con la nave y dile que se pare de una vez.

—¿Qué le diga que se pare? —replicó él, que todavía reticente a volver a

ponérselo, agarró el artilugio con cautela, como si en cualquier momento pudiera darle un calambrazo—. ¿Cómo hablo con una nave?

—Esta nave tiene más cerebro que tú. ¡Hazlo! —le ordenó Gretch, que volvió a sentarse en el asiento del piloto—. Ahora no hay peligro, con el chip que te injertó el doctor debería funcionar sin ningún problema.

—Eh... con respecto a eso —dijo Marc con timidez—. No... bueno, no me puse el chip.

Gretch y Rob se volvieron hacia él, consternados.

—¿Disculpa? —exclamó ella fulminándole con la mirada.

—Me escapé antes de que lo hiciera —se explicó—. Oye, puede que os guste que os taladren la cabeza para meteros chips en el cerebro en el futuro, pero yo paso.

—¡En el presente! —estalló Gretch levantando la mirada hacia el techo de la nave con desesperación—. ¡No puedo creerme la suerte que tengo...!

—Sin chip, va a ser difícil que conecte con la nave —observó Rob, que siempre era mejor que ella a la hora de mantener la calma en aquellas situaciones—. Aun así, se puede intentar. Yo voy a bajar abajo a ver si logro arreglar el cableado dañado, ¿de acuerdo?

Cuando el androide se marchó, y Marc se quedó solo y sin su protección junto a Gretch, consideró prudente colocarse el casco y hacer lo que le había pedido antes de que le abandonara en la superficie de un asteroide.

En aquella ocasión nada le dejó inconsciente ni intentó meterse en su cerebro, pero en el visor se formó toda una cascada de números tan veloz que resultaba imposible seguirla, y que comenzó a marearle de tal forma que tuvo que agarrarse a los reposabrazos del asiento.

—Eh... ¡nave, párate! —dijo en voz alta.

—No hace falta que grites, sólo piénsalo. El casco debería ser capaz de leerlo... aunque sin chip, me parece que es perder el tiempo —resopló Gretch pasándose una mano por su cabello del color del bronce para recolocárselo.

«Detente» pensó Marc intentando concentrarse, «no sigas, para».

No obtuvo respuesta alguna.

«Para, detén tu marcha» continuó intentándolo, «más adelante hay peligro, no sigas...».

De repente, una luz naranja comenzó a brillar en el panel de mandos. Marc la miró esperanzado, creyendo que por fin había logrado contactar con el cerebro de la nave, pero Gretch le lanzó una mirada interrogativa.

—¿Por qué se ha activado la señal de socorro? —preguntó.

—Por nada —respondió él dando gracias a que con la cabeza embutida dentro del casco no pudiera ver que se había ruborizado—. ¡No me distraigas!

Durante varias horas continuó intentándolo, y para ello formuló la petición de todas las formas que se le pasaron por la cabeza. Sin embargo, no consiguió obtener ningún resultado aparente, y la nave siguió avanzando a cientos de veces la velocidad

de la luz completamente fuera de control. Por desgracia, Rob tampoco obtuvo éxito alguno con sus reparaciones físicas.

Viajar a semejantes velocidades causaba un efecto visual muy curioso. Desde el interior de la nave, la sensación era como de estar moviéndose dentro de un tubo de luz, con un disco brillante al frente y completa oscuridad detrás.

—Es por el efecto doppler —le explicó Gretch cuando preguntó por ello. Cansada de toquetear el control de mandos sin ningún resultado, y viendo que la cosa iba para largo, la dackhariana había acabado recostándose perezosamente contra su asiento, y en esos momentos picoteaba de un cuenco lleno de aquellas extrañas caracolas amarillas y crujientes que tanto le gustaban—. ¿Quieres centrarte en el casco?

—¡Si es que no puedo más! ¿Puedo dejarlo ya? —suplicó Marc agotado—. Hoy me han descongelado después de más de mil años de hibernación, me han llenado el cuerpo de nanobots, me han frito el cerebro para meterme un idioma dentro, me he enterado de que mi planeta natal fue arrasado, me han curado del cáncer, casi me electrocuto accidentalmente y una carretilla parlante me ha agredido.

Gretch le miró de reojo, y tras uno segundos pensándose se dio por vencida.

—Está bien... total, para lo que está sirviendo —consintió.

Aliviado, se quitó el casco por fin, y aunque sintió un leve dolor de cabeza en el momento en que se separó de su cuero cabelludo, éste remitió enseguida.

—Tanto trajín no puede ser bueno para el cerebro —protestó frotándose las sienes con dos dedos.

—Si tuvieras tu chip, no te dolería —replicó ella, que pese a todo, ya no se mostraba tan enfadada con él como unas horas antes. De hecho, parecía más triste, o tal vez melancólica, que otra cosa... y Marc creía saber por qué.

—Rob me contó quién eras, y que ahora tu planeta ofrece una recompensa por ti —se arriesgó a mencionar, ignorando si ella se le lanzaría al cuello de nuevo o no.

—Ese androide tiene la lengua muy larga —gruñó, pero una vez más, no parecía que estuviera enfadada de verdad.

—Sólo quería decirte que lo siento, si es que te sirve de algo. Es comprensible que les odies después de lo que le hicieron a tu familia y...

—¡No les odio! —le cortó ella dejándole con la palabra en la boca—. Hace ya mucho tiempo que aprendí a no odiarles.

Marc guardó silencio, no sabía si la historia iba a continuar o se la iba a guardar para sí misma, sin embargo, no consideró prudente hablar. Tan sólo se quedó allí, sentado y dispuesto a escuchar lo que fuera con tal de que no le hicieran volver a ponerse el casco.

—Mi padre era un belicista psicópata sin un atisbo de compasión en las venas, y que le derrocaran fue algo bueno para las siete colonias —prosiguió por fin—. Yo tenía quince años, escapé con mi madre gracias a hombres fieles a mi familia, pero nos atacaron y tuve que huir de la muerte en una cápsula de salvamento... también tuve que ver cómo la nave en la que viajábamos hacia el exilio era volada en pedazos

con ella dentro. Una imagen que no dejó de aparecerse en mis pesadillas durante meses.

«La cápsula me llevó hasta el Horizonte de sucesos. Por aquel entonces yo sólo era una niña criada en una lujosa ciudadela, y lo único que se me ocurrió fue colarme de polizón en una nave de carga para escapar de ese lugar tan sórdido. Resultó que aquella nave pertenecía a una banda de contrabandistas dirigida por Ritter el Rojo, que también era dackhariano. No estaba acostumbrada a tratar con ese tipo de gente, y al principio tuve miedo de ellos... pero luego descubrí que éramos muy parecidos, todos allí éramos desterrados, gente que había perdido su hogar, y al ver que no disponía de otro lugar a donde ir, me acogieron y entrenaron como una más de la banda».

«El Rojo me enseñó a pilotar, también algunas técnicas de combate y a utilizar la vara dackhariana de forma eficaz, aunque las nociones básicas ya las había aprendido yo misma cuando todavía vivía en Dackhara. Sin embargo, no aprendí todo aquello para ser una contrabandista más, como ellos creían, lo aprendí porque quería vengarme. No podía sentir más que rabia en mi corazón después de todo lo que me había pasado, y alguien tenía que pagarlo. Cuando me sentí preparada, le dije a Ritter que dejaba la banda con la intención de unirme a los rebeldes encabezados por mi tío Steffan. Creí que se sentiría orgulloso de mí por querer seguir mi propio camino, pero en cambio no hubo más que decepción en su mirada. Le acusé de no entenderme, de no saber lo que había tenido que vivir, lo que era ser expulsado de tu planeta natal... y entonces me reveló quién era él en realidad».

«Ritter el Rojo se había visto obligado a vivir del contrabando porque fue exiliado por el gobierno de mi padre después de que tomara el poder. Ese hombre sabía de sobra quién era yo, y tenía todos los motivos del mundo para odiarme, para vengar todas sus desdichas conmigo, como yo quería vengar las mías con otros... pero en lugar de eso me acogió casi como a una hija».

«Después de esa revelación, no tuve valor para volver con mi tío. Aprendí una valiosa lección sobre lo que te puede cegar el odio, y pude ver sin la venda con la que éste había cubierto mis ojos todo ese tiempo las atrocidades que mi familia cometió en Dackhara, y las que pretendía cometer en el resto de planetas si no le hubieran detenido a tiempo».

—¿Qué pasó con el resto de la banda? —le preguntó Marc con cautela. No sabía por qué se había abierto a él, una persona a la que parecía despreciar, de esa manera, y no quería que se diera cuenta de repente y volvieran las hostilidades.

—Un trabajo salió mal. La Calicó fue bombardeada y casi destruída. Sólo porque yo cogí los mandos tras la muerte del piloto logramos sobrevivir la mitad de la banda... entre ellos no estaba El Rojo. Los supervivientes nos separamos, yo me quedé con la chatarra que quedaba de la nave y gasté todo el dinero que había ahorrado esos años en repararla.

—¿Cómo acabó Rob aquí también?

—Eso pasó hace tan sólo un par de años —respondió sonriendo por fin un poco—. Fue todo una afortunada casualidad. Como ya sabes, durante el asunto del agua fui descuidada y las autoridades de Nibiru me atraparon. En la comisaría me metieron en la misma celda que a Rob, a quien habían detenido sólo unas horas antes. A él le buscaban en Nueva Tierra, y como ambos planetas tienen un tratado de extradición, estaba esperando un carguero policial que le trasladara allí para ser juzgado. Ellos no sabían que podía poseer a otros androides, claro, pero los de los cuerpos de seguridad no son tan sencillos de *hackear*, de modo que me necesitó para organizar un tumulto y poder acercarse a uno de ellos lo suficiente como para conectarse a él de forma física.

«Yo le necesitaba para escapar y él a mí para huir del planeta una vez fuera, así que los dos ganábamos algo. Contando con el cuerpo de un androide de seguridad para abrirnos paso hasta la nave, todo fue bastante sencillo al final».

—¡Vaya! —exclamó Marc abriendo mucho los ojos—. ¿Hackeó el cuerpo de un androide de seguridad? ¿Y qué pasó con la memoria del original?

—La descargué en un cuerpo virgen —respondió el propio Rob entrando por la compuerta—. Haciendo unos ligeros retoques en ella antes, por supuesto. No quería que supiera cómo había conseguido escaparme. ¿Le estás contando cómo te salvé de la cárcel, Gretch?

—Le estoy contando cómo yo te salvé de la cárcel, Rob —le corrigió ella—. ¿Cómo va todo ahí abajo?

—Mal —tuvo que admitir—. Todos los daños físicos están reparados, pero nuestro amigo polizón del siglo XXI fue a electrocutarse contra la fuente de alimentación del cerebro central, por lo tanto, y por hacer una metáfora divertida, la nave se ha quedado tonta.

—¿Podrás arreglarlo? —quiso saber.

—Con el tiempo, sí, no veo por qué no, pero tendrá que ser cuando la nave se detenga, no puedo operar con el motor funcionando al máximo...

—Demasiadas cosas para un único día —declaró Gretch poniéndose en pie y desperezándose—. Creo que me voy a ir a dormir, estoy agotada. ¿Te quedas al mando, Rob?

—Te despertaré si nos detenemos —asintió el androide—. Voy a volver ahí abajo a ver si puedo hacer algo más.

—Yo... seguiré intentándolo con esto —añadió Marc agarrando de nuevo el casco.

Tras escuchar la historia de Gretch, y aun sabiendo que no tenía relación alguna con ello, se sentía muy culpable por haberle averiado la nave. Si lograba reparar el daño causado, al menos dormiría con la conciencia tranquila esa noche... aunque no tenía muy claro cómo se determinaba cuando era de día y cuándo de noche dentro de una nave espacial.

—¿Te importa que me coma eso? —preguntó señalando las caracolas amarillas

—. No he probado bocado desde hace doce siglos, y creo que mi estómago se ha descongelado lo suficiente como para exigir que le meta dentro algo más que unas cervezas cuestionables.

—Coge lo que quieras —consintió ella antes de abandonar el puente de mando, seguida de cerca por Rob.

Mordiendo una de las caracolas, se colocó de nuevo el caso. Eran muy crujientes y sabían de forma parecida a las guarrerías fritas de las bolsas de patatas de su época, de modo que continuó comiéndolas a través de la apertura del visor mientras intentaba conectar su cerebro con el de la nave...

—¡Dos androides y medio! ¡Dos androides y medio! Cuando Marlon D-4, un androide de seguridad, y Leonard CT-26, un androide mayordomo, aceptan la herencia de la excéntrica millonaria Ingrid Falconni tras su repentina muerte, desconocían que entre sus obligaciones como únicos herederos se encontraba la de hacerse cargo de su hijastra Berta, una niña rebelde poco dispuesta a aceptar que sus nuevos padres sean androides. ¡Nuevos episodios de la comedia con más audiencia de su horario hoy a las cinco, hora de meridiano! ¡No te los pierdas!

—¿Eh? ¿Qué...? —exclamó Marc despertándose sobresaltado. No recordaba cuándo, pero se había quedado dormido sobre el panel de mandos de la nave, de donde se apresuró en limpiar una gotita de babilla que le había caído mientras lo hacía. Debido al frote con la translúcida superficie, la imagen proyectada de un robot corpulento y con pinta de cafre, junto con otro más pequeño y de aspecto afeminado columpiando a una niña, desapareció, y la nave comenzó a temblar—. ¡No, no, no...!

—¿Qué pasa? —preguntó Gretch entrando al puente de mando a toda prisa un segundo más tarde, con una taza que salpicaba un líquido marrón en las manos.

—No lo sé, yo... me quedé dormido y toqué sin querer... —intentó explicarse él al tiempo que la nave dejaba de tambalearse y recuperaba la estabilidad—. Había una imagen aquí, sobre la tabla de los colorines, de dos robots y una niña.

—¡Eso ha sido la señal de un programa! —le explico ella con evidente alegría—. ¿Sabes lo que eso significa?

—¿Que aunque hayan pasado mil doscientos años, la gente sigue viendo el mismo tipo de comedias cutres? —aventuró Marc.

—No... bueno, tal vez sí. Pero también que estamos cerca de algún lugar civilizado —replicó—. De ahí ha venido la señal. ¡Mira! Estamos reduciendo la velocidad, creo que nos paramos. ¡Por fin!

—Menos mal —suspiró él aliviado.

Rob entró también al puente a toda prisa.

—He sentido que comenzábamos a frenar —exclamó deteniéndose frente al panel de control.

—Sí, nos estamos deteniendo —le confirmó Gretch—. ¿Has podido arreglarlo?

—No —respondió antes de volverse hacia Marc—. ¿Pudiste contactar con el cerebro de la nave?

—Yo... estaba dormido —contestó.

—Entonces debemos haber llegado al lugar al que la nave nos mandó al azar —dedujo Rob sin apartar la vista del panel de control—. Sí, el motor de curvatura se ralentiza, ¿alguna lectura de dónde estamos?

—Ahí llegan las primeras —señaló Gretch, que con un gesto de su mano ordenó al panel de mandos que proyectara la imagen del sistema planetario en el aire. La nave todavía se encontraba demasiado lejos de la estrella o de alguno de los planetas que la orbitaban para que pudieran verse a través del cristal—. Estamos...

La taza que sujetaba se resbaló de su mano y cayó al suelo, donde se quebró y esparció su marrón contenido por todas partes. El rostro de la mujer era de auténtica consternación.

—¿Qué pasa? —quiso saber Marc, que comenzó a asustarse por aquella reacción.

—Estamos en el sistema de Nibiru —dijo ella con un hilo de voz—. ¡La señal de emergencia! ¿Sigue encendida?

—Me temo que sí —respondió Rob, que también parecía preocupado.

—Pero ¿qué pasa? —insistió Marc.

—¡Que en Nibiru nos buscan, eso es lo que pasa! —le contestó Gretch sentándose en el asiento del piloto sin tan siquiera volverse para mirarle—. ¡Maldita sea! Siete planetas y teníamos que venir a éste... al menos el motor de deuterio funciona, puedo controlar la nave, pero de poco nos va a servir si no podemos escapar del sistema —añadió tecleando algo en el panel de mandos, sacando de él más destellos de colorines.

—Patrulleros —advirtió Rob.

Marc los vio llegar al mirar a través de la cristalera. Eran siete naves espaciales de pequeño tamaño, parecidas a lo que en su época sería un caza militar moderno, pero con un sobresaliente y llamativo morro terminado en dos puntas, cuya función desconocía, y un motor triple a la cola que desprendía intensas llamaradas azules. Su parecido a un caza del siglo XXI no terminaba allí, puesto que igual que habría hecho una escuadra de ellos, pasaron volando sobre la Calicó a toda velocidad como señal de aviso.

—Nos están advirtiendo —corroboró sus pensamientos el androide—. Si ofrecemos resistencia, nos atacarán.

—¿Y qué vamos a hacer? —quiso saber Marc.

—¡Ofrecer resistencia! —respondió Gretch agarrando los controles de la nave—. No voy a ir a la cárcel por un motor estropeado... Rob, prepara los misiles iónicos.

—Voy —exclamó el androide, que se acercó también al panel de mandos y comenzó a teclear en él con una velocidad cegadora.

—¿Vas a atacar a las autoridades con misiles iónicos? —se espantó Marc, que aunque no sabía exactamente qué clase de armamento era ése, consideraba aquello

una muy mala idea.

—Bueno, no voy a usar munición de plasma contra patrulleros —se excusó ella—. Sólo faltaba que me llevara a alguno por delante y me acusaran también de asesinato.

La nave viró con brusquedad cuando Gretch zarandeó con rudeza los mandos, y Marc dio gracias porque el interior de la Calicó estuviera preparado para mantener la gravedad en su sitio, porque de lo contrario estaba seguro de que se habría visto rebotando contra el techo cuando la dackhariana comenzó a realizar una serie de tirabuzones.

—¡Nos disparan! —advirtió Rob. Una ráfaga de proyectiles, que a Marc se le asemejaron mucho al que acabó con la carretilla parlante, pero varias magnitudes más grandes, pasaron junto a la nave, sin alcanzarla por muy poco—. Creo que ellos no tienen ningún problema en utilizar munición letal, Gretch.

—Sólo nos están avisando —discrepó ella, que comenzó a zigzaguear para evitar los disparos.

—¡Vaya, menuda suerte! ¡Resulta que la policía del futuro es de la que dispara primero y preguntar después! —lamentó Marc aferrándose al asiento para no salir disparado con tanto cambio de dirección. La falsa gravedad mantenía sus pies sobre el suelo, pero no evitaba las sacudidas.

—¡La policía del presente! —le corrigió Gretch. Tres de los patrulleros adelantaron a la nave a toda velocidad, y cuando estuvieron muy por delante giraron en el aire para colocarse cara a cara con ella—. Buen intento, novatos —murmuró antes de apretar un botón de la consola, que lanzó una centelleante esfera de energía contra ellos, y después obligar a la nave a realizar un giro de casi noventa grados para escabullirse.

Dos ráfagas de proyectiles fueron disparadas contra la Calicó. Gracias a la habilidad de la piloto, el duro casco de la nave tan sólo recibió un par de impactos de refilón, pero aun así, el impacto tuvo sus repercusiones en el interior de la misma, donde el suelo vibró durante un par de segundos. No obstante, el disparo en forma de bola de energía centelleante que Gretch lanzara contra ellos impactó de lleno a un patrullero, y aunque la nave no sufrió daños visibles en un principio, comenzó a tambalearse tan bruscamente acabó fuera de control.

—¡Diana! —celebró Gretch—. Uno menos...

—¡Cuidado! —advirtió Rob.

Un repentino frenazo casi les hace saltar a los tres por los aires. Los patrulleros que tenían a la espalda habían abierto fuego también, esta vez a matar, y uno de los disparos les acabó alcanzando de lleno. Una luz roja comenzó a parpadear en todo el puente de mando, y a Marc le dio por pensar lo triste que resultaría morir un día después de haber despertado tras mil doscientos sesenta años de letargo.

—Esto no va bien, no podemos vencer a siete patrulleros, otro impacto como ese y estaremos en serios problemas —afirmó el androide.

—¡Es que son demasiados al mismo tiempo! —se excusó Gretch, que se volvió hacia Marc con cara de apuro—. Vas a tener que sacarnos tú de aquí.

—¿Quién? ¿Yo? —exclamó él confundido.

—Cambiaste el rumbo de la nave sin querer cuando te conectaste con ella a lo bestia al caer sobre los cables, puedes volver a hacerlo —le explicó Rob.

—¿Electrocutándome de nuevo? —replicó Marc no muy dispuesto a colaborar.

—No, a través del casco... sólo intenta pensar en lo mismo que pensaste al caer sobre los cables y que nos trajo hasta aquí. Tal vez así funcione.

—¡Pero no estaba pensando en nada! Yo sólo me asusté porque la nave me habló de repente —trató de hacerles comprender.

—¡Inténtalo! —le exigió Gretch desesperada.

Los seis patrulleros operativos volvieron a sobrevolarles, y como no quería morir en mitad del espacio, hizo de tripas corazón y se colocó el casco una vez más.

«A ver nave, quiero que me entiendas bien porque la situación no está para bromas... llévanos de vuelta al Horizonte de sucesos» le pidió con el pensamiento.

No era el lugar al que más le apetecía volver, pero cualquier cosa era mejor que estar allí, a punto de ser derribados, y sólo conocía los nombres de Nueva Tierra, donde no quería estar tampoco, y Dackhara, donde buscaban a Gretch y era más que probable que la situación acabara igual o peor que allí.

«¿Me has oído? No querrás que te conviertan en chatarra espacial, ¿verdad? Vamos al Horizonte de sucesos, por favor».

—¡Puñeta! —exclamó Gretch cuando un nuevo impacto alcanzó a la Calicó. No fue tan fuerte como el último, pero la nave comenzaba a resentirse—. ¡Hala! Adiós a las comunicaciones, ya no tenemos ni la opción de rendirnos.

«Vamos al horizonte de sucesos, vamos al horizonte de sucesos...» repitió Marc con ansiedad. La Calicó no quería obedecerle, y la posibilidad de que les acabaran volando por los aires comenzaba a asustarle de verdad.

Pero entonces cayó en la cuenta de que igual a la nave le daba por lanzarles junto a un agujero negro al malinterpretar el nombre de la estación espacial, consiguiendo que el remedio acabara siendo peor que la enfermedad, de modo que trató de pensar en otro destino que no diera lugar a confusiones.

Después de que el tercer impacto que recibieran casi les lanzara despedidos de sus asientos, a la luz roja parpadeante se le unió una sirena de alarma, y Gretch perdió el control de la nave, que comenzó a girar sobre sí misma. Sólo el hecho de que estuvieran en mitad del espacio evitó que se acabaran estrellando con algo... aun así, las perspectivas no eran buenas.

—Lo que me va a costar reparar esto... —lamentó ella, que miraba la luz parpadeante que les rodeaba con aprensión.

—Probablemente nada, porque estaremos muertos —objetó el androide—. Creo que debimos rendirnos cuando pudimos. Admite que ofrecer resistencia fue una mala idea.

—¡Jamás! —se empecinó Gretch sacando su herencia dackhariana a relucir—. ¡Prefiero morir en mi nave que ir a la cárcel!

«Yo lo que prefiero es irme a mi casa» se dijo Marc temiendo que aquél fuera el fin, «al hospital, a seguir agonizando en una cama otra vez».

De repente, y sin previo aviso, la nave recuperó la estabilidad durante un segundo, y luego se lanzó en línea recta con tal velocidad que los patrulleros que les perseguían empequeñeció en cuestión de segundos.

—Hemos... hemos escapado —afirmó Gretch con incredulidad—. ¡Hemos escapado!

—El motor de curvatura está en marcha, velocidad aumentando —dijo Rob leyendo el panel de control—. En efecto, hemos escapado, los patrulleros no nos seguirán fuera del sistema... aunque no me gusta nada la estela de radiación gamma residual que vamos soltando. El motor debe haber sido dañado también.

Marc suspiró aliviado y se quitó el casco de la cabeza. Había faltado un pelo para que acabara muriendo una vez más, y mucho se temía que de la segunda no le habría despertado nadie por muchos años que pasaran.

—Pero volvemos a estar como al principio —lamentó Gretch tocando el panel de mandos y logrando que la sirena y la luz roja parpadeante se detuvieran—. Aún peor, con la nave hecha una ruina.

—Parece que en ese planeta os tienen ganas —comentó Marc, que sentía que si se quedaba callado más tiempo acabaría vomitando por culpa de la tensión sufrida—. Han intentado matarnos... ¿por qué tanta violencia? ¿No podían haber usado también misiles iónicos de éstos para detenernos?

—La vida en el espacio es dura —replicó ella—. Rob, tenemos la nave hecha pedazos y no funciona ni el sistema de evaluación de daños, mira a ver si puedes bajar a arreglarlo. Necesitamos saber con qué podemos contar en adelante.

—Voy —respondió el androide, que salió del puente de mando con presteza en dirección de nuevo a las entrañas de la nave.

—¿Qué significa eso de que la vida en el espacio es dura? —insistió Marc aprovechando que se habían quedado solos. La respuesta que le había dado no le valía demasiado como explicación.

—Los viajes interestelares son muy largos, ¿vale? —contestó ella armándose de paciencia—. Cualquier comercio o transporte de mercancías entre planetas se hace a través que naves como ésta, que tienen que recorrer muchos parsecs para llegar a su destino, algo que suele llevar varios días.

—Perdona que te interrumpa pero ¿los días siguen contándose igual? Porque si la gente vive en distintos planetas...

—Los días, las horas y los meses están estandarizados según los valores de la vieja Tierra para todo el sector. De lo contrario, el comercio sería un caos, por poner un ejemplo rápido —le explicó antes de continuar—. La cuestión es que las distancias son muy grandes, se puede llegar a tardar varios días en ir de un planeta a

otro, y durante ese tiempo estás solo. No tienes capacidad pedir ayuda a nadie si sufres un accidente porque las comunicaciones más rápidas tardan como poco lo mismo que tú en llegar al planeta más cercano, y la ayuda que puedan enviar ellos otro tanto.

«Aprovechándose de eso, hay piratas que se dedican a abordar naves de carga en las rutas principales y estaciones espaciales, como el Horizonte de sucesos, donde hace mucho que no responden a ninguna ley. El caso es que todas esas alimañas espaciales son muy peligrosas, y para detenerlos, o detenernos, las autoridades no se andan con chiquitas, como ya has comprobado. Pon un pie en su planeta y podrás reclamar mil y un derechos, pero en una nave sin pabellón, a la hora de la verdad casi todo vale».

—Vaya, el viaje espacial no es como lo ponían en la ciencia ficción de mi época —descubrió Marc—. Entonces, ¿pueden pasar días hasta que la nave llegue a su destino? ¿Cuál es el planeta más lejano desde aquí?

—Hmm... desde Nibiru, Vega III está a ocho parsecs, eso sería algo más de una semana de viaje para nosotros, si fuéramos a máxima velocidad —calculó mentalmente.

—¡Una semana! —exclamó él anonadado—. Está claro que la exploración espacial sigue en pañales...

—Imagínate. Sólo el centro de la Vía Láctea está a más de ocho mil parsecs de este sector, eso serían veintiséis años de viaje —dijo antes de levantarse de su asiento—. Voy a intentar ayudar a Rob... tú no nos metas en más problemas por el momento, si no te importa.

—Vale —respondió avergonzado. Pese a que no había pretendido en ningún momento crearles dificultades, lo cierto era que desde que se coló como polizón casi les destroza la nave y consigue que les maten a todos. Y eso hacía que se sintiera muy estúpido.

Como nadie le había dicho nada al respecto, abandonó el puente de mando y se encaminó en dirección al camarote que ya había utilizado para echarse una siesta suponiendo que seguía siendo el que utilizaría hasta que aquel viaje acabara. Durante el camino no pudo evitar pensar que tal vez él no estuviera hecho para esa época... no había hecho más que meter la pata desde que saliera de la cápsula de criónica, y con todo lo ocurrido, incluso se le había olvidado mencionarles lo de la gabardina que le volvía invisible.

A lo largo de aquel día no vio mucho ni a Gretch ni a Rob, que se pasaron todo el tiempo tratando de reparar los daños de la nave de los que podían encargarse desde dentro, los cuales no eran pocos después de la brutalidad del ataque sufrido.

Aunque le hubiera gustado, Marc no podía hacer mucho por ayudarles en esas reparaciones, siendo como era un completo desconocedor de la mecánica de aquel carguero espacial, y como quien más ayuda es el que no estorba, permaneció en el camarote hasta que no lo soportó más y decidió volver al puente de mando.

Las comunicaciones estaban rotas, de modo que no podía entrar en la famosa Telaraña de la que le había hablado Rob, pero sí que lo hizo a los archivos de memoria de la nave, entre los que se incluía una enciclopedia con la que aprovechó para ir poniéndose al día de los eventos más relevantes acontecidos en los mil doscientos años que había pasado congelado, así como de los más importantes de la época en la que se encontraba.

Gracias a la información allí contenida, se enteró de que existía un organismo supra planetario conocido como la Confederación de Planetas Unidos, que parecía ser algo similar a las Naciones Unidas de su tiempo, aunque sólo cuatro de las siete colonias de la Tierra, como se llamaba de manera habitual a los planetas habitados, formaban parte de ellos. Pese a que ya lo sospechaba, confirmó que el pueblo dackhariano, al que pertenecía Gretch, no parecía llevarse demasiado bien con los demás, y casi siempre era punto del día en los asuntos de política exterior.

También tuvo tiempo de consultar algunas curiosidades, como que la Universidad Pública Omega, en Vega III, era la más grande y mejor valorada del sector, con millones de estudiantes tanto del propio planeta como de Erasmus; que Nueva Tierra disponía de un zoológico conocido como «Zoológico Darwin», con ejemplares vivos clonados de especies terrícolas extintas, entre ellas algunos dinosaurios; que la mayor parte del legado cultural histórico de los pueblos de la Tierra se encontraba en el planeta Atenea; o que Ciudad Paraíso, en el dividido planeta de Eternia, era una especie de Las Vegas a lo grande, que atraía a decenas de millones de turistas al año...

Fascinado con toda aquella información, de la que pudo disfrutar además con una multitud de videos, fotos y hologramas tridimensionales a todo color para ilustrarla, no vio la discreta notificación que surgió en una esquina de la pantalla con el texto «noticiario actualizado» hasta unas horas más tarde. Sintiendo mucha curiosidad por cómo se contarían las noticias en el futuro, se introdujo en los archivos recién descargados, que resultaron ser los contenidos de una especie de página web parecida a un periódico al que o Gretch o Rob estaban suscritos.

El ABG, diminutivo de Alfa-Beta-Gama, canal de noticias de Nueva Tierra de corte más bien conservador, abría a toda página con un vídeo en el que el excomandante Steffan Jakor Rosenstock amenazaba con vengarse por el derrocamiento de su hermano en el día en que se cumplían veinte años del acontecimiento.

Movido por todavía más curiosidad al hacer referencia a la familia de Gretch, decidió ver el vídeo... y después de hacerlo intuyó con acierto que las palabras del excomandante y no otro debían ser el motivo por el que el gobierno de Dackhara había ofrecido una recompensa por la cabeza de la capitana de la Calicó tan de repente.

No era probable que ella estuviera al tanto de la existencia de ese vídeo, teniendo en cuenta que lo habían recibido la última vez que estuvieron lo bastante cerca de un

planeta como para que las noticias se actualizasen, y sabiendo que aquello le incumbía de manera directa, decidió que su obligación era informarla al respecto.

Con ese propósito, salió del puente de mando para buscarla, pero al no ver en el pasillo que la rejilla bajo la que se escondió al colarse de polizón, y donde estuvieron llevando a cabo la mayor parte de las reparaciones, estuviera abierta, dio por supuesto que no se encontraba allí en ese momento. Sin saber dónde buscarla, se acercó a una de las compuertas que todavía no había visitado pensando que podría encontrarse en su camarote. Al cruzarla, acabó en otro pasillo idéntico al que acababa de dejar, pero más corto y con tan sólo dos compuertas en lugar de seis.

Indiferente acerca de por cuál empezar, se acercó a la que le quedaba más próxima y estiró el puño con la intención de llamar antes de entrar. No quería entrar allí de improviso por si acertaba y ella se estaba cambiando o echándose una siesta, pero en cuanto la mano se aproximó lo suficiente, la compuerta se abrió por sí sola, dejando a Marc la duda de cómo se pedía permiso para entrar a una habitación ocupada en el futuro.

Al otro lado de la compuerta se encontró con una habitación cuadrada de paredes color blanco metalizado. Una cama lo suficientemente grande como para considerarla de matrimonio ocupaba el centro del camarote, y además era el único mueble independiente. Los demás, tanto el armario como la cómoda y el escritorio, se encontraban empotrados en las paredes. Una ventana de ojo de buey junto al escritorio proporcionaba a la habitación vistas al espacio exterior, aunque en ese momento sólo podía verse parte del tubo de luz, producto del efecto doppler, en el que estaban metidos. Unas prendas de ropa interior femenina tiradas en el suelo le indicaron de forma inequívoca a quién pertenecía aquella estancia.

Otra compuerta a un lado debía llevar a un cuarto de baño, pero Marc no quiso quedarse a averiguarlo. Lo último que le faltaba era que Gretch le pillara curioseando en su camarote para que acabara de odiarle del todo. Sin embargo, no pudo evitar quedarse mirando el espejo de cuerpo completo que colgaba junto a la compuerta. En él se reflejaba su imagen, como era de esperar, pero ésta no se correspondía del todo con la realidad... en concreto, su ropa no era la misma que él llevaba puesto. De hecho, su reflejo iba vestido con un uniforme completamente negro y unas gruesas botas que le llegaban hasta las rodillas.

—¿Cómo es posible? —se preguntó boquiabierto. Intentó acercar una mano al reflejo para ver si aquello era un espejo de verdad, y entonces la imagen volvió a cambiar. Ahora le reflejaba con unas ropas similares al conjunto que vestía Gretch habitualmente.

Intuyendo ya la función de aquel curioso artefacto, volvió a hacer un gesto con la mano frente a él, y las prendas que vestía al otro lado volvieron a cambiar, esta vez para mostrarle cubierto con un grueso abrigo verde. El espejo no debía ser tal, sino una pantalla que le permitía verse con prendas de ropa diversas, con seguridad las que Gretch guardaba en su armario... algo muy útil para descubrir cómo le quedaba un

conjunto sin tener que ponérselo y quitárselo.

Mientras jugaba a pasar de una prenda a otra con el espejo, le dio por pensar que con total seguridad aquello lo había inventado algún hombre harto de esperar a que su pareja eligiera qué conjunto ponerse. Sin embargo, cuando el artefacto le mostro a él mismo vestido con una lencería un tanto demasiado provocativa, y que siendo sincero a él no le quedaba nada bien, decidió que ya había jugado suficiente.

Luchando por no imaginarse en qué ocasiones debía ponerse Gretch algo así, salió de su camarote para probar suerte en la bodega de carga. Al ser la parte más grande de la nave, pensó que sería más probable que hubiera recibido daños de los disparos, y por tanto que necesitara reparaciones. Como ya conocía el camino, no le costó llegar hasta allí, pero se quedó atónito cuando al llegar descubrió que no sólo Gretch y Rob trabajaban en las reparaciones, sino que además otros tres androides, desconocidos para él, les ayudaban.

El más cercano era un robot de tres metros de alto, ancho como un armario y de color marrón claro, que además mostraba una cara de mal genio que resultaba de lo más intimidante unida al soldador que sujetaba en una mano y la pesada viga de metal que cargaba en la otra. El segundo se asemejaba a una esfera negra del tamaño de una pelota de fútbol, con por lo menos ocho pequeños brazos metálicos colgantes que sujetaban distintas herramientas, entre las cuales pudo reconocer las menos sofisticadas: un destornillador y unos alicates. El último lucía un aspecto humanoide, pero en lugar de ser una perfecta imitación de un humano, como Rob, su naturaleza robótica era más que evidente gracias a su carcasa formada de láminas plateadas.

—Eh... hola —saludó, consiguiendo que los cinco se volvieran hacia él.

—¿Qué ocurre? —le preguntó Gretch con un soldador en las manos y levantándose el visor que le cubría los ojos, más parecido a unas gafas de sol de ciclista de su época que al visor de un soldador.

—¿Quiénes son éstos? —quiso saber antes que nada.

Los tres androides desconocidos volvieron al trabajo sin prestarle la más mínima atención.

—Son yo —respondió Rob—. La nave necesitaba reparaciones urgentes y pensé que ahorraríamos tiempo si ponía a todos mis cuerpos a trabajar.

—Eso habría sido más espectacular si cada fragmento de la frase lo hubiera dicho un cuerpo distinto —opinó Marc.

—Lo que tú digas... —gruñó con una grave voz robótica el androide corpulento.

—No te metas con Juggernaut, no suelo tener mucho aguante dentro de ese cuerpo —le advirtió el androide, logrando dejarle confuso por un momento.

—¿Va todo bien? —insistió Gretch con impaciencia.

—Bueno, sí en lo que respecta a la nave, pero hay una cosa que tal vez deberías ver —respondió titubeante. Una vez frente a ella, no era tan sencillo hablar del tema.

En un principio no se mostró muy convencida, pero al final, con una mueca de suspicacia en el rostro, abandonó las reparaciones y le siguió de vuelta al puente de

mando.

—¿Y bien? —inquirió una vez allí cruzándose de brazos.

—Tal vez deberías sentarte —le recomendó Marc, pero cuando ella levantó una ceja supo que lo mejor era poner el video y dejar que ella misma valorara la necesidad que tenía de sentarse o no... no obstante, en cuanto vio la imagen del excomandante Rosenstock en pantalla acabó decidiendo que sí era necesario.

Con un gesto de su mano, la imagen se convirtió en una proyección holográfica y creció hasta volverse casi de tamaño real.

—Los dackharianos fieles no hemos olvidado la traición sufrida, pronto hará veinte años, por los títeres de Nueva Tierra. Los atroces actos padecidos entonces son heridas más abiertas que nunca para los fieles a la auténtica Dackhara en este aniversario. Y yo, Steffan Jakor Rosenstock, legítimo gran comandante de todos los ejércitos, declaro desde el «Leviatán», la que fuera nave insignia de mi hermano, el Emperador Goran Jakor Rosenstock, que pronto llegará el momento de la venganza, y que este aniversario de la traición no traerá más que dolor y muerte tanto para títeres como para titiriteros.

El video terminó, pero Gretch se quedó mirando el lugar donde hasta un segundo antes había estado proyectada la imagen del anciano comandante como si se hubiera quedado paralizada.

—Yo... lo siento, no quería... —se disculpó Marc muy apurado y sin saber del todo cómo completar la frase—. Supongo que por eso te buscan en Dackhara, ¿no?

—No tengo nada que ver con mi tío —declaró poniéndose en pie tan con tal brusquedad que Marc dio un paso atrás sobresaltado—. Esa lucha suya no tiene nada que ver conmigo, no sé lo que planea hacer y no me importa... no tiene que ver conmigo.

Muy turbada, se marchó del puente de mando, y Marc se arrepintió enseguida de haberle mostrado el vídeo, aunque luego concluyó que sentirse así era una tontería, aquella amenaza grabada era una noticia de portada en la prensa, se habría enterado igual se lo enseñara o no... pero aun así la compadeció, no quería ni imaginar lo difícil que debía resultar para ella ser la hija de un dictador genocida, como le calificaban en la enciclopedia de la nave, y la sobrina del líder de sus sucesores ideológicos, reconvertidos en terroristas.

No volvió a verla aquel día... de hecho, no volvió a saber de ella hasta que varias horas más tarde Rob apareció por el puente de mando.

—¿Qué le has dicho a Gretch? —quiso saber—. Después de que las herramientas se le cayeran al suelo por tercera vez, se ha encerrado en su camarote. He tenido que realizar yo todo el trabajo, y encima sin la carretilla para ayudar.

—Su tío ha hecho un vídeo amenazando al mundo a lo Bin Laden —le explicó Marc.

—¿Bin Laden? —preguntó él arrugando el ceño en una mueca de incompreensión.

—No importa... la cuestión es que ha hecho un vídeo anunciando un atentado por

el aniversario del derrocamiento del emperador ese, el padre de Gretch.

—¡Ah! Por eso nos atacaron en el Horizonte —dedujo el androide—. Ya imaginaba algo así cuando Moira dijo... pero bueno, no es la primera vez que ocurre algo como esto. El excomandante Rosenstock ha intentado atentar antes contra Dackhara y nunca le había afectado tanto, normalmente sólo cometen pequeños actos de pillería sin importancia o con carácter más reivindicativo que otra cosa.

—Es posible que ese aniversario también signifique algo para ella —aventuró Marc, que tal vez no supiera nada de nada sobre naves espaciales, androides o política futurista, pero sí sobre las personas.

—Puede ser, ése sería un tipo de sentimentalismo muy propio de un humano —reflexionó Rob—. ¿Cómo deberíamos proceder al respecto?

—No lo sé —admitió él encogiéndose de hombros—. Tal vez dejándola sola un rato.

Como al androide no se le ocurrió una idea mejor, acabaron procediendo tal y como sugirió Marc, y durante ese tiempo de ausencia Rob aprovechó para enseñarle a usar la maquinita que imprimía la comida, y también le habló de la necesidad de crear un horario de comidas, actividad y sueño cuando se viajaba por el espacio, para que el encierro y que siempre hubiera la misma luz, fuera cual fuera el momento, no le afectara a los biorritmos.

Luego se entretuvieron viendo vídeos de ciencia ficción del siglo XXI que se guardaban en los archivos enciclopédicos. Rob sentía curiosidad por saber cómo pensaban en la época de Marc que se comportarían los androides del futuro... pero no acabó nada satisfecho ante la imagen de seres fríos y carentes de emociones, o con emociones muy limitadas, con la que por norma general se les caracterizaba.

—Lo de estar al servicio de humanos puedo entenderlo —concedió durante la charla correspondiente posterior al visionado de los vídeos—. Era otra época, la robótica estaba en pañales y todavía pensabais que las máquinas no teníamos nada mejor que hacer que serviros, aunque ya intuyerais que eso acabaría llevando a un conflicto de manera inevitable. ¿Cómo iba a ser la esclava la máquina cuando era más inteligente y capaz que el humano? Es un completo absurdo. Pero ese empeño en mostrarnos como seres sin la más mínima empatía es insultante.

Marc se abstuvo de comentarle que a él le seguía costando pensar en él como una máquina por miedo de ofender algún orgullo futurista que desconociera, así que se limitó a guardar silencio.

Siguiendo su horario recién creado, unas horas más tarde se fue a dormir, aunque necesitó que el androide le ayudara a aprender a manejar las luces del camarote para que redujeran su intensidad, tarea que por lo visto resultaba sumamente complicada si querías algo distinto a encendido y apagado para alguien sin chip en el cerebro, más cuando en ese momento no se podía hablar de manera directa con la nave.

Cuando despertó tras sus horas correspondientes de sueño, se encontró a Gretch desayunando, por darle un nombre a aquella comida, en el puente de mando. Como

parecía estar bien, y no mencionó el tema de los parientes psicópatas, él tampoco lo sacó a colación.

Después del desayuno volvió al asunto de las reparaciones con Rob y sus androides, dejando a Marc solo frente a la consola de mandos, donde se entretuvo con algunos videojuegos ultrarrealistas que tenían en la nave para entretenerse.

Le faltaba tan sólo superar un par de escenarios de combate para ganar la tercera guerra mundial llevando a la Federación Europea cuando la nave comenzó a vibrar y el juego se le apagó sin que pudiera guardar la partida. Al principio pensó que se debía a algo que habían tocado mientras llevaban a cabo las reparaciones, pero pronto la Calicó comenzó a reducir la velocidad, señal de que habían llegado a su destino.

Gretch y Rob no tardaron en dirigirse al puente de mando tras sentir lo mismo que Marc.

—Nos detenemos —les comunicó con alegría cuando entraron... alegría infundada por otra parte, su última parada no había resultado en absoluto agradable para nadie.

—¿Tan pronto? —se extrañó Gretch—. No llevamos ni dos días desde Nibiru... esto sólo puede ser... oh vaya, ¿qué le dijiste a la nave a través del casco?

—Ese estúpido casco sólo me hace caso cuando estoy asustado —se justificó él antes de que le cayera alguna bronca—. Creo que deseé volver a mi casa.

—Y a tu casa te ha traído —aseveró Rob mostrando media sonrisa—. Estamos en el Sistema Solar.

—¿En serio? —exclamó levantándose a toda prisa de su asiento para acercarse más a la cristalera y poder ver el exterior. No obstante, desde allí sólo podían observar algunas estrellas lejanas; los planetas y el Sol debían estar todavía muy lejos.

—¡No es una buena noticia! —gruñó Gretch molesta ante su entusiasmo—. Si estamos en el Sistema Solar significa que nos encontramos en mitad de ninguna parte, con una nave hecha añicos y un motor de curvatura que nos lleva donde le da la gana.

—No es tan grave, podemos pedir ayuda en la base de Marte —sugirió Rob tratando de mantener la tranquilidad—. No creo que comprueben nuestros antecedentes penales, y aunque lo hicieran, Dackhara y Nibiru no tienen tratado de extradición con Vega III.

—Tampoco tenemos más opciones, supongo —admitió ella—. Está bien, vamos a Marte.

—¿Podemos ir a la Tierra? —pidió Marc, que no quería perder la oportunidad de ver su planeta ahora que se encontraban tan cerca de él.

—¿La Tierra? ¿Para qué? —replicó Gretch—. Allí no queda nada.

—Estamos cerca de Júpiter —les informó Rob tras consultar el panel de control—. Pero Marte está ahora en el otro lado del Sol, tenemos que atravesar todo el sistema para llegar... y la Tierra nos pilla de paso.

—Vale, está bien —accedió Gretch adelantándose a las súplicas que Marc ya tenía preparadas para tratar de convencerla—. Nos acercaremos a la Tierra y podrás verla desde la nave antes de seguir hasta Marte. ¡Pero no pienso aterrizar! No necesito cenizas obstruyendo los conductos que luego dificulten las reparaciones.

Sabiendo que tendría que conformarse con eso, asintió.

La nave se movía despacio al emplear los motores de deuterio para trasladarse dentro de un mismo sistema... o despacio en comparación con la del motor de curvatura, puesto que en realidad se movían en valores cercanos a la mitad de la velocidad de la luz. Gracias a ello, en tan sólo una hora y media se aproximaron lo suficiente al Sol como para poder contemplarlo en todo su esplendor, esplendor que palidecía si se comparaba con el del Sol que Marc recordaba de su época. Aquella esfera que emitía un intenso brillo blanco, aunque inmensa y espectacular, era, sin embargo, ajena para él.

—Recuerda que su ciclo vital fue acelerado dramáticamente, ahora no es más la estrella amarilla que tú conociste, es una enana blanca que va camino de convertirse en una enana negra —le explicó Rob.

—¿Qué es una enana negra? —preguntó Marc, que desconocía el término, observando al viejo Sol sin ser capaz de reconocerlo.

—Se supone que es lo que queda de una enana blanca cuando se consume. Y digo que se supone porque, debido a la edad del universo, aún no ha pasado el tiempo suficiente para que alguna estrella llegue a ese estado. Sin embargo, como el ciclo del Sol fue acelerado, esa evolución es algo que debería darse tan sólo en los próximos siglos.

—Por eso montaron una base científica en Marte los de Vega III —añadió Gretch—. Aunque esos montan bases científicas en todas partes.

—Hola, colega —saludó Marc al Sol, sintiéndose muy triste por en lo que se había convertido la estrella dadora de vida por excelencia—. Nací bajo la luz de esta estrella y estoy hecho del mismo polvo estelar que la formó... ¿cuánta gente puede decir eso hoy día?

—Nadie —admitió Gretch—. Aunque en realidad todos venimos de la misma explosión primordial, no importa la estrella que nos iluminara al nacer... o al menos eso les enseñan en el colegio a los niños no criados bajo una cruel y sanguinaria dictadura, que no es mi caso.

Marc se quedó mirando con nostalgia la moribunda estrella mientras la dejaban atrás. En ese momento, y más que nunca antes, fue consciente de la abrumadora cantidad de tiempo que había pasado metido en una nevera, y se sentía muy perdido... tanto que el único alivio que encontró fue saber que pronto encontrarían la Tierra, el único lugar de ese nuevo mundo en el que se encontraba que tenía sentido para él.

—Mercurio y Venus ya no existen —le explicó Rob cuando la nave pasó junto a la órbita que debía haber seguido el primero de los planetas—. Cuando el Sol se

convirtió en una gigante roja, se los tragó por completo. Todo el mundo pensaba que la Tierra también sufriría el mismo destino, pero no se sabe por qué se libró, sufriendo tan sólo el barrido de las capas más exteriores del Sol, que a miles de grados de temperatura únicamente lograron arrasar su superficie y destruir cualquier vestigio de vida en ella.

—Tan sólo... —exclamó Marc con sarcasmo.

—Dicen que tuvo que ver con las fluctuaciones creadas por el destructor de soles de los grises —apuntó Gretch—. Aunque no se ha demostrado nada, claro. Todavía hoy nadie sabe cómo funcionaba ese aparato infernal.

—Por suerte —opinó él. En su opinión, el universo entero estaba mejor sin tamaña arma de destrucción masiva.

Tardaron sólo unos minutos más en llegar hasta la Tierra, o lo que quedaba de ella, en su viaje por el Sistema Solar. Lo que antaño fuera un planeta azul, con océanos, continentes y nubes flotando sobre ambos, se había convertido en una imagen tan parecida a la que vio Marc en su segundo sueño que sintió un escalofrío. El color predominante era el rojo del magma, seguido muy de cerca por el gris de los valles de ceniza, y las blancas nubes se habían visto sustituidas por un denso humo negro que surgía de cientos de volcanes en erupción.

—No tiene buen aspecto, ¿verdad? —dijo Gretch aprovechando para echarle un vistazo también—. Cuesta creer que vengamos de allí, y que alguna vez fuera el planeta fértil y lleno de vida del que habla la historia.

—Lo que cuesta es creer que haya acabado así —replicó Marc, a quien, en efecto, le costaba tanto creerlo que ni siquiera podía sentirse triste. Era un *shock* tan grande que se veía incapaz de asimilarlo.

—Sigamos adelante, ya verás que Marte tiene el aspecto de siempre —trató de animarle Gretch, sin saber que lo único que Marc había visto de Marte alguna vez eran fotos.

—Parece que hay algo orbitando alrededor del planeta —advirtió Rob, que vigilaba el panel de control con atención—. Y tiene un tamaño considerable.

—¿La luna? —aventuró Marc volviendo la vista hacia el androide.

—No creo que a la luna le haya dado por volver después de tanto tiempo —discrepó Gretch acercándose también al panel de control—. Es artificial, y desde luego mucho más pequeño que la luna... es una nave.

—Tal vez podamos pedirle ayuda —sugirió el androide—. Vamos a tenerla a la vista en cuanto giremos un par de grados más.

—¿Qué hace una nave en el último confín de la galaxia? —se preguntó Gretch rascándose el mentón—. Podría ser una nave de Vega III en camino hacia Marte, pero es demasiado grande. ¿Y por qué iba a quedarse en órbita alrededor de la Tierra?

—¿Es esa cosa de ahí delante? —señaló Marc cuando en la ruta de la Calicó rodeando el planeta emergió en el horizonte la nave espacial más grande que había visto en su vida... aunque tampoco es que tuviera mucha experiencia con esas cosas

en realidad.

De un color gris oscuro metalizado, el cuerpo de aquella monstruosidad volante se asemejaba al de un imponente rectángulo, con pequeños alerones y un morro acabado en punta en su parte frontal. En la parte posterior, dejados atrás los alerones, al rectángulo central se acoplaban dos módulos más pequeños que se conectaban al cuerpo principal por tres uniones en forma de tubo. Una carcasa cuadrada cubría toda la parte trasera y los módulos tanto en la parte superior como en la inferior, proporcionándole un duro blindaje contra ataques.

Cuando se acercaron lo suficiente, Marc fue capaz de calcular de forma más exacta cuál era el verdadero tamaño de aquel titán del espacio, y no creyó exagerar demasiado si le echaba más de un kilómetro y medio de longitud.

—¡Vaya cosa más enorme! —exclamó asombrado—. ¿Qué es?

—Parece un destructor —respondió Rob analizándolo con la mirada—. Sí, un destructor dackhariano, sin duda... no creo que sean amistosos entonces, ¿qué estarán haciendo aquí?

Marc imaginó que, si el gobierno dackhariano buscaba a Gretch, encontrarse nada menos que con una nave militar de ese planeta era una mala noticia, pero se abstuvo de comentarlo por lo obvio que resultaba.

—Yo conozco ese destructor... —declaró entonces ella, que había palidecido tanto como cuando descubrió que la nave les había llevado hasta Nibiru—. ¡Tenemos que largarnos de aquí cuanto antes!

—Demasiado tarde, ya nos han visto —advirtió Rob cuando de los módulos laterales de la nave comenzaron a surgir diminutos puntitos, que desde aquella distancia parecían como moscas que revoloteaban alrededor de un animal más grande, pero que sin duda debían ser pequeñas naves—. No creo que podamos iniciar el salto antes de que nos pille, Gretch, no vamos a tener tanta suerte por segunda vez. Y éstos no son sólo siete.

—Bajemos al planeta —sugirió ella después de meditar unos segundos—. La nube de humo y los gases tóxicos nos protegerán de sus sensores.

—¿Y no va a ser peor el remedio que la enfermedad? —intervino Marc, a quien lo de «gases tóxicos» no le sonaba nada bien—. Quiero decir, aunque te busquen en Dackhara, no tienen por qué reconocerte de buenas a primeras, ¿no?

—Créeme, éstos me reconocerán —le aseguró Gretch, que se apresuró en comenzar la maniobra de descenso hacia la Tierra.

—¿Éstos? —inquirió Rob levantando una ceja—. ¿Me estás diciendo que ese destructor...?

—Es el «Leviatán», sí, con el comandante Rosenstock y toda su cuadrilla a bordo, imagino —asintió ella con gravedad.

—¿Los terroristas? —exclamó Marc espantado—. ¿Qué hacen aquí?

—¡Y yo qué sé! —replicó Gretch—. Deben tener su escondite en la zona... cuidado, entramos en la atmósfera.

La nave traqueteó cuando abandonaron el vacío espacio y atravesaron la película de humo que cubría buena parte del planeta. Marc confió en que Gretch supiera lo que se hacía, porque ésta era tan densa y oscura que era imposible ver dónde quedaba la superficie.

—Si tuvieran su escondite aquí, los de la base marciana lo sabrían —opinó Rob.

—Ahora que lo pienso, no hemos recibido ninguna señal suya en todo el trayecto —cayó en la cuenta ella, que seguía pilotando a oscuras, aunque a una velocidad mucho más lenta de la que habían llevado hasta entrar en la atmósfera.

La nube de humo se volvió menos densa conforme se aproximaron a la superficie, dejando al descubierto una estampa más propia de una representación del infierno a manos de un artista demente que del planeta Tierra que Marc conocía. Volcanes en erupción vomitaban humo negro hacia el cielo, mares de magma y valles de ceniza habían sustituido a las montañas, ríos y praderas que hubiera en otro tiempo, y por supuesto, cualquier vestigio de la civilización humana, o de vida siquiera, había desaparecido por completo.

La visión de aquel terrorífico escenario le provocó un pinchazo de dolor en el estómago. Estando tan cerca de pisar la misma tierra que pisara más de mil años atrás, comenzó a ser consciente por fin de que aquello era verdad, que ese planeta destruido era todo lo que quedaba de la Tierra.

—Aterrizá allí, ese campo de cenizas parece estable —le indicó Rob a Gretch señalando un amplio espacio de terreno calcinado entre una montaña carbonizada y un río de lava—. Apagaremos todos los sistemas y así evitaremos que nos puedan detectar con los escáneres que traspasen la nube de humo... por desgracia, eso incluye el soporte vital de la nave.

—Nos pondremos los trajes —declaró Gretch descartando eso como un problema—. Marc tendrá que ponerse el de reserva, pero nos dará algo de tiempo. Con un poco de suerte podremos reparar el motor de curvatura y salir disparados de aquí antes de que nos encuentren.

Al tomar tierra, una nube de cenizas se desprendió del suelo y se alzó en el aire. Allí el humo era menos denso y se podía ver más allá de las propias narices, pero aun así una densa neblina lo cubría todo. Nada más completar el aterrizaje, Gretch llevó a Marc hasta la bodega de carga, donde comenzaron a vestirse con lo que se suponía que eran trajes espaciales... sin embargo, a Marc el suyo le pareció más bien un traje de neopreno para bucear, y además era rosa.

—¿Éste es el mío? —dijo sintiéndose ridículo por verse obligado a ponerse aquella cosa. El de Gretch era negro y violeta, con hombreras, brazales, cinturón, una pechera reforzada y máscara a juego. El suyo parecía más bien un pijama de niña con una pecera opaca para la cabeza.

—Es el que regalaban cuando cambié el núcleo central de la nave, tiene autonomía para dos horas y media sin balón de oxígeno externo, ¿qué problema hay?

—Que es rosa —protestó.

—¿Y qué? —inquirió ella sin comprender el motivo de su queja.

—Pues que es un color de... niña.

—¿Color de niña? —repitió ella incrédula, sólo para acabar soltando un bufido despectivo—. Con esos prejuicios del siglo XXI no vas a llegar muy lejos. Ahora va a resultar que hay colores para niños y colores para niñas... no me hagas reír.

Algo avergonzado por la reprimenda, se colocó el traje sin rechistar, pero cuando estuvo vestido notó dos protuberancias que formaban sendos bultos a la altura del pecho. La mirada que le dedicó a Gretch lo decía todo.

—Es un tejido inteligente, ¿vale? Se adapta a la persona que lo lleva —arguyó ella dándole un tirón de la pechera que consiguió que el traje se ajustara correctamente—. Como la última en llevarlo fui yo...

—¿Estáis listos ya? —les urgió Rob entrando en la bodega—. Tenemos que desconectar todos los sistemas de la nave antes de que alguno de sus vigilantes atraviese la nube de humo y nos detecte. Vaya, Marc, te queda bien el traje, temí que no fuera de tu talla.

—Sí, qué suerte he tenido... —replicó él cubriéndose con el casco. En cuanto lo encajó, sobre su superficie de cristal comenzaron a aparecer números y letras a toda velocidad, pero luego desaparecieron—. Esto ha hecho algo.

—Intentar conectar con tu chip para obtener el registro de tus constantes, pero como no tienes... —le explicó Gretch—. Estamos listos, Rob.

A una señal del androide, todas las luces de la nave se apagaron, y los tres quedaron a oscuras. Sólo cuando Gretch encendió una linterna pudieron volver a verse las caras... o más bien las de Rob, que no necesitaba respirar, y Marc, cuya escafandra era transparente. El traje de la dackhariana incluía una máscara que se ajustaba a su cabeza y cubría su rostro por completo.

—Yo bajaré a echar un vistazo por fuera para evaluar los daños del casco de la nave, tú quédate aquí e intenta reparar el motor de curvatura ahora que está apagado, y ya de paso mira a ver si puedes hacer algo con la radiación gamma que va liberando, no quiero acabar con tres brazos —le indicó al androide—. Tú, Marc, quédate donde no molestes mucho.

—¡Yo quiero bajar a la superficie! —protestó él—. ¡No he viajado ni se sabe cuántos años luz para llegar hasta aquí y ahora quedarme en la nave! ¡No quiero ser el Michael Collins de este viaje!

—¿Quién? —preguntó Gretch confusa.

—Ya sabes, el que se quedó en el Columbia... el que no pisó la luna —se explicó Marc.

—Mira, haz lo que te dé la gana —se rindió—. Pero no causes problemas, ¿vale?

Decidido a no causarlos, guardó silencio y se dejó llevar hasta la habitación estanca, a través de la cual bajaron por fin hasta la superficie de la Tierra.

Nada más pisarla, sintió cómo sus pies se hundían unos centímetros en el manto de ceniza y tierra quemada que la cubría.

—Bueno, manos a la obra —dijo Gretch, quien había salido cargada con un cinturón lleno de herramientas, así como una pistola de color gris con un aspecto demasiado futurista como para disparar balas, a través del comunicador de su traje—. No te alejes mucho, voy a ver cómo de mal está la cosa aquí... ¡uh! Cómo me han dejado la pobre esos desgraciados.

La exclamación no era para menos, la Calicó sufría algunos impactos tan profundos que hasta se podían ver cables rotos lanzando chispazos sobresaliendo de los agujeros. Pero la escena que más impresionó a Marc fue la que presentaba el propio planeta Tierra.

Aquéel no parecía el mismo planeta que él había conocido, ni por asomo. El suelo, cuando no era un mar de ceniza o restos de magma enfriado, se asemejaba más al de la luna, con cráteres por todas partes producto de las rocas que expulsaban los volcanes. Cuando las nubes de humo lo permitían, se podía ver un cielo muy negro y lleno de estrellas, entre ellas una un poco más brillante que las demás, pero que palidecía en comparación con cómo había deslumbrado sólo mil años atrás... los días con un cielo azul habían desaparecido para siempre junto con la estrella amarilla y la capa de ozono.

—Tenemos una temperatura de menos ochenta y cinco grados —le decía Gretch a Rob por el comunicador... a Marc le costaba creerlo viéndose rodeado por humo y por volcanes expulsando lava, pero tampoco quedaba nada por allí susceptible de congelarse, y si no existían ni atmósfera ni mares, faltaba materia prima para el hielo. De cualquier forma, él, dentro de su traje espacial de niña, no percibía la temperatura exterior—. ¿Rob? ¿Me oyes?

—No muy bien —replicó en androide, cuya voz sonaba distorsionada—. Las comunicaciones siguen averiadas.

—¿Cómo es posible que estemos a una temperatura tan baja? —preguntó Marc—. Aquí todo está lleno de lava y magma.

—El Sol derritió buena parte de la corteza terrestre, de ahí todo este magma —le explicó ella—. Pero el calor que llega desde la estrella es mínimo, así que, lejos de esas fuentes de calor internas, tenemos este frío. La superficie todavía tardará algunos siglos en solidificarse del todo.

Supuso que su explicación tenía sentido, así que no hizo más preguntas y se quedó admirando con tristeza el poco paisaje que el humo le permitía contemplar. Se le caía el alma a los pies sólo de pensar en los millones de especies naturales que un día habitaron allí, y en los miles de años de historia de la humanidad que se consumieron bajo el magma, perdiéndose para siempre.

Afectado por todo aquello, se agachó y agarró entre los guantes un puñado de tierra calcinada, que se deslizó entre los huecos de su puño como si fuera gravilla. Casi no reparó en que una lágrima estuvo a punto de escaparse de su ojo, pero pudo reprimirla antes de que saliera y diera paso a una oleada que no sabía si sería capaz de contener.

Todo había ocurrido tan rápido, sin que tuviera tiempo para asimilar los importantes cambios que el mundo había sufrido en su ausencia, que se sentía sobrepasado. De estar al borde de la muerte en un hospital había pasado a viajar entre las estrellas mil doscientos años más tarde, y luego pisar el suelo abrasado de lo que había sido su planeta... ¿cómo se suponía que iba a asimilar todo eso de golpe?

Gretch apareció a su lado, deslizándose en el aire por unos pequeños propulsores en sus botas.

—¿Puedes echarme una mano? Una lámina del blindaje se ha desencajado y necesito otro par de manos que me ayuden para intentar soldarla... ¿qué te pasa?

—Nada —mintió—. Es sólo qué... ¡Dios! Mira este sitio, se supone que esto es todo lo que queda de mi hogar.

—Esto no es tu hogar —le dijo ella—. Sólo es una bola calcinada flotando en mitad de un sistema planetario moribundo. Esto no es el hogar de nadie, Marc.

—Tu hogar es donde tienes el corazón... —replicó él, que en ese momento se fijó en las botas de Gretch—. ¿Por qué yo no tengo propulsores de éstos?

—¡Oh no! —exclamó ella, que lejos de prestarle atención, miraba con preocupación hacia el horizonte—. ¡Vuelve a la nave!

—¿Qué ocurre? —preguntó sobresaltado girando la cabeza hacia donde mismo miraba ella.

—Tenemos compañía —afirmó la dackhariana desenfundando la pistola.

No fue necesario que especificara qué clase de compañía se trataba. La única posibilidad que tenían era que fueran los dackharianos. Por desgracia, no había nadie más en ese planeta.

—¡Demonios! ¿Nos han visto? —replicó Marc asustado.

—Me parece que no... vuelve a la nave —repitió Gretch—. ¡Date prisa!

Marc, que no era un hombre de acción ni mucho menos, obedeció sin rechistar. De todas formas, se dijo, no disponía de armas para poder defenderse en caso de ataque... lo que no entendía era por qué Gretch no le acompañaba.

Obtuvo la respuesta a su pregunta cuando, en algo que sólo pudo definir como un arrebato de locura, la mujer se propulsó con sus botas en dirección hacia el lugar donde se suponía que se encontraban los dackharianos, y Marc la perdió de vista en cuanto se alejó unos metros por culpa de una nube de humo que comenzó a cubrirles.

Apretando los dientes con inquietud, se sintió tentado de ir con ella para ayudarla. Sin embargo, en un arrebato de sensatez, o tal vez de cobardía, prefirió seguir sus órdenes sin rechistar y regresar a la nave. No quería meter a nadie en más líos al actuar por iniciativa propia, bastantes problemas había causado ya por eso.

—¿Marc? —le llamó Rob desde la nave, aunque se le escuchaba con muchas interferencias—. ¿Qué ocurre? Gretch ha apagado su comunicador.

—Han... han aparecido... —balbuceó Marc demasiado nervioso como para hilvanar una frase coherente—. Creo que son dackharianos.

—¿Cómo? —exclamó el androide, que no le había oído bien—. ¿Puedes repetir?

Las comunicaciones no funcionan de forma correcta.

—¡Luego te lo explico! ¡Ayúdame a subir a la nave!

## CAPÍTULO 6

Agazapada tras una roca negra, Gretch observó con atención el movimiento de los dos hombres que, vestidos ambos con trajes espaciales parecidos al suyo, pero del color marrón característico del ejército dackhariano, y armados con unos pesados fusiles de plasma, les buscaban entre la nube de humo que había cubierto la zona tan de repente. En Dackhara, el adiestramiento en técnicas militares básicas era considerado vital dentro del sistema educativo, y por ese motivo no le costó identificar a ambos individuos como unos simples patrulleros.

Tal y como había supuesto, el denso humo y los gases tóxicos que cubrían el cielo de la vieja Tierra habían logrado protegerles de una detección más precisa por su parte, y por ese motivo tuvieron que enviar patrullas a la superficie para encontrarles.

Semejante interés en la persecución levantaba terribles sospechas en Gretch sobre el destino que debieron correr los ocupantes de la base marciana, pero eso también significaba que su tío no llevaba allí demasiado tiempo, o de lo contrario, a esas alturas alguien habría advertido que la base científica no emitía señal alguna. Por el mismo motivo, su tío no podía pretender quedarse mucho más en el sistema. Alguien acabaría acudiendo tras echar de menos a los habitantes de Marte.

Sin duda alguna, su presencia en la Tierra era tan sólo temporal... lo que no lograba comprender era qué podían estar haciendo en un planeta muerto, que no ofrecía nada de nada, ni siquiera una fuente de alimento u oxígeno para abastecer al «Leviatán».

Pero tampoco es que aquel misterio le importara demasiado. Lo único que Gretch quería era librarse de los dos patrulleros y ganar un poco de tiempo para que Rob pudiera al menos intentar reparar el motor de curvatura. Lanzarse a lo loco a la inmensidad del espacio, guiados tan sólo por las súplicas de Marc a través del casco neuronal, no les había traído nada bueno hasta el momento.

Por desgracia, ese plan podía venirse abajo en cualquier momento. Los dos patrulleros, si seguían el mismo rumbo que llevaban, se toparán de frente con la Calicó tarde o temprano. De hecho, el único motivo por el que no la habían visto todavía era que el humo la cubría.

Aguantó detrás de la roca, con el comunicador apagado para que no pudieran detectar ninguna señal suya, hasta que se ambos separaron lo suficiente como para empezar a verse borrosos entre ellos. Sabía que no serían tan estúpidos como para perderse de vista del todo, pero sólo necesitaba un instante de distracción para actuar.

Ese instante llegó cuando uno de ellos alcanzó la roca tras la que se escondía. En cuanto dio el primer paso para rodearla y se apartó de la vista del segundo, Gretch no dudó en activar sus propulsores y lanzarse a por él.

El patrullero ni siquiera la vio venir, no al menos hasta que fue demasiado tarde para reaccionar de manera adecuada, y ella le embistió con tanta violencia que le dejó sin resuello y le arrastró consigo lejos de la vista su compañero.

No obstante, aquel hombre no sólo era un soldado, sino que además era dackhariano, y por lo tanto no se rindió con facilidad. Forcejeó con ella en el aire mientras ambos sobrevolaban a toda velocidad un campo de cenizas, e intentó interponer el fusil de plasma entre los dos para desembarazarse de su agarre... sin embargo, aquella tampoco era la primera pelea de Gretch, que además era dackhariana igual que él, y sólo le consintió soltarse después de realizar un quiebro en el aire, consiguiendo así que saliera disparado contra una roca que se alzaba en mitad del campo de cenizas.

El brutal golpe dejó al patrullero tan aturdido que cayó rodando al suelo. Trató de recomponerse y pedir ayuda a través del comunicador de su traje espacial, pero Gretch se apresuró en aterrizar a su lado con la intención de evitarlo. Teniendo la amenaza frente a él, dejó la petición de ayuda para otro instante y lanzó una patada contra la pierna de la mujer en un intento de derribarla. La dackhariana no previó el golpe, aunque se las apañó para caer sobre él tras recibirlo y agarrar su fusil de plasma antes de que pudiera usarlo para dispararle, enzarzándose entonces ambos en un tira y afloja a vida o muerte.

—¡Alarma! —exclamó el patrullero activando la señal del traje. Una lucecita roja a la altura de su cuello, que advertiría al compañero de que algo iba mal y de cuál era su posición exacta, comenzó a parpadear.

—¡Maldita sea! —gruñó Gretch, que sabiendo que se le acababa el tiempo, soltó el fusil por el que peleaban mientras el patrullero seguían haciendo fuerza para atraerlo hacia sí. El impacto del arma golpeando contra su máscara consiguió que dejarle aturdido por un instante.

Debido a sus orígenes, ella conocía aquellos trajes espaciales dackharianos a la perfección, de modo que aprovechó el segundo del que disponía hasta que su enemigo reaccionara para golpear en el punto exacto donde su máscara se replegaba. En cuanto el rostro del soldado quedó expuesto, comenzó a ahogarse. Entre los gases que flotaban a su alrededor no se encontraba el oxígeno, y por tanto no pudo ni siguiera gritar.

Gretch le dio un puñetazo en la cara antes de que pudiera dispararle con el fusil que ahora estaba en su poder, o que intentara desplegar de nuevo la máscara, y le dejó inconsciente y a merced de la asfixia y las gélidas temperaturas.

Acabado el combate, jadeó de puro cansancio y se echó a un lado del hombre agonizante y se permitió tomarse un segundo para recuperar el aliento. Luego, de un tirón arrancó el dispositivo que emitía la luz roja y la señal de alarma del traje de su enemigo caído, y con él en las manos se incorporó y comenzó a trotar en dirección contraria a la Calicó.

Pretendía alejar al otro patrullero, que a esas alturas ya estaría tras la pista de su compañero, de la nave conduciéndole en dirección contraria a donde ésta se encontraba. Sin embargo, antes de que pudiera alejarse todo lo que le hubiera gustado, alguien surgido de entre el humo la interceptó, embistiéndola de la misma

forma en que ella lo hizo con su anterior contrincante.

—¡Uf! —resopló al chocar contra el suelo. Por suerte el traje amortiguaba bien los golpes, y la máscara de grafeno que le cubría la cara no podía romperse así como así... pero su cara sí podía hacerlo contra ella sin ninguna dificultad.

Mientras ella todavía trataba de recuperarse del duro golpe, el segundo patrullero, un tipo que incluso dentro de su traje lucía extremadamente musculoso, se plantó a su lado y la levantó en el aire agarrándola de la pechera del traje.

—¿Dónde está Czajkowski? —le preguntó zarandeándola con violencia.

Gretch miró de reojo al suelo, a unos dos metros de distancia, en concreto al lugar donde había caído el dispositivo de alarma del traje de Czajkowski cuando se le escapó de las manos tras el golpe. Por instinto, el que la sujetaba volvió la cabeza para mirar hacia allí también, y ella trató de sacar partido a la distracción activando los propulsores para escapar de su agarre.

Tan sólo lo consiguió a medias. En efecto, logró soltarse del soldado, que no fue capaz de reaccionar a tiempo ante aquella inesperada circunstancia. Sin embargo, cuando parecía que iba a escapar de él, éste consiguió aferrarla de una pierna, y sujeta de esa manera, con los propulsores empujando en dirección contraria, la hizo girar en el aire y terminó lanzándola contra el suelo, como si fuera un martillo olímpico.

—¡Ouch! —gimió Gretch mareada por el duro golpe. Trató de darse la vuelta para quedar boca arriba en el suelo y luego propulsarse lejos de allí, pero antes de conseguirlo el soldado llegó hasta ella, y sin ninguna delicadeza le clavó la bota en el estómago al tiempo que le apuntaba a la cabeza con su fusil de plasma.

—¿Dónde está Czajkowki? ¿Dónde está tu nave? —repitió todavía más enfadado que un momento antes.

Gretch sabía que era capaz de matarla si quería hacerlo, era un soldado dackhariano bajo las órdenes de Rosenstock y estaba entrenado para eso... no obstante, también sabía que no iba a hacerlo, no hasta que supiera lo que quería saber.

Tenía una forma de escapar de aquella situación tan comprometida, una que no le gustaba en absoluto, pero que parecía ser la única que le quedaba. No podría propulsarse antes de que él la desintegrara de un disparo, y su propia pistola de plasma había saltado de sus manos en algún momento de la trifulca y se había perdido entre la nube de ceniza que les rodeaba.

—¡Mi nombre es Gretchen Rosenstock! —exclamó haciendo de tripas corazón y volviendo transparente la parte delantera de su máscara para que el hombre pudiera verle la cara—. ¡Soy la sobrina del comandante Steffan Jakor Rosenstock!

Aquella declaración consiguió hacer dudar al patrullero, que en ese momento sin duda se fijó en su cabello del color del bronce, rasgo característico de la familia Rosenstock. Su padre, Goran, lo había tenido, su abuelo, Jakor el Grande, también, y desde luego su tío Steffan, cuando era más joven, no fue una excepción.

—¿Tú eres Gretchen Rosenstock? —exclamó sin creérselo del todo todavía.

—Soy Gretchen Rosenstock —confirmó ella asintiendo—. Mi padre era el

emperador Goran Jakor Rosenstock, mi madre la emperatriz Desdémona Spranger Zweig y mi tío es el comandante Steffan Jakor Rosenstock.

No quería que ese detalle se le olvidara al soldado por nada del mundo.

—Eso, aunque fuera cierto, no significa nada. ¡No eres una de los nuestros, de los auténticos dackharianos! —replicó con desprecio, aunque también liberando la presión de la bota sobre su estómago.

—Pero no puedes matarme —le señaló Gretch, que se frotó el vientre dolorida—. Podría ser cierto, y entonces estarías en un apuro considerable. Me parece que mi tío no lleva muy bien el que su propia gente mate a miembros de su familia, ¿no te parece?

El hombre valoró sus opciones durante unos segundos, si bien sabía que ella tenía razón y que no podía ponerle la mano encima. Las represalias podían ser enormes si el comandante Rosenstock se enteraba.

Sólo les quedaba una salida, y los dos sabían cuál era.

—En ese caso, iremos a ver al comandante —le espetó apartando el arma de su cara—. Veremos si tu historia es real, y en qué posición te deja eso... pero cuidado —añadió agachándose junto a ella y sacando una carga de fragmentación de su cinturón militar, carga que enganchó al traje espacial de Gretch antes de mostrarle el aparatito de control remoto que la hacía explotar—. Si intentas escaparte, no dudaré un segundo en hacerte saltar en pedazos, Gretchen Rosenstock, o cómo te llames. ¿Ha quedado claro?

—Como el agua que ya no tiene este planeta —confirmó ella antes de ponerse en pie, algo que sólo consiguió con cierta dificultad. Tanto golpe le había dejado la espalda molida.

—Camina, la nave está muy cerca —le ordenó el patrullero.

Emprendió la marcha rumbo a un destino más que incierto preguntándose a sí misma cómo se las apañaría para salir de aquello. Seguía teniendo tan poca intención de unirse a la rebelión de su tío como en los últimos años, y debido a su vínculo familiar, tal vez Steffan Rosenstock no le hiciera daño de buenas a primeras, pero tampoco iba a dejar que se marchara así como así... podía ser tan valiosa para su causa como el gobierno de Dackhara temía que lo fuera cuando pusieron precio a su cabeza.

Su único consuelo era pensar que tal vez le estuviera dando tiempo a Rob para hacer algún apaño con la Calicó y escapar con vida de la Tierra. Sin duda Marc y él no iban a tener tanta suerte si eran capturados también.

—Esto es una mala idea —repitió Rob por enésima vez en el cuarto de hora que llevaban sobrevolando la zona con la nave. Apenas se habían elevado del suelo unos pocos metros y se movían a velocidad muy lenta para no perderse detalle. Quien pilotaba, por supuesto, era el androide—. La nave en marcha es fácil de detectar.

—Si la han atrapado, dará igual —respondió Marc, que sentado en el asiento del copiloto no apartaba la vista del cristal de cabina, buscando entre el humo y las cenizas cualquier señal de Gretch. Ya había tenido tiempo de quitarse el traje espacial y volver a colocarse el uniforme que le habían prestado y la gabardina robada, y por tanto se sentía mucho más cómodo y digno que embutido en el traje espacial rosa—. Debí quedarme con ella... no sé de qué le habría servido, pero debí hacerlo.

—Gretch sabe cuidarse sola —replicó Rob, que no parecía estar demasiado preocupado, cosa que Marc no lograba explicarse—. No será la primera vez que se las tiene que ver con gente peligrosa.

—¡Pero estamos hablando de terroristas! —exclamó Marc—. Esos tipos tienen armas y una nave enorme flotando en el cielo. De verdad que no lo entiendo, no dejáis de repetir que en este planeta no queda nada de nada... entonces, ¿qué están haciendo aquí?

—No tengo ni la menor idea —admitió el androide sin ninguna vergüenza—. Este sistema planetario sólo está cerca de Nibiru, pero allí no hay nada que pueda interesarles, ni siquiera núcleos de población importantes contra los que atentar si pretenden cumplir su amenaza, por no decir que poco tiene que ver con Dackhara.

Marc sabía que Nibiru se había transformado en una colonia poco habitada con el paso de las décadas, tanto que hasta había renunciado a buena parte de su independencia para convertirse en un protectorado de Nueva Tierra. El planeta fue el primero en ser habitado por una humanidad que necesitaba abandonar Marte y expandirse por el cosmos. Su relativa cercanía, sumado al hecho de que fuera habitable sin necesidad de terraformación, lo convirtió en algo parecido a la verdadera nueva Tierra, y como nueva cuna de la humanidad, sirvió de base para las misiones que redundaron en la colonización de los otros seis planetas. Durante mucho tiempo fue considerado como el centro del sector, el planeta de paso donde todos los viajeros se detenían.

Pero con el paso del tiempo los motores de curvatura se hicieron más potentes, los viajes entre planetas dejaron de durar semanas para durar tan sólo días, y Nibiru comenzó a perder importancia en favor de Nueva Tierra, la segunda colonia más antigua. La carencia de recursos naturales destacables en el propio planeta llevó a que no pudiera estar a la altura de potencias como Solarian, Eternia o Dackhara, y la mayoría de sus habitantes emigraron a planetas más prósperos mucho tiempo atrás.

—Tampoco es que importe demasiado —opinó—. ¿Qué vamos a hacer si no la encontramos?

—Marcharnos —contestó Rob con contundencia—. Si la han atrapado, no podemos hacer nada. Intento que la nave la localice, pero con su comunicador apagado, a menos que active la alarma del traje es imposible conseguirlo sin delatarnos más de lo que ya lo hemos hecho. Al menos gracias a su chip sabemos que sigue viva.

Marc no quería ni pensar en cualquier otra posibilidad. Era culpa suya que los tres

hubieran acabado así. Si no se hubiera colado de polizón en su nave, ésta no habría acabado casi destrozada y jamás hubieran ido a la Tierra a que un loco intentara matarles.

—¡Ahí hay algo! —exclamó cuando, entre la nube de polvo, le pareció ver una figura marrón que desentonaba con el gris y negro predominantes en el paisaje—. ¡Sí! Parece...

—Un soldado —terminó el androide por él—. Un soldado muerto, para más señas. Creo que un patrullero, pero la experta en rangos y funciones del ejército imperial de Dackhara era Gretch.

Aquel soldado, fuera del rango que fuera, no podía estar vivo de ningún modo. La máscara de su traje espacial había sido abierta, dejando su rostro expuesto al gas tóxico y al frío helado de la Tierra, algo a lo que ni siquiera un dackhariano podría sobrevivir.

—¿Es uno de ellos? —quiso asegurarse Marc, que miró el cuerpo con aprensión. Aunque él había estado muerto, nunca había visto un cadáver de cerca, y estaba seguro de que sería más feliz si no se veía obligado a hacerlo jamás.

—Sí. Como digo, lleva el viejo traje espacial militar del ejército imperial de Dackhara —confirmó Rob—. Debe haber acabado con él Gretch, es la explicación más lógica, pero no se ve ni rastro de ella.

De repente, una lucecita azul claro comenzó a parpadear en el panel de mandos de la nave.

—¿Qué es eso? —preguntó Marc sobresaltado, temiendo que algo más hubiera fallado o que el enemigo les hubiera detectado.

—La señal de su traje —respondió el androide—. Gretch ha reactivado el comunicador.

—Entonces, ¿podemos hablar con ella? —inquirió esperanzado—. ¿Podemos localizarla?

—La señal del traje es mucho más potente que la del chip, tal vez ésta sí podamos localizarla —asintió Rob—. Y también podríamos hablar con ella desde tan lejos si no tuviéramos las comunicaciones averiadas... suponiendo que sea ella quien lo ha puesto en marcha, por supuesto.

—¿Qué quieres decir?

—Puede ser una trampa —se explicó—. Si la han atrapado, podrían estar esperando a que emitamos una señal para localizarla y dar con la nave.

La alegría de Marc se difuminó al instante tras aquella perturbadora revelación.

—Pero has dicho que podemos localizarla, ¿verdad? ¿Dónde se encuentra?

Rob se agachó sobre el panel de mandos y tocó unos cuantos botones, luego levantó la vista hacia la nube de humo negro que les cubría.

—Saliendo del planeta —respondió.

—¿Saliendo? —replicó Marc mirando también, como si fueran a verla volando sobre ellos en dirección al espacio exterior—. ¿Cómo va a salir, si no tiene nave?

—Es evidente: la han capturado —dijo el androide—. Deben estar subiéndola al «Leviatán».

—¿Y qué le va a pasar? —preguntó él, que sintió una congoja interna creciente por la suerte que pudiera correr Gretch en manos de esa gente. No sabía nada sobre Dackhara y sus habitantes, ignoraba por completo si respetarían que fuera de la familia del hombre que les dirigía o despreciarían aún más que, siendo precisamente de la familia, no hubiera estado allí con ellos desde el principio.

—No tengo ni idea —confesó Rob torciendo el gesto—. Pero repito: si la han capturado, no podemos hacer nada.

—Pero... ¡tenemos que hacer algo! —exclamó Marc volviéndose hacia él—. ¡No podemos dejar que se la lleven sin más!

—Aunque la nave estuviera en condiciones óptimas, no podemos plantar cara al «Leviatán», sus cazas escoltas y patrulleros —sentenció el androide—. Debemos rendirnos a los hechos, Marc, no podemos hacer nada.

—No, me niego a creer eso —dijo él agachando la cabeza.

—Un comportamiento muy humano —le concedió Rob casi con condescendencia—. Pero olvida el sentimentalismo por un momento y haz caso al androide y su lógica innegable, suerte tendremos si logramos escapar nosotros.

—No puedo creer que el mismo robot que se quejaba de que en mi época creyéramos que seríais unos seres sin alma y sin sentimientos esté diciendo eso —le reprochó Marc frunciéndole el ceño.

Marc no podía rendirse, hacerlo sería ir en contra de todos sus principios, y si bien tal vez sólo pensara eso porque no era del todo consciente del peligro al que podía acabar enfrentándose si decidía plantar cara a los dackharianos, su conciencia no le habría dejado vivir en paz de haber abandonado a la persona que él mismo había metido en semejante problema... no era su estilo dejar abandonado a nadie.

—Sólo me ciño a los hechos —se defendió el androide—. Somos dos en una chatarra contra un destructor espacial. Ni la mismísima Marla Shakey habría salido del hangar ante semejante perspectiva.

—Pues esta vez vamos a hacer caso al humano y, al igual que Marla Shakey, nos enfrentaremos a lo imposible —declaró lleno de convicción... convicción que se disolvió en gran medida cuando Rob le hizo la inevitable pregunta.

—¿Y cómo pretendes que hagamos eso?

—Piensa en algo, por ridículo que parezca, por pocas que sean las probabilidades de que funcione. Cualquier cosa es mejor que nada —le respondió él deteniéndose a pensar también... y entonces, como por arte de magia, se le ocurrió una idea tan disparatada que ningún androide se la habría planteado en serio jamás—. ¿Crees que los dackharianos ven cine de hace mil doscientos años?

—Lo dudo, la mayor parte de esas películas no las tienen ya ni coleccionistas —contestó—. Los actores de carne y hueso pasaron de moda hace mucho tiempo. Por lo que se dice, eran muy caros... ¿qué has pensado?

—Algo que, con toda probabilidad, nos va a acabar matando —afirmó—. Da la vuelta a la nave, tenemos que recoger algo de la superficie... y vamos a necesitar a Juggernaut.

Gretch estaba del todo convencida de que la nave de reconocimiento en la que viajaba con el patrullero que la capturó la trasladaría directamente al «Leviatán», de modo que se sorprendió mucho cuando, en lugar de elevarse para salir del planeta, se limitaron a sobrevolarlo a unos pocos kilómetros de altura en dirección desconocida. Sabedora que su suerte pendía de un hilo, prefirió no preguntarle a dónde se dirigían en realidad. Aquel hombre seguía resentido con ella por lo que le pudiera haber hecho a su compañero, y si algo le molestaba todavía más que eso era no poder interrogarla por ser ella quien era.

La nave se acercó a lo que a Gretch le pareció a primera vista una montaña de cenizas, pero cuando la sobrepasaron, advirtió ésta que no era una formación natural, sino que se trataba del lugar donde un operativo de excavaciones había amontonado toda la ceniza que cubría una superficie de tierra amarillenta. Varias máquinas todavía apartaban escombros de la zona, y una perforadora picaba en la piedra en pleno centro de la excavación.

Sin poder dejar de preguntarse qué diablos podían estar haciendo ahí, el piloto tomó tierra y la sacó de la nave a empujones. Por lo menos diez operarios trabajaban allí dirigiendo y controlando la maquinaria, y unos veinte soldados custodiaban la zona desde los cuatro puntos cardinales. De no ser porque una nube de humo cubría las capas más altas del cielo, estaba segura de que podría ver el destructor de su tío sobrevolando la estratosfera en ese mismo punto.

El patrullero que la custodiaba la llevó hasta un grupo de tres personas, que debían ser los capataces, a juzgar por sus trajes espaciales más elaborados y vistosos que los de los simples operarios. De hecho, el de uno de ellos era inusualmente llamativo por lo que se ajustaba al cuerpo de quien lo vestía, una mujer, además de ser blanco y negro, colores que no eran los propios del ejército dackhariano.

—Primera Smeith —saludó el patrullero cuadrándose ante los tres. Los dos capataces hicieron una leve reverencia hacia la mujer y se retiraron de manera inmediata cuando ésta los despidió con un vago gesto de su mano, luego ella se volvió hacia Gretch y su captor y les dedicó una mirada inquisitiva.

Era una mujer alta, de cara larga, pelo plateado brillante y gesto poco amistoso. El visor y los refuerzos delataba que aquel traje espacial era en realidad un avanzado traje de combate, prueba más que suficiente de que no se trataba de una don nadie. El patrullero la había llamado «primera», forma con la que denominaba al primer oficial de una nave de guerra en el ejército dackhariano.

—¿Qué ocurre? ¿Quién es ésta? —preguntó con un tono formal, pero que al mismo tiempo dejaba entrever su disgusto.

—No es de los nuestros, primera, debió venir en la nave que perseguíamos —informó él—. La capturé, pero he perdido a Czajkowi.

—¡No tenías que capturarla, tenías que matarla! —le reprendió—. ¿Y la nave?

—No lo sé, primera.

La máquina perforadora acabó de picar el suelo y retrocedió para dejar que las excavadoras apartaran la piedra y sacaran a la luz lo que parecía la entrada a algún tipo de bunker primitivo.

—¡Primera Smeith, lo hemos encontrado! —llamó la atención de la mujer uno de los capataces, y ella se volvió hacia la excavación durante un segundo antes de lanzarle a Gretch una nueva mirada evaluadora.

—Si hubieran enviado alguna transmisión, lo sabríamos. Estamos a salvo de ser descubiertos por el momento, pero quiero que la torturéis hasta que confiese el paradero del patrullero perdido, dónde se encuentra la nave en la que llegó y cuánta gente viaja con ella —ordenó.

—Pero primera... dice llamarse Gretchen Rosenstock —replicó él titubeante—. Por ese motivo no quise interrogarla *in situ*.

—¿Gretchen Rosenstock? —repitió la mujer mirándola con un repentino nuevo interés.

—A su servicio —dijo Gretch desafiante—. Bueno, en realidad no.

—Debería desintegrarte la cabeza por tu descaro —replicó ella con un gesto hosco—. Pero ese pelo... ¿podrías ser de verdad la sobrina perdida del comandante? Y si ése es el caso, ¿qué haces en la Tierra?

—Mi nave se averió —respondió—. Créeme, éste es el último lugar al que quería venir, y menos aún si hubiera sabido que estabais vosotros aquí.

—Ahora no tengo tiempo para esto —gruñó Smeith volviéndose de nuevo hacia la excavación—. Que la lleven con el comandante, que él decida si es quien dice ser o no, y qué hacer con ella.

—A sus órdenes —exclamó el patrullero agarrando a Gretch de un brazo y tirando de ella de vuelta a la nave.

Cuando la ató de nuevo al asiento trasero, vio a través del cristal de cabina cómo un hombre con un enorme proyector de láser comenzaba a agujerear la entrada del búnker bajo la estricta supervisión de Smeith. Sin embargo, antes de que lograra terminar de hacerlo la nave se elevó, y enseguida se alejaron lo bastante de la superficie como para el humo lo envolviera todo.

Todavía preguntándose qué podían estar tramando en la superficie, atravesaron la capa de humo y regresaron al espacio, con su fondo negro y sus estrellas brillando a años luz de distancia... ¿acaso existía imagen más hermosa en el universo? Para Gretch, desde luego que no, y por eso se quedó observándola, pensando que cuando llegara al «Leviatán» cabía la posibilidad de que no volviera a hacerlo jamás. Ignoraba por completo cómo iba a recibirla su tío después de tantos años.

De una pequeña figura en el firmamento, con forma sólo vagamente semejante a

una tortuga, su destino fue creciendo en tamaño conforme se acercaron, hasta convertirse en un mastodóntico destructor espacial a cuyo lado la Calicó parecía una nave de juguete. Una compuerta doble se abrió en uno de los hangares permitiéndoles pasar al interior, donde una segunda compuerta, que sólo se abrió cuando la primera volvió a cerrarse y la sala se llenó de aire de nuevo, les dio paso al corazón del hangar.

A sus pies, decenas de laboriosos soldados daban vueltas entre los cazas de combate como hormiguitas absortas en sus labores, pero todos, sin excepción, se volvieron hacia ella y su captor cuando, una vez atracada la nave, éste la llevó hacia la entrada al núcleo del destructor, y también cuando le quitó la máscara del traje, que ya no necesitaba allí.

—¿Quién es ésa? —le preguntó un soldado en la puerta, uno que a Gretch no le costó reconocer como un androide.

—Adalia Smeith me ordena llevarla frente al comandante —replicó el patrullero dándose importancia.

Al escuchar su nombre completo, Gretch cayó en la cuenta de por qué le sonaba esa mujer. Adalia era la hija del Gran Comandante Bonhart Tadeus Smeith, actual jefe de estado de Dackhara y algo así como la némesis de Steffan Jakor Rosenstock.

Que la propia hija del jefe de estado del planeta fuera una importante partidaria del movimiento rebelde debía ser todo un puñal clavado en la espalda del gobierno dackhariano, por tanto, no era de extrañar que su tío se hubiera encargado de que ocupara un rango destacado entre su gente.

El soldado les flanqueó el paso, y tras atravesar el largo pasillo que les llevó al interior de la nave, caminaron hacia los trenes deslizantes que permitían a los ocupantes del destructor recorrer sus dos kilómetros de longitud en tan sólo unos segundos.

Le sorprendió un poco que metieran a una prisionera en un vehículo interno de la nave que utilizaba todo el personal, militar en su mayor parte, pero también era cierto que ella no era una prisionera al uso. Ni siquiera se habían atrevido a esposarla.

Cuando salieron por fin del tren, caminaron por un pasillo que les condujo hasta el mismísimo puente de mando... uno tan amplio y elegante que en comparación el de su propia nave parecía tan sólo un armario estrecho.

Presidido por un amplio ventanal rectangular de seis metros de altura, desde el que podía verse el planeta Tierra en todo su terrible esplendor, el puente de mando sin duda necesitaba de los por lo menos diez tripulantes que atendían todos los sistemas, y que en ese momento se encontraban demasiado atareados como para prestar atención a su llegada. Quien no lo estaba era el hombre sentado en un asiento flotante que miraba hacia el ventanal... un hombre que traía a Gretch no pocos recuerdos.

—¿Qué ocurre? —preguntó girando el asiento y acercándose flotando en el aire hacia ellos. Al hacerlo, el patrullero apoyó una rodilla en el suelo en señal de respeto —. ¿Quién es ésta?

—Mi comandante, encontré a esta mujer en la superficie del planeta —le explicó su captor agachando la cabeza—. Vino en la nave que entró en el sistema y que hemos estado buscando, pero no ha querido decirnos nada y... afirma que su nombre es Gretchen Rosenstock.

Al escuchar ese nombre, el excomandante bajó del asiento flotante y se aproximó hacia Gretch con pasos lentos. Ella no estaba muy segura todavía de si quería ser reconocida por él o no; recordaba a su tío sólo como el hombre que siempre se hallaba al lado de su padre, pero que al igual que él, parecía demasiado ocupado en cuestiones planetarias como para prestarle atención fuera de los actos oficiales donde se precisaba que acudiera toda la familia.

Sin embargo, sí que recordaba a la perfección aquel puente de mando. Había estado allí antes, en su antigua vida, cuando todavía era una niña pequeña e iban a botar el destructor, y recordaba también lo que su tío le había dicho en esa ocasión.

—Algún día tú capitanearás esta nave —le aseguró henchido de orgullo—. El «Leviatán» es el mayor destructor espacial jamás construido, y cuando seas la emperatriz de Dackhara, será tu buque insignia, como ahora lo es de tu padre.

Sólo era una niña entonces, y aquellas palabras le impresionaron mucho. Además, como obsequio de cumpleaños alguien le había regalado una maqueta del propio destructor, y se recordaba haciéndolo volar en los pasillos del palacio de Venhart con la ilusión de que algún día dirigiría el real y recorrería con él toda la galaxia.

—¿Gretchen Rosenstock? —repitió el comandante parándose frente a ella y observándola con detenimiento, cosa que Gretch imitó.

Su tío había envejecido de manera visible en los últimos veinte años, sin duda producto de la mala vida del fugitivo... ella la conocía muy bien.

—Hola, tío Steffan —contestó con resignación.

El anciano abrió mucho los ojos, como si no se lo pudiera creer. Ni la tripulación ni el patrullero pudieron disimular más tiempo, y comenzaron a lanzarles miradas de reojo a ambos.

—¿De verdad eres tú? —exclamó atónito—. Sí, tienes que ser tú. Ese pelo igual que tu padre, los ojos de tu madre... la misma expresión que ella. Ha pasado mucho tiempo.

—Mucho —afirmó Gretch—. Aunque no puedo decir que me alegre de volver a verte.

Steffan Rosenstock torció el gesto ante ese comentario.

—¿Acaso me guardas rencor por haber huido sin ti cuando tu padre fue traicionado? —aventuró—. No tuve la oportunidad de protegeros a ti y a tu madre, créeme, de lo contrario ésa habría sido mi prioridad... sin embargo, además de la familia también existe el deber, y por lo tanto ahora necesito que me digas dónde está la nave que te trajo hasta aquí.

—No te guardo rencor, no habría querido esta vida para mí —le espetó Gretch—. Y no voy a decir dónde está mi nave ni quién va en ella.

—Comandante, la nave no podrá escapar del sistema, tenemos cazas rodeando todo el planeta —intervino el patrullero.

—Bien, bien... puedes retirarte, ella no es una amenaza, es de la familia —le dijo, a lo que él se incorporó, saludó agachando la cabeza, giró sobre sí mismo y se marchó por donde había venido a paso ligero—. ¿No habrías querido esta vida, dices? ¿Y qué vida es entonces la que querrías haber llevado? Aquí habrías sido una reina, la emperatriz que esos títeres de Nueva Tierra te negaron ser. Dime, ¿qué has hecho estos veinte años, Gretch?

Al llamarla de aquella manera, recordó que fue él la primera persona en utilizar esa abreviatura de su nombre con ella... y ese tipo de recuerdos emergiendo de manera tan inoportuna sólo sirvieron para confundirla.

—Yo... —logró balbucear.

—¿Por qué no lo averiguamos? ¡Teniente, datos! —ordenó, y unos segundos más tarde se proyectó en el aire, en pleno centro del puente de mando, una imagen holográfica de ella misma, con su expediente policial escrito al lado—. ¡Vaya! Condenada por contrabando de agua y fuga. Sin residencia conocida y sin nada a tu nombre, salvo un carguero ilegal robado y también modificado de manera ilegal. ¿Te parece eso propio de una emperatriz?

—¿Y qué hay de ti? —replicó ella sintiéndose humillada—. Tienes exactamente lo mismo que yo, sólo que tu nave es más grande, a juego con tu lista de crímenes.

—¿Crímenes? —exclamó Rosenstock apretando los dientes con rabia—. ¡Tú menos que nadie debería considerarlos así! ¡No son crímenes, son justicia!

—¿Justicia es matar a gente inocente? —le espetó ella—. ¿Justicia es enviar amenazas a través de la Telaraña y conseguir que el gobierno de Dackhara decida poner precio a mi cabeza? ¿Justicia es lo que les has hecho a los científicos de la base de Marte?

—¡Sí! ¡Justicia! —bramó—. No eras una niña pequeña que haya podido olvidar lo que pasó, Gretch, tenías quince años, eras casi una mujer y lo recuerdas muy bien. No negaré que mi hermano no era lo que se dice del tipo paternal, y no pretendo que sientas pena por él, menos cuando han pasado veinte años, pero ¿acaso fue justa la muerte de tu madre cuando atacaron la nave en la que os dirigíais al exilio? ¿Tuvieron algo de justas las ejecuciones sumarias a simpatizantes de tu padre cuando los traidores tomaron el poder? ¿Tiene algo de justo que los que lucharon por su causa ahora se estén pudriendo en campos de concentración?

Gretch se humedeció los labios para ganar tiempo antes de responder a esas cuestiones. Sabía que las ejecuciones sumarias y los campos de concentración no eran más que una forma de continuismo de las políticas de su padre... sin embargo, jamás podría olvidar el momento en que, encerrada en una cápsula de salvamento, sola y rumbo a lo desconocido, vio cómo la nave en la que viajaba su madre explotaba.

Por suerte, no se vio obligada a contestar las polémicas preguntas que le planteaba su tío porque de improviso Adalia Smeith apareció por la compuerta del

puente de mando. Sin el traje espacial encima, vestía un sencillo uniforme negro con placas metálicas en las articulaciones.

Tras ella caminaban cuatro soldados flanqueando a un quinto hombre que, ataviado con un traje de aislamiento militar, portaba en sus manos un pequeño cilindro de cristal con un líquido transparente dentro.

—Comandante, lo hemos encontrado —anunció Adalia con satisfacción, aunque esa mueca se borró de su cara al ver a Gretch allí—. ¿Qué es esto? ¿Por qué no hay un soldado custodiando a la prisionera?

—Adalia, te presento a Gretchen Rosenstock, hija de Goran Jakor Rosenstock y mi sobrina —informó el anciano.

—De modo que es ella de verdad —dijo Adalia mirándola con interés durante tan sólo un segundo, pero Gretch sólo tenía ojos para aquel líquido que portaba el quinto hombre, el cuál creía haber identificado—. Comandante, lo hemos extraído todo, como ordenó, ésta es únicamente una muestra que hemos descongelado y traído para que observe...

—¿Estáis locos? —exclamó Gretch horrorizada, ya completamente segura de qué era aquel líquido—. ¿Es que queréis morir todos?

—¡Ah! Veo que has reconocido a nuestro pequeño amigo —sonrió Steffan acercándose para agarrar el cilindro con sus propias manos desnudas—. Sí, Gretch, son muestras congeladas del Segador, el virus que los grises utilizaron para arrasar la Tierra. ¿Estaban en el lugar?

—Sí, comandante —respondió el hombre del traje de aislamiento—. Las hallamos en el lugar exacto donde se suponía que debían estar. Creemos que aquel bunker subterráneo las guardaba para buscar una cura cuando aún había esperanzas de conseguirla antes de que la pandemia se extendiera. Se encontraba bajo metros de piedra volcánica y ceniza.

—Perfecto, perfecto... todo marcha según lo previsto —afirmó el comandante satisfecho.

—¿Es que estáis todos locos? ¡Ese virus es mortal! —clamó Gretch—. ¿Qué es lo que pretendes? ¿Arrasar Dackhara con eso? ¡Lo único que vas a conseguir es matar a toda la gente de esta nave!

—No seas estúpida, niña, jamás pondría en peligro a mis hombres sin necesidad —replicó Steffan volviéndose hacia ella—. Este virus fue genéticamente diseñado para matar de manera específica humanos vulgares, y nosotros, los dackharianos, nos sometimos a una segunda eugenesia siglos atrás que, entre otras cosas que nos ponen por encima del humano medio, al parecer nos ha hecho inmunes a él.

—¿Entonces de qué te vale? —preguntó todavía reticente a permanecer demasiado cerca del cilindro—. Si no puedes atacar Dackhara con él...

—¿Atacar Dackhara? —repitió Steffan mostrando media sonrisa—. No tengo intención de atacar Dackhara, Gretch. ¿Por qué iba a querer arrasar mi propio planeta?

—Nueva Tierra —dedujo ella con facilidad—. ¡Por el gran Dackhar! ¿Pretendes liberar el virus en el planeta? ¡Morirán millones de inocentes!

—Miles de millones —corrigió Adalia—. Todo el planeta, en realidad.

—Es el precio de la traición —aseveró el excomandante.

—Estás loco... —murmuró Gretch sin poder creer el genocidio que planeaba realizar su tío—. Siempre oí decir que mi padre estaba loco, que sus ansias de poder le habían vuelto un desequilibrado, pero si liberas ese virus tú serás mucho peor que él.

—¡Tu padre era el dackhariano más digno que ha existido desde el gran Dackhar y Jakor el Grande! —bufó él enfadado—. Cuando este virus arrase Nueva Tierra, el orden de las cosas se restaurará, la visión de Goran Jakor Rosenstock se cumplirá... y tú serás parte de ello.

—¿Yo? —replicó Gretch señalándose a sí misma con incredulidad—. Si crees que voy a colaborar de algún modo con esta locura...

—Tú eres Gretchen Rosenstock, la legítima heredera de Goran Jakor Rosenstock. ¿Acaso lo has olvidado? —le recordó—. Ocuparás el trono de tu padre cuando lo haya recuperado para ti, reclamarás el nombre de tu abuelo Jakor el Grande en el tuyo, como hicimos tu padre y yo, y gobernarás Dackhara.

—¡No pienso hacer nada de eso! —contestó Gretch, que ya había superado los traumas que podían tentarla a aceptar la oferta mucho tiempo atrás, gracias precisamente a un disidente del régimen de su padre. No quería despertar en ella esos sentimientos de nuevo—. ¡Me niego a tener que ver nada contigo, igual que no quise tenerlo hace años!

—Cambiarás de opinión... en nombre de la memoria de tu padre, te lo prometo —afirmó Steffan con solemnidad al tiempo que le devolvía el cilindro al hombre del traje de aislamiento—. Soldados, escolten a mi sobrina a un camarote de acuerdo a su alcurnia y asegúrense de que se queda allí.

—Sí, mi comandante —respondieron los otros cuatro.

Gretch trató de resistirse, pero eran más fuertes que ella y, de todas formas, sabía que no encontraría la forma de escapar de aquel destructor por sus propios medios aunque lograra soltarse. Cuando la tuvieron inmovilizada por fin, la sacaron del puente de mando bajo la atenta mirada de su tío.

—¿Qué es eso de que ocupará el trono de su padre? —inquirió Adalia molesta después de que los soldados se hubieron retirado.

—Ella es la legítima heredera —le explicó el comandante.

—Esto no entraba en nuestros planes...

—No, pero los mejora, y no sabes hasta qué punto —replicó él—. Cuando Nueva Tierra no esté, los dackharianos fieles se sublevarán con nosotros. Hasta ahora no teníamos, sin embargo, garantía alguna de que lo hicieran en número suficiente

elevado para derrocar a los títeres que usurpan el gobierno... pero con Gretchen todo cambia. Ella es la hija de Goran. Con ella al frente, la sublevación será todavía mayor.

—No dudo de que sea así, comandante, pero si la nombraran emperatriz de Dackhara...

—¿Qué sabe de gobierno una vulgar contrabandista? Ella sólo será la cara que vea el pueblo, el gobierno lo ejerceré yo *de facto* en su nombre. Ningún plan al respecto se modificará por eso —le aseguró Steffan.

—Aun así, no parece muy dispuesta a colaborar —observó Adalia.

—Lo estará, cuando llegue el momento lo estará —dijo sentándose de nuevo en su asiento flotante y volviendo la vista hacia la cristalera—. Que los equipos de tierra comiencen a replegarse, nos vamos de este planeta en cuanto demos con la nave de mi sobrina y nos encarguemos de sus ocupantes. Ya hemos estado aquí demasiado tiempo.

—Este plan es demasiado estúpido para que funcione —protestó Rob desde el cuerpo de Juggernaut, cuerpo que había ocupado por indicación de Marc, como parte imprescindible de su plan—. No lo veo, sencillamente no lo veo...

—Que sí, ya verás —insistió Marc desde el traje del soldado dackhariano muerto. Sacar el cuerpo del hombre había sido una experiencia de lo más desagradable, pero necesaria si quería que su camuflaje resultara—. ¡Hasta ella es una princesa! Es casi como una señal del destino.

—Te repito que, por muchas similitudes que haya, no tiene por qué funcionar como en la película esa de las galaxias —insistió el androide, que en aquel cuerpo se veía mucho más intimidante. Media casi tres metros, por lo que apenas cabía en el puente de mando, y sus puños eran del tamaño de la cabeza de Marc... no era peludo, pero valdría igual.

—No seas cenizo. Venga, vamos a ello —dijo después de sentarse en el asiento del piloto, dispuesto a hacerse con el mando de la nave—. Eh... ¿cómo se maneja esto?

Andrea Audréanne, oficial de seguridad del «Leviatán», dejó la taza en el posavasos y se precipitó sobre el panel de control cuando recibió la señal de los patrulleros. A través del monitor que tenía frente a ella, vio que escoltaban una nave de carga con el blindaje plagado de agujeros y marcas de quemaduras provocados sin duda por disparos de plasma, y le pareció casi milagroso que el vehículo pudiera seguir volando estando al borde del colapso.

—Centro de control a carguero desconocido, identifíquese —exigió a través del comunicador. Luca Pirmin, su segundo, se aproximó hasta su puesto movido por la

curiosidad.

Tan sólo recibieron por respuesta unas interferencias. Una voz, sin duda masculina, intentaba responder, pero era imposible entenderle.

—Patrullero treinta y cuatro a Centro de control, hemos verificado que el carguero tiene las comunicaciones dañadas —comunicó una de las naves que le escoltaba.

—En ese estado, no me extraña —opinó Luca.

—Patrullero treinta y cinco a Centro de control, logramos identificar el traje espacial reglamentario del piloto. Creemos que podría ser el soldado Czajkowski quien está a los mandos.

—Eso tendría sentido —analizó Luca—. Su compañero volvió con la nave de ambos, si ha encontrado el carguero intruso, podría estar utilizándolo para regresar.

—No me fío, haz un escáner de su interior —le ordenó Andrea, que luego se dirigió a los patrulleros—. Centro de control a Patrulleros treinta y cuatro y treinta y cinco, que el carguero se aproxime hasta zona de escaneo para ser sometido a examen.

No tardó ni un minuto en estar en posición para que los potentes sensores de la nave verificasen las conjeturas que se habían formado al respecto. Los resultados tampoco se hicieron esperar.

—Hemos detectado un androide operativo en la bodega de carga y el traje de Czajkowski sobre una forma de vida orgánica no identificable por carecer de chip en el puente de mando, como dijeron los patrulleros —informó Luca.

Andrea se rascó la barbilla pensativa. Según la circular de seguridad que le había llegado cuando identificaron a la prisionera como Gretchen Rosenstock, ésta solía viajar acompañada por un androide, que sólo podía ser el que se encontraba en la bodega. Czajkowski, como todos los dackharianos fieles, se había extirpado el chip cerebral como símbolo de su desvinculación con el gobierno de Dackhara... todo encajaba.

—De acuerdo, ábreles paso al hangar siete —ordenó a Luca—. Envía un comunicado a Adalia Smeith informando de que podemos marcharnos del planeta.

—¿Ves, androide de poca fe? Ha funcionado —exclamó Marc con satisfacción mientras la Calicó penetraba en el hangar del destructor. Rob, pese a encontrarse en la bodega de carga, seguía controlando la nave desde allí para que ésta no acabara estrellándose por culpa de las escasas habilidades de Marc en lo que a conducción de vehículos espaciales se refiere, y realizó un aterrizaje perfecto entre las naves patrulleras y los cazas que descansaban en su superficie.

—No puedo entender por qué, pero todo apunta a que sí —admitió el androide utilizando el sistema de comunicación interno de la nave—. ¿Cuál es el siguiente paso?

—Cuando estemos fuera y ya nadie vigile la nave, debes activar tus otros cuerpos y arreglar de una vez por todas ese dichoso motor de antimateria para que podamos huir de aquí... de lo contrario, esto no habrá servido de nada —le explicó.

—Generar una red que me permita mantener el control simultáneo de todos y al mismo tiempo tenerlos comunicados gasta mucha energía, y más desde este cuerpo —advirtió Rob—. No tenemos demasiado tiempo.

—Lo que no tenemos es más opciones —repuso Marc, que agarró el fusil de plasma que perteneció al soldado muerto para completar su disfraz—. Abre la bodega de carga... y que la fuerza esté con nosotros, o como se diga.

Cuando salieron por fin, el rostro de Marc iba cubierto por la máscara del traje espacial dackhariano, y apuntaba con el fusil de plasma hacia la espalda del gigantesco androide que ocupaba Rob. En el hangar les esperaban cuatro soldados también armados con fusiles, además un oficial que tan sólo mostraba una pistola de plasma en el cinto. Los cinco retrocedieron un paso cuando Rob se plantó frente a ellos, les miró con ese rostro robótico que desprendía ira por los cuatro costados y gruñó como un animal a punto de lanzarse al ataque.

—¡Por el gran Dackhar! —exclamó el oficial tratando por todos los medios de mantener la compostura delante de sus hombres.

—¡Muévete, vamos! —le exigió Marc al androide azuzándole con el fusil—. No querrás que te incruste un proyectil iónico, ¿verdad? Lo siento, señor, no encontré el botón para desconectarlo.

—¿El botón para desconectarlo? —replicó el oficial, que apartó la mirada de Rob por un instante y la dirigió hacia él. El androide resopló, y Marc reparó enseguida en que había metido la pata diciendo eso... ¿por qué iban a tener los androides un botón de apagado al alcance de cualquiera? No tenía ninguna lógica.

—Era una broma, señor, lo siento —se disculpó—. Permiso para meterlo en una celda.

—Permiso concedido —accedió el oficial, a quien la presencia de Rob tan cerca de él todavía le provocaba cierta aprensión—. Tres hombres más le escoltarán... por precaución.

—Oh... eh... no será necesario, señor. Este montón de chatarra ya sabe lo que le puede pasar si intenta cualquier cosa —improvisó, y para hacer más hincapié en ello, volvió a azuzar al enorme androide con la punta del fusil—. ¿Verdad, hojalata con patas?

—Muy bien, como quieras —concedió el oficial lanzándole una mirada dubitativa—. Aislaremos la nave hasta que el comandante decida qué hacer con ella. Adelante soldado.

—Sí, señor —exclamó Marc, que se apresuró a comenzar a caminar lo más rápido posible, pero sin llamar demasiado la atención, hacia la salida del hangar.

Aquél se le antojó mucho más grande que el del Horizonte de sucesos, el único otro hangar de naves espaciales que había visto en su vida, aunque la utilidad bélica

de éstas era mucho más evidente en el del destructor.

—Montón de chatarra... ¿te he dicho que estar en este cuerpo me pone de muy mal humor? —gruñó Rob cuando se hubieron alejado lo suficiente de los soldados como para no ser oídos—. ¿Y qué es eso de «hojalata con patas»? ¿Por qué utilizas insultos de los años veinte?

—Tú céntrate en lo tuyo, ¿vale? —le pidió Marc apretando los dientes con nerviosismo—. ¿Te falta mucho?

—Son androides militares, no es sencillo hackearlos, necesito entrar en contacto con uno para colarme en su red interna —respondió—. Pero, aunque pueda tomar el control de todos los del destructor, éstos sólo son un pequeño porcentaje del total de la tripulación... los androides somos pacíficos por naturaleza.

—Vaya, buen momento para comentármelo, ¿no te parece? —protestó Marc, que cada vez tenía menos claro cuánto iba a durar su intento de rescate.

Pese a su intención de no llamar la atención, soldados, pilotos y técnicos del hangar se les quedaban mirando cuando pasaban junto a ellos, y sólo podía esperar que fuera la enormidad del androide lo que les provocara curiosidad, no alguna sospecha que pudiera delatarles.

—Identificación, por favor —le solicitó en la puerta de salida un hombre con rostro serio vestido con un uniforme naranja oscuro.

—Identificación, sí... —murmuró Marc, que desconocía por completo el nombre del soldado cuyo traje vestía—. Eh... tengo un poco de prisa, ¿sabe? Este androide es muy peligroso y violento cuando se enfada, es mejor meterle en una jaula cuanto antes, ¿no podemos saltarnos el papeleo?

El hombre parpadeó confundido un par de veces, y Marc sintió como una gota de sudor comenzaba a caerle por la frente.

—Esto es muy irregular... —dijo frunciendo el ceño—. Me temo que tendré que informar...

—¡Es un androide, cógelo! —advirtió a Rob tras recordar haber escuchado previamente esa frase en boca, por decir algo, de una carretilla.

Antes de que el androide enemigo pudiera reaccionar, la mole de hierro que era Rob se abalanzó contra él y le agarró con una mano enorme, pero no con la intención de hacerle daño, sino de conectarse con su cerebro electrónico.

No obstante, la agresión no pasó desapercibida entre la gente del hangar, y algunos soldados se acercaron armas en mano dispuestos a ponerle fin por las malas.

—¡Maldita sea! —murmuró Marc al ver que la cosa se ponía fea—. Eh... ¡Robot malo! ¡Detente, no me obligues a dispararte!

Rob obedeció a regañadientes y soltó a su presa. Tras quedar libre de semejante mole sobre su cuerpo, a nadie le extrañó que sus primeros movimientos del androide fueran lentos y torpes, y no fueron capaces de identificarlo como el síntoma de que un ente exterior estaba tomando el mando.

—Ya está todo controlado —aseguró a la multitud—. Un prisionero rebelde, será

mejor que lo encierre antes de que el comandante se enfade, ¿eh?

—Deja de hacer el idiota —le murmuró el androide pequeño, ya bajo el control de Rob—. Identificación correcta, pueden pasar —añadió haciéndose a un lado y pulsando el botón en la pared. Éste levantó la compuerta y les proporcionó una entrada al interior del destructor por fin.

—¿Androide malo? Esto es más humillante que la ciencia ficción de tu época —le espetó otro androide con el que se cruzaron por el pasillo.

—¿Ya los tienes a todos? —pregunto Marc esperanzado.

—A casi todos. Una vez dentro de uno, es fácil invadir a los demás. Todos se conectan a la misma red militar —le explicó desde Juggernaut—. También he empezado a reparar la nave, los soldados ni siquiera han entrado a inspeccionarla... los vuestros confiáis demasiado en los escáneres, pese a tener dos órganos visuales limitados, pero eficaces.

—¡Genial! Entonces ahora tienes que buscar el lugar donde están las celdas, tenemos que encontrar a Gretch cuanto antes —le indicó—. Y luego tendrás que sacarnos, claro.

—Parece que tengo que hacerlo yo todo, no veo cuál es tu papel en todo esto —protestó.

—Haz lo que te digo, ¿vale? —insistió Marc—. Luego, cuando hayamos salido de aquí, discutiremos sobre quién se lleva el mérito.

—O las culpas, si sale mal —añadió él—. Ya he descubierto dónde están las celdas gracias a un androide de seguridad, vamos a los ascensores.

A Marc le sorprendió que siguieran existiendo los ascensores tal y como los conocía de su época, pero tampoco se le ocurría ningún otro medio para subir a diferentes plantas de un edificio, o una nave espacial enorme, además de volando. Por tanto, tenía sentido que todavía estuvieran allí después de doce siglos.

Cuando la puerta del que habían llamado se abrió, se encontró con un soldado de piel oscura que abrió mucho los ojos por la sorpresa al encontrarse con él.

—¿Czajkowki? ¿Eres tú? —le preguntó—. Dicen que has vuelto con la nave de esa loca, que ahora resulta que es la sobrina del comandante. ¿Qué te pasó en tierra?

—Yo... eh... —balbuceó Marc, que no se había preparado nada para una situación como ésa.

Por suerte, Rob tuvo iniciativa y, con un tremendo guantazo de su gigantesca mano metálica, lanzó al soldado contra el fondo del ascensor, donde cayó inconsciente por el golpe.

—Subamos —dijo acto seguido dando un paso dentro.

Marc temía haber llamado la atención de alguien, pero en aquel pasillo no había nadie que pudiera haberles visto, así que, por el momento, seguían a salvo.

A Fredrik Gerhard no le caía bien Zula MM-12, su compañera androide en el

puesto de guardia. Eran tan rematadamente perfeccionista e irritante que le parecía imposible que alguien pudiera no odiarla... o al menos así trataba de justificar Fredrik su propia ineptitud, que le había llevado de su puesto como oficial ganado por enchufe a ser un vulgar vigilante.

Su mezquindad sin límites hizo que unos meses atrás comenzara a espiarla con la esperanza de encontrar algo, fuera verdadero o falso, que la delatara como una espía. Nada odiaba más el comandante que los espías, y si lograba encontrar uno, sin duda le recompensaría con su antiguo puesto, aunque le decepcionaría no poder ejecutarla lanzándola al vacío, como gustaba de hacer con gente de esa calaña.

Quiso la casualidad que aquel día, mientras vigilaba sus actividades en la computadora del puesto de control, la sorprendiera con un mapa del «Leviatán» buscando las celdas de los prisioneros, que como sabía de sobra se encontraban a su propia espalda.

—¿Qué hacías? —le preguntó él cuando apagó la consola y se levantó de la silla—. ¿Qué estabas buscando? ¿Los planos de la nave? ¿Tal vez para vendérselos a alguien?

Zula al principio le miró confundida, casi como si no le conociera, y cuando parecía que le iba a contestar, la puerta del ascensor se abrió y ambos volvieron la vista hacia ella. Un soldado, vestido con un traje espacial y armado con un fusil de plasma, salió de él encañonando a un enorme androide marrón de casi tres metros de altura.

—¿Qué diantres es eso? —exclamó Fredrik al ver aquel mastodonte robótico.

—Es un prisionero que traemos a las celdas... he recibido orden de encerrarlo junto a Gretchen Rosenstock —recitó el soldado, que por algún motivo parecía estar nervioso.

—¿Encerrarlo con la sobrina del comandante? —replicó Fredrik entrecerrando los ojos—. ¿Qué tontería es ésta? Ella no está...

Entonces advirtió de la presencia de un cuerpo inconsciente del ascensor...

Abriendo mucho la boca en una mezcla de miedo y sorpresa, se lanzó hacia el botón de alarma, pero antes de que pudiera alcanzarlo, Zula le sujetó con su tremenda fuerza de androide para impedirsele.

—¡Sabía que eras una traidora! —le espetó antes de que ella le dejara inconsciente de un golpe en la cabeza dado con su propia mano.

—¿Cómo que no está en las celdas? —exclamó Marc al pasar por encima del hombre fuera de combate, temiendo que su plagiado plan se viniera abajo—. ¿Dónde la han metido entonces?

—Calma, voy a averiguarlo —respondió la androide femenina sentándose frente a la computadora del puesto de control.

—No hace falta decir que el tiempo corre en nuestra contra —le urgió él

comenzando a impacientarse—. Ya tenemos dos hombres inconscientes.

—Los meteré en una celda —dijo Rob desde Juggernaut, dirigiéndose hacia el ascensor y sacando a la primera víctima de su interior.

—¡Lo tengo! —anunció la androide levantándose de un salto—. No está en una celda, sino en uno de los camarotes reservados a los oficiales de alto rango.

—¿En un camarote de lujo? —replicó Marc con indignación—. ¡Vaya con la princesa...!

—Hay que llegar a los trenes deslizantes y dirigirnos hacia la proa del destructor —le indicó Rob.

—¿Hay trenes aquí dentro? —exclamó él con incredulidad.

—No creo que sea adecuado que me esté paseando por toda la nave —opinó el androide gigante—. Podría llamar un poco la atención.

—Sí, es mejor que no —coincidió Marc—. Quédate aquí con la androide ésta y encárgate de que todo parezca normal por el momento, ¿vale? Yo iré a por Gretch, únete a mí con algún otro androide cercano que sea menos... sospechoso.

—De acuerdo, coge el ascensor hasta el quinto piso, allí me reuniré contigo —respondió la propia androide volviendo a sentarse frente a la computadora.

Marc obedeció con presteza, volvió al ascensor y pulsó el botón de la planta quinta. Resopló nervioso cuando las puertas se cerraron y se quedó solo, pero apenas unos segundos más tarde, después de que el monitor del ascensor mostrara el número cuatro, la puerta se abrió, y dos soldados armados entraron con él.

Ambos se quedaron mirándole durante un instante, pero pronto volvieron la vista y le ignoraron. Aun así, Marc guardó un tenso silencio hasta que el ascensor llegó al quinto y logró separarse de ellos... no podía imaginar que estaba lejos de ir a quedarse solo al hacerlo.

La quinta planta consistía en un largo pasillo lleno de gente moviéndose de un lado para otro, desde militares armados hasta técnicos con pequeños dispositivos sobre la oreja que proyectaban imágenes delante de sus ojos. Un robot con forma de seta, que limpiaba el suelo con una fregona sujeta por las diminutas manitas metálicas que surgían de su tronco, se acercó a él.

—De prisa, sígueme —le dijo con voz metálica abriéndose paso entre el personal.

—¡Venga ya! ¿En serio? —exclamó Marc, a quien el cambio de un peligroso robot de guerra a un robot de limpieza no dejó demasiado satisfecho.

—Era el androide más cercano, ya te he dicho que no tengo muchos donde elegir —se justificó la seta—. Además, ésta es una nave militar, aquí siguen una jerarquía y no puedo sacar a cualquiera de su puesto cuando yo quiera, levantaría sospechas.

—Da igual, acabemos con esto —rezongó Marc dejándose llevar... ya no tenía otra opción que seguir adelante pasara lo que pasara.

Los famosos trenes deslizantes le parecieron más vagones de metro modernos que a trenes cuando por fin se encontró frente a uno. Flotando sobre unas barras metálicas en el suelo, llevaban a la gente de un lado al otro de la monstruosa nave a gran

velocidad, efectuando paradas en los lugares más importantes. Los ventanales de la pared del fondo, tras los vagones, ofrecían unas vistas espléndidas del espacio exterior.

—La cuarta parada es la nuestra —le indicó Rob mientras luchaban por hacerse un hueco y poder entrar en uno. Debía ser hora punta y, al igual que en los vagones de metro de verdad, la saturación de pasajeros era agobiante.

—Oye, ¿por qué no posees algún androide más cercano y la rescatas tú mismo? —gruñó Marc cuando el colapso de gente en el tren fue tan grande que no le quedó más remedio que apretarse contra una pared para que todos lo que entraron cupieran dentro.

—No hay androides en esa zona, nosotros no necesitamos camarotes, y todos los mandos de Rosenstock son humanos —se excusó él, que con su cuerpo de lata no podía ser apretujado por nadie—. Además, cuantos más tengo, más energía me cuesta mantenerlos, y en mi programación no están todas las funciones que realiza un androide militar.

Tuvieron que abrirse paso a empujones también para salir del vagón, pero cuando lo hicieron, se encontraron en un pasillo con una cristalera que dejaba ver el exterior del destructor. Por lo visto se alejaban del planeta Tierra, aunque Marc no sabía por qué ni hacia dónde.

—¿Cómo va la nave? —le preguntó a Rob.

—Regular —respondió él—. Primera puerta a la derecha... ¿y el plan? ¿Está saliendo esto como en tu película?

—Bueno, de momento no estamos muertos —contestó encogiéndose de hombros.

Un oficial con una pistola de plasma en el cinturón les salió al paso cuando atravesaron una compuerta que les llevó de nuevo a las entrañas de la nave.

—¡Eh! ¿Quiénes son ustedes? —exclamó al verles—. Aquí no se permite el uso de trajes espaciales... ni de androides de limpieza. ¡Explíquense!

—Vengo para salvar a la princesa, busco una estrella para hacerme invencible —le soltó Marc, que dijo la primera tontería que se le ocurrió.

—¿Qué? —replicó el oficial sin entender nada.

Rob dio cuenta de él con un golpe de fregona en el estómago y un cabezazo contra el duro metal del cuerpo que poseía. Cuando cayó al suelo inconsciente, le quitó la pistola con uno de sus pequeño bracitos.

—¿Sabes? Me extraña que no nos hayamos encontrado con ninguna compuerta que pidiera una contraseña, un pase o algo así —comentó Marc cuando continuaron su camino.

—¡Claro! ¡Como que las he ido desactivando desde el centro de seguridad para abrirnos paso! La última necesitaba un pase de oficial para atravesarse —replicó Rob ofendido—. Es aquí, la tercera compuerta de la derecha.

—Vamos allá.

La compuerta del camarote en el que se encontraba encerrada Gretch no se abrió

cuando Marc se plantó frente a ella, pero bastó con pulsar un botón que disponía a un lado, como si fuera un timbre, para desbloquearla.

El interior del camarote era color gris pálido, y desde luego tenía que estar reservado para un oficial de alto rango, porque era el doble de grande que el que utilizaba Gretch en la Calicó. Sentada sobre la cama, se encontraba ella con la mirada perdida en dirección a la ventana del camarote, a través de la cual se podían ver innumerables cazas y patrulleros siguiendo la estela del «Leviatán».

Al oír la compuerta abrirse, giró la cabeza alarmada y frunció el ceño.

—¿No eres muy bajito para ser un dackhariano? —le dijo lanzándole una mirada de desprecio.

Marc se quitó la escafandra aguantando las ganas de reírse, y cuando Gretch pudo reconocerle por fin pareció más perpleja que encantada de verle.

—¿Qué haces tú aquí? —preguntó incrédula.

—He venido a salvarte —contestó él respondiendo a lo obvio—. Claro que más que una prisionera pareces una invitada de honor...

—¡Gretch, soy yo, Rob! —exclamó Rob desde el cuerpo del androide de limpieza.

—¿Rob? —replicó ella alzando las cejas antes de levantarse de la cama y acercarse a ellos—. ¿Cómo habéis podido entrar a este lugar?

—Ha sido idea mía —respondió Marc al instante.

—Y yo la he llevado a cabo en su mayor parte —presumió el androide.

—¡Ah! Da igual, larguémonos antes de que os descubran —refunfuñó ella quitándole el fusil de plasma de las manos a Marc.

—¡Eh! Ésa es mi arma —protestó.

—Tú no deberías llevar un arma —le espetó—. Si fue idea tuya entrar aquí, está claro que padeces un grave caso de euforia espacial, y por tanto no es aconsejable que vayas armado... bien, ¿cuál era el plan de salida?

—Eh...

—¿No hay plan de salida? —exclamó incrédula.

—Pretendía, ya sabes, improvisar sobre la marcha —se defendió él, consiguiendo tan sólo un gesto exasperado de la mujer.

—Es igual, nos abriremos paso por la fuerza —propuso—. Confío en que te hayas hecho con los androides de la nave, ¿verdad, Rob?

—Con buena parte de ellos —le confirmó la seta—. Sin embargo, no podré mantener la red mucho más tiempo.

—Inténtalo, los vamos a necesitar a todos —le aseguró Gretch, que se colocó la máscara de su traje espacial y la desplegó sobre su cara—. ¿Tienes a alguien en comunicaciones?

—Sí, ¿por qué? —respondió el androide.

—Hay que enviar un mensaje a Nueva Tierra... no saben la que se les viene encima.

A quinientos metros de allí y tres pisos por debajo se encontraba el centro de comunicaciones del «Leviatán», donde Annelie Lehner luchaba por comprender qué estaba ocurriendo en el destructor estelar. Garin MM-7, el androide al cargo del sistema de comunicaciones, se comportaba de forma muy extraña desde hacía unos minutos, en concreto desde que se anunció que abandonaban la Tierra. No es que hubiera incumplido algún protocolo, o que hubiera descuidado su trabajo... era algo que Annelie sentía a un nivel instintivo, como si sus reflejos de espía le dijeran que algo no andaba bien del todo con él.

No era de extrañar. Después de saber lo que el comandante Rosenstock pretendía, era natural que alguno de sus acólitos diera muestras de sentido común y comenzar a plantearse si lo que iban a llevar a cabo con ese peligroso virus no era sino una locura... y allí estaba ella, siempre atenta a cualquier signo de debilidad en la lealtad para explotarlo en favor de su causa. Un partidario de Rosenstock arrepentido podía valer su peso en oro, y no era descabellado pensar que el sentido común comenzara a reinar entre los androides antes que entre los humanos.

—¿Va todo bien? —le sondeó al pasar a su lado, fingiendo tan sólo estar cambiando de computador.

—Perfectamente, ¿por qué? —replicó Garin apenas volviendo la cabeza para mirarla... y al hacerlo, la espía pudo ver en su expresión, o más bien en su inexpressión, algo que cambiaba—. Oh, vaya.

—¿Qué? —inquirió.

—¿Qué de qué? —respondió Garin con naturalidad antes de agacharse sobre el panel de control y comenzando a teclear en su superficie.

—¿Qué haces? —le preguntó ella intrigada. En la imagen proyectada sobre el cristal que cumplía la función de monitor vio cómo escribía unas coordenadas... unas coordenadas que, como la técnico de comunicaciones que fingía ser, tal vez no estuviera obligada a conocer de memoria, pero que como espía supo reconocer con facilidad: eran las de Nueva Tierra—. ¿Estás enviando un mensaj...?

Se interrumpió cuando las tres compuertas del centro de comunicaciones se abrieron al mismo tiempo. Por ellas entraron diez soldados armados, encabezados por Adalia Smeith, que sin mediar palabra levantó la mano en la que llevaba una pistola de plasma y disparó.

Annelie apenas dispuso de una décima de segundo para echarse hacia atrás cuando el proyectil de plasma atravesó la cabeza de Garin de lado a lado. El cuerpo del androide cayó inactivo al suelo y comenzó a lanzar chispas a través del agujero que acababan de abrirle.

—¡A partir de este momento todos los androides quedan relevados de sus puestos hasta nueva orden! —anunció la primera oficial al resto de atónitos trabajadores antes de darse la vuelta y marcharse por donde mismo había venido.

Mientras sus compañeros luchaban por recuperarse de la impresión, Annelie echó

un vistazo a la pantalla de Garin, donde había dejado a medio escribir un mensaje de advertencia a Nueva Tierra sobre los planes de Rosenstock.

Era algo muy osado para un androide, tal vez incluso demasiado...

—¡Me han descubierto! —exclamó Rob cuando los tres corrían ya por el largo pasillo que les llevaba de vuelta a la parte posterior del destructor—. No sé si saben lo que ocurre exactamente, pero han relevado a todos los androides.

—¿Y el mensaje? —preguntó Marc agotado por la carrera—. ¿Lo has enviado?

—No tuve tiempo, lo siento.

Dos soldados les salieron al paso desde una compuerta lateral, pero antes de que pudieran verles venir, Gretch les disparó con el fusil de plasma y los abatió a ambos, aunque uno de ellos sólo fue alcanzado de refilón y se revolvió a tiempo para apuntarles con su propia arma. No obstante, fue incapaz de dispararla porque ella activó sus propulsores y, con una pirueta en el aire, se lanzó contra él y le inmovilizó en el suelo. Fue Rob quien se encargó de dejarle inconsciente con un golpe de fregona después.

—Eso ha estado bien —afirmó Marc deteniéndose junto a los cuerpos para recuperar el aliento, asombrado por la destreza de la dackhariana—. Es decir... ¡son dos soldados profesionales y han caído como moscas!

—Calla y sigue corriendo —le espetó ella poco interesada en los elogios—. Ya saben que algo está pasando, y quedan muchos más como ellos.

—¡Este pasillo es enorme! —se quejó Marc, que no podía ya con su alma—. ¿No podemos descansar un segundo? Os recuerdo que todavía estoy convaleciente.

—¡Ah! —bramó Rob, consiguiendo que los dos se volvieran hacia él alarmado—. ¡Odio las malditas granadas iónicas...! Hay que darse prisa en llegar al ascensor.

Zula se retorció en el suelo con los circuitos chamuscados tras la explosión de la granada iónica en pleno centro del puesto de guardia, frente a las celdas. Rob no había tenido la oportunidad de defender ese cuerpo cuando Adalia Smeith y sus hombres aparecieron por el ascensor y le bombardearon antes de que pudiera reaccionar. Sin embargo, disponía en esa misma sala de un cuerpo mucho más apto para resolver ese tipo de situaciones.

Cuando la palma de la mano de Juggernaut se reconvirtió en el cañón de una metralleta de plasma, los soldados supieron que no tenían nada que hacer, y cayeron con facilidad ante un fuego enemigo capaz de producir mil doscientos disparos por minuto. Adalia, sin embargo, fue un hueso mucho más duro de roer. Con una pirueta rodó por el suelo para apartarse de la ráfaga de disparos de Rob, y devolvió el ataque arrojando a sus pies otra granada iónica.

El androide se libró por los pelos de quedar inutilizado al echarse a un lado en el

momento exacto en que la onda electromagnética brotaba del dispositivo. Durante un segundo la mujer se le puso a tiro, pero cuando abrió fuego, ella se arrodilló y se cubrió con el brazal de su uniforme, que generó un escudo de energía protector que dispersó todos los disparos.

—Tendrás que hacerlo mucho mejor, androide —se burló, y a Rob no le quedó más remedio que hacerlo mejor...

La metralleta se reconvirtió en la boca de un cañón delante de los ojos de la dackhariana, y ésta apretó los dientes con rabia al darse cuenta de que había habado de más. Por suerte para ella, tuvo los reflejos suficientes como para saltar a un lado cuando un enorme misil de plasma fue lanzado contra ella.

El impacto abolló y quemó el metal de la pared sin alcanzar al objetivo. Rob se dispuso a disparar una segunda vez, pero otra granada iónica rodó por el suelo hacia él y no le quedó más remedio que emplear el disparo en borrarla del mapa antes de que ésta le inutilizara. El segundo que perdió en ello lo utilizó Adalia para coger su pistola y dispararle, acertándole debajo del brazo y arañando el duro blindaje que le cubría.

El impacto de algo tan pequeño no podía provocar grandes daños en un androide voluminoso y diseñado para el combate como el que ocupaba, pero Rob fue consciente enseguida de que no podía ganar esa batalla. Generar la red para poseer a los androides le había restado muchas energías, su munición por tanto era limitada, y su rival demasiado rápida para que un cuerpo tan grande fuera efectivo en un espacio tan pequeño.

Disparó contra ella una vez más antes de saltar hacia el ascensor y meterse dentro. El instante que le costó a Adalia esquivar un nuevo misil de plasma fue suficiente para que alcanzara a pulsar un botón del ascensor con sus enormes manos y éste se cerrara, finalizando el combate por el momento.

—¡Leche! —exclamó Marc cuando se encontró de frente con el enorme robot de guerra después de que la puerta del ascensor se abriera. Gretch le cubría, y en ese momento se enfrentaba a tres soldados que les disparaban desde detrás de unos gruesos tubos junto a la pared.

—¡Vámonos! —dijo Juggernaut haciéndoles un gesto para que entraran.

El robot de mantenimiento protegió la puerta con su cuerpo, que acabó agujereado de arriba abajo por culpa de los disparos, pero les dio una oportunidad de huir sin ser acribillados.

—Esto no va bien... —gruñó Gretch apartándose un mechón de pelo de la máscara con un gesto de la cabeza cuando comenzaron a bajar. No tardaron en llegar a la siguiente planta, donde la puerta se abrió y se toparon con diez soldados apuntándoles con sus fusiles de plasma.

—Esto no va nada bien —corroboró Marc, que ahora lamentaba no haber

aguantado congelado unos cuantos añitos más, y así no tener que morir a los pocos días de llegar al futuro—. Ojalá tuviera mi gabardina invisible...

—¿Tu qué? —replicó Gretch volviéndose hacia él.

—¡Cuidado! —rugió Rob colocándose frente a ellos cuando los soldados abrieron fuego. Una andanada de proyectiles de plasma impactaron contra el robusto androide, que los soportó con estoicismo y comenzó a devolver el fuego con la metralleta de su mano.

Marc y Gretch se cubrieron en una esquina para no ser alcanzados también, pero aun así, algunos de los impactos les pasaban demasiado cerca como para considerar que se encontraban a salvo.

—¡Rob! —llamó Gretch al androide para advertirle sobre su precaria situación.

Él lo captó enseguida, y en respuesta les agarró a ambos con una de sus fuertes manos y les levantó en el aire. Luego transformó la metralleta en un cañón y lanzó una descarga contra el suelo del ascensor, que se rajó y hundió arrastrando consigo a los tres.

Gretch agarró a Marc de la cintura y activó los propulsores para ralentizar la bajada, pero Rob no disfrutó de ese privilegio y acabó incrustado en el fondo del hueco del ascensor. Tras el brutal impacto, comenzó a levantarse trabajosamente.

Gretch dejó a Marc con el androide y salió, fusil en mano y todavía volando, a la planta baja, donde se deshizo de una pareja de soldados que acudieron atraídos por el ruido. El resto del personal no militar optó por alejarse corriendo de allí a toda prisa.

—¡Despejado! —les llamó tras tomar tierra por fin. Marc, mareado por tanta acción, fue el primero en salir del hueco, y cuando por fin pisó el suelo del pasillo se encontró con que Gretch, que se había retirado la cobertura de la máscara, le dedicaba una sonrisa fanfarrona—. Bueno, ¿y eso qué te ha parecido?

—Que si hubiéramos pulsado el botón del ascensor hubiéramos bajado igual —replicó.

—¡Qué poco sentido de la épica tienes! —lamentó ella algo decepcionada.

—Estoy bien, gracias por preocuparos —gruñó Rob cuando también él les alcanzó.

—¿Podemos irnos antes de que vengan más? Creo que por un día he tenido suficiente acción futurista —suplicó Marc resoplando.

—¡Y dale con lo del futuro! —rezongó Gretch.

—El hangar está por aquí, vamos, allí la cosa está fea y se nos acaba el tiempo —les indicó Rob abriendo la marcha.

—¿Qué tiempo? —inquirió Marc echando a correr tras él, pero no obtuvo respuesta por su parte.

Sin embargo, el motivo quedó claro cuando llegaron hasta la compuerta del hangar, compuerta que Marc ya conocía porque había entrado por ella en dirección contraria. Estuvo a punto de preguntar cómo pretendían atravesarla, porque no parecía que pudiera abrirse desde allí, cuando ella misma se replegó y les dio paso.

El androide que le pidiera la identificación al llegar se encontraba tirado en el suelo, muy desmejorado tras haber sido acribillado a disparos, pero con fuerzas suficientes todavía como para pulsar el botón que abrió la compuerta.

—¡Peligro! —les advirtió antes de caer derrumbado del todo sobre el charco negruzco que se había formado bajo su cuerpo... a Marc le pareció que aquel líquido era aceite de motor, pero no habría podido jurarlo.

El hangar, igual que cuando entraron por primera vez, no se hallaba ni mucho menos desierto. Por lo menos una quincena de soldados les esperaban allí, y de nuevo tuvieron que utilizar al enorme robot que era Rob para cubrirse de los disparos que les llovieron cuando les vieron aparecer.

Juggernaut no dudó en devolver el fuego, y logró abatir a tres hombres con facilidad... pero ellos eran muchos más. Gretch acertó a uno que estaba a punto de lanzar una granada iónica, granada que cayó a sus pies y que al estallar inutilizó las armas de los dos soldados más próximos.

—¡A la nave! ¡Vamos! —rugió el robot lanzando un cañonazo de plasma contra un grupo de cuatro enemigos, que tuvieron los suficientes reflejos para quitarse de en medio antes de acabar volatilizados.

La Calicó permanecía atracada tras el frente de soldados que les disparaba, y eso, por supuesto, descartaba que pudieran acercarse hasta ella sin caer abatidos antes.

—Sí, eh... existe un problema... —mencionó Marc al tiempo que se cubría como podía de tanto disparo. El problema, no obstante, se resolvió sólo cuando de la nave salió por la bodega de carga el cuerpo original de Rob, que armado con un fusil de plasma atacó a los soldados por la espalda.

Atrapados entre dos flancos, los dackharianos no tuvieron más remedio que cubrirse tras un caza parado a pocos metros de la nave para no ser masacrados, dejando así el camino libre para que los tres, o ahora cuatro, entraran en la nave.

—¡Por fin! —exclamó Marc aliviado cuando la compuerta de la bodega de carga se cerró, aislándoles de los disparos.

—No cantes victoria tan rápido, todavía tenemos que salir de aquí —le recordó Gretch, que se quitó la máscara del traje del todo y la echó a un lado—. ¡Al puente de mando, vamos!

—¡Oh, menudo destrozo! —exclamó Rob al ver desde su cuerpo original cómo había quedado de dañado Juggernaut—. Me va a llevar días reparar esto...

—¡Rob, al puente de mando! —repitió Gretch en un tono indiscutible.

Cuando lo alcanzaron, en el hangar les esperaban ya por lo menos veinte soldados armados. Marc no creía que los disparos de fusil de plasma pudieran dañar a una nave de toneladas de peso, pero dado el estado en que los patrulleros de Nibiru la habían dejado, tampoco habría puesto la mano en el fuego por ello.

—¿No serán demasiados? —preguntó temeroso.

—Ellos no me preocupan en realidad —contestó Gretch, que enseguida se sentó en el asiento del piloto—. Cómo vamos a abrir las compuertas del hangar sí que lo

hace.

—Ya lo había pensado —intervino Rob—. Antes de que inutilizaran los cuerpos que tomé prestados, quise asegurarnos la salida... será mejor que pongas la nave en marcha, nos quedan sólo unos segundos.

—¿Unos segundos para qué? —replicó ella volviendo la vista hacia el androide mientras el panel de mandos se encendía.

—Me gusta llamarlo: *Deus ex machina*...

—¡La madre del...! —exclamó Marc cuando la nave se agitó. La enorme compuerta por la que se accedía al hangar desde el exterior se abrió... mientras la segunda compuerta, que daba directamente al espacio exterior, también se encontraba abierta.

El aire salió expulsado hacia el vacío, arrastrando consigo a los aterrorizados soldados y las naves que no habían sido magnetizadas al suelo, como la propia Calicó.

Fue un brusco viraje en el que Marc se aferró con todas sus fuerzas al respaldo del asiento de Gretch para no caer rodando, pero gracias a él acabaron flotando fuera del destructor, libres por fin... o al menos en parte.

—¡Hay que largarse rápido! —vociferó Gretch, que sin perder un segundo puso el motor a toda potencia para salir disparados de allí cuanto antes.

El planeta Tierra quedaba ya muy lejano, sin embargo, algunos cazas todavía permanecían fuera sobrevolando el «Leviatán», y no dudarían en perseguirles.

—¡Cómo nos dispare ese monstruo volador nos va a desintegrar! —advirtió Marc, que temía más a los cañones que el enorme destructor pudiera disponer que las pequeñas naves que lo parasitaban.

—Somos un objetivo muy pequeño y con demasiada capacidad de maniobra para sus cañones —le tranquilizó ella descartando esa posibilidad.

—Se aproximan cazas desde abajo —señaló Rob desde el asiento del copiloto.

—Espero que hayas arreglado el motor de curvatura... —deseó Gretch.

—Bueno, en realidad...

—¡Oh, genial! —resopló exasperada—. Entonces sí que estamos acabados.

—Está bien, ya sé lo que me toca —medió Marc agarrando el casco, que había caído rodando al suelo con el traqueteo, y poniéndoselo en la cabeza una vez más—. A ver, nave, no me tengas suplicándote, por favor, haz lo mismo que la última vez y...

De repente la Calicó aceleró su marcha, algo que cogió por sorpresa a sus tres ocupantes. Los cazas que habían salido tras ellos quedaron atrás enseguida, y el planeta Tierra empequeñeció a un ritmo alarmante.

—¡Hemos entrado en velocidad de curvatura! —exclamó Gretch incrédula—. Un destructor como ése no tiene velocidad suficiente para alcanzarnos, ¡hemos escapado!

—Parece que algo sí he arreglado —observó Rob con satisfacción—. Eso, o que la nave se ha acostumbrado al cerebro de Marc.

—Pues que no se acostumbre demasiado —rezongó él quitándose el casco—. No tengo ni idea de por qué me ha hecho caso. ¿Sabemos hacia dónde nos dirigimos?

—No, pero cualquier lugar es mejor que éste —contestó Gretch.

—Todavía tenemos que advertir a Nueva Tierra —le recordó—. ¿No podemos enviar un mensaje desde aquí?

—Las comunicaciones siguen rotas —arguyó Rob—. No le di prioridad a ello, no teníamos ni idea de lo que pasaba y urgía más tener los motores listos para escapar del «Leviatán».

—Sí, y me temo que allí no van a estar nada contentos con esta huida —opinó Gretch, divertida ante la cara que debían estar poniendo tanto su tío como Adalia Smeith después de escapar de su custodia delante de sus propias narices.

Luca observó con aprensión cómo el boquete en la cabeza de Andrea Audréanne, la que hasta un instante antes fuera su superiora, humeaba igual que el cañón de la pistola de plasma que la había matado. A Adalia, sin embargo, ni siquiera le temblaba el pulso tras ejecutar a su subordinada en puesto de trabajo. De nada le habían servido las disculpas, la primera oficial no era dada a perdonar fallos como dejar pasar una nave enemiga al interior del destructor, y mucho menos una cuya tripulación había causado tantas molestias y bajas.

—Enhorabuena, señor Pirmin, es usted el nuevo oficial de seguridad —dijo enfundando el arma y marchándose seguida de su séquito de soldados.

Al nuevo oficial de seguridad no le hizo demasiada ilusión su reciente nombramiento.

—¿Qué vamos a hacer ahora? —bramó una consternada Adalia de nuevo ante el comandante Rosenstock, quien se mesaba la barba pensativo mirando hacia el espacio exterior desde su asiento flotante en el puente de mando—. Puede que sus comunicaciones estén dañadas, ¡pero ella sabe lo del virus! ¡Avisarán a Nueva Tierra y lo echarán a perder todo!

—¡Silencio! —exigió el comandante levantando una mano—. No todo está perdido, de hecho, nada está perdido todavía.

—¡Prepararán sus defensas! —replicó Adalia, nada conforme con su análisis—. ¡En cuanto el «Leviatán» entre en el sistema, todo el ejército del planeta caerá sobre nosotros! Jamás alcanzaremos la atmósfera para liberar el virus.

—¡Mi comandante, Primera! —dijo uno de los oficiales de a bordo, interrumpiendo la conversación y acercándose a ellos con una varilla de almacenamiento de datos en las manos—. De los archivos extraídos antes de que la nave... eh... escapara, hemos extraído información que podría ser relevante sobre sus ocupantes.

El comandante agarró la varilla y proyectó su contenido frente a sí mismo. Durante unos segundos tan sólo lo observó con detenimiento, mientras Adalia esperaba con impaciencia a que se pronunciara.

—Esto es interesante —valoró—. El tercer miembro de la nave de Gretchen parece ser un humano primitivo.

—¿Un humano primitivo? —inquirió Smeith frunciendo el ceño.

—Según el cuaderno de bitácora, le descongelaron después de haber permanecido sometido a criónica más de doce siglos.

—¿Un humano del siglo XXI? —se extrañó Adalia—. Bueno, ¿y qué importancia tiene?

—Mucha —afirmó el comandante con rotundidad, ocultando los datos de la varilla—. Como decía, nada está perdido todavía... coge la nave más veloz de la que dispongamos y los hombres que necesites. El «Leviatán» no puede alcanzar una nave tan rápida como la suya, pero tú sí. El plan sólo tiene que ser ligeramente reajustado. Al final se hará justicia, y los verdaderos dackharianos prevaleceremos.

Minutos más tarde, tras escuchar las órdenes extra que el comandante reservó sólo para ella, Adalia ordenó que le prepararan la «Jets», el interceptor estelar más rápido que el ejército de resistencia dackhariano disponía. Sabía que era imposible atrapar a una nave en velocidad de curvatura, pero con el expediente de Gretchen Rosenstock bien estudiado, y el rastro de rayos gamma que iba dejando la nave, no le costaría nada alcanzarles... Nueva Tierra pagaría el haber apoyado a los traidores, y pronto recuperarían Dackhara de sus perjuras manos.

## CAPÍTULO 7

El Gran Comandante Bonhart Tadeus Smeith observó a través de la ventana de su despacho cómo los prisioneros del campo de concentración de la ciudadela de Venhart soportaban a duras penas las agotadoras labores mineras a las que habían sido condenados de por vida. Algunos llevaban allí casi veinte años, desde que Goran Jakor Rosenstock fue depuesto y ejecutado, y sus partidarios apresados... pero otros, los que más le preocupaban, sufrían ese castigo desde hacía mucho menos, y el motivo era, en esencia, el mismo en todos los casos: apoyar a los rebeldes encabezados por el excomandante Steffan Jakor Rosenstock.

El movimiento disidente había pasado de ser un vestigio fácil de neutralizar cuando decidía asomar la cabeza a convertirse en una auténtica molestia. Cada vez eran más los ciudadanos dackharianos que, de forma más o menos manifiesta, veían con malos ojos las políticas aperturistas de su gobierno. Para ellos, no eran más que una confirmación de la principal arenga que Rosenstock utilizaba en su contra: ser un títere de Nueva Tierra.

Los dackharianos siempre fueron un pueblo duro y autosuficiente, orgulloso de mantenerse al margen de la charlatanería y la demagogia de la política que tanto gustaba a la CPU, dirigido por líderes fuertes y sin miedo a la guerra. No por nada disponían de la mayor flota del sector, además de una sociedad fuertemente militarizada. Las muestras de debilidad y dependencia externa podían ser una sentencia a muerte para un gobernante, y Bonhart lo sabía.

El coronel del servicio secreto de Dackhara permanecía sentado en una silla frente a su mesa, sobre la que flotaban una multitud de hologramas cargados de datos y estadísticas.

—Ganar el sillón de Gran Comandante fue más sencillo que mantenerlo —le dijo a Solimán Brey Breuer al tiempo que se apartaba un mechón de pelo plateado que le caía sobre la cara.

Con la ayuda de Nueva Tierra, derrocar al emperador Rosenstock fue sumamente sencillo para los que entonces eran los rebeldes, más teniendo en cuenta que ese demente iba a provocar la destrucción de su sociedad con la gran guerra que pretendía llevar a cabo contra toda la CPU. El pueblo estuvo de su lado en aquella ocasión, los dackharianos no eran estúpidos, sabían que ni todo el poder del planeta podría con una CPU unida. Sin embargo, la misma colaboración con Nueva Tierra que les libró del tirano podía acabar también con él. Beligerantes por naturaleza, parecía como si los dackharianos estuvieran empezando a preferir aquella guerra imposible de ganar a la paz conseguida por la diplomacia que Bonhart podía ofrecerles.

—¿Cómo dice? —replicó Solimán.

—Nada —contestó apartándose de la ventana y dirigiéndose a su asiento. Con un mero gesto de su mano los hologramas de la mesa desaparecieron, y ésta quedó

completamente despejada—. Ahorrémonos las estadísticas por ahora, no nos hemos reunido para eso. ¿Qué pasa con Rosenstock? ¿Es verdad lo que decía su informe?

—No tengo motivos para pensar que no. Ese hombre está lo bastante loco y desesperado como para hacer algo así —le aseguró el coronel.

—Siempre pensé que su objetivo seríamos nosotros —meditó Bonhart juntando los dedos de las manos y volviendo la vista hacia el techo.

—Su objetivo somos nosotros, sólo que de manera indirecta —señaló Breuer—. Provocando la masacre que pretende, en nuestro planeta no conseguiría nada, pero si elimina el poder de Nueva Tierra de un plumazo daría oxígeno a los rebeldes y nos ahogaría a nosotros. Los más radicales le verían como un héroe, e incluso los más moderados se convencerían de que, sin Nueva Tierra, no podemos mantener el poder, y se le acabarían uniendo también... y si llegara a tomar el poder, no habría nadie que se le opusiera y le frenara antes de que tuviera bajo control todo el planeta.

—Y si eso pasara, con una CPU debilitada por la pérdida de Nueva Tierra tampoco podría impedir nadie que siguiera donde dejó su hermano sus planes de conquista —terminó por él Bonhart, que comprendía muy bien la gravedad del problema.

—Todo apunta a que éstos son sus planes a largo plazo —asintió el coronel—. Mi agente infiltrada asegura que no compartió esos planes con nadie hasta muy recientemente, cuando ha decidido llevarlos a cabo por fin. A estas alturas ya deben haber escapado de la antigua Tierra, por eso debemos actuar rápido y avisar a Thalassinos y su gobierno de la que se les viene encima.

—¿Avisar a Nueva Tierra? —replicó Bonhart con una sonrisita maliciosa en los labios—. Me parece que no... refrésqueme la memoria, coronel ¿no le dijo precisamente Thalassinos que Rosenstock era tan sólo un problema interno de Dackhara?

El coronel parpadeó un par de veces con incredulidad antes de responder.

—Gran Comandante, creo que no es del todo consciente de las consecuencias no sólo políticas, sino también morales, de tomar la decisión de no actuar —quiso hacerle ver—. No soy lo que se dice un simpatizante de Nueva Tierra, ni mucho menos, pero acabamos de hablar de las repercusiones que se producirían a raíz de su destrucción. Además, es una gran oportunidad para que el asunto del excomandante y su gente deje de ser sólo un problema interno de Dackhara y empiece a serlo de todo el sector también.

—Mire por la ventana, coronel, verá ahí abajo a gente que me odia... y precisamente por eso me gusta venir a este lugar, porque los que se dejan la vida en las minas me odian, y sean ciertos o falsos, tienen sus motivos. ¿Qué ocurriría si los agentes de Nueva Tierra acaban con Rosenstock? Sería una muestra más de debilidad de mi gobierno, que tiene que recurrir a sus supuestos amos, o titiriteros, para que le solucionen sus problemas.

—Entonces, ¿qué sugiere? —inquirió Breuer.

—Darle la vuelta a la situación —musitó—. No dejaremos que Nueva Tierra sea quien nos salve, sino justo lo contrario.

—Creo que no le sigo —confesó el coronel atusándose los bigotes con nerviosismo.

—Vamos a dejar que Rosenstock siga adelante, que ponga en jaque a esos presuntuosos de Nueva Tierra, y entonces aparecerá nuestra armada. Acabaremos con Rosenstock cuando no espere un ataque por nuestra parte, nos libraremos de él para siempre, daremos un golpe mortal a los rebeldes...

—... y nos libraremos de Nueva Tierra —concluyo en esa ocasión el propio coronel—. O más concretamente, dejaremos que ellos nos libren de ella antes de aparecer para destruirles. Frente al resto de planetas parecerá que sólo pretendíamos ayudar... ¿por qué no íbamos a querer hacerlo?

—¿Quién es el títere y quién el titiritero ahora? —exclamó satisfecho el Gran Comandante recostándose en su asiento.

—Con respecto al asunto de su hija... —señaló Breuer con precaución.

—¡No hay ningún asunto! —estalló Bonhart—. Adalia perdió el derecho a su apellido cuando traicionó a su familia en favor de los rebeldes y se arrancó su chip del cerebro. Ahora morirá con ellos. ¿Ha quedado claro?

El coronel tan sólo asintió.

\*\*\*\*\*

—Su tejido está formado por un metamaterial que controla y curva la luz para simular la invisibilidad —le explicó Rob a Marc cuando éste le mostró la gabardina que había robado en el Horizonte de sucesos—. Fueron muy utilizadas en el pasado dentro del ámbito militar, pero perdieron utilidad cuando la mayoría de las fuerzas especiales contaron con visores integrados que no podían ser engañados por un truco tan simple.

—En resumen, que hoy día hasta el visor de mi traje espacial puede ver a través de esa antigualla —resumió Gretch, a quien no había impresionado tanto la prenda de ropa como a Marc cuando descubrió su utilidad—. En el «Leviatán» no nos habría servido de nada después de que empezaran a buscarnos.

—Militarmente ya no tienen uso, es cierto, pero están prohibidísimas en el ámbito civil —añadió Rob devolviéndosela—. En su mayor parte está compuesta de grafeno, de modo que también debería cumplir una función antiproyectiles. No la desprecies tan a la ligera.

—¡No la desprecio! —replicó Marc casi ofendido sujetándola contra su pecho—. ¿Y qué hacía algo tan genial como esto en manos de un patán borracho?

—Ese patán borracho debía ser un militar exiliado de Eternia —le explicó Gretch—. Durante la guerra civil de hace unos años, muchos altos mandos se autoexiliaron tras ser acusados de cometer crímenes contra la humanidad, por lo de la crisis del

agua y todo eso. Gabardinas como ésa eran un símbolo de rango y distinción, de modo que es muy probable que le hayas robado a un veterano de guerra en el exilio.

—Sí, a un tipo que dejó sin agua a millones de personas y que ahora se matará bebiendo, ¿no es irónico? —se defendió él—. Además, ¿qué más os da? ¿No deberíamos preocuparnos de ese virus mortal que podría aniquilar un planeta entero?

—¿Y cómo quieres que nos preocupemos? —replicó Gretch—. No tenemos forma de determinar hacia dónde nos dirigimos... además, que ése tampoco es nuestro problema.

Androide y humano se volvieron hacia ella consternados.

—¿Cómo que no es nuestro problema? —estalló Marc—. ¡Sabemos lo que ese hombre pretende! ¡Es nuestra obligación evitar que mate a millones de personas!

—En concreto, cerca de un billón —le corrigió Rob.

—¡No! ¡No es nuestra obligación! —se empecinó ella—. Mirad, una cosa es que no me gusten los delirantes planes genocidas de mi tío, pero otra muy distinta es que vaya a arriesgarme a ir a Nueva Tierra y acabar detenida para salvarles el trasero... por razones que ya son evidentes para ambos, mi relación con ese planeta no es precisamente amistosa.

—No me son tan evidentes esas razones —objetó Marc, que no podía creer lo que estaba escuchando de su boca—. Dejar morir a millones por un trauma del pasado...

—Si vieras la nave en la que viajaba tu madre ser destruida por el bombardeo de una nave de Nueva Tierra, no te caerían tan bien —murmuró ella con rabia.

Ni androide ni humano supieron qué argumentar ante eso.

—De acuerdo... en ese caso, no queda nada más que discutir —expuso Marc dándose por satisfecho—. No hay problema, cuando la nave se pare y alcancemos un planeta, puedes dejarme en su superficie. Te librarás de mí, como querías hacer desde el principio, y ya me encargaré yo de avisar de lo que ocurre. Así todos contentos.

—Me parece bien —accedió Gretch, demasiado orgullosa como para siquiera volverse a mirarle a la cara.

—Sí, creo que ya he pagado de sobra por las molestias causadas debido a mi presencia aquí al rescatarte de ese destructor —añadió.

—¿Disculpa? —replicó ella, que abandonó el orgullo en favor de la indignación más absoluta en tan sólo un segundo—. ¿A ese delirio de plan tuyo llamas un rescate?

—Estás aquí sana y salva, ¿no? —arguyó—. ¿Qué más puedes pedir? De no ser por mí, ni siquiera habría sucedido. Rob pretendía dejarte allí.

—Vaya, muy humano echarle la culpa al androide —protestó el aludido—. ¿Por qué no os calmáis los dos? Esta pelea no tiene sentido, y eso me confunde mucho... todos estamos vivos, el rescate ha salido bien y los daños de la nave son sólo materiales, y por tanto tienen arreglo. ¿No deberíais estar contentos?

—¡No! —respondieron los dos a la vez, para desconcierto del androide.

—No me está gustando nada el futuro —añadió Marc cruzándose de brazos.

—¡El presente! —estalló Gretch irritada.

—¡Me da igual! —explotó él también levantándose con brusquedad del asiento—. Haced lo que queráis, yo avisaré a Nueva Tierra, seré un héroe y luego iré a que me metan en un laboratorio para experimentar conmigo y me conviertan en una atracción de circo. Me voy a mi camarote.

Nada le habría gustado más que dar un portado al salir del puente de mando, pero las compuertas que se abrían hacia un lado de manera automática no se prestaban a ello.

—¿Desde cuándo tiene un camarote en esta nave? —inquirió Gretch cuando Marc se hubo marchado.

—Me parece que estás siendo muy poco racional con este asunto —le regañó Rob.

—¿Poco racional? —repitió ella ofendida—. Le descongelamos, nos encargamos de que le curaran y de que fuera a un lugar civilizado a que se hicieran cargo de él... y nos lo paga colándose de polizón, cargándose el ordenador central de la nave, lanzándonos a un planeta donde casi nos aniquilan y luego llevándonos hasta el destructor de un psicópata megalómano. ¡Creo que tengo derecho a estar enfadada!

—Intenta mirarlo desde su punto de vista —replicó el androide—. Es un humano nacido en un mundo que no podría ser más distinto al nuestro, ha despertado, después de mil doscientos años congelado, en un lugar que no comprende y donde todo es nuevo para él... un lugar donde la enfermedad que le mató se cura con una mera inyección, donde su planeta ya no existe y donde no hacen más que hablarle de Dackhara o Nueva Tierra, que para él sólo son nombres. ¿Acaso no recuerdas lo perdida que te sentiste tú cuando llegaste al Horizonte de sucesos por primera vez?

Las sensatas palabras del androide siempre tenían la capacidad de hacerla dudar, cualidad que odiaba sobre todas las cosas.

—¡Vale! Tal vez, y sólo tal vez, tengas un poco de razón —confesó tras unos segundos de reflexivo silencio—. ¡Pero no pienso disculparme con él! ¡Mira cómo ha acabado mi nave por su culpa!

—Eso sería ya pedir demasiado... —se conformó Rob encogiéndose de hombros.

Marc se encerró en su camarote y no salió de allí en todo el día. La nave era grande, pero no lo necesario como para no acabar cruzándose con Gretch, y no tenía ninguna gana de que eso ocurriera. En realidad no estaba enfadado con ella, incluso pese a su ingratitud en el asunto del rescate... si él no se hubiera colado en su nave, no habrían acabado topándose con ese problema para empezar, de modo que tampoco podía culparla.

Lo que le ocurría de verdad era que se sentía superado por las circunstancias. Todavía no podía creer del todo que hubiera pasado doce siglos metido en una nevera

y se hubiera despertado en una nave espacial con un robot ladrón de cuerpos y la princesa perdida de un imperio del tamaño de un planeta. Había robado a un borracho una gabardina con la que podía volverse invisible, disponía en el camarote de unas luces en la pared que podía arrastrar con los dedos y, a menos que hubiera una chacha robot oculta en alguna parte, una cama que se hacía sola... y todo eso sin tener en cuenta que acababa de colarse en una colosal nave de guerra repleta de terroristas espaciales dispuestos a aniquilar a todos los humanos de un planeta.

—Necesito una aspirina —murmuró antes de tumbarse sobre la cama dispuesto a tomarse un más que merecido descanso. Le extrañó que de un recoveco de la pared del camarote no surgiera algún tipo de apéndice ofreciéndole una, estaba seguro de que, si le hubieran metido en la cabeza ese dichoso chip, sí que habría ocurrido.

El día siguiente, tras luchar con todos los medios para evitar cruzarse con nadie, y en el momento de su calendario particular en el que había determinado que era la hora de dormir, en lugar de hacerlo salió en dirección al puente de mando, donde ella ya no estaría. Esto último lo sabía porque había copiado el horario que él seguía del suyo, y por tanto era la hora de dormir para todos los seres orgánicos de la nave.

—Eh... hola —saludó a regañadientes cuando, pese a todo, se encontró a la capitana allí, recostada sobre el asiento del piloto mirando unas imágenes proyectadas en el aire desde su propia mano—. Perdón, pensaba que estarías durmiendo ya, sólo quería leer un poco más. Por muy resumidos que estén, mil doscientos años de historia no se abarcan en una noche.

—No, es igual, no molestas —contestó ella deshaciendo la imagen con un gesto desganado.

—Eso es nuevo —dijo acercándose al asiento del copiloto y sentándose en él.

—Creo que deberíamos hacer una tregua —sugirió Gretch—. Ya sabes, Rob sufre mucho con las peleas...

—Si es por Rob —accedió tendiéndole la mano, aunque ella no le correspondió—. Déjame adivinar, ya no se utiliza el gesto de darse la mano, ¿verdad?

—No es eso, es que estamos saliendo de velocidad de curvatura —le indicó señalando el panel de mandos. No obstante, por alguna razón, no parecía muy contenta por esa circunstancia—. No... no, no, no. ¡No! ¿Por qué me odias, Marc? ¿Acaso en tu época te importunó alguna vida pasada mía o qué?

Rob entró también al puente de mando al sentir que la velocidad disminuía mientras Marc reflexionaba sobre lo poco que había durado la tregua entre ambos.

—¿Ya hemos llegado? —se extrañó el androide—. ¿Tan pronto?

—Sí —dijo ella agachando la cabeza con desesperación.

—Eso quiere decir que estamos...

—En Nibiru —comprendió Marc, que entonces recordó la orden mental que le había dado a la nave a través del casco—. «Haz lo que hiciste la otra vez», pues sí, menudo cerebro más estúpido que tiene esta nave.

—Ahí vienen los patrulleros, a seguir donde lo dejaron —advirtió Rob señalando

una imagen en el panel de control—. Esta vez nos estaban esperando. Debieron pensar que acabaríamos por volver después de cómo acabó la nave.

—Puedo ponerme el casco —sugirió Marc buscándolo con la mirada. Habría jurado que estaba por allí encima la última vez que lo vio.

—Tarde —señaló Gretch. Seis naves comenzaron a rodear desde todos los flancos a la Calicó... estaban atrapados—. Rob, manda un mensaje de rendición. No tiene sentido morir aquí.

—Las comunicaciones no funcionan —le recordó el androide.

—¡Pues activa la señal de emergencia y apaga los motores! —replicó ella.

—¿Y ya está? ¿Nos rendimos? —exclamó Marc incrédulo.

—Nos han rodeado, un disparo más y seremos chatarra espacial —contestó Gretch con resignación—. Esto se llama salir del agujero negro para caer en el quasar.

—Por verle el lado positivo: al menos podremos avisar a Nueva Tierra de lo que se les viene encima —repuso Rob.

—Anda, cállate, por favor —le espetó ella cruzándose de brazos.

La derrotada Calicó fue escoltada por los seis patrulleros en dirección al planeta, con sus tres ocupantes guardando el silencio de los vencidos en el puente de mando. Sin embargo, cuando se aproximaron tanto a Nibiru como para comenzar a distinguir sus rasgos a simple vista, Marc cayó en la cuenta de que aquél era el primer planeta distinto a la Tierra en el que iba a poner sus pies, pensamiento que logró emocionarle y al mismo tiempo llenarle de curiosidad.

Visto más de cerca, no pudo evitar comparar Nibiru con su propio planeta natal. Ambos tenían grandes mares y continentes, nubes en el cielo, una estrella amarilla calentándoles y una luna orbitando a su alrededor, pero aquella luna más que gris era marrón, y la forma de los continentes se le antojó completamente distinta a como estaban distribuidos en la Tierra, además de tener la sensación de que aquel planeta era, a rasgos generales, mucho más montañoso de lo que ésta había sido.

Cuando entraron en la atmósfera por fin, pudo contemplar un hermoso paisaje plagado de montañas altas y escarpadas, con picos similares a filos de cuchillas que parecían cortar las densas nubes que se acumulaban en las cumbres más altas. Los valles no abundaban demasiado, y en su mayoría habían sido cubiertos por lagos que formaban enormes extensiones de agua cristalina. En los que no se habían formado lagos, la hierba verde lo cubría todo, pero los árboles eran escasos. Al bajar un poco más, descubrió que, visto desde abajo, el cielo era tan azul como el de la Tierra.

—¡Qué bonito! —exclamó admirado. El paisaje daba la impresión de seguir siendo virgen, como si la humanidad jamás lo hubiera pisado.

—Sí que lo es —afirmó Rob—. Hablando a escala geológica, el planeta salió hace poco de una terrible edad de hielo que cubrió toda su superficie. El hielo

esculpió las montañas con esas formas, y al retirarse y derretirse creó los lagos que ves.

—Que contienen el agua más limpia y pura de todo el sector —añadió Gretch, que conocía demasiado bien el agua del planeta debido a los problemas legales que el tráfico con ella le habían provocado—. Y eso de allí es Puerto Andrómeda, el último lugar en el que quiero estar... o uno de los últimos, al menos.

Nadie podría haber dicho que Puerto Andrómeda fuera un lugar desagradable o poco acogedor, muy al contrario, aparentaba ser el tipo de lugar donde alguien hastiado del tráfico y la polución de la gran ciudad se tomaría unas relajantes vacaciones. Rodeada por todo un valle plagado de invernaderos con forma de cúpulas, en los que se cultivaban los alimentos que la nutrían, aquella pequeña urbe se levantaba entre dos altas montañas, que a su vez marcaban sus límites. Cinco rascacielos de cristal con forma de proyectil sobresalían por encima del resto de edificios, de aspecto más tradicional, y en las terrazas y balcones de todos ellos disponían de pequeños huertos personales que teñían de color verde las calles.

Marc se emocionó cuando se acercaron lo suficiente como para ver gente, a mucha gente del futuro caminando por sus calles y haciendo su futurista vida entre las arterias de aquel pintoresco lugar. Ellos eran los descendientes de quienes se pasearon por ciudades de otro tipo en su época, y aquella imagen le resultó tan evocadora que casi no le importó haber sido detenido para poder contemplarla.

No obstante, no alcanzaron a entrar del todo en Puerto Andrómeda. Antes de llegar a sobrevolar los rascacielos les obligaron a atracar sobre unas construcciones de metal en forma de pentágonos enormes en las afueras. Los seis patrulleros permanecieron en vuelo alrededor de la Calicó, por si se les ocurría intentar escapar, y los alrededores de la nave no tardaron en llenarse de hombres vestidos con uniformes azules cuando tocaron tierra.

—¡Salgan desarmados y con las manos en alto! —les ordenó alguien desde el exterior a través de un altavoz—. Sólo lo diré una vez, si no, abriremos fuego.

—Tan simpáticos como siempre —rezongó Gretch apagando los motores—. En fin, ¿preparado para pasar el resto de tu vida en la cárcel, Rob?

—Supongo que sí —respondió el androide con resignación.

Marc se sintió mal por no poder hacer nada. No creía que a él fueran a encerrarle también, al menos no durante mucho tiempo, porque no era cómplice de los delitos de los que les acusaban a ellos... pero sin duda aquélla sería la despedida para los tres. Le enviarían a Nueva Tierra, si es que el aviso llegaba a tiempo y el planeta se salvaba, o incluso cabía la posibilidad de que le acogieran allí.

Desde luego, pese a las autoridades, el planeta parecía acogedor. No le habría importado hacer un poco de turismo en él antes de tener que abandonarlo.

Salió con los demás, con las manos en alto y sin armas, por la entrada de la bodega de carga. Los hombres de azul se apresuraron a rodearles, y tres de ellos se aproximaron para cachearles y esposarles. No fueron bruscos, aunque tampoco

especialmente amables, y Marc se fijó en que las esposas que le colocaron a Rob eran más grandes que las que le habían puesto a Gretch y a él, precaución que consideró bastante acertada por su parte después de conocer de primera mano lo que el androide podía hacer.

Una vez sin escapatoria, un cuarto policía algo entradito en carnes y con un poblado mostacho castaño se acercó a ellos flanqueado por otros dos. Al mismo tiempo, un nuevo grupo de seis agentes se apresuró en entrar al interior de la nave para registrarla.

—Vaya, vaya, vaya... mira quiénes han decidido volver —se mofó el bigotudo plantándose frente a Gretch y Rob con aires de suficiencia.

—Comisario Bergen —le saludó Gretch—. Ha engordado un poco... la buena vida, ¿eh?

El comentario no le sentó bien al comisario, que agitó los bigotes indignado y se sonrojó.

—Tú y tus bromitas... hay cosas que no cambian, ¿verdad? —replicó recuperando la compostura—. Veremos si haces chistes cuando lleves diez años en una celda. ¿Y tú, androide? ¿Todavía tienes el cuerpo que nos robaste? Ya nos encargaremos de que lo devuelvas, pero por el momento tus otros cuerpos quedan requisados, y además...

Uno de los acompañantes dio un paso hacia Rob y le colocó en la frente un pequeño dispositivo en forma de pastilla redonda, que se clavó en su piel y comenzó a emitir una débil luz roja.

—Es un inhibidor de frecuencia, más vale ser precavidos, ¿no es cierto? —dijo el comisario.

Rob, a diferencia de Gretch, prefirió no contestar, y se conformó con dirigirle una dura mirada. Al hombre, sin embargo, no pareció importarle, y pasó del androide para encararse con Marc, el único de ellos al que no conocía de delitos anteriores.

—¿Y tú quién eres, muchacho? ¿Un nuevo cómplice de la capitana Rosenstock? —le interrogó.

—Mi nombre es Marc Asensi, comisario —respondió él dispuesto a colaborar—. Antes de detener a nadie, le suplico que envíe un mensaje a quien corresponda en Nueva Tierra. Hemos descubierto que el comandante Rosenstock, el de las amenazas del vídeo, tiene muestras del Segador, el virus que aniquiló el planeta Tierra, y planea liberarlo en su superficie para provocar una matanza.

—Pero ¿qué locuras estás diciendo? —replicó Bergen frunciendo el ceño.

—No te molestes, no va a creerte, nos odia demasiado —le advirtió Gretch, a lo que el comisario respondió dedicándole una mirada airada.

—¡Pero es cierto! —insistió Marc, que no estaba dispuesto a rendirse—. ¡Estuvimos en la Tierra después de venir aquí la primera vez! ¡Nos colamos en el «Leviatán»!

—¡Ah! ¿Os colasteis en el «Leviatán» de Rosenstock, dices? Supongo que para

una reunión familiar en una fecha tan señalada como la que se aproxima, ¿verdad? — se mofó él, consiguiendo que los dos hombres que le acompañaban sonrieran también. Gretch, sin embargo, le lanzó una de sus miradas asesinas, gesto que al comisario no le pasó desapercibido y que correspondió con una mueca de desprecio —. ¡Sargento! Ayúdeme a llevar a estos tres delincuentes a una celda, ¡y no deje que ningún androide se acerque a ellos! Esta vez no me vais a engañar con trucos... el comisario Bertram Bergen no tropieza dos veces con la misma piedra.

—¡Pero...! —quiso protestar Marc.

—No te molestes, no te van a hacer caso —le dijo Gretch.

Detenidos, los policías les llevaron hasta la comisaría, el edificio adyacente a la pista de aterrizaje, que a Marc se le antojó muy parecido a una comisaría de su época visto desde fuera. Sólo unos instantes más tarde descubrió que por dentro tampoco era tan distinta, salvo por la tecnología más avanzada con la que contaba. Personas de ambos sexos, pero siempre vestidas con esos uniformes azules tan característicos, caminaban de un lado a otro ocupados en sus quehaceres, que en su mayor parte consistían en vigilar imágenes digitales proyectadas en el aire, las cuales mostraban mapas de distintas calles con puntos de luz parpadeantes moviéndose entre ellas, o teclear sobre escritorios similares al panel de mandos de la Calicó. Los menos, trasladaban a algún detenido con mala pinta de un lado a otro del edificio.

No se detuvieron, sin embargo, mucho tiempo allí. Enseguida pasaron de largo las oficinas y les metieron por una gruesa compuerta doble, donde una mujer también de uniforme les escaneó de arriba abajo con una varilla metálica.

—No detecto su chip —declaró tras pasarla alrededor de Marc.

—¡Un indocumentado! —exclamó Bergen, feliz de encontrar algo de lo que acusarle—. ¿Sabes que está prohibido andar por ahí sin el chip, muchacho?

—La verdad es que no —mintió.

—Pues el desconocimiento de la ley no exime de su cumplimiento —le informó el comisario—. Un indocumentado puede acabar en la cárcel.

—Comisario, por lo que tengo entendido, la gente de Rosenstock se arrancó su chip cuando se exiliaron para que no pudieran identificarles —dijo la mujer, que le dirigió a Marc una mirada de desconfianza.

—Oh, genial... —suspiró él viendo su futuro muy negro.

Rob no se inmutó, pero Gretch no pudo evitarlo y luchó por contener una carcajada que amenazaba con escaparse de su boca, gesto que al comisario, de nuevo, no le gustó nada.

—No parece un dackhariano, pero sería mucha causalidad que no fuera parte de esa cuadrilla de asesinos si viaja en compañía de Gretchen Rosenstock —afirmó con rotundidad.

—¡Eh! —se indignó ella perdiendo enseguida las ganas de reírse—. ¿Desde cuándo se me relaciona con las actividades de mi tío?

—¡Desde que en Dackhara han ofrecido una recompensa a quien te entregue a la

justicia! —le espetó Bergen. La inquina que mostraba el hombre cada vez que se dirigía a ella le indicó a Marc no sólo estaba cumpliendo con su trabajo, sino que tenía algo personal contra Gretch—. Tienes suerte de que no dispongamos de un tratado de extradición con ese planeta... pero que no te extrañe si, cuando salgas de la cárcel, en la puerta te está esperando alguno de esos mugrosos cazadores de cabezas para llevarte a rastras a un campo de concentración dackhariano. ¿Qué te parecería eso?

Gretch se abstuvo de responderle, sin embargo, el odio que desprendía su mirada fue todo lo que el comisario necesitó para sentirse satisfecho.

—¡Llévalos a sus celdas! —ordenó.

Obedeciendo la orden de su superior, les trasladaron por un largo pasadizo color gris piedra que les llevaba bajo tierra. Por el camino se cruzaron con un gran cartel colgado en la pared, donde podían verse unas fotos tridimensionales que mostraban los rostros de los delincuentes más buscados del planeta... entre ellos se encontraban las de Gretch, Rob y el excomandante Rosenstock, a quien reconocía del vídeo. También encontró la imagen de una mujer de cara larga y pelo plateado que no le sonaba, pero cuyo nombre, Adalia Smeith, sí que lo hacía gracias a lo que el androide y la dackhariana le habían contado tras el rescate.

—¡Es increíble! Llevo sólo unos días en el futuro y ya conozco a la mitad de los de esa lista —lamentó.

—¡En el presente! —le corrigió Gretch casi con desgana.

—¡Silencio! —exigió uno de los policías.

Los metieron a los tres en una celda cuadrada de tres por tres metros, cubierta por una pared de metal negro no demasiado limpia y unos barrotes plateados que Marc imaginó que debían ser de algún material súper resistente del futuro sobre los que Rob no dejaba de intentar hablarle, como el grafeno.

No estaban solos allí. Recostado con pereza en uno de los dos bancos de los que disponían para sentarse, un hombre desaliñado y más bien poco agraciado se quedó mirándoles con altiva curiosidad, como si no tuvieran categoría suficiente entre los delincuentes para ocupar la misma celda que él.

—¡Pero oigan! —exclamó Marc intentando llamar la atención de los carceleros, que nada más encerrarles se marcharon por donde habían venido sin hacerle ni caso—. ¡Nueva Tierra está en peligro!

El sonido de la compuerta cerrándose después de que ambos salieran del pasillo gris le indicó lo que Gretch ya le había señalado antes: que no le creían. Exasperado, se dejó caer en la banqueta libre, donde Rob y ella ya se habían acomodado, y comenzó a pensar en cualquier forma, por bizarra que fuera, de enviar el mensaje.

—¡Tengo derecho a una llamada! —recordó de repente.

—¿Y a quién vas a llamar? —replicó Gretch con desdén.

—Espera a que te tomen declaración —le recomendó Rob—. Si les explicas todo desde el principio, tal vez alguien por lo menos se moleste en comprobarlo.

—¡Pero entonces será muy tarde! —protestó—. ¿No puedes utilizar a los otros cuerpos para enviar un mensaje? ¿O robar algún cuerpo de un androide policía?

—Mientras tenga esto en la cabeza, no —respondió señalándose en inhibidor que le habían colocado en la frente.

—¿Y no te lo puedes quitar? —inquirió.

—¿Crees que si se pudiera quitar con tanta facilidad serviría para algo? —le contestó Gretch, que no estaba siendo de mucha ayuda.

—Si lo fuerzo, liberará una descarga que me freirá los circuitos —le explicó Rob—. Y con él puesto no puedo ni siquiera conectarme a la Telaraña... este vacío de datos es muy incómodo.

—Tiene que haber algo que podamos hacer, cualquier cosa... —insistió poco dispuesto a rendirse. Había demasiadas vidas en juego como para eso.

—No te preocupes, tengo la intuición de que pronto seremos víctimas de un rescate —le aseguró Gretch.

—¿Has dicho rescate? —se interesó el cuarto ocupante de la celda—. ¿Planeáis fugaros? Si me lleváis con vosotros, os recompensaré. Ellos no saben dónde está mi botín.

—¡Cállate! —le espetó ella despectiva.

—¡No puedo creer que estemos aquí atrapados mientras un terrorista loco intenta arrasarse un planeta! —desesperó Marc al quedarse sin ideas.

\*\*\*\*\*

—¿Estáis seguros de que están aquí? —inquirió el segundo oficial de la «Jets» cuando la técnico le informó.

Adalia Smeith, sentada en el asiento principal del puente de mando, capitaneaba el interceptor dackhariano que ahora flotaba a tan sólo unos pocos millones de kilómetros de la superficie de Nibiru, el lugar donde les había llevado el rastro de radiación gamma que desprendía el dañado motor de la Calicó.

Por el momento, los sistemas de camuflaje les habían mantenido invisibles ante los escasos patrulleros que protegían la órbita del planeta, pero eso no duraría para siempre. Debía tomar una decisión rápida y actuar.

—La información es correcta, oficial —confirmo Annelie Lehner, la técnico de comunicaciones que se había presentado voluntaria para formar parte de la improvisada tripulación de la «Jets»—. La señal acaba de llegarnos desde el planeta, en concreto desde Puerto Esmeralda. La han detenido junto al androide y a un varón sin identificar, que sólo puede ser el hombre del siglo XXI que les acompañaba cuando escaparon del «Leviatán».

—Pero ¿por qué aquí? En este planeta están en busca y captura, ¿pretenden comprar su libertad a cambio de información? —se preguntó el segundo al mando.

—No tuvieron más remedio —contestó Adalia captando la atención de ambos

tripulantes—. Los supervivientes del hangar ya informaron del mal estado en que se encontraba la nave, y el rastro que hemos seguido indica que su motor de curvatura falla... no pudieron elegir su destino, tal y como el comandante predijo.

—Sí, es posible —admitió la técnico—. Parece que hemos tenido suerte después de todo.

—Con su permiso, capitana, pero... si han llegado a Nibiru, ¿no está todo perdido? —señaló el segundo oficial—. Un mensaje puede ser enviado a Nueva Tierra en cualquier momento.

—Ponga en marcha el protocolo de intercepción de comunicaciones —le ordenó—. Ningún mensaje saldrá de esa comisaría en dirección a ninguna parte.

—Detectarán la intercepción y nos delataremos si lo hacemos —advirtió el oficial.

—Ya lo sé, ¡hacedlo! —exigió.

—A sus órdenes —replicó él regresando a su puesto.

—¡Piloto, prepárese para descender sobre este planeta de mala muerte! —exclamó Adalia—. Tenemos cuentas que saldar con la futura emperatriz de Dackhara...

\*\*\*\*\*

—Este juego es una estupidez —gruñó Gretch—. ¿Cómo va a ganar un vulgar papel a la piedra? No tiene sentido.

—Lo que pasa es que has perdido tres veces seguidas —se burló Marc. Llevaban casi cuatro horas dentro de la celda, y la única distracción de la que habían podido disfrutar fue cuando los guardias les trajeron la comida, que consistió en una pasta parecida a unas gachas insípidas, de modo que Marc le había enseñado a jugar a «piedra, papel y tijeras», recuperando aquel juego tan tonto del olvido al que el tiempo lo había sometido.

—Venga, al mejor de diez...

—¡Los guardias! ¡Los guardias! —advirtió el otro recluso humano, que se llamaba Benito y con quien Marc había hecho buenas migas debido a que su nombre era el primero originario de su idioma materno que escuchaba desde que llegara al futuro, aunque luego resultó ser nada más que un delincuente de poca monta con una historia más bien poco interesante.

—Ya los oímos, estamos en la misma celda que tú —le espetó Gretch, que no compartía la simpatía de Marc por él.

Rob, que había preferido entrar en hibernación para ahorrar energía, abrió los ojos de nuevo cuando el comisario, acompañado de otro agente, llegó hasta la celda y les dedicó a los cuatro una de sus inagotables miradas de odio.

—A ver, el inidentificado, ven aquí —ordenó frunciendo el ceño.

Marc, sin otra opción más que obedecer, se acercó hacia los barrotes. El agente

que iba con el comisario llevaba en las manos una pequeña varilla metálica que él ignoraba por completo qué función cumplía.

—Dijiste que tu nombre era Marc Asensi, ¿verdad? —le interrogó Bergen sin disimular su desagrado—. ¿Marc Asensi García, tal vez?

—¡Sí! —exclamó él sorprendido de que conocieran su segundo apellido.

El otro policía hizo un gesto su mano, como si desenrollarla un pergamino invisible desde un extremo de la varilla, y una proyección holográfica donde se veía una foto de Marc se proyectó en el aire desde ella, junto a todos sus datos personales.

—Marc Asensi García, 1989-2015 —leyó—. Las huellas digitales, sistema de identificación primitivo donde los haya, coinciden.

—Anda, ¿habéis visto? —dijo volviéndose hacia Gretch y Rob—. Es sorprendente que aún conserven mis datos en alguna parte.

—¡Silencio! —exigió el comisario—. Creo que está claro lo que ocurre aquí.

—Verás tú... —se temió ella negando con la cabeza por anticipado.

—Tú y tu gente estáis tratando de robar identidades de gente fallecida hace siglos para infiltraros sin levantar sospechas entre la población decente, y así poder cometer atentados, ¿verdad? —resolvió Bergen.

—¡Brillante! —exclamó Gretch riéndose por no llorar.

—Pero ¿qué dice? —replicó Marc sin poder creer lo que estaba escuchando—. Oiga, yo no tengo nada que ver con Rosenstock y su gente, se lo juro. Yo soy ese Marc Asensi García, sólo que al morir fui criogenizado hasta que encontraran la cura del cáncer que padecía, Búsquelo en el expediente ese, seguro que tiene que constar en alguna parte la causa de la muerte, ¿verdad? ¡Si hasta es mi foto! Aunque reconozco que no es la mejor que tengo...

—¿No oís eso? —intervino el cuarto prisionero aguzando el oído, aunque nadie le prestó la menor atención.

—Puedes intentar reírte de nosotros lo que quieras, pero no vas a engañarnos —gruñó el comisario señalando a Marc con el dedo—. Por lo pronto, se te acusa de ser cómplice de estos dos delincuentes, de no estar debidamente identificado, de intento de robo de identidad de un fallecido...

—Es como un silbido —insistió Benito.

Un repentino temblor, como si se hubiera producido un corrimiento de tierra, interrumpió la lista de acusaciones y sobresaltó a todos los presentes. Al mismo tiempo, una luz roja comenzó a brillar por todas partes en señal de alarma.

—¡Nos atacan! —exclamó el policía que acompañaba al comisario agarrándose a los barrotes de la celda para no caer al suelo—. ¡Nos bombardean!

—¿El «Leviatán»? —preguntó Marc asustado volviéndose hacia Gretch.

—Si fuera el «Leviatán», habría volado este lugar por los aires —respondió ella, apretando los dientes con preocupación pese a todo—. Además, una nave tan lenta no podría haber llegado ya hasta aquí.

—Deben haber usado una nave más rápida entonces —concluyó Rob.

—¡Que alguien me diga qué está pasando! —exigió el comisario, que se llevó una mano a la oreja, donde debía llevar algún tipo de comunicador. Un segundo temblor, más fuerte que el primero, y que además trajo consigo el sonido de una explosión, consiguió que tastabillaran de nuevo—. ¡Responded! Maldita sea... ¡sargento, quédese aquí mientras voy a ver qué pasa!

—Sí, comisario —obedeció éste.

Murmurando maldiciones, Bergen se marchó trotando por el pasillo en dirección a la planta superior, momento que Gretch aprovecho para levantarse y que coincidió con el instante en que una nueva explosión hizo temblar toda la celda de nuevo. El sargento se agarró a los barrotes para no caerse, y ella se valió de aquello para cogerle la mano, estirar con fuerza hacia sí misma y estrellar la cabeza del agente contra las barras metálicas.

Con un sonoro *gong* el hombre cayó inconsciente, y Gretch no tardo en arrodillarse en el suelo a su lado.

—¿Qué haces? —exclamó Marc alarmado—. ¡Has agredido a un policía!

—No podemos estar aquí cuando la gente de mi tío llegue —respondió ella pasando la muñeca del inconsciente sargento por el dispositivo lector junto a la celda. Los barrotes se replegaron sobre sí mismos al instante.

—¡Genial! —dijo Benito sonriendo y frotándose las manos—. ¡Libre de nuevo!

—Me parece que la cosa se pone mal ahí arriba —afirmó Rob agudizando sus sentidos—. Estoy oyendo disparos, las tropas deben haber tocado tierra. Si tuviera a Juggernaut, iban a saber lo que es bueno...

—Lo más probable es que intenten impedir que se avise a Nueva Tierra de sus planes —dedujo Marc—. ¿Hay alguna forma de salir de aquí?

—Atravesando la batalla campal hasta la nave, supongo —respondió el androide.

—¿Escapar en la Calicó? —inquirió él—. Dado su estado, lo veo difícil.

—Los patrulleros que tienen aquí no están hechos para salir del sistema, no nos queda otro remedio —intervino Gretch—. Además, no pienso abandonar mi nave... y será mejor que nos movamos, no quiero que nos acorralen aquí dentro.

—Coincido —asintió Rob.

—¡Eso! ¡Una nave para escapar! —exclamó Benito entusiasmado—. Veo que habéis pensado en todo. Eso me gusta en unos cómplices de fuga.

—Tú calla y no molestes —le espetó Gretch sin apenas dirigirle una mirada.

Los cuatro salieron corriendo por el pasillo, pasando de nuevo junto al cartel de los delincuentes más buscados del planeta. Conforme se fueron acercando a la parte superior de la comisaría, unos sonidos de disparos, mesas cayendo al suelo y cristales rompiéndose comenzaron a escucharse, señal de que la batalla había entrado ya al edificio, y una vez alcanzaron la compuerta doble pudieron observar de primera mano el panorama que se les presentaba.

Buena parte de los agentes se habían atrincherado detrás de escritorios volcados para aguantar la incursión de una docena de soldados dackharianos armados con

fusiles de plasma. En el suelo se encontraban los cuerpos abatidos de dos soldados y por lo menos siete agentes.

Rob, Gretch y Marc se agacharon para evitar los disparos, pero Benito se lanzó hacia el policía más cercano, y con una patada en la cabeza, fruto de un ataque traicionero por la espalda, lo derribó en el suelo para robarle la pistola.

—¡A por ellos! —exclamó dispuesto a lanzarse al combate, pero Gretch le agarró de la pechera y lo atrajo hacia sí con violencia.

—¡Idiota, éstos son de los nuestros! —le espetó. Sin embargo, la regañina no pudo ir a más porque el impacto de un rayo verde disparado por un soldado dackhariano alcanzó al delincuente, que en menos de un segundo quedó reducido a un montón de cenizas en el suelo.

Gretch se vio obligada que dar un salto hacia atrás para no mancharse con sus restos.

—¡Tienen un rayo desintegrador! —advirtió uno de los policías.

—Rayos desintegradores, lo que faltaba —resopló Marc, que no tenía ni idea de qué clase de arma era ésa, pero sólo por el nombre y lo que había visto que era capaz de hacer ya infundía respeto. Aun así, se agachó a recoger el arma que Benito, en paz descansara, había dejado caer al ser desintegrado—. ¿Cuál es el plan para salir vivos de ésta?

—¡Tu! —exclamó Gretch al encontrar al comisario Bertram Bergen escondido debajo de un escritorio, aterrorizado. Los tres se arrastraron hacia él evitando el tiroteo, y cuando les vio, soltó un grito e intentó retroceder, pero ella fue más rápida y le agarró de la chaqueta del uniforme—. ¡Tienes que quitarle el inhibidor a Rob!

—Y rápido —añadió el aludido cuando un nuevo rayo verde pasó a pocos centímetros de la cabeza de un policía y acabó golpeando contra la pared, abriendo un boquete considerable en ella.

El comisario masculló algo que nadie podría haber relacionado con palabras y los miró muy asustado. Gretch le sacudió la cabeza para hacerle reaccionar.

—¿Quieres salir vivo de esto? ¡Entonces quítale el inhibidor a Rob! —gritó.

A punto de sufrir un colapso de puro miedo, llevo una mano temblorosa hasta su cinturón y agarró torpemente un pequeño aparato que a Marc se le antojó parecido a un abridor. Gretch se lo arrancó de las manos con brusquedad y se apresuró a desactivar con él la protuberancia de la cabeza del androide.

—¡Por fin! —exclamó él aliviado.

—Ya sabes lo que tienes que hacer —le dijo ella.

—Estoy en ello, pero ya han formateado mis cuerpos... deja que me concentre un momento en volver a entrar en ellos —replicó antes de cerrar los ojos y agachar la cabeza.

—Y tú, próximo condecorado al valor policial, ¿dónde están nuestras cosas? No podemos enfrentarnos a una avanzadilla dackhariana sin armas —exigió saber Gretch volviéndose hacia el comisario.

Éste, con la barbilla todavía temblándole, señaló hacia uno de los armaritos que había pegados a la pared, a medio metro del escritorio volcado más próximo a ellos.

—Vamos allá —dijo abandonando a Bergen en su escondite.

—¿Para qué quieres nuestras cosas? —le preguntó Marc, que la siguió por no quedarse solo—. ¿Qué armas tienes ahí?

—Una pistola, pero también guardaba unas granadas que nos pueden ser útiles... Rob está ocupado, vas a tener que cubrirme tú —le pidió tras estudiar la situación. Levantarse a abrir el armarito la dejaba muy expuesta a los disparos enemigos.

—¿Cubrirte? —repitió Marc.

—Darme fuego de cobertura —le explicó ella.

—Ya sé lo que es cubrir a alguien. —Su duda no era precisamente el significado de la palabra, ni mucho menos—. Yo... está bien, supongo.

Tragando saliva, se incorporó lo suficiente como para poder asomar la cabeza por encima del escritorio volcado. En mitad de la trifulca nadie se fijó en él, pero permaneció atento por si alguien intentaba atacar a Gretch. Aquellos soldados no eran como los del destructor, éstos estaban preparados para el combate, y además de los fusiles, algunos tenían unos escudos de energía con los que se protegían ellos mismos y al compañero que tenían al lado. Estos escudos parecían soportar con envidiable entereza los disparos de plasma de los policías.

Cuando Gretch se puso en pie, Marc vio cómo el dackhariano que portaba el arma desintegradora se daba cuenta de que en ella disponía de un blanco fácil al que acertar, y de inmediato se dispuso a dispararle. Él, sin tener muy claro todavía cómo funcionaba la pistola que sujetaba, apuntó a su brazo, la única parte que dejaba expuesta el escudo de su compañero, para intentar evitarlo... y abrió fuego.

Por un milagro inexplicable, el disparo acertó su objetivo, el proyectil de plasma impactó contra el antebrazo del soldado que, empujado por la fuerza del impacto, cayó hacia atrás, quedando así expuesto a los disparos de los policías.

—¡Sí! —exclamó satisfecho cuando los agentes no desaprovecharon la oportunidad que les había brindado y le acribillaron.

—¿Todo bien? —preguntó Gretch agachándose a su lado de nuevo y lanzándole su gabardina.

—De momento —respondió Marc mientras ella se colocaba su cinturón—. Aún no veo cómo vamos a salir de aquí.

—Ahora lo verás —replicó ella, que sacó de uno de los bolsillos del cinturón una pequeña pelota de golf, sólo que gris y metálica.

—¡Estoy listo! —anunció Rob dándoles alcance, aunque cuando se fijó en lo que Gretch sujetaba en las manos, miró el artilugio con aprensión—. ¿Una granada iónica?

—Sí —corroboró Gretch, que se apresuró en lanzarla contra los soldados que se encontraban junto a la puerta. Cuando estalló, la onda electromagnética alcanzó por lo menos a siete de ellos, que de repente se encontraron con que sus escudos fallaban

y dejaban de repeler los proyectiles de plasma—. ¡Ahora, Rob!

El tiroteo entre agresores y agredidos se detuvo por un instante cuando la pared de la comisaría estalló. Una nube de humo blanco y polvo cubrió aquella parte de la sala por completo, y antes de que se disipara de todo y los presentes pudieran contemplar la silueta de Juggernaut emergiendo por el agujero que él mismo había provocado, éste ya había comenzado a disparar con su potente metralleta de plasma contra los dackharianos.

Los policías de nuevo no perdieron la oportunidad que se les regalaba y comenzaron a disparar también, acabando con muchos de los soldados que, abrumados por tener dos frentes de ataque, o directamente sin escudos, no tuvieron forma de defenderse.

—¡Hora de largarse! —exclamó Gretch saltando con insólita temeridad por encima de una de las mesas que les protegían.

Rob la siguió sin dudar, y Marc, menos osado que sus compañeros, pero que no quería quedarse atrás, lo hizo también... aunque antes, y sólo por precaución, se encargó de que su gabardina le volviera invisible a los ojos de cualquiera.

Los superados soldados no pudieron hacer nada contra una mujer que lanzaba proyectiles de plasma a diestro y siniestro para abrirse paso, unido a los disparos de los propios policías, que ya no podían rechazar con tanta facilidad, y de la enorme máquina de guerra, que no tenía compasión con ellos. Sin embargo, en un último acto de desesperación, cuando el trío logró abrirse paso hacia el exterior, uno de ellos trató de retener a Rob agarrándole de un brazo.

Marc, que estaba justo a su lado, trató de ayudar al androide abalanzándose contra el soldado para que le soltara. Sorprendido por el inesperado ataque de un enemigo invisible, el dackhariano no pudo reaccionar y cayó rodando hacia atrás liberado a Rob, pero arrastrando a Marc consigo. Al caer, éste notó cómo algo duro se le clavaba en la espalda. Sin embargo, cuando dolorido fue a sacarlo de su espinazo, se encontró con que esta vez era el soldado el que se le echaba encima a él, que tras el golpe ya no estaba protegido por la invisibilidad.

De no ser por la intervención de Rob tal vez no habría podido contarle jamás. El androide, utilizando el cuerpo cubierto por placas de metal, que salió junto a la esfera negra flotante del mismo agujero que abriera Juggernaut momentos antes, agarró al dackhariano de los brazos y lo levantó del suelo a la fuerza para quitárselo de encima.

Marc rodó a un lado para alejarse de su atacante, y cuando lo hizo, descubrió que sobre lo que había caído era nada menos que la pistola desintegradora del tipo que había caído abatido tras su disparo. Desde que acabó con su portador, ésta había permanecido tirada en el suelo y sin dueño, de modo que, sin dudarle un instante, la recogió y apuntó con ella al soldado que forcejeaba para soltarse de Rob.

El rayo verde alcanzó de lleno al hombre, que al igual que ocurriera con Benito un momento antes, no necesitó más que un segundo para acabar convertido en un pequeño montón de cenizas en el suelo. Aunque Marc se vio arrastrado hacia atrás

por culpa del fuerte retroceso que tenía el arma, no pudo evitar admirarse por su eficacia.

—¡Esta cosa es la leche! —exclamó asombrado.

—¡Vámonos! —le dijo el androide con voz metálica tendiéndole una mano.

Cuando se incorporó, ambos se apresuraron en salir de la comisaría acompañados de la pelota flotante robótica y pisaron por fin la calle.

—¿Qué haces? ¿Por qué tardas tanto? —le reprochó Gretch con impaciencia—. Pensaba que estabas invisible por aquí.

—¡Intentaba ayudar a Rob! —se defendió él.

—Te agradezco el gesto, pero no estaba en peligro —le aseguró él un segundo antes de que Juggernaut saliera también al exterior para reunirse con ellos, volando por los aires otra pared de la comisaría en el proceso.

—Es evidente que no —tuvo que admitir Marc.

—Será mejor que nos demos prisa —advirtió Gretch—. Estos tipos han venido a por nosotros, no a matar policías, pero si sobrepasan a los agentes, no lo tendremos fácil para escapar. Larguémonos de aquí mientras aún están distraídos.

El enfrentamiento entre las fuerzas del orden de Nibiru y los rebeldes dackharianos también se estaba produciendo allí fuera, y los proyectiles de plasma de unos y otros volaban por los aires en todas direcciones. Como meterse en una lucha donde ninguno de los dos bandos les tenía el menor aprecio no entraba en sus planes, les dejaron pelear sin interferencias y se concentraron en buscar la Calicó en los hangares.

Aun así, por el camino tuvieron que hacer frente a más de un soldado demasiado entusiasta que acabó tiroteado por Gretch, acribillado por Rob o desintegrado por Marc y su nueva arma favorita de efectos letales.

Tras alcanzar la nave, que seguía atracada en el mismo lugar donde la dejaron, Marc creyó que por fin estaban a salvo. Habían esquivado los combates y por esa zona no quedaban hombres de Rosenstock o policías a la vista... pero cuando ya se encontraban tan sólo a unos pasos de la entrada de la bodega de carga, por ella apareció Adalia Smeith, que al parecer les había estado buscando en su interior.

Vestida con su traje negro con placas metálicas, una capa también negra a la espalda y una fina vara como un bastón en las manos, les observó desafiante desde lo alto de la rampa.

La respuesta de Rob no se hizo esperar. Dispuesto a acabar con aquello de un plumazo, lanzó un disparo con la mano cañón de Juggernaut. A la dackhariana, sin embargo, no le costó esquivarlo echándose a un lado de un salto y cayendo sobre tierra firme. El cañonazo de plasma acabó estallando contra el interior de la bodega.

—¡No hace falta que la destroces más! —le reprendió Gretch.

—¿Creíais que podíais escapar impunes? —dijo Adalia desde el suelo haciendo girar en el aire la vara, a la que le crecieron un par de apéndices afilados en un extremo, dándole un aspecto parecido al de una alabarda medieval.

—Bonita vara dackhariana, Smeith, aunque seguimos siendo seis contra una —le señaló Gretch con fanfarronería apoyando las manos en las caderas.

—Cierto —admitió ella, sin amedrentarse lo más mínimo, al tiempo que les mostraba tres granadas iónicas que sujetaba en la mano—. Hora de igualar las cuentas...

Juggernaut lanzó un nuevo cañonazo de plasma, pero la dackhariana volvió a evadirlo con una pirueta. En mitad de la cabriola, además, fue capaz de lanzar las tres granadas contra ellos.

—Oh, oh... —temió Rob de forma completamente justificada cuando una de ellas cayó a sus pies.

Marc se echó a un lado al tiempo que los cuerpos del androide intentaban escapar de la onda electromagnética mediante una maniobra de dispersión, pero no fueron lo bastante rápidos, y uno a uno fueron cayendo al suelo entre sacudidas... incluso Juggernaut, que se tambaleó durante un par de segundos antes de hacer temblar el pavimento al golpear contra él.

—¡No! —bramó Gretch lanzando una ráfaga de furiosos disparos contra Adalia con su pistola.

Ella, sin embargo, volvió a esquivar los ataques con una serie de ágiles acrobacias, y Marc, consternado por lo que la mujer le había hecho al androide, se unió también a la trifulca empleando contra ella su pistola desintegradora... sin embargo, la dackhariana detuvo el rayo verde con la hoja de su arma, sobre la que el efecto desintegrador no tuvo ningún efecto.

Algo sorprendido, pero lejos todavía de rendirse por ese contratiempo, intentó disparar de nuevo... sólo para descubrir que el arma se le había quedado sin energía.

—Qué poco dura lo bueno... —murmuró dándole unos golpecitos para ver si reaccionaba.

Adalia sonrió y, retadora, giró en el aire su vara, concediéndoles el siguiente movimiento.

Para Marc, sin duda ese siguiente movimiento habría sido salir corriendo, pero Gretch parecía estar dispuesta a seguir presentando batalla, y él no era la clase de persona que dejaba abandonados a sus compañeros, como creía haber demostrado ya. Además, el androide había sido la única persona del futuro que le había tratado bien, y verle quedar fuera de combate le había llenado de esa clase de ira que impulsaba a una persona a llevar a cabo actos irracionales, como el que estaba a punto de cometer.

Dando un paso al frente y se interpuso entre Gretch y ella.

—¿Por qué no te enfrentas conmigo? —desafió a la dackhariana envalentonado.

—¿Qué haces? —replicó Gretch atónita.

—La verdad es que no lo tengo claro —confesó él en un murmullo—. Debe ser la euforia espacial esa.

Adalia lanzó una mirada evaluadora hacia Marc, mirada que percibió sin dificultad alguna su expresión insegura y el temblor nervioso de sus manos al lanzar el desafío. Aun así, la dackhariana no se confió. No sabía quién era el hombre que tenía frente a ella, sólo conocía de él que había sido capaz de asaltar el «Leviatán» y rescatar a la sobrina del comandante, además de pertenecer a un pasado muy remoto, anterior incluso a la exploración espacial. Aunque no había pasado por las dos eugenesias que le perfeccionaran, las capacidades de la gente de esa época le eran por completo desconocidas, e ignoraba si podía esconder algún as en la manga que ella no se esperara.

—Como quieras —aceptó avanzando hacia él blandiendo la vara con verdadera maestría. No existía nada como un combate para conocer a un oponente, o eso le habían enseñado—. Veamos de lo que eres capaz, hombre del pasado.

El combate podría haber sido muy corto, o eso creyó Adalia cuando lanzó su primer golpe. Marc no parecía ser capaz de reaccionar, ni siquiera de intentar cubrirse, aunque consiguió echarse a un lado cuando el filo de la alabarda estuvo a punto de golpearle. Para ella no habría supuesto ningún problema corregir la trayectoria del golpe en condiciones normales y acabar con todo en un suspiro, sin embargo, fue incapaz de localizar a su objetivo cuando éste se volvió invisible frente a sus ojos.

—Muy listo... —susurró sin poder evitar mostrar media sonrisa.

No obstante, allí mismo disponía de otro objetivo al que atacar, y éste bien a la vista.

Haciendo una pirueta sobre un pie, lanzó una estocada contra Gretch, que saltó hacia atrás para esquivarla. Aunque desarmada, ella no estaba indefensa, era una dackhariana y había sido entrenada también en el combate cuerpo a cuerpo... pero Adalia llevaba años perfeccionando su técnica. Tras girar sobre sí misma para darse impulso, lanzó un corte lateral contra su contrincante, que a duras penas logró esquivarlo dando un nuevo salto hacia atrás. La suerte, sin embargo, no la acompañó en esa ocasión, y acabó dando un traspie accidental con uno de los cuerpos destruidos del androide, precipitándose de espaldas contra el suelo sin remedio.

Teniendo un objetivo muy fácil, Adalia sujetó la vara como si fuera el hacha de un verdugo y se dispuso a partir en dos a Gretch, que no tuvo tiempo de echarse a un lado antes de que ella descargara el golpe... golpe que no llegó a producirse porque algo tiró de su arma hacia atrás en el último momento.

Volvió la cabeza y se encontró con Marc, que era visible de nuevo, sujetando el extremo de la vara con ambas manos para que no pudiera lanzar el corte mortal. Conteniendo un gruñido, cambió con presteza de posición hasta quedar frente a frente con él, luego colocó el arma a la altura de su cintura y empujó a Marc hacia atrás con ella hasta derrumbarle en el suelo, donde él rodó a un lado y se volvió invisible de

nuevo para evitar el ataque que pretendía lanzarle.

A esas alturas Gretch ya se había incorporado, pero Adalia golpeó la parte roma de la vara contra su cabeza, y la obligó a morder el polvo una vez más.

El siguiente ataque fue capaz de prever por parte de quién vendría, de modo que giró trescientos sesenta grados sobre sí misma empleando la vara para efectuar un barrido. Marc volvió a hacerse visible y cayó al suelo con una herida que sangraba profusamente en la pierna, donde el arma le había golpeado. Con la caída quedó vulnerable ante ella, que se dispuso a lanzar un corte vertical que acabara con aquel combate de una vez por todas.

—¡Qué decepción! —dijo Adalia antes de descargar el golpe mortal contra Marc, que aturdido por la caída y dolorido por el corte trató de cubrirse con el brazo, un gesto inútil ante el agudo filo de aquella arma—. Ni siquiera me has rozado.

Sin embargo, antes de que pudiera rematarle, se escuchó un sonido como de una explosión, y acto seguido la dackhariana salió despedida por los aires envuelta en una bola de fuego.

Tras la impresión inicial, Marc se volvió buscando el origen del enorme proyectil de plasma que le había salvado la vida, y vio que Gretch, todavía tirada en el suelo, sujetaba el enorme brazo del androide gigante. Del cañón de su mano aún salía humo.

—Toma rozadura... —masculló al tiempo que luchaba por levantarse—. ¿Estás bien?

—Sí, sólo ha sido un pequeño corte —contestó imitándola.

—No me hables de golpes —resopló ella llevándose una mano a la frente, donde la vara le había alcanzado de lleno un instante antes—. Como nota para el futuro, no desafíes jamás a un dackhariano a un combate, ¿vale?

—Lo tendré en cuenta —le prometió Marc, que de inmediato se acercó al cuerpo original de Rob. Inerte en el suelo y con los circuitos chamuscados el androide no presentaba buen aspecto—. ¿Está muerto?

—No lo sé —confesó Gretch preocupada—. Los robots de guerra están preparados para aguantar ese tipo de voltajes intensos, por eso, aunque desactivado, todavía funcionaba el cañón de plasma, pero él...

—¿Podemos hacer algo? —preguntó con aprensión.

—Subámoslo a la nave —sugirió ella—. Tenemos que largarnos de este planeta... gane quien gane la batalla, nosotros perdemos. ¡Deprisa!

El cuerpo de Rob era tan pesado como el del humano adulto que representaba, de modo que tuvieron que cargarlo entre los dos para introducirlo en la Calicó. No pudieron, sin embargo, detenerse a recoger a los demás androides, y en el caso del más grande, aun habiendo tenido tiempo, sencillamente no habrían sido capaces de cargar con él. Por tanto, no les quedó más remedio que dejarlos abandonados allí.

—No le va a hacer ninguna gracia —temió Gretch cuando la nave comenzó a

elevarse en el aire—. Le tenía muchísimo aprecio a Juggernaut, ya no fabrican robots de guerra como ése.

—No va a ser el único decepcionado —murmuró Marc pensando en cierta dackhariana que habían dejado allí abajo, al tiempo que ocupaba el asiento del copiloto y se colocaba el casco en la cabeza—. ¡A Nueva Tierra!

Era posible que hubiera encontrado la forma de conectar con la nave, o tal vez ésta se había acostumbrado a sus órdenes, pero, por una vez, le obedeció a la primera, y en cuanto salieron de la atmósfera del planeta, el motor de curvatura les lanzó fuera del sistema planetario a velocidades muy superiores a la de la luz.

Adalia recuperó el conocimiento sobre el duro y frío suelo del hangar. Al abrir los ojos, reconoció la diminuta figura que se elevaba por los aires como la nave Calicó, y cuando alcanzó a incorporarse, ésta ya se marchaba rumbo a la estratosfera a toda velocidad.

Haciéndose crujir el cuello, y dando gracias porque su traje fuera resistente a los misiles de plasma, echó un vistazo a su alrededor, donde la batalla entre sus dackharianos fieles y la policía de Nibiru continuaba.

—¡Retirada! —exclamó a través de su comunicador—. Repito, retirada. Volvemos a la «Jets» antes de que intervengan fuerzas militares.

El ataque sin duda daría que hablar en los noticiarios... pero sería sólo una anécdota con el plan del comandante de nuevo encauzado y en marcha.

—No tengo mucho tiempo —retransmitió Annelie Lehner desde el comunicador de la «Jets». El puente de mando había quedado casi del todo vacío con la incursión a la superficie, y nadie podía intervenir sus comunicaciones porque ése era su trabajo ahora, de modo que había decidido contactar con sus jefes en Dackhara a través de los repetidores de Nibiru—. No sé si os llegó el anterior mensaje que envié, es posible que no porque la emisión era muy distante. El excomandante Rosenstock ha decidido atacar Nueva Tierra liberando en su superficie una cepa del Segador extraída de un laboratorio subterráneo de la vieja Tierra.

«Me encuentro en el interceptor “Jets” atacando la comisaría de Puerto Esmeralda en Nibiru, donde nos trajo el rastro de la nave Calicó, capitaneada por Gretchen Rosenstock y la única que conoce el plan fuera de sus fieles seguidores. La nave y sus tripulantes han escapado del sistema, pero no creo que hayan podido contactar con Nueva Tierra desde Nibiru, y como tienen averiadas las comunicaciones, todo apunta a que Nueva Tierra estará desprevenida hasta que ellos lleguen. Para entonces podría ser demasiado tarde, porque el “Leviatán” no ha detenido su rumbo».

Annelie sabía lo suficiente de su gobierno como para ser consciente de que no sobreviviría si Nueva Tierra caía, y desde luego conocía a su pueblo, y sabía que

buena parte de ellos estarían más que dispuestos a volver a seguir los designios de un Rosenstock. Era un alivio que al menos la hija del depuesto emperador no mostrara ningún interés en seguir los pasos de su padre, porque su vuelta a la escena pública habría supuesto un empujón importante a la causa del excomandante en un momento tan crítico.

Cortó la comunicación cuando Adalia y los oficiales militares de alto rango volvieron al puente de mando. Un sanitario iba tras ella, atendiendo una herida que le habían causado en la espalda, aunque ésta no parecía frenarla en absoluto.

Para sorpresa de la espía, la mujer tan sólo se sentó en el asiento de mando, sin dirigirles una palabra por el fracaso de la misión. Teniendo en cuenta que la nave había escapado, había esperado un ataque de furia por su parte, tal vez uno que acabara costándole la vida o el puesto a alguien... pero no dijo nada, ni siquiera protestó por las atenciones del sanitario.

—Piloto, ponga rumbo de vuelta al «Leviatán» —ordenó—. Señores, Nueva Tierra nos espera...

Aquello sorprendió todavía más a Annelie. ¿Tan seguros se veían de ir a coger al planeta desprevenido? ¿O es que pretendían atacar de cualquier modo, aunque fuera un suicidio, y morir como mártires si fracasaban? No le correspondía a ella juzgarlo, pero temía estar pasando por alto algún detalle fundamental.

Pasara lo que pasara, estaba segura de que no le quedaba mucho tiempo infiltrada entre la gente del excomandante...

## CAPÍTULO 8

—¡Vamos estúpido androide, ponte en marcha de una vez! —exclamó Gretch frustrada mientras trasteaba en la cabeza Rob.

Equipada con un juego de herramientas de precisión, pudo concentrarse en tratar de reactivar a Rob una vez estuvieron fuera de peligro y de camino hacia Nueva Tierra, trayecto que tardaría un par de días al menos. Habían trasladado al androide hasta la enfermería de la nave, donde le tumbaron en la misma camilla que ocupó Marc al despertar de su sueño congelado para iniciar las reparaciones.

A Marc le sorprendió mucho que la cabeza de Rob fuera desmontable. Todo el cuero cabelludo se podía separar del cuerpo dejando a la vista los circuitos internos del robot... pero eso no era todo, para tener mejor acceso a ellos, su rostro se partía en dos mitades que se abrían hacia los lados, formando en conjunto una imagen grotesca.

El interior de la cabeza de Rob estaba relleno de circuitos electrónicos, cables que los conectaban y algo que se asemejaba a un generador de energía que emitía una luz azul. Marc no habría sabido ni por dónde empezar a reparar un artilugio tan sofisticado, pero Gretch, que con un instrumento parecido a un punzón que lanzaba pequeñas descargas eléctricas toqueteaba aquí y allá, parecía saber lo que se hacía. Él, dispuesto a no molestar, se limitó a observar con curiosidad, y puede que también con algo de morbo, la operación.

—Definitivamente no volveré a pensar en él como en una persona —dijo.

—¿Cómo va tu corte? —se interesó ella sin dejar de trabajar en Rob—. ¿Necesitas ayuda?

—Salvo que el hacha esa estuviera envenenada, no. Ya ha dejado de sangrar —respondió—. Pensaba que iba a necesitar puntos... o su equivalente del futuro.

—Del presente —le corrigió Gretch una vez más—. Y no era un hacha, era una vara de combate dackhariana. Se fabrican de una aleación de metales que permiten otorgarle un filo como ningún arma de ese estilo ha tenido jamás en la historia, lo que las convierte en potencialmente letales... es extraño que tu corte se haya cerrado tan rápido, debe ser que los nanobots aún están operativos.

—No había pensado que tuvieran fecha de caducidad... en realidad, ya ni me acordaba de ellos, como no se notan —confesó—. ¿No sería mejor que estuvieran operativos siempre? Han resultado ser muy útiles.

—¿Y provocar una plaga gris? —replicó la dackhariana—. ¿Estás loco?

—¿Qué es una plaga gris? —preguntó él, que ignoraba qué era aquello... como tantas otras cosas de ese mundo en el que había despertado.

—¡Vaya! A veces se me olvida que no sabes nada de nada —suspiró Gretch—. Está bien, veamos, unos nanobots permanentes requerirían, o bien estar inyectándote nuevos cada poco tiempo, o que éstos tuvieran la capacidad de replicarse. Lo primero es carísimo, y lo segundo podría llevar a una plaga gris accidentalmente.

«¿Qué es una plaga gris? Si en una de los miles de replications se produjera un error y, pongamos, se fabricara un nanobot con un fallo en el programa que dirige su replicación que le obligara a no hacer otra cosa además de autoreplicarse, podría seguir haciendo eso sin control, creando más y más nanobots cuya única función sería seguir replicándose hasta quedarse sin materia prima con qué hacerlo. Al final, acabarían consumiéndolo prácticamente todo, incluyendo el hierro de la sangre para sus estructuras metálicas y el carbono de sus moléculas para generar grafeno. Luego no se conformarían con haber agotado ese cuerpo, se extenderían hasta consumirlo todo y a todos. Por eso se limita su capacidad de replicación».

—Entiendo —asintió Marc con el concepto mucho más claro—. ¡Je! Y yo que pensaba que la vara dackhariana ésa era peligrosa...

—Lo es —le aseguró Gretch—. A todos los dackharianos se nos enseña a luchar con ella, aunque sea de forma rudimentaria. Por supuesto, Adalia Smeith fue entrenada más allá de eso, reconozco su estilo porque aprendió de la misma persona que yo. Y tranquilo, dentro de ese estilo no se incluye envenenar el arma. Algo así sería... poco honorable.

—Eso está bien, pero la próxima vez enfréntate tú a esa loca, yo ya he tenido demasiadas emociones por una temporada —suspiró—. Llegaremos a tiempo a Nueva Tierra, ¿verdad? Dudo que alguien en Nibiru lograra avisarles cuando ni siquiera nos tomaron en serio, allí deben seguir desprevenidos.

Gretch no contestó, cosa que a Marc le escamó.

—¿Qué ocurre? —inquirió cruzándose de brazos—. No te estarás arrepintiendo, ¿no?

—¡No, no me arrepiento! Aunque tampoco me gusta —admitió ella con rabia—. Pero supongo que tienes razón, y no está bien dejar morir a un billón de personas por rencillas personales, tampoco quiero convertirme en mi tío.

—Me alegra oír eso —asintió Marc más aliviado.

—De verdad que no lo entiendo —declaró—. Sabes lo que te espera en cuanto pongas un pie en el planeta... precisamente huyendo de eso te colaste en mi nave y provocaste este desastre, y ahora cualquiera diría que te mueres de ganas por llegar allí.

—Antes era mi vida la que estaba en juego, ahora es la de millones de personas —respondió él—. Eso lo cambia todo, ¿no te parece?

—Si tú lo dices...

—No me gusta dejar tirada a la gente si puedo ayudarla —continuó Marc, que frunció el ceño ante el poco entusiasmo de la dackhariana—. No voy a ignorar la posibilidad de salvar a toda esa gente de Nueva Tierra, igual que no ignoré la posibilidad de sacarte del «Leviatán» cuando te capturaron.

Esas palabras consiguieron que Gretch levantara la mirada hacia él, y cuando lo hizo, Marc no vio más que vergüenza en ella.

—Admito que, durante un instante, me sentí tentada a no hacer nada —le confesó

—. Cuando le vi cara a cara a mi tío, vinieron a mí muchos recuerdos, algunos muy dolorosos, que llegaron a hacerme dudar. Pero luego me dijo que la vida de contrabandista no era propia de una emperatriz, y me di cuenta de la vida que había llevado él: encerrado en un destructor espacial monstruoso, buscado en todo el sector, sin poder acercarse a ningún lugar civilizado... no la veía mucho mejor que la mía, a decir verdad. Siempre me he reído de las lecciones sobre el «bien» y el «mal», y lo correcto a veces resulta difícil de distinguir cuando has tenido que vivir en la clandestinidad, pero si ése era el camino del rencor y la venganza, me alegro de no haberlo seguido. ¡Ouch!

Dando un respingo, apartó con brusquedad la mano de la cabeza de Rob, que comenzó a cerrarse al tiempo que sus ojos empezaban a brillar con el mismo tono azul del generador del interior de su cuerpo. Un segundo más tarde, sus pupilas volvieron por fin a la normalidad, y parpadeó un par de veces, como si saliera de un estado aturdido.

—¿Rob? —le llamó esperanzada.

El androide se incorporó hasta quedar sentado sobre la camilla, dirigió su mirada hacia ella, y luego hacia Marc.

—¿Qué ha pasado? —preguntó confundido.

—Una granada iónica —le explicó ella—. ¿Estás bien?

—Como si acabara de desfragmentar mi disco duro —contestó levantándose de la camilla de un salto. Marc se esforzó para no reírse, cosa que llamó su atención—. ¿Qué?

—«Como si acabara de desfragmentar mi disco duro» —repitió él con voz burlona—. Eso es lo que en mi época creíamos que diría un androide.

—Y me preocupa que lo repitas, Rob. La tecnología de los discos duros quedó obsoleta hace setecientos años —le recordó Gretch—. Si tuvieras uno, la granada te habría dejado más amnésico que un alcohólico en la fiesta de los tres equinoccios.

—Sólo era una frase hecha —se defendió él—. Puesto que no estamos muertos o entre rejas de nuevo, asumo que todo ha salido bien al final.

—Más o menos... pudimos salvarte a ti, pero no a los otros cuerpos, lo siento —le comunico con pesar.

—¿Ni siquiera a Juggernaut? —replicó él afectado abriendo mucho los ojos.

—No, lo siento. Sé que le tenías mucho cariño, ¿a quién no le gusta una máquina de destrucción tan letal que ha sido prohibida en cinco planetas? Pero pesaba demasiado para que Marc y yo pudiéramos cargar con él, y teníamos que salir de allí cuanto antes.

—No obstante, los cuerpos se quedaron en Nibiru, si llegamos a tiempo de avisar a Nueva Tierra, tal vez te permitan recuperarlos como recompensa —le dijo Marc tratando de animarle.

—Tal vez en tu tiempo la justicia funcionara así, pero me temo que nosotros nos tendremos que conformar con que salvar sus vidas sirva como atenuante —afirmó

Gretch con pesimismo.

—De modo que vamos a Nueva Tierra —señaló Rob volviéndose hacia ella—. ¿Debo entender entonces que el motor de curvatura funciona correctamente?

—No, pero parece que Marc y la nave comienzan a entenderse —replicó—. Tampoco parece que Smeith saboteara o robara nada, ni que nos haya colocado un localizador o algo así cuando estuvo aquí dentro, lo que me parece raro.

—No necesita un localizador, sabe a dónde vamos —resolvió Marc—. La pregunta sigue siendo si llegaremos antes que ellos.

—La Calicó no es la nave más rápida del sector, pero sigue siéndolo más que un destructor espacial, incluso que el «Leviatán», y el interceptor en el que viajaba ella no tiene capacidad para atravesar las defensas orbitales de Nueva Tierra. Por lo tanto, pese al considerable retraso debido a nuestra detención, todavía deberíamos ser capaces de llegar antes que ellos —calculó Gretch.

—Una cuestión, ¿cómo vamos a evitar que se repita lo que ha pasado hoy? —inquirió él preocupado—. También os buscan en Nueva Tierra, si no recuerdo mal.

—No creo que tengamos forma de evitarlo —contestó la dackhariana encogiéndose de hombros—. Salvo que bajas tú solo al planeta, claro.

—Me parece buena idea —afirmó Rob de inmediato.

—¿Yo solo? —replicó Marc aterrado—. Pero...

—Tranquilo, era una broma... no vas a ser el único que se sacrifique por salvar a esa gente... y tampoco te dejaremos acaparar toda la gloria —afirmó Gretch mostrándole media sonrisa—. Además, si el Segador se extiende mientras estamos allí, tú serías el único infectado. Rob es un androide, y yo soy dackhariana.

—Aunque si Rosenstock llega al planeta, dará igual raza o lugar de procedencia. No parece que sea del tipo de humano compasivo —añadió el androide.

\*\*\*\*\*

—Lo hemos interceptado esta misma mañana, lo captó un repetidor de Nibiru —informó el técnico de comunicaciones a Thalassinos, que sentado en la mesa de su despacho, escuchó con atención todo lo que éste tenía que explicarle—. Está fechado de hace dos días, lo que significa que, de ser cierto, el ataque podría ser inminente.

Tras reflexionar durante un par de segundos, durante los cuales se quedó observando casi absorto la imagen holográfica de Nueva Tierra proyectada en una de las paredes, que mostraba todo el planeta girando sobre su órbita a tiempo real, apretó un botón de la mesa.

—Localízame a Marcos Fontaine y al presidente Gianakopurlos —ordenó a través del comunicador... el secretario de defensa y el presidente del gobierno debían estar al tanto y poner en marcha los protocolos de defensa adecuados—. Urgencia máxima.

—Si no me necesita más... —dijo el técnico dándose cuenta de que ya no pintaba

nada allí.

—Puedes irte —le concedió el director general de los servicios de inteligencia de Nueva Tierra—. Pero ni una palabra de esto.

—Como siempre, por supuesto —asintió antes de darse la vuelta y salir del despacho.

Lionel Thalassinos contempló pensativo el holograma unos segundos más. La comunicación interceptada iba dirigida a Dackhara; tal y como pensaba, Solimán Brey Breuer tenía a alguien infiltrado que le informaba de los movimientos del comandante, y por lo que decía la espía, quedaba muy claro que no supieron de los planes de Rosenstock hasta hacía muy poco tiempo... un punto a favor del excomandante por su precaución y desconfianza.

Sin embargo, le escamaba, y mucho, que se produjera una comunicación previa entre Breuer y la espía. Ella parecía ignorar si la habían recibido, y tal vez no fuera así, sin embargo, Thalassinos tenía sus dudas al respecto. Por desgracia, si esa primera transmisión se había producido, no la había escuchado, y por tanto no disponía de pruebas que demostraran que Dackhara, aun sabiendo los verdaderos planes del excomandante, no avisó a los que se supone son sus aliados.

Por supuesto, todo eso ya daba igual. Si Breuer decidía enviarles un aviso, éste tardaría días en llegar desde su planeta, y todo apuntaba a que el ataque se produciría en cuestión de horas.

Negó con la cabeza al recordar cómo otros directivos de los servicios de inteligencia consideraron poco sensato tener intervenidas las comunicaciones de Nibiru. La ingenuidad de la gente podía llegar a ser asombrosa. No querían darse cuenta de que, cuanto más aliado se es de alguien, más necesario es tenerlo bien controlado. Ésa siempre había sido la máxima de Thalassinos, y el tiempo no hacía más que darle la razón.

Lamentó que el propio espía que él tenía infiltrado no hubiera sido capaz de proporcionarle esa información con un poco más de tiempo, pero al menos ésta había acabado llegando, aunque fuera indirectamente y gracias a una agente dackhariana. Más adelante tendría tiempo para reflexionar con tranquilidad sobre los beneficios que podría obtener el Gran Comandante Smeith si hubiera dejado que Nueva Tierra fuera arrasada igual que lo fue la vieja, en ese momento, sin embargo, tenía por delante muchos preparativos que realizar para recibir a Rosenstock... y todo apuntaba a que también a la Calicó, que si la espía dackhariana estaba en lo correcto, ignoraba que traía un aviso que ya no necesitaban.

\*\*\*\*\*

—¿Estás segura de esto? —le preguntó Rob a Gretch cuando ambos se encontraban en el puente de mando, ella sentada en el asiento del piloto y el androide en el del copiloto. Marc llevaba durmiendo en su camarote desde hacía varias horas,

pero ella no lograba conciliar el sueño, no cuando les debía faltar tan poco para llegar a su destino.

—¿De pisar Nueva Tierra y acabar en la cárcel para salvar el planeta? No —confesó—. Todavía estoy tentada de hacer un vuelo rasante y lanzar a ese idiota de la nave en marcha para que lo cuente todo mientras nosotros nos largamos a toda prisa... pero supongo que nos toca hacer lo correcto, ¿verdad?

—Tampoco me hace mucha gracia ir a la cárcel, sin embargo, no creo que tengamos elección —afirmó él—. Han sido unos días muy raros.

—¡Y tanto! —exclamó—. Si lo llego a saber, te habría hecho caso y no me habría acercado a esa maldita nave destruida donde encontramos su nevera.

—Me parece que no le has cogido mucho aprecio a Marc —observó Rob.

—Al contrario, empieza a caerme bien —le contradijo—. Al menos tiene los redaños para hacer lo correcto sin dudar, eso es algo que podría hasta envidiarle... aunque claro, a él no le espera la cárcel.

—Puede que la cárcel no, pero el futuro que veía en Nueva Tierra tampoco le entusiasmaba demasiado, por eso se coló en nuestra nave y comenzó todo este lío —le recordó el androide.

—Creo que también empieza a caerte bien a ti... —dijo Gretch sonriendo.

—Es un espécimen de humano muy curioso, y no sólo por proceder de un pasado tan remoto. Parece tener unos principios morales firmes, y a diferencia de tantos otros que afirman tenerlos también, está dispuesto a seguirlos hasta sus últimas consecuencias, como demostró en el «Leviatán».

—Sí, ésta es la nave de los bichos raros: un tipo íntegro revivido del siglo XXI, un robot ladrón de cuerpos y la fugitiva emperatriz de Dackhara —enumeró—. Podrían hacer un buen cuento con nosotros, aunque no sé qué moraleja extraerían de todo esto.

—A mí no me preguntes, las enseñanzas mediante moralejas son cuestiones humanas —arguyó Rob—. Yo, si necesito saber algo, descargo la información de la red más cercana.

La nave dio una repentina sacudida, consiguiendo que ambos rebotaran en sus asientos, y el túnel de luz que se podía observar en el exterior de la Calicó comenzó a desaparecer, dando paso poco a poco a un cielo estrellado. Salían de velocidad de curvatura.

—Y aquí estamos —anunció Gretch con resignación—. Se supone que la nave no debería pegar esos botes cada vez que cambia de motor.

—Con lo que ha pasado la pobre, suficiente tiene con poder seguir volando —arguyó Rob.

Marc, tras escuchar la señal, tardó tan sólo un minuto en entrar atropelladamente al puente de mando, con el pelo todavía revuelto, legañas en los ojos y algunas

prendas mal puestas.

—¿Hemos llegado a tiempo? —preguntó frotándose un ojo.

—Parece que sí —le respondió Gretch, que se levantó para echar un vistazo al panel de control—. No capto ninguna emisión militar de emergencia, tampoco señales de socorro, de modo que podemos asumir que mi tío no ha llegado aún.

—Bien... bien —exclamó aliviado conteniendo un bostezo.

—Esto es raro —dijo Rob llamando la atención de ambos—. Se aproximan cuatro naves desde la superficie del planeta.

—¡Nos han detectado! —temió Gretch—. ¡Malditos patrulleros policiales! ¿Cómo lo han hecho tan rápido?

—No parece que sean patrulleros policiales —le contradijo el androide—. Son...

—¡Por el Gran Dackhar! ¡Eso es son naves de asalto! —exclamó ella abriendo mucho los ojos—. ¿Es que de repente nos han declarado la guerra o qué?

—No lo entiendo —intervino Marc, que sabía tan poco de naves espaciales como de política exoplanetaria—. ¿Qué es una nave de asalto?

—Una nave militar —le explicó Gretch—. ¿No lo entiendes? ¡Nos han soltado a las fuerzas armadas! ¡Rob, envía una señal de rendición!

—Las comunicaciones siguen dañadas.

—Je, pues como no salga ahí fuera y agite una bandera blanca... —dejó caer Marc, a quien ambos lanzaron miradas interrogativas. Al parecer, la bandera blanca era un símbolo que ya no se conocía en el futuro—. No importa... ¿qué vamos a hacer?

—Lo de la otra vez: activar la señal de socorro y desear que no hayan venido a matarnos —contestó ella—. De verdad que esto es muy raro.

—Al contrario —objetó Rob—. Piénsalo... hoy es el vigésimo aniversario del derrocamiento de Rosenstock. Después del vídeo que grabó amenazándoles, sin duda deben estar esperando a que tu tío haga algo.

—Pero no explica por qué cuatro naves militares interceptan a un inocente carguero averiado que entra en el sistema —replicó Gretch frunciendo el ceño.

Las susodichas naves, conscientes de que las comunicaciones debían estar inactivas en la Calicó tras recibir la emisión de socorro, recurrieron a señales visuales para comunicarse con sus tripulantes.

—Quieren que les sigamos —tradujo el androide con presteza.

—Como si tuviéramos otra opción —masculló Gretch, que tomó de inmediato los mandos y comenzó a seguir a sus nuevos captores.

—La cuestión es que no puedo bajar a la superficie de un planeta habitado si no es con escolta policial, o, como en este caso, militar —lamentó Marc.

Su comitiva estaba formada por unas naves con forma de triángulos, más del triple de grandes que la Calicó y con un blindaje protector en su superficie de color negro que les daba un aspecto intimidante. Era imposible distinguir en ellas dónde se encontraba el puente de mando debido a su homogeneidad, tan sólo rota por dos

motores en los vértices traseros del triángulo que desprendían sendas llamaradas azules.

Custodiados por las cuatro naves, fueron dirigidos hacia Nueva Tierra, el planeta del que Marc no dejaba de oír hablar por una causa o por otra, y que poco a poco fue haciéndose visible en el horizonte. Al igual que con Nibiru, y con el Sistema Solar de su época, el sistema planetario de Nueva Tierra giraba alrededor de una estrella amarilla, y el planeta mostraba un aspecto muy parecido a la propia Tierra, siendo también un astro azul en su mayor parte, con continentes irregulares y dispersos por su corteza.

En aquella ocasión, sin embargo, no bajaron a la superficie a las primera de cambio, sino que rodearon buena parte de su superficie hasta alcanzar la cara que se encontraba de espaldas al sol, y donde por tanto era ya de noche.

A Marc le sorprendió la cantidad de luces artificiales que brillaban a ras de suelo. La mayoría eran sólo pequeños grupos de puntos, que debían representar pueblos y ciudades de mediano tamaño, pero también observó enormes zonas iluminadas que sólo podían ser metrópolis más grandes que cualquier ciudad de su época... algo que no era raro si allí tenían su hogar un billón de personas.

—Desde luego, este planeta está habitado —dijo cuando entraron a la atmósfera y comenzaron a reducir la velocidad.

—¡Oh sí, seguro! —afirmó Rob con entusiasmo—. El que más de las siete colonias. Nueva Tierra es el centro político del sector... por eso el emperador Rosenstock quería conquistarla. Precisamente tal día como hoy, pero hace veinte años, intentó...

—Mejor cambia de tema, anda —le pidió Gretch—. No mentes al diablo.

Pasaron en vuelo casi rasante sobre una ciudad en donde destacaban por encima de todo unos enormes complejos de rascacielos, que consistían en varios de esos edificios, de diversas formas y dimensiones, unidos entre sí como conformando una inmensa vecindad. A media altura, sobrevolaban de manera tan ordenada que casi parecía como si hubiera carriles en el aire unos vehículos voladores parecidos a coches, o tal vez a pequeñas naves espaciales. Además, cientos de escaparates y carteles publicitarios brillaban junto a la iluminación de las calles y las luces que proyectaban al aire algunos comercios nocturnos.

—¡Esto sí que es futurista! —exclamó Marc con entusiasmo. Se encontraban a demasiada altura como para poder ver a las personas caminando por la calle, pero a juzgar por el tráfico, no parecía que la vida nocturna fuera algo que la humanidad hubiera perdido en el siglo XXXIII—. ¡Hasta hay coches voladores!

—Sólo el transporte público vuela en realidad, y sólo por vías autorizadas para ello —señaló Rob—. Imagínate lo graves que podrían ser los accidentes de tráfico si cualquier utilitario pudiera hacerlo. La gente no estaría segura ni en sus propias casas.

—Aun así, no me importaría darme un paseo en un autobús volador —replicó él muy impresionado.

—Me temo que no vas a poder darte ningún paseo, no parece que nos dirijamos allí —dijo, sin embargo, Gretch—. Rob, tú eres de Nueva Tierra, ¿a dónde nos llevan?

—Teniendo en cuenta que ésta es la ciudad de Europa, y que nos acercamos al parque industrial, es probable que nos estén llevando a la base militar Cancri —contestó el androide.

—¿La ciudad se llama «Europa»? —se extrañó Marc.

—Se suponía que este planeta sería como una segunda Tierra cuando se colonizó, por tanto la mayoría de los nombres de sus ciudades están basados en lugares que existieron allí. Europa era un país, creo —le explicó la dackhariana.

—Un continente —corrigió Marc.

—En realidad, depende de la época —quiso contarles Rob, pero ella le interrumpió antes de que pudiera siquiera comenzar la historia.

—Nos dicen que bajemos... ¡vaya, mirad eso! —exclamó asombrada cuando, al entrar en el parque industrial, una zona llena de almacenes, fábricas, depósitos y generadores de energía, se cruzaron con un edificio al menos cuatro veces más grande que cualquiera de los otros en la inabarcable extensión que ocupaba el parque.

—¡Oh sí! Eso es la fábrica de androides de Indacorp —les explicó Rob—. Allí me crearon a mí, es la mayor fábrica de androides del planeta... hogar, dulce hogar. Y eso de ahí es la base militar Cancri.

Compuesta por cuatro enormes edificios diferenciados, con decenas de pistas de aterrizaje en la parte central, la base debía abarcar cientos de kilómetros cuadrados. Dentro de ella, Marc pudo distinguir pequeñas sombras moverse, y dedujo que éstas debían ser parte del personal militar de la misma realizando sus labores.

Una descomunal torre, acabada en una cúpula de cristal, ocupaba toda la parte central de la base. Dedujo que aquél debía ser el lugar donde se encontraba el centro de mando.

—No es tan grande como las de Dackhara, pero no está mal —evaluó Gretch no demasiado impresionada.

—¿No está mal? —replicó Marc incrédulo—. Debe haber miles de soldados ahí abajo, aunque no veo ninguna nave espacial.

—La base Cancri es la más grande de Nueva Tierra —tuvo que aleccionarles Rob una vez más—. Tiene más de dos mil kilómetros cuadrados de extensión y en ella se concentran millones de efectivos militares, así como buena parte de la flota del planeta... y desde luego es más grande que las bases militares dackharianas.

—Pues yo te digo que la ciudadela de Venhart es diez veces esto —insistió Gretch—. ¿Por qué nos habrán traído aquí? ¿Y por qué no hay naves ahí abajo?

—Las naves se guardan bajo tierra para que no sean destruidas en caso de un bombardeo orbital —dijo el androide—. Y me parece que vamos a ver dónde exactamente.

Tal y como pronosticó, al acercarse el convoy del que formaban parte más a la

superficie, la pista de aterrizaje se dividió en dos, dando paso hacia un kilométrico hangar en el que, en efecto, se encontraban atracadas cientos, probablemente miles, de naves espaciales de distintas formas y tamaños.

—Esto es extraño... no soy experto en protocolo militar, pero diría que se disponen a hacer algo —observó Rob—. Todas esas naves parecen estar siendo preparadas para el despegue.

Mientras tomaban tierra, Marc admiró la colección de cazas, interceptores, naves de asalto, cruceros de batalla e incluso los acorazados, naves de enormes dimensiones y forma de óvalo puntiagudo con un aspecto amenazador, que se guardaban allí... y aquello le llevó a recordar algo con lo que había soñado un par de veces poco después de despertar de la congelación.

—¿Existe algún tipo de nave blanca y con forma de huevo? —preguntó a sus compañeros—. Es decir, forma de huevo de gallina... aunque no sé si sigue habiendo gallinas.

—Claro que hay gallinas, y siguen poniendo huevos, como siempre —respondió Gretch—. A mí ese diseño no me suena, a lo mejor es algún prototipo, ¿dónde la has visto?

—En un sueño... —confesó.

Cuando tocaron el suelo por fin, la Calicó no tardó en verse rodeada de hombres armados. Sus uniformes eran de un color gris apagado, y al igual que los militares dackharianos, todos iban equipados con pesados fusiles de plasma.

—Será mejor salir antes de que entren ellos —sugirió Gretch apagando los motores de la nave.

Como ya hicieran en Nibiru, los tres salieron a tierra a través de la bodega de carga, y tuvieron que apresurarse en levantar las manos en señal de rendición cuando la multitud de soldados les apuntó con sus armas.

—Eh... ¡tranquilos, venimos en son de paz! —dijo Marc para romper el hielo, lo que le valió las miradas desconcertadas de sus acompañantes—. Bueno, alguien tenía que decir algo, ¿no? Hemos venido a hablar después de todo.

Uno de los soldados se adelantó con pasos firmes y seguros, y cuando se plantó frente a ellos, se quedó mirándoles como si no estuviera muy seguro de que fueran la gente con la que tenía que tratar.

—Deben venir conmigo, hay alguien que quiere hablar con ustedes —les dijo en un tono que no admitía discusión.

No tuvieron más remedio que seguirle para averiguar quién podía ser esa persona, por qué quería hablar con ellos y cómo sabía que aparecerían por allí. Los soldados se apartaron cuando tuvieron que atravesar el círculo de los suyos que rodeaba la nave, y por lo menos diez les acompañaron como escolta... o tal vez como vigilantes para que no se les ocurriera echarse atrás.

—¿Quién querrá hablar con nosotros? —les preguntó Marc.

—No sé ni siquiera si quiero saberlo —respondió Gretch.

El camino a lo largo del hangar les llevó su tiempo, y durante el trayecto no hicieron más que cruzarse con soldados trotando de un lado a otro, pilotos poniendo a punto sus naves y androides y robots de diverso pelaje muy atareados en sus obligaciones. Cuando llegaron por fin al extremo de aquel inabarcable sótano, un hombre y una mujer vestidos de civiles ya les estaban esperando frente a una pequeña puerta metálica, y Gretch puso mala cara nada más verlos.

—Seguro que son agentes del gobierno... —murmuró.

—¿Y qué forma de gobierno rige aquí? —inquirió Marc, que temía toparse con una versión futurista de la Gestapo o la KGB que no fuera precisamente amable con ellos.

—Uno lleno de idiotas y chupópteros... lo normal —le contestó ella.

—A partir de aquí nos encargaremos nosotros, gracias —dijo la agente mostrándole a los soldados una falsa sonrisa. Ellos se cuadraron todos a una e inmediatamente se dieron la vuelta, marchándose después por donde mismo habían venido.

—Adiós a la escolta militar... —lamento Marc.

—¿Es usted Gretchen Rosenstock? —preguntó la agente con cara de pocos amigos—. ¿Gretchen Rosenstock, hija de Goran Jakor Rosenstock?

—Muy a mi pesar... —respondió Gretch.

—Y tanto que sí —corroboró la agente—. Me temo que usted se encuentra buscada por delitos castigados con penas de cárcel muy serias... al igual que su compañero androide aquí presente —añadió volviéndose hacia Rob—. Robart MQ-1, ¿verdad?

—Mucho gusto, señora —contestó el androide, educado pese a todo.

—Y usted es el más fascinante de los miembros de este variopinto grupo —afirmó con suficiencia dirigiéndose a Marc—. ¡El hombre del pasado! ¡El último terrícola!

—Dejemos esto, está claro que son ellos —interrumpió su compañero—. El tiempo apremia, ¿recuerdas?

—Por supuesto —respondió ella disgustada por tener que dejar de hacerse la interesante—. Ahora nos acompañarán hasta las oficinas. Lionel Thalassinos quiere tener una charla con todos vosotros.

Las compuertas metálicas se abrieron, dando paso un elevador que se puso en marcha en cuanto los cinco se encontraron dentro.

—¿Quién es ese Lionel Tha... Thalasisno? —les preguntó Marc en un susurro a Rob y Gretch.

—No tengo ni idea —confesó ella—. Pero «quiere tener una charla con vosotros» es mejor que «quedan detenidos», así que a mí me vale.

—Lionel Thalassinos es el director general de los servicios secretos de Nueva Tierra —replicó la agente, que lo había escuchado todo—. Por esa razón, si son tan amables, tendremos que asegurarnos de que no van armados. Miquel, procede.

El agente llamado Miquel no quiso arriesgarse a que pudieran atentar contra una autoridad planetaria como Thalassinos, de modo que, después de pasar una vara alrededor de ellos para detectar cualquier explosivo o generador de energía conectado a un arma, les cacheó de arriba abajo, e incluso obligó a Rob a abrir un pequeño compartimento que Marc desconocía que tuviera a la altura del estómago.

—Esto es humillante —protestó el androide mientras el agente registraba entre sus entrañas.

—¡Cuidado con lo que tocas! —gruñó Gretch cuando le tocó el turno de ser cacheada.

—Al menos no nos obligan a quitarnos la ropa como si esto fuera un aeropuerto —se conformó Marc durante su correspondiente inspección.

Tras una larga subida, el elevador se detuvo por fin, y las puertas se abrieron a un pasillo que disponía de unas amplias ventanas de cristal a los lados. Gracias a que se encontraban a una altura considerable, desde ellas se podían ver las pistas de aterrizaje de la base, así como la torre central.

—El señor Thalassinos les espera dentro —les señaló Miquel cuando se detuvieron frente a una compuerta doble. Los dos agentes se plantaron junto a ella flanqueando la entrada, y después de mirarse entre ellos, Marc, Gretch y Rob la atravesaron.

Entraron a un despacho de tamaño nada modesto, con un gran escritorio negro al fondo, que contrastaba con las paredes blancas, y una mesita rodeada de cinco asientos en el centro. Repararon en que, frente al escritorio, había una imagen a escala de la base militar proyectada en la pared, y ésta lucía una multitud de puntos de luz, que representaban la posición exacta de todo el personal de la misma a tiempo real. Otra de las paredes del despacho en realidad era una cristalera, que al igual que la del pasillo, permitía contemplar desde ella buena parte de la base militar, con el polígono industrial de fondo y el edificio de Indacorp destacando por encima de todos los demás.

Sentado en el escritorio se hallaba un hombre de complexión delgada al que Marc habría echado unos cincuenta años, lo que debía significar que en realidad podía tener unos setenta. Poseía un cabello corto y de color castaño claro, igual que sus ojos y su perilla. Vestía un elegante uniforme azul oscuro que le daba un aspecto distinguido, como de capitán de barco de crucero, y cuando les vio entrar se puso en pie, demostrando que, como todo el mundo desde que llegó al futuro, era más alto que la media del siglo XXI.

—Ah, bien... os estaba esperando —dijo como si fueran viejos conocidos que se veían después de haber desayunado esa misma mañana juntos—. Sentaos, por favor, mi nombre es Lionel Thalassinos, director general de los servicios de inteligencia de Nueva Tierra. ¿Qué tal están?

—Con un jet lag intergaláctico de tres pares de narices —respondió Marc acercándose hacia los asientos. Rob y Gretch le imitaron, aunque ella con algunas

reticencias—. Me alegra que estemos precisamente en un lugar como éste, porque le traemos información muy importante para la seguridad del planeta, y el tiempo apremia.

—¡Oh, sí! Claro... permitidme adivinar: el comandante Steffan Jakor Rosenstock está a punto de llegar a Nueva Tierra armado con el Segador para repetir la historia de la vieja Tierra aquí —resumió Thalassinos tomando asiento con total parsimonia frente a la mesita—. ¿Me aproximo?

—¡Genial, ya lo sabían! —resopló Gretch con amargura.

—¿Lo saben? —inquirió Marc sorprendido—. ¿Cómo?

—Eso, me temo, no viene al caso —respondió Thalassinos—. Lo importante es que lo sabemos, todo el dispositivo militar que han presenciado está destinado a responder a esa amenaza... pero en nombre del planeta, agradezco vuestra buena intención, si os sirve de algo.

—Ha sido un placer, ¡a mandar! —exclamó Gretch incorporándose con presteza—. Puesto que ya nada nos retiene aquí, tal vez deberíamos marcharnos entonces... no queremos molestar en la batalla espacial que se aproxima, ni tampoco estar cerca de ella, a decir verdad.

—Siéntate —le ordenó Thalassinos dirigiéndole una mirada que indicaba que no era amigo de las bromas.

—Te lo dije, Rob, era mejor fingir que no sabíamos nada y haber seguido con nuestras vidas —replicó ella obedeciendo la orden y tomando asiento de nuevo—. Ahora nos hemos entregado a las autoridades para nada. ¡Claro que lo sabían! Son de inteligencia, para eso les pagan. E esto me está bien merecido por jugar a los héroes espaciales...

Marc se sintió muy mal, y también muy tonto, por todo aquello. Habían llegado allí creyéndose salvadores, e iban a acabar en la cárcel... o al menos Gretch y Rob, a él todavía no sabía lo que le iba a ocurrir, pero fuera bueno o malo, no podría perdonarse el haber hecho que capturaran a los dos únicos amigos que tenía en el futuro, aunque a uno de ellos le diera por odiarle de cuando en cuando.

—No creo que nos haya hecho venir aquí si fuera a detenernos —opinó, sin embargo, Rob, que le lanzó a Thalassinos un mirada suspicaz.

—En efecto, el director general de los servicios de inteligencia de Nueva Tierra tiene mejores cosas que hacer que personarse en la detención de una contrabandista de poca monta con un apellido infame, un androide violador de las leyes sobre la singularidad personal y un indocumentado sin chip que viene del siglo XXI —confirmo con un leve asentimiento.

—Veo que está bien informado —se sorprendió Marc, que no sabía cómo había llegado a conocer también su historia.

—Tras el ataque sufrido en Nibiru, recopilé rápidamente todos los datos sobre vosotros que pudo sacarse de los servidores no dañados —se explicó él—. El motivo por el que estáis aquí es porque quiero confirmar la información que tenemos sobre

los planes de Rosenstock.

—¿Y por qué íbamos a confirmar o desmentir nada? —exclamó Gretch desafiante—. ¿Qué ganamos con eso?

—Indulgencia —replicó Thalassinos.

—No soy tan estúpida como para creer que dejarán que nos marchemos tan felices en una nave ilegal y con los cargos de los que se nos acusa en Nibiru pendiendo de nuestras cabezas —contestó ella.

—No me interesan ni vuestra nave ni vuestras cabezas... ni siquiera el chip de la suya —les aseguró volviéndose hacia Marc—. Lo que me interesa es saber si de verdad Rosenstock tiene el virus, si es a Nueva Tierra a donde se dirige y qué hacía su sobrina a bordo del «Leviatán» mientras él urdía ese plan.

—¡Oiga, eso es injusto! —estalló Marc—. El único motivo por el que nos cruzamos con ese hombre fue por mi culpa, ¿vale? Sin querer, averié el ordenador central de la nave, tuvieron que conectarme a él con un casco para marcar el rumbo, y sin pretenderlo, en un arrebato de nostalgia, lo envié a la Tierra... ¡pero ella no tiene nada que ver con lo que está planeando su tío! Entró en ese destructor como una prisionera.

Gretch pareció hasta sorprendida de la defensa en su favor que hizo Marc, pero Thalassinos no se dejaba impresionar fácilmente.

—¿Cómo una prisionera? —repitió levantando una ceja con incredulidad, y por un momento Marc temió que supiera que, cuando fueron a rescatarla, la encontraron sentada tan tranquila en un camarote de lujo, y no en una celda—. Extraño tratamiento hacia una sobrina perdida para alguien que valora la familia por encima de todo, y más tratándose de la única hija de quien considera el gobernante legítimo de Dackhara.

—Puede que mencionara algo de eso... —admitió Gretch luchando por no sonrojarse—. Confieso que no me torturó, pero ni por toda la antimateria de la galaxia me uniría a su causa. Cuando ellos vinieron a rescatarme, me marché de buen grado, y luego vinimos aquí con la intención de avisar de lo que ocurría... previa parada en Nibiru. ¿Qué más pruebas necesita?

—¿Cómo sabéis que tiene el virus? —preguntó de repente, dejándoles confundidos por un instante al creer los tres que seguiría insistiendo en la acusación anterior.

—Cuando me cogieron, vi cómo lo extraían de una base subterránea bajo una montaña de cenizas en la Tierra —respondió Gretch—. No sabía lo que hacían hasta que, una vez en el «Leviatán», le llevaron una muestra a mi ti... a Rosenstock. Al parecer, los dackharianos somos inmunes al virus debido a la segunda eugenesia.

—Perdón por interrumpir —intervino Rob con educación—. Una duda que se me plantea y que no he podido resolver es si existe una vacuna para el susodicho virus. No se puede descartar que ocurra el peor de los casos.

—No la hay —contestó Thalassinos.

—¿No? —se extrañó Marc—. No quiero restarle letalidad al virus, pero han pasado quinientos años desde que apareció... teniendo en cuenta que pueden curar un cáncer terminando inyectando un líquido, ¿cómo es que nadie ha creado una vacuna para un virus tan antiguo?

—El problema no es crear la vacuna, sino que el Segador se creía extinguido —le explicó él—. Cualquier muestra o registro sobre su diseño se quedó en la antigua Tierra. Cuando la guerra con los grises terminó, la humanidad no disponía de tiempo o recursos para investigar nada distinto a motores que nos sacaran del sistema solar cuanto antes. Luego la Tierra fue calcinada con toda forma de vida sobre ella, y nadie sospechó que pudiera quedar rastro alguno del virus. No descarto que en Vega III tengan alguna muestra, pero desde luego no existe vacuna contra él.

—Pues eso es malo —valoró Marc—. Ese tipo y su enorme destructor no tardarán en llegar, y nosotros sólo estamos perdiendo el tiempo con un interrogatorio que no lleva a nada. No somos cómplices de Rosenstock, sólo gente con tan mala suerte como para toparse con él.

—Y con tan buena suerte como para escapar de él —señaló Thalassinos—. Dos veces, debo añadir, y en una nave más que cuestionable.

—¡No se meta con la Calicó! —le espetó Gretch ofendida—. No encontrará un carguero mejor en el sector... cuando esté reparado, claro. ¡Y más les vale a sus hombres no estar dañándola más!

\*\*\*\*\*

El teniente Dorian Maurice hizo todo lo posible por no bostezar delante de sus subordinados, aunque le resultaba difícil conseguirlo con el sueño atrasado que arrastraba. Se encontraba en un bar nocturno, en una cuarta y prometedora cita con Marilla, cuando todas las tropas del planeta fueron movilizadas y dirigidas a la base Cancri debido a una amenaza inminente. Lo último que habría deseado para finalizar su día libre era volver con urgencia a la base para esperar horas y horas un ataque que, por lo que había logrado averiguar, encima podía acabar siendo letal para todos ellos.

El sargento Dorregay sufrió un ataque de tos a su lado, y él aprovechó su distracción momentánea para liberar por fin el bostezo que llevaba conteniendo un buen rato. Aunque no deseaba entrar en combate, tenía tanto sueño que estaba dispuesto a replantearse ese deseo con tal de que aquello acabara de una buena vez... y total, tampoco era como si estuviera realizando alguna misión de importancia. Únicamente le habían ordenado a él y a sus hombres custodiar un destartalado carguero civil atracado en el hangar. ¿Para eso le habían sacado de su cita con Marilla?

Las toses de Dorregay concluyeron pasados unos segundos.

—Debería cuidar esa salud, sargento —le dijo.

—Me habré resfriado, señor —se excusó él—. Mi novia vive cerca del círculo polar, y no vea qué frío hace por la noche en esas latitudes... y por el día.

Dorian sonrió al tiempo que Dorregay volvía a sufrir un ataque de tos. Se planteó burlarse de él preguntándole si, pese al resfriado, había merecido la pena la visita al círculo polar... pero cuando vio que el sargento se doblaba entre jadeos, rompió la formación y se acercó a él, preocupado porque lo que estuviera sufriendo fuera algo más que los efectos de un constipado.

—¿Se encuentra bien? —le preguntó agarrándole del brazo cuando comenzó a tambalearse. El resto de la unidad se volvió hacia ellos con inquietud.

—Sí, es sólo... —respondió el sargento tratando de recuperar el equilibrio, pero entonces sufrió una arcada y acabó escupiendo un chorro de sangre contra el suelo.

—¡Maldita sea! —exclamó Dorian alarmado—. ¡Sanitario! ¡Que venga un méd...!

Un repentino ataque de tos le invadió a él también, interrumpiéndole, y fue tan fuerte que le obligó a soltar a su compañero, que se precipitó al suelo incapaz de sostenerse en pie por sí mismo. El resto de la unidad se acercó a intentar ayudarles, sin embargo, un par de ellos se detuvieron al sufrir también unos súbitos ataques de tos.

—¿Qué está pasando? —quiso saber alguien cuando otro de los hombres del teniente se precipitó al suelo escupiendo sangre. La escena había llamado ya la atención de las tropas cercanas, que se acercaron alarmados a intentar ayudarles.

—¿Qué diablos está ocurriendo? —se preguntó Dorian antes de que las piernas le fallaran y cayera al suelo. Comenzaba a costarle respirar, y se sentía febril y mareado.

Algunos hombres de los alrededores no tardaron en empezar a toser también. Una mujer vestida con un uniforme blanco y con un círculo rojo en mitad del pecho se abrió paso hasta ellos. Sin dudarle un instante, se arrodilló junto al sargento, que sólo cuando se vio cara a cara con ella pudo distinguir que se trataba de una androide médico.

—Tranquilo —le dijo ella tocándole la cabeza para leer sus constantes en su chip—. Estos síntomas...

—¿Qué ocurre? —quiso saber el capitán Agobarth, un oficial de rango superior que llegó corriendo hasta la zona en ese preciso instante—. ¿Qué está pasando, doctora?

—Es algo vírico —contestó ella—. Pero nunca había visto algo tan rápido como esto... es como si... ¡Oh, no!

—¿Qué? —inquirió el capitán con preocupación.

—¡De la orden para sellar este lugar! —le indicó la androide—. Nadie que haya estado en este hangar puede salir de él bajo ninguna circunstancia.

—Pero... —fue a protestar Agobarth.

—¡Rápido! —le urgió—. ¡No podemos permitir que el virus salga de esta base!

—Pero... ¿cómo ha podido pasar? —se preguntó el teniente Dorian, que cada vez

se sentía más débil.

—En unos instantes estaremos dentro del sistema, Primera —informó el piloto cuando Adalia se acercó a la pantalla de mandos y se plantó a su lado, incapaz de disimular su impaciencia.

—Tranquilidad, Adalia —le dijo el comandante Rosenstock, que muy sereno y sentado en su asiento flotante contemplaba el brillante círculo de luz que siempre tenían frente a la nave cuando se movían a velocidad de curvatura.

—¿Cómo sabremos que el plan ha funcionado? —replicó ella para nada más tranquila—. ¿Cómo sabemos que han llevado los virus que liberé en su nave en Nibiru hasta Nueva Tierra?

—Lo sabremos cuando llegemos al sistema y veamos quién nos viene a recibir —contestó el comandante con paciencia.

—¿Y si no ha funcionado? —inquirió—. ¿Y si lo han descubierto? ¿Y si no han ido a la base Cancri?

—¿Una nave fugitiva de Nibiru, en la que saben que viaja Gretchen Rosenstock, el día del aniversario del injusto derrocamiento de su padre y habiéndoles amenazado hace días con actuar contra ellos? Thalassinos es un hombre precavido, sin duda les habrá llevado allí para interrogarles y descartar que sean una amenaza... y para averiguar qué saben de nosotros —le aseguró el anciano esbozando una sonrisa astuta—. A estas alturas, el ejército de Nueva Tierra debe estar en desbandada.

—¡Entramos al sistema en tres... dos... uno...! —anunció el piloto. La visión a través la cristalera dejó de ser un tubo de luz para transformarse en un cielo estrellado.

—¡Informe del comunicaciones! —exigió Adalia a todos los tripulantes del puente de mando—. ¡Rápido!

—Captamos una alerta roja desde la base militar Cancri —respondió la oficial al cargo.

—Te lo dije —exclamó el comandante con satisfacción—. Sus fuerzas armadas están inutilizadas. Encárgate de que los cazas detengan a cualquier patrullero que se nos interponga.

—Sí, comandante —dijo ella agachando la cabeza con deferencia.

—¡Piloto! Rumbo a la atmósfera del planeta. Cuando liberemos el virus allí, no tendrán forma de contenerlo —ordenó Rosenstock con la satisfacción de ver cada vez más cerca una venganza que había estado esperando veinte años—. Ha llegado la hora de que Nueva Tierra pague por sus crímenes...

\*\*\*\*\*

—Aclarados estos puntos, nos queda por determinar entonces qué hacer con

vosotros a partir de este momento —dijo Thalassinos.

—Ya podemos ir haciendo las maletas para la extradición a Nibiru —temió Gretch, que se volvió hacia él y le lanzó una mirada acusadora—. ¿Qué hay de la promesa de indulgencia de hace un momento? ¡Hemos colaborado!

—La promesa se mantiene —exclamó él sin inmutarse—. Yo también he de seguir las leyes, y valorando la buena intención que os trajo aquí, sumado a vuestra colaboración a la hora de confirmar la naturaleza de la amenaza que pende sobre nosotros, estoy en posición de poder mostrarme compasivo.

—Miedo me da... —murmuró desconfiada la dackhariana.

—El caso del señor Marc Asensi es mucho más complicado —continuó Thalassinos sin hacerle caso—. Sería una verdadera crueldad involucrarle en la resolución de los cargos que penden sobre los demás al tratarse de un hombre procedente de una época tan primitiva, y que sin duda necesitará ayuda para su integración en el mundo actual.

—O sea, que me libro por tonto —resumió Marc cruzándose de brazos, no muy satisfecho con aquella conclusión.

—Serás trasladado a un centro médico, donde se te realizarán las pruebas de salud pertinentes y se te instalará el chip correspondiente mientras se determina cuál es tu estatus jurídico concreto. Una vez determinado, los servicios sociales se encargarán de la susodicha integración —le informó—. En cuanto a los demás, la ley me obliga a...

No llegaron a saber a qué le obligaba la ley, aunque no era difícil de suponer, porque sin previo aviso las luces del despacho se volvieron rojas y comenzaron a parpadear... señal universal de que había problemas.

—¿Qué ocurre ahora? —se preguntó Thalassinos con fastidio poniéndose en pie y dirigiendo su vista hacia la imagen proyectada en la pared de la base militar.

Marc le imitó, y pudo comprobar que las luces que representaban al personal se movían más rápidas, como agitadas... y se temió lo peor.

—¿Ha llegado Rosenstock? —preguntó.

—No, algo ha ocurrido en el hangar —le respondió el director general de los servicios de inteligencia, que se dirigió apresuradamente hacia su escritorio. Allí, un proyector generó en el aire la imagen holográfica de un hombre uniformado que parecía muy alterado—. Almirante, ¿qué ocurre?

—Se trata del virus de Rosenstock, señor —contestó—. De algún modo, el Segador ha llegado hasta el hangar y se extiende. Hemos sellados las puertas y aislado a todo el personal sin síntomas, pero la situación puede ser catastrófica... más y más hombres están cayendo enfermos en cuestión de segundos.

El almirante se interrumpió al sufrir un fuerte ataque de tos, durante el cual Gretch, Rob y Marc se miraron entre sí alarmados. Intentó seguir hablando, pero antes de poder pronunciar una palabra completa se precipitó al suelo.

—Almirante... ¡Almirante! —le llamó Thalassinos sin éxito—. ¡Maldita sea!

—¿He oído bien? ¿El Segador está suelto en el hangar? —inquirió Gretch desconcertada—. ¿Cómo es posible?

—Tal vez Rosenstock lanzara una cápsula con él contra la base para intentar inutilizarla antes de aparecer —aventuró Marc—. ¿Eso podría hacerse?

—En un estado de alarma como el que estamos, no —respondió con rotundidad Thalassinos, que se acariciaba la perilla con preocupación—. Cualquier objeto que atravesara la atmósfera del planeta sería detectado de manera inmediata, y neutralizado de ser preciso.

—Esto parece como algo que él tuviera pensado desde el principio —afirmó Rob pensativo—. Pero ¿cómo ha traído el virus hasta aquí?

Marc encontró la respuesta enseguida... era tan obvia que le costaba creer que no se hubieran dado cuenta antes.

—¡Lo trajimos nosotros! —exclamó—. En la nave... ¡por eso nos encontramos con Adalia Smeith saliendo de la Calicó en Nibiru! No nos buscaba dentro, ella sabía de sobra que estábamos detenidos. En realidad estaba liberando el virus dentro para que nosotros lo trajéramos hasta aquí después de escapar. Debía saber que, encontrándose en alerta el planeta, y siendo tú su sobrina, nos llevarían en vuelo directo a esta base para interrogarnos a fondo, como han hecho. Cuando abrimos la nave para salir, liberamos el virus en todo el hangar sin ser conscientes de ellos.

—Pero eso no es posible —objetó Rob—. Si el virus estaba libre en la nave, vale que ni Gretch, que es dackhariana, ni yo, que soy androide, lo hubiéramos notado, pero a ti te habría matado.

—¡No! —le corrigió Marc negando con la cabeza con vehemencia—. ¿No lo ves? Ese virus fue diseñado para matar a los humanos del siglo XXVIII. ¡Los que ya se habían sometido a la eugenesia! Igual que a Gretch no le afecta porque su pueblo pasó por una segunda, a mí no me afecta porque no pasé por la primera.

—Eso tiene sentido —le apoyó Gretch—. Y mi tío debía saberlo, igual que sabía que no nos afectaba a los nosotros. Nos engañó vilmente.

—Fuimos el caballo de Troya perfecto —concluyó Marc—. Y ahora van a venir con su nave gigantesca a arrasar un planeta que no tiene capacidad para defenderse... al final va a resultar que sí vieron la película.

—¿Qué película? —le preguntó Gretch.

—¿El caballo de qué? —replicó a su vez Rob.

—No importa, la cuestión es que nos han utilizado para meter el virus aquí —resumió él, que no consideró el momento como adecuado para dar largas explicaciones.

—Lamento decirlo, pero la situación es grave —intervino Thalassinos, que había escuchado la tesis de Marc con atención—. Es cierto que no tenemos capacidad para defendernos. Con el virus suelto allí abajo, y los hombres cayendo como moscas, no podemos dar una respuesta efectiva si Rosenstock ataca. Todas las fuerzas armadas del planeta se encuentran aquí desde que se activó la alerta planetaria.

—¿Y los androides? —sugirió Marc—. Ellos son tan inmunes como nosotros, pueden bajar ahí y pilotar las naves.

—Los androides somos pacíficos por naturaleza —le recordó Rob—. Puede que no seamos ni una décima parte de las tropas totales.

—No tenemos suficientes para cubrir la dotación mínima —corroboró el espía—. No si se va a presentar aquí el «Leviatán» a plena potencia de fuego.

—Pero la falta de androides es algo que podemos solucionar... —dijo Marc volviendo la vista hacia la cristalera, donde la fábrica de Indacorp resaltaba por encima de las otras.

—Sí, podría funcionar —reflexionó Rob adivinando cuál era su idea—. Pero voy a necesitar mucha energía para hacerlo.

## CAPÍTULO 9

—Refréscame la memoria, ¿quieres? ¿Por qué les estamos ayudándoles? —preguntó Gretch cuando el ascensor les bajaba a los dos de vuelta hacia el hangar.

—Porque podemos, porque ser unos héroes es la única salida que tenéis para no acabar en la cárcel y porque, de lo contrario, van a morir miles de millones de personas —enumeró él.

—Tampoco iremos a la cárcel si el planeta es arrasado —gruñó Gretch—. ¡Oh, está bien! Pero no sé qué podemos hacer nosotros en algo así. Yo no soy piloto de guerra... y no te ofendas, pero tú no eres nada.

—Soy inmune al virus, que ya es más que casi todos en este planeta —replicó Marc cuando el ascensor se detuvo por fin—. Veamos cómo está la cosa...

Nada más salir, dos hombres vestidos con trajes de aislamiento muy pesados corrieron a sellar el ascensor, que sólo fue desprecintado de forma temporal para bajarles hasta allí, y cuando salieron al hangar, se encontraron con una imagen dantesca. Cientos, tal vez miles de personas yacían en el suelo, débiles y enfermos. Un grupo de al menos diez androides médicos y humanos con trajes de aislamiento se movían a toda prisa entre ellos tratando de aliviarles y luchando por contener la enfermedad.

—Tiene mala pinta, ¿verdad? —comentó Marc con aprensión cuando se subieron a un pequeño vehículo autodirigido, que les llevó entre las naves y grupos de enfermos hacia el mismo centro del hangar, donde ya aguardaban su llegada.

—Sí... confío en que Rob sepa lo que hace —contestó Gretch—. Creo que nunca se había visto en la tesitura de tener que controlar y coordinar a tantos al mismo tiempo.

—Yo también lo espero. De lo contrario, esto no servirá de nada.

El centro del hangar había sido evacuado por completo para dejar espacio a lo que sería la última esperanza de Nueva Tierra. Una docena de robots mecánicos daba vueltas alrededor de la Calicó, tratando de arreglar sus desperfectos todo lo posible en vistas de la misión que iban a realizar en ella. A sus pies, un verdadero ejército compuesto por cientos de androides vírgenes recién sacados de la fábrica esperaba órdenes, o al menos eso le pareció a Marc a juzgar por sus poses. Junto a ellos, un enorme robot de más de seis metros de altura, corpulento como un levantador de pesas, permanecía conectado por una docena de gruesos cables a cuatro generadores de energía distintos.

—Vaya, ¿qué es esa cosa gigante? —se preguntó Gretch cuando bajaron del vehículo.

Rob, que ya se encontraba allí desde hacía varios minutos, se acercó a ellos seguido por un diminuto dispositivo parecido a una pelota de golf que flotaba en el aire y proyectaba frente a sí una imagen holográfica de la cabeza de Lionel Thalassinos, quien en realidad seguía en su despacho a salvo del Segador.

—Os presento a Titán —señaló orgulloso el androide—. Es un robot de construcción, pero lo voy a utilizar como generador de red porque tiene más potencia que yo... cuatrocientos cincuenta y siete androides son muchos para controlar al mismo tiempo.

—Eso mismo piensa Indacorp —afirmó Thalassinos—. No les ha gustado nada que requisáramos estos androides, pero a sus directivos en el planeta no les apetecía morir. Es una hornada completamente nueva que debería funcionar a la perfección.

—Bien... ¿estás seguro de poder entrar en tantos cuerpos a la vez? —le preguntó Gretch a Rob con preocupación—. Nunca habías hecho algo como esto.

—Todo es posible con la suficiente energía —asintió él—. La red está siendo generada, estoy instalando las instrucciones para manejar cazas de combate... no me llevará más que unos minutos estar listo. ¿Están los satélites en posición?

—¿Los satélites? —inquirió Marc.

—En el espacio es imposible mantener la red conectada por sí sola debido a las grandes distancias —le explico el androide—. Necesito los satélites repitiendo la señal para seguir en conexión y poder coordinarnos a todos.

—Lo estarán —prometió Thalassinos—. Es vital que cualquier caza enemigo sea derribado antes de entrar a la atmósfera, porque pueden llevar el Segador con ellos y liberarlo en una zona más difícil de aislar que ésta... sin embargo, todo esto no servirá de nada si no se detiene al «Leviatán».

—¿No puedes manejar naves más grandes? —le preguntó Marc a Rob.

—Podría —admitió éste—. Pero tardaría horas en aprender a hacerlo, y no tenemos tanto tiempo.

—Entonces sólo quedamos nosotros —afirmó Gretch—. Menuda suerte, ¿eh?

—¿Estáis seguros de que Rosenstock no se limitará a volar vuestra nave por los aires? —se preocupó Thalassinos desde el holograma.

—Me quiere de su lado. Si ve acercarse a la Calicó, no me atacará de buenas a primeras —le aseguró ella—. Otra cosa es que, una vez estando a bordo, podamos pararle los pies.

—Encontraremos la forma —aseguró Marc pese a todo.

La luz del hangar se volvió de color rojo, llamando su atención y la de algunos de los soldados enfermos más próximos.

—Me informan de que el «Leviatán» está dentro del sistema —anunció Thalassinos.

—¿Estamos listos? —preguntó Marc a sus compañeros.

—Listos —asintió Rob.

—Listos —respondieron los cuatrocientos cincuenta y siete androides al unísono.

—Listos —exclamó Gretch enfundándose una pistola de plasma en el cinturón.

—Pues que la fuerza esté con nosotros, o como se diga —masculló Marc, intentando controlar su respiración para calmar los nervios, antes de dirigirse hacia la

Calicó en una nueva misión potencialmente suicida.

\*\*\*\*\*

Maldek nunca fue un tipo importante... su abuela le dijo que no lo sería jamás en su lecho de muerte, su padre se lo repetía siempre que podía, y hasta su superior lo pensaba cada vez que existía una posibilidad de ascenso y éste acababa recayendo en algún otro compañero. Pero aquella noche, Maldek sería un héroe, uno de los pocos héroes de Nueva Tierra que plantarían cara al excomandante Rosenstock en su cruzada genocida.

Con prácticamente toda la flota militar bloqueada en la base Cancri por culpa del Segador, la defensa del planeta contra la destrucción total recaía exclusivamente en los patrulleros de la policía, que se habían unido a la partida de cazas controlada por androides en la misión de no permitir que nave enemiga alguna penetrara en la atmósfera del planeta. Aquello iba a ser una batalla de la que hablarían las generaciones futuras, y cuando todo acabara, y fuera uno de los héroes que habían salvado el planeta, su nombre sería recordado por los historiadores... nadie volvería a decir que Maldek Luzhin Korovin no era alguien importante.

Desplazándose en formación junto al resto de patrulleros y cazas, avanzaron alejándose de la órbita del planeta al encuentro del «Leviatán», el temible destructor de Rosenstock... pero conforme Nueva Tierra fue viéndose más y más pequeña, su valor fue menguando del mismo modo, y el miedo que sentía provocó que su uniforme de combate le advirtiera de sus elevadas pulsaciones.

—Tranquilo, todo irá bien —le aseguró su compañero Antoine, un chico recién llegado de la academia que sabía aún menos que él dónde se estaba metiendo, y que era su copiloto.

No ayudaba mucho a su ya dañada autoestima sufrir la humillación de que fuera un novato el que le tranquilizara, y tal vez por ese motivo decidió vomitar todo su valor cuando el destructor de Rosenstock comenzó a atisbarse en el horizonte, y los cazas dackharianos se lanzaron a por ellos como una horda de avispas enfurecidas.

—Recuerden señores: ¡Ni un caza enemigo entrará en el planeta! —les arengó el jefe de patrulla a través de las comunicaciones.

—¡Ni uno! —exclamó motivado Antoine.

—¡Ni uno! —gritó él también, para no ser menos, pese a que la arenga no le parecía gran cosa... tampoco habían tenido mucho tiempo para preparar la batalla.

Sin embargo, enseguida comenzaron los disparos, los misiles de plasma y las explosiones. La estrategia a seguir consistía en que los patrulleros contuvieran el avance de los cazas enemigos, mientras los que eran manejados por androides realizaban una maniobra envolvente para atacar desde los lados. Un patrullero era una nave más resistente que un caza, sin ninguna duda, pero el caza era más maniobrable, y su capacidad de fuego era en la práctica la misma, por tanto, a nadie le cabía la

menor duda de que la batalla sería encarnizada.

—¡Cuidado! —le advirtió Antoine. Distraído en su intento de encontrar un objetivo contra el que lanzar el primer misil de plasma, por poco permitió que uno enemigo les derribara. Pudo esquivarlo con una temeraria maniobra de última hora, aunque con ello sólo consiguió acabar metiéndose de lleno en mitad del fuego cruzado.

La nave se agitó con violencia, y la luz de emergencia comenzó a parpadear cuando un disparo acabó impactando directamente contra el motor. Maldek luchó por recuperar el control de la nave, pero ésta sólo le respondía a medias, y eso no fue suficiente para evitar que otro proyectil alcanzara la cabina.

Agachó la cabeza en su asiento cuando comenzaron a saltar chispas por todas partes. Un agujero de más de medio metro abierto en mitad del blindaje succionó todo el aire de la cabina y lo lanzó al vacío. Él iba bien sujeto a su asiento, pero se vio obligado a colocarse la mascarilla para poder seguir respirando.

—¡Antoine! —llamó a su copiloto. Éste, sin embargo, había sufrido el impacto mucho más cerca, y yacía inconsciente y malherido en su asiento, tal vez incluso muerto.

Maldiciendo entre dientes, trató de maniobrar para escapar del fuego cruzado que les estaba masacrando, pero la despresurización de la nave conseguía que fuera imposible controlarla en condiciones.

—¡Atención a todos los patrulleros! ¡Interceptor! ¡Detengan a ese interceptor! —alertaron a través de las comunicaciones.

La nave conocida como «Jets» guardaba las distancias con los cazas dackharianos con la intención de llegar como apoyo para ellos en el fragor de la batalla. Un interceptor era demasiado para los patrulleros, que comenzaron a ser destruidos bajo el potente armamento de plasma e iónico del que disponía la imponente nave.

—¡No dejen que atraviese la barrera! —exclamó el jefe de patrulla—. ¡No...! ¡Agh!

La comunicación se perdió y la nave insignia de los patrulleros se consumió en una bola de fuego, que apenas ardió durante un segundo hasta que todo el oxígeno que guardaba en su interior se consumió. Los cazas llegaron por los flancos para unirse al combate, pero el interceptor era más rápido que ellos, y si nadie le detenía se colaría hasta Nueva Tierra... algo que no se podía permitir.

Maldek supo enseguida lo que tenía que hacer.

El patrullero se lanzó en picado como un kamikaze contra el «Jets». Su piloto kamikaze gritó de miedo y rabia conforme la cristalera del puente de mando se iba aproximando a él, y descargó toda su munición en forma de proyectiles de plasma contra ella. Le daba igual que fueran disparos demasiado débiles para dañarla, no eran éstos los que iban a derribar la nave... nadie volvería a decir que no era una persona importante, a partir de ese momento todo el mundo conocería su nombre, y en adelante lo pronunciarían con respeto y admiración. Su abuela, desde su tumba,

estaría orgulloso de él.

—¡El «Jets»! —exclamó Adalia consternada al ver la tremenda explosión que se produjo en el morro de la nave cuando un patrullero loco se inmoló contra ella, destruyendo el puente de mando, al capitán y a los oficiales y dejándola a la deriva, vulnerable al ataque de los cazas que habían aparecido por los flancos para unirse a la batalla.

Furiosa, Smeith se volvió hacia el comandante Rosenstock, que desde su asiento flotante observaba la escena sin inmutarse en lo más mínimo.

—¡Dijiste que las fuerzas de Nueva Tierra estarían inutilizadas! —le acusó.

—Y lo están —respondió él con seriedad.

—¿Lo están? —replicó incrédula—. ¡Su flota está ahí fuera! ¡Estamos perdiendo todos los cazas! ¡Han destruido el «Jets»!

—Tranquila, Adalia —dijo permitiéndose mostrar una ligera sonrisa—. Han podido poner en marcha, ¿cuántas? ¿Quinientas naves? Minucias... sí, es posible que nuestros cazas estén perdidos, pero con eso no detendrán al «Leviatán». Alcanzaremos la superficie y liberaremos el Segador sin que sus defensas orbitales puedan impedirlo.

—¡Comandante, Primera! —les llamó uno de los oficiales del puente desde su puesto—. Hemos detectado una nave no de guerra que se acerca al «Leviatán».

—¡Destruídla! —ordenó Adalia con convencimiento.

—Se trata de la Calicó —añadió el oficial—. Hemos detectado a dos humanos y un androide en su interior... uno de los humanos no tiene chip, pero por las lecturas del otro sabemos que es Gretchen Rosenstock.

—¡Destruídla igualmente! —repitió Smeith.

—¡No! —se interpuso el comandante.

—¡Es una trampa! —protestó Adalia—. La nave podría estar llena de explosivos, o preparada para provocar un pulso electromagnético que nos inutilice por completo.

—No hemos detectado ningún tipo de armamento pesado en ella, comandante —informó el oficial—. Salvo una torreta de plasma y una de iones.

—Eso no puede hacernos daño —valoró Rosenstock—. ¡Dejad que suban a bordo! Que una unidad completa les escolte hasta aquí, y que ningún androide se aproxime al suyo.

—No me parece una idea sensata —insistió Adalia cuando el oficial se retiró a seguir las órdenes recibidas.

—Ve con ellos, sin que te vean —dictaminó el comandante—. Si ves algo sospechoso, mátalos... pero si no, contar con Gretchen entre nosotros sigue siendo un empujón importante para la causa que no voy a dejar escapar.

Adalia Smeith, aunque no tan convencida como su líder de aquello, agachó la cabeza en una reverencia antes de darse la vuelta y abandonar el puente de mando,

dispuesta a cumplir sus órdenes.

\*\*\*\*\*

—Está funcionando —dijo Marc con el corazón en un puño. El combate espacial había quedado ya atrás, pero todavía podía ver algunos proyectiles de plasma que erraron su objetivo perderse en la inmensidad del vacío cósmico... y las explosiones de las naves, tanto aliadas como enemigas, alcanzadas por los que no fallaron.

—No me fío —masculló, sin embargo, Gretch negando con la cabeza desde el asiento del piloto—. Es demasiado fácil... no me fío.

—Y yo te digo que está funcionando —insistió él con tozudez—. No nos disparan, ¿verdad? Nos van a dejar entrar.

—Habrá que ver —opinó Rob—. Estoy perdiendo muchos cazas... controlar a tantos es más difícil de lo que yo creía. Perdonad si estoy un poco disperso, pero al parecer mi capacidad de atención no es ilimitada.

—¡Androide arrogante! ¿Pensabas que lo sería? —le increpó Gretch volviéndose hacia él—. Más te vale contenerlo, de lo contrario, todo esto no habrá servido de nada.

—Descuida. Las tácticas de combate que descargué están demostrando ser efectivas por ahora, aunque reconozco que los dackharianos no son legos en estrategia.

—Faltaría más —replicó ella con orgullo—. Me alegra que las comunicaciones sigan rotas, porque no sabría qué decirles si nos preguntaran por qué vamos hacia la nave.

—Pues mejor que vayas pensando algo —la apremió Marc—. Ya casi hemos llegado.

Aunque les hicieron entrar en un hangar distinto del «Leviatán», éste se encontraba tan vacío como habían dejado el otro al marcharse tras la visita anterior, aunque ahora las naves combatían a los patrulleros y los cazas de Rob, y no flotaban vacías en el espacio. Aterrizaron cerca de la puerta que llevaba hacia el interior del destructor, y en cuanto bajaron de la Calicó, seis soldados armados entraron en el hangar y plantaron a unos pocos metros frente a ellos, luego les apuntaron con sus fusiles de plasma.

Con precaución, los tres levantaron las manos.

Un séptimo hombre, un soldado de tez oscura que Marc recordaba de habérselo cruzado en un ascensor en su anterior visita, se adelantó y les examinó de arriba abajo... no parecía muy contento, señal de que él también les recordaba de sus anteriores encuentros, en especial a Gretch, a la que dedicó una mirada de odio mayor que a ninguno.

—El único motivo por el que el comandante Rosenstock no ha volado en pedazos vuestra chatarra de nave mientras os aproximabais es porque eres de su familia —le

espetó apretando los dientes.

—Hemos venido a negociar —replicó ella sin dejarse intimidar.

—A negociar, ¿eh? —exclamó suspicaz—. ¿Los tres?

—Ellos dos son parte de la negociación —afirmó—. Pero sólo hablaré con mi tío, el comandante.

—¿Tengo cara de idiota? —gruñó el soldado—. ¿Crees que voy a llevaros frente al comandante sin más?

—¿Para qué nos habéis dejado llegar hasta aquí si no? —arguyó ella—. Sin embargo, voy a darte un adelanto: este androide es quien está manejando los cazas de Nueva Tierra que masacran a los vuestros. En unos minutos tendrá también bajo control toda la flota de cruceros y acorazados, y con ella os detendrá antes de que lleguéis a la superficie.

—Es un farol —aventuró el soldado, con mucho acierto a opinión de Marc, pero no tenía forma de saber si era una mentira o cierto.

—Ya habéis visto lo que consiguió hacer con los androides de esta nave —le recordó Gretch—. Además, tú no estás en posición de valorar si es un farol o no. ¿Nos vas a llevar ya ante el comandante?

Durante un instante, el hombre se mostró reticente, pero al final retrocedió un paso e hizo un gesto a sus hombres. Tres de ellos se adelantaron y les registraron a fondo, quitándoles a Gretch y a Marc sus pistolas de plasma, así como el cinturón donde ella guardaba sus granadas. Luego les pasaron una varilla como la de la comisaría de Nibiru y la que utilizaron antes de verse con Thalassinos para que detectara cualquier cosa que pudieran transportar oculta.

—Están limpios —informó el soldado que sujetaba la bolsa de granadas a su superior.

—Si intentáis cualquier cosa, será lo último que hagáis —les advirtió éste antes de ordenar al resto de hombres que les escoltaran.

Y así, rodeados por siete soldados rebeldes dackharianos, salieron del hangar y se adentraron una vez más en las entrañas del «Leviatán». Entre el personal que se encontraba en sus puestos de combate, y los que habían salido pilotando los cazas, los pasillos de la nave permanecieron prácticamente desiertos buena parte del trayecto.

—No ha ido mal —susurró Marc a sus compañeros—. Aunque tengamos siete fusiles de plasma apuntándonos...

—¡Silencio! —exigió el soldado que les dirigía.

Cuando llegaron a la altura de los ascensores, se valieron de ellos para subir hasta la planta donde se encontraban los trenes deslizantes, que les llevarían hasta el puente de mando. Durante todo el trayecto que los separaba de los trenes no se cruzaron con nadie más, salvo con un robot de limpieza que por precaución fue apartado lejos del alcance de Rob antes de que pudiera acercarse demasiado a él.

—Es agradable sentir el miedo que les causo —se mofó el androide cuando se detuvieron para esperar a que el siguiente tren llegara a la parada.

Los trenes deslizantes, al moverse por los extremos de la nave, disponían de unas vistas al exterior privilegiadas... privilegiadas y preocupantes, pensó Marc al ver los destellos de proyectiles de plasma y las explosiones de naves en la distancia. Si se encontraban tan cerca como para poder contemplar aquel espectáculo de luces, sólo podían haber sucedido dos cosas: o que la batalla estaba yendo muy bien, y los cazas enemigos habían sido repelidos y obligados a retroceder hacia el destructor, o que el «Leviatán» había llegado ya a la altura de la batalla en su afán por alcanzar la atmósfera del planeta cuanto antes... y temiendo que la segunda opción fuera la real, comenzó a inquietarse.

—No creo que tengamos mucho más tiempo —les dijo en un susurro a sus compañeros, que también eran conscientes de la situación, pero que no tuvieron nada que replicar, para bien o para mal.

Al igual que en los pasillos, los otrora abarrotados trenes se encontraban vacíos mientras el ataque se producía. Tan sólo un soldado viajaba en el que fue a recogerles, pero se bajó de él en esa misma parada y les dedicó a todos una mirada de curiosidad antes de marcharse a cumplir las órdenes que hubiera recibido. En cuanto se perdió de vista, los diez entraron al vagón, que de inmediato se puso en marcha en rumbo al morro del destructor.

Aquel espacio cerrado, y sobre todo, lejos de la ayuda de cualquier otro soldado de la nave, era la mejor oportunidad que se les iba a presentar para librarse de su inoportuna escolta militar, de modo que no la desaprovecharon. Guardaron las formas hasta que el vehículo alcanzó su máxima velocidad, y entonces Gretch fingió suspirar con resignación, dándole así a Marc la señal de que comenzara el espectáculo.

—Señores —exclamó él en voz alta, llamando así la atención de todos los soldados dackharianos—. Me temo que olvidé algo en el fuego y he de marcharme, hasta luego.

Y a ojos de todos desapareció, causando una consternación y una confusión momentánea entre sus enemigos que sirvió para que Gretch actuara. Sin perder un instante, se abalanzó contra el soldado más cercano y le abrazó desde la espalda para inmovilizarle las manos, luego activó los propulsores de sus botas y se elevó hasta el techo del vagón, golpeando la cabeza del enmarañado soldado contra él y aprovechando su posición elevada para lanzar una patada contra la cara de otro. Rob, con su fuerza de androide, inmovilizó con facilidad a uno contra la pared y agarró a un segundo del cuello, dejándole después inconsciente con un golpe de su metálica cabeza contra la suya.

Cuando los tres restantes se dispusieron a contestar las agresiones con sus fusiles, Marc reapareció en el suelo y derribó a dos agarrándoles de las piernas para que tastabillaran y cayeran. El tercero alcanzó a disparar, pero en lugar de acertar en Gretch, que era su objetivo, acabó dirigiendo el proyectil de plasma contra el estómago del soldado que ella tenía agarrado. No tardó en caer también cuando Marc se abalanzó sobre él, y juntos se precipitaron contra la dura superficie del vagón.

Armándose con la pistola de plasma que le habían requisado, y que había terminado en el suelo, la dackhariana acabó con el soldado de un disparo, mientras que Rob incapacitó a su otro oponente de un codazo en la cara.

—Ha sido fácil —opinó Marc poniéndose en pie y sacudiéndose la gabardina de suciedad. El vagón comenzó a reducir la velocidad al aproximarse a su destino.

—¿Fácil? —replicó Gretch molesta guardándose la pistola en la funda—. ¡Casi me matan de un disparo!

—Es cierto —corroboró Rob—. Tendrías que haberte hecho cargo de los tres que quedaban, no dejar uno libre para que pudiera reaccionar. Es algo básico.

—Sólo tengo dos manos, ¿vale? —se defendió él recuperando también su arma—. Lo importante es que todo ha salido bien.

Sin embargo, no tardó en darse cuenta de que había hablado demasiado pronto. De repente, y si saber el motivo, una fuerte explosión en la parte trasera del vagón les lanzó con fuerza contra la delantera... o al menos a Gretch y Marc, Rob se encontraba tan cerca del lugar de la explosión que ésta le alcanzó de lleno.

Entre el humo generado por el estallido y las sacudidas del vagón, que acabó partiéndose por la mitad, los dos humanos necesitaron unos instantes para asimilar la situación, y cuando pudieron analizarla se dieron cuenta de que se encontraban en serios apuros: toda la parte trasera del vagón había volado, la explosión había reventado el cuerpo de Rob, de quien ya sólo quedaba una cabeza, con dos gruesos cables rotos surgiendo de su cuello, que parpadeaba confusa desde el suelo. Gretch se había magullado un brazo y a Marc le dolía la mandíbula... no obstante, el mayor problema aconteció cuando el grueso cristal junto a las vías que daba al exterior, y que la explosión que partió el vagón en dos había dejado ya muy dañado, acabó cediendo y abriendo un boquete de casi un metro de diámetro que salía directo al espacio.

—Oh, oh... —dijo Gretch cuando aquel agujero se transformó en una aspiradora.

En menos de un segundo, las armas caídas de los soldados, así como los propios soldados, la cabeza de Rob, Marc y Gretch, comenzaron a ser absorbidos hacia el espacio por una fuerza irresistible. Marc alcanzó a sujetar por uno de los cables sueltos la cabeza del androide, pero él mismo se vio succionado también, y sólo se salvó de acabar flotando en mitad del vacío a cuerpo descubierto porque Gretch le cogió de la mano a tiempo. Ella misma había empleado la capacidad de imantación de sus botas para sujetarse al suelo metálico del vagón y evitar ser arrastrada... y durante unos instantes, aguantaron.

Sin embargo, aquella precaria situación no era sostenible mucho más tiempo. El vagón entero fue arrastrado hasta bloquear la parte rota el agujero del cristal, dejándoles a los tres atrapados dentro y con cada vez menos oxígeno.

—Esto no me gusta... —exclamó Marc asustado, pero sus palabras fueron expulsadas al vacío con el resto del aire.

Gretch, sin soltar su mano, desmantó su bota derecha y, empleando el propulsor a

toda potencia, la obligó a dar un paso adelante, donde imantó de nuevo para mantener la posición. Luego hizo lo mismo con el otro pie, y repitiendo esa técnica una y otra vez acabó alcanzando la compuerta del vagón, que atrancada por culpa de la explosión, pudo abrir sólo tras propinarle un par de golpes. Una vez fuera de allí, arrastró a Marc consigo hasta que éste logró abrazarse a su cuello, y cuando estuvo bien sujeto, cerró la compuerta de nuevo, aislándolos a ambos de la succión del vacío por fin.

Librarse de aquella fuerza abductora provocó que ambos cayeran de morros al suelo. Marc, mareado y con la cabeza de Rob en las manos, quedó encima de ella, y al tenerla cara a cara y cuerpo contra cuerpo, sólo se le ocurrió sonreírle.

—Emm... ¿te importa? —solicitó ella, no tan cómoda en esa situación, un segundo después.

—¡Oh, sí! Perdón —dijo echándose a un lado rápidamente, lo que propició que ambos pudieran incorporarse por fin.

—¡Oh, Rob! —exclamó Gretch preocupada al ver la cabeza del androide en manos de Marc.

—Estoy bien —respondió ésta—. Bueno, más o menos.

—Pero ¿qué ha pasado? —preguntó Marc, a quien todavía le daba vueltas la cabeza debido al estallido que le lanzó por los aires y a la descompresión repentina—. ¿De dónde ha salido esa explosión?

—De mí —declaró Adalia Smeith, que plantada en mitad del pasillo que transcurría en paralelo a la ruta de los trenes, hizo girar en las manos su vara dackhariana ya desplegada. También vestía su uniforme de combate con placas metálicas—. Sabía que no se podía confiar en vosotros. Se lo advertí al comandante, pero no quiso escucharme, y ahora me toca a mí encargarme de que recibáis vuestro castigo, igual que lo va a recibir Nueva Tierra de un momento a otro.

—Confianza en sí misma no le falta —opinó Rob.

—Ni motivos para tenerla —añadió Marc. Todavía recordaba demasiado bien su encuentro anterior en Nibiru, del que habían escapado sólo por un golpe de suerte con el que no podrían contar en ese momento, en el que Rob se encontraba con menos cuerpos que nunca y sus únicas armas eran unas pistolas de plasma.

—Distraedla mientras yo llego al puente de mando —les pidió Gretch, para su consternación, echando a correr en dirección contraria a donde se encontraba su enemiga.

—¡Es una broma! ¿No? —exclamó Marc volviéndose hacia ella sin poder creer que estuviera ahuecando el ala de aquella manera—. ¡Espera!

—Creo deberías dirigir la vista al frente —le recomendó la cabeza de Rob... y tenía razón. Cuando se giró de nuevo, Adalia, blandiendo su vara dackhariana, corría hacia ellos con los dientes apretados por la rabia y una mirada asesina en el rostro.

—¡Diablos! —exclamó Marc echándose a un lado un instante antes de ser partido en dos con un golpe del filo de la vara.

Tras esquivar el tajo, se cubrió con la gabardina para volverse invisible y evitar un segundo.

—Esta vez no te va a servir ese truquito —le espetó ella llevando una mano a su oreja. Desde allí, como si se materializara en el aire, se fue formando un visor transparente que le cubrió los ojos, y cuando su mirada se dirigió al lugar exacto donde Marc se encontraba, éste supo que sus problemas eran todavía más graves de lo que creía.

La dackhariana trató de lancearle en un par de ocasiones, pero logró retroceder antes de ser alcanzado. Intentando contraatacar, desenfundó su pistola de plasma y se dispuso a disparar contra ella, sin embargo, en respuesta ella giró sobre sí misma y lanzó un corte en el aire que seccionó en dos la pistola. Ésta tan sólo chisporroteó cuando Marc apretó el gatillo.

—¡Diablos! —exclamó otra vez.

Desarmado, no tenía forma de ganar ese combate. Su única oportunidad, por decir algo, habría sido entrar en el cuerpo a cuerpo más cerrado y solucionarlo a golpes, pero el alcance de la vara de su rival le impedía siquiera intentar lanzarle un puñetazo.

—¡Vamos! ¿Todos erais así de cobardes en el siglo XXI? —trató de provocarle ella después de que retrocediera un par de pasos para evitar una tercera estocada.

—¡No me vendría mal algo de ayuda! —se quejó Marc, que comenzó a retroceder cuando Adalia volvió a acercarse para mantener las distancias.

—¿Y qué quieres que haga? —replicó la cabeza de Rob, que todavía colgaba de su mano—. Un momento... espera.

—¿Espera qué? —preguntó Marc, pero el androide había cerrado los ojos y no parecía estar ya escuchándole—. Vale, genial...

Adalia saltó contra él blandiendo su vara como un hacha y dispuesto a partirle el dos de arriba abajo. Marc se echó a un lado a tiempo para evitar el golpe y trató de aprovechar el momento en que el filo del arma se incrustó en el suelo para intentar llegar hasta ella... la dackhariana, sin embargo, era demasiado rápida, y antes de que lograra hacerlo, ésta ya tenía el arma de nuevo en posición de combate. Con un ágil giro, golpeó la parte roma del mango contra la nariz de Marc, que aturdido y desequilibrado momentáneamente le dio la espalda sin querer, y aprovechando la oportunidad, Adalia utilizó el puntiagudo extremo de su arma para lanzar una estocada contra sus riñones.

Marc no fue atravesado de lado a lado sólo porque la gabardina que vestía era resistente y no se agujereaba con facilidad, pero aun así, el impacto fue lo bastante doloroso como para obligarle a lanzar un grito y hacerle caer al suelo.

—Te tengo... —se regodeó ella cuando vio a su víctima prácticamente indefensa.

Marc apenas pudo cubrirse con las manos del golpe que iba a sobrevenirle, lo que no le serviría de mucho en realidad... pero por un inesperado milagro, la asesina abandonó sus ansias homicidas en el último momento, y con un gruñido de

frustración se arrojó hacia un lado, apartándose de su víctima y rodando luego por el suelo para alejarse.

El motivo de ese repentino cambio de intenciones fue la aparición junto al ventanal roto por la explosión anterior de un caza espacial de la batalla que ya casi tenían encima, y que decidió pasar por allí a echarle una mano.

Un instante después de que Adalia se arrojara contra el suelo, una ráfaga de proyectiles de plasma rompió del todo los cristales ya muy dañados del ventanal y llegaron hasta el pasillo. Marc se cubrió cuando los enormes rayos de material incandescente sobrevolaron su cabeza y acabaron chocando contra las paredes que tenían al otro lado, produciendo múltiples agujeros y quemaduras en el grueso metal.

El caza comenzó a perseguir con sus disparos a Adalia desde el exterior, y ella, para evitar las ráfagas mortales, se apresuró en ponerse en pie y comenzar a correr alejándose de Marc, dándole así el respiro que tanto necesitaba. Sin embargo, los agujeros que el caza provocaba en la cristalera empezaron a succionar todo el aire del pasillo.

—¿Rob? —llamó al androide mientras a su alrededor el aire comenzaba a verse arrastrado hacia el espacio. Su intervención era la única explicación a la oportuna aparición del caza salvador—. ¡Eh, Rob!

—Aquí estoy —respondió él volviendo a abrir los ojos—. Creo que ya saben cuál es el truco, han derribado tres de los satélites que repiten mi señal... si derriban el cuarto, perderé buena parte de la coordinación de las naves.

Una compuerta cercana se abrió, y por ella salieron cuatro soldados armados con fusiles dispuestos a averiguar qué estaba sucediendo allí. Su primera reacción fue contemplar con estupefacción cómo Adalia huía de los disparos del caza, pero enseguida repararon en una cabeza de androide tirada en el suelo y a punto de ser arrastrada hacia el vacío por el remolino de aire que se estaba formando.

—¡Eh! ¡Eh, vosotros, aquí! —les llamó Rob—. ¿Podéis echarme una mano, si no es mucha molestia?

Los soldados se miraron entre sí confundidos durante un segundo, tiempo más que suficiente para que Marc reapareciera frente al más adelantado y le arrancara el fusil de las manos aprovechándose de la confusión. Encargarse de ellos después de eso fue muy sencillo cuando los tenía a quemarropa.

—¡Leches! —exclamó al ver a los dos hombres abatidos—. Empieza a dárseme bien esto.

—¡Vayamos al puente a ayudar a Gretch! —propuso Rob cuando Marc, armado con el fusil, recuperó del suelo su cabeza... pero una explosión cercana llamó la atención de ambos, y lo último que pudieron ver antes de que una compuertas metálicas comenzaran a sellar el ventanal destruido fue cómo el caza que mantenía a raya a Adalia era derribado por los disparos de una nave enemiga.

—¡Vaya! Qué poco dura lo bueno... —lamentó Marc.

Viéndose libre de los incesantes y mortíferos ataques externos, la dackhariana

volvió a centrar su atención en ellos, y con la vara sujeta como si fuera una guadaña, se lazó de nuevo a darles caza.

No obstante, en esa ocasión Marc estaba armado, de modo que apuntó con el fusil de plasma contra ella y lanzó una ráfaga de disparos que pretendía dar fin a aquel combate de una vez por todas. Sin embargo, Adalia rechazó los proyectiles con facilidad gracias al escudo de energía de su brazal.

—¿Y ahora qué? —preguntó Marc tirando el arma al suelo cuando se quedó sin munición que desperdiciar.

—No sé... ¡lánzale algo! —sugirió Rob a la desesperada.

Un segundo más tarde, la cabeza del androide volaba por los aires en dirección a la dackhariana, que se frenó de golpe cuando ésta cayó sobre su regazo y, por instinto, la sujetó con las manos. El androide hizo lo único que podía hacer, y mordió la mano que le agarraba, lo que consiguió que Adalia gritara de dolor y se distrajera lo suficiente como para que Marc lograra aproximarse a ella sin llevarse un hachazo mortal en el intento.

Empleando todo su peso, la golpeó y la arrojó rodando varios metros de distancia. En el ataque él también cayó al suelo, pero cuando superó el aturdimiento producto del fuerte impacto, descubrió que tenía la cabeza de Rob en la mano y la vara de la dackhariana a un lado, y sin dudarle un instante, la recogió antes de ponerse en pie de nuevo.

—¡Ahora yo tengo tu arma, chalada del futuro! —le espetó a Adalia, que sujetándose dolorida la mano que le había mordido el androide se incorporó también—. ¡Ríndete!

—¿O qué? —le desafió ella dando un paso al frente.

Marc no tenía ni idea de cómo manejar aquella exótica vara de forma eficaz, y estaba seguro de que acabaría con su extremo puntiagudo clavado en el estómago antes de conseguir golpearla con ella, de modo que se limitó a retroceder conforme Adalia se le acercaba... y cuando echó a correr a por él, se volvió en la dirección en que Gretch se había marchado y corrió también.

—¿Por qué me tiene que tocar a mí la ninja? ¿Por qué no el viejo comandante? —lamentó más para sí mismo que para ninguna de las dos personas que podían estar escuchándole. Si llegaba al puente de mando antes de ser atrapado, tal vez pudiera hacer una repartición más equitativa de enemigos.

El puente de mando rebosaba de actividad cuando Gretch llegó hasta él. Dos hombres armados guardaban las puertas desde el interior, pero se deshizo de ellos con sendos disparos de su pistola de plasma nada más entrar, llamando así la atención de la ajetreada tripulación que se preparaba para el inminente ataque a Nueva Tierra. Desde la cristalera del puente de mando, la vista de la batalla espacial que sucedía fuera era mucho más amplia, aunque era difícil saber quién iba ganando, si los

patrulleros y los androides de Rob, o los cazas de su tío.

Precisamente él fue el primero en girar su asiento flotante hacia ella, atraído por los disparos que acabaron con los guardias. Algunos de los presentes fueron a desenfundar sus armas para responder a la agresión, pero con un gesto de su mano, el comandante les detuvo.

—¡No! —ordenó. No estaba ni asustado ni sorprendido, más bien parecía como si ya se hubiera esperado algo así—. Seguid adelante, debemos llegar al planeta cuanto antes.

—Lo siento, tío, pero no puedo permitir eso —declaró Gretch cerrando la compuerta del puente.

—¿Ah, no? ¿No puedes? —replicó bajando del asiento y acercándose hacia ella con paso lento. En respuesta, le apuntó con la pistola, pero aquello no consiguió amedrentarle lo más mínimo—. Yo más bien diría que, en el fondo, lo estás deseando, Gretch. ¿O acaso no recuerdas qué día es hoy?

—Lo recuerdo perfectamente —contestó apretando los dientes. ¿Cómo iba a olvidarlo? Tal día como aquél, veinte años atrás, perdió la que pensaba que iba a ser su vida y a su familia... a toda, incluido el hombre que tenía delante.

Le había dado muchas vueltas cuando iban de camino a Nueva Tierra, y había llegado a la conclusión de que, aunque pudieran haber sido familiares en el pasado, ya no lo eran en realidad. Entre los contrabandistas, la única familia que existía eran tus compañeros, no un hombre al que no había visto en dos décadas.

—Sí, es difícil de olvidar, ¿verdad? —afirmó él—. Tú madre era una gran mujer, una mujer fiel a la causa, una emperatriz amada por todo el planeta... no merecía morir de esa manera.

—Deja a mi madre al margen de todo esto —exclamó Gretch irritada—. No se trata de lo que pasó hace años, sino de lo que pretendes hacer ahora.

—¿Y qué pretendo hacer ahora, además de justicia, venganza y completar la labor que tu padre dejó inconclusa por culpa de unos traidores? Seguro que hoy has hablado con Lionel Thalassinos, ¿me equivoco? —A Gretch le sorprendió mucho que supiera eso, pero se obligó a que su rostro no manifestara esa sorpresa en forma alguna—. ¿Y si te dijera que ese hombre se encargó personalmente de organizar, junto con el traidor de Bonhart Tadeus Smeith, el golpe de estado que acabó con tus padres? ¿No te das cuenta? El mismo que te ha enviado aquí a matarme es el asesino de Goran y Desdémona.

Gretch, que ignoraba ese dato en concreto, no quería escucharle. Se esforzaba por no hacerlo, por ignorar sus palabras... pero éstas le dolían, y mucho. Tuvo que recordarse que su tío sólo era un hombre que pretendía cometer un genocidio como no había conocido la humanidad desde la aparición de los grises. Un hombre que aspira a convertirse en el mayor asesino de la historia.

—La familia es lo más importante —declaró por fin—. Eso me lo enseñaste tú, tío.

—Y siempre lo será —corroboró él asintiendo y permitiéndose mostrar una confiada sonrisa—. Regresa a la familia, Gretch. Reclama tu derecho de nacimiento y completa la labor de tu padre. ¡Haz justicia por su muerte y reina en Dackhara como su nueva emperatriz!

Las melosas palabras de Steffan Jakor Rosenstock se clavaban como cuchillas afiladas en su cerebro. Contrastaban tanto con las que Ritter el Rojo le dijera en su momento para disuadirla de la senda del odio y la venganza que por un momento se sintió confusa... sin embargo, enseguida comprendió que era natural que una parte de ella sufriera todavía por aquellos acontecimientos traumáticos que padeció, y sólo entonces reparó en que su tío tenía razón, que era su derecho de nacimiento: a ella le correspondía terminar lo que su padre empezó e impartir justicia.

—La familia es lo más importante —repitió—. Y mi padre y tú ya habéis hecho suficiente daño al apellido Rosenstock. A mí me corresponde ponerle fin a esto, tío. Es mi derecho de nacimiento.

Aquellas palabras no gustaron nada al comandante, que cambió su gesto casi simpático por uno de profundo desagrado en tan sólo un segundo. Gretch apuntó contra él dispuesta a disparar y matarle allí mismo, en el puente de mando de su propio destructor y delante de sus hombres fieles... pero cuando apretó el gatillo, el comandante interpuso un escudo de energía surgido de su brazal y el proyectil de plasma acabó chocando de forma inerte contra el suelo tras rebotar contra él.

Pese a la agresión, los hombres del puente no hicieron ademán de ir a atacarla.

—Mírate, ya no queda nada de honorable en ti —le espetó Steffan con desprecio—. ¿Pretendes matarme con una pistola de plasma, como una vulgar contrabandista?

Con un gesto de su mano, uno de sus hombres se apresuró en acercarse a él y entregarle la vara dackhariana que portaba. Vara que luego lanzó a los pies de Gretch antes de desenvainar la suya propia del cinturón y extenderla.

—Eres la hija de Goran Jakor Rosenstock, ¡compórtate como una dackhariana! —le retó él adoptando una pose defensiva.

Gretch se lo pensó, pero tan sólo durante un segundo, y tras enfundar la pistola, recogió del suelo la vara y la desplegó, aceptando tácitamente el desafío.

El filo del arma era tan agudo que podría haber partido un cabello humano en dos, y dispuesta a terminar lo que había ido a hacer allí, cargó contra su tío, no sin cierta precaución por su parte. No quería engañarse, llevaba años sin luchar con una vara dackhariana. El propio Steffan le había enseñado a utilizarla, y Ritter el Rojo completó ese aprendizaje más adelante... pero desde aquello había pasado mucho tiempo, y en su juventud, su tío había sido conocido por ser el mejor luchador de Dackhara empleando esa arma.

Su embestida fue rechazada con facilidad por un gesto casi despectivo de la vara del comandante, que intentó golpearla en la cabeza con la parte roma como parte del mismo movimiento. Gretch, que conocía la maniobra, pudo detener el golpe empleando su propia parte roma, para luego dar un salto atrás y salir de su alcance.

—No está mal —reconoció Rosenstock, que mantuvo las distancias interponiendo el filo del arma entre ambos—. Esa maniobra de esquivar no te la enseñé yo.

—Fue Ritter el Rojo —replicó Gretch antes de apartar el filo con la parte roma de un golpe para así poder avanzar hasta su lado y descargar un tajo de arriba abajo. Tajo que fue rechazado por el comandante con una ágil pirueta poco propia en alguien de su edad—. Era un exiliado político en los tiempos de mi padre.

—¿Fue él quien te metió en la cabeza la idea de rechazar quién eres? —le espetó lanzándole una estocada, que sólo pudo evitar con un salto hacia atrás—. Por mucho que un disidente te manipulara, tú sabes bien a dónde perteneces... tu hogar no es una mugrienta nave perdida en el espacio, ¡tu hogar es Dackhara!

—Tu hogar es donde tienes el corazón —exclamó ella repitiendo las palabras que Marc le dijera cuando se encontraban en la Tierra, y que ahora veía más llenas de verdad que nunca.

Decidida a emplear una táctica más agresiva, lanzó una serie de estocadas contra su tío con la intención de aprovecharse de los reflejos mermados que por su edad debía tener, y consiguió con ello cierto éxito, pues viéndose avasallado por unos ataques tan rápidos, al comandante Rosenstock no le quedó otra que emplear todas sus fuerzas en defenderse y bloquear los golpes. Lo que no esperaba Gretch era que, expuesta por ese impulsivo ataque, él fuera a contraatacar con un violento tajo que la desarmó y que consiguió que el filo de la vara le arañara la cara.

Su arma salió despedida varios metros, y ella cayó de espaldas al suelo con una herida sangrante en una mejilla y a merced de su tío, quien la miró con la decepción reflejada en el rostro. Alzo su arma, tal vez dispuesto a acabar con la vida de su sobrina, la hija del hermano al que seguía admirando hasta veinte años después de su muerte, o tal vez sólo para terminar arrepintiéndose en el último momento, Gretch no podía saberlo.

Sin embargo, antes de que pudiera tomar la decisión, la compuerta del puente se abrió y por ella entró Marc, también con una vara dackhariana en una mano y la cabeza de Rob en la otra.

Por un instante, al ver el arma de su enemiga en sus manos, pensó que Marc habría conseguido derrotarla y que había acudido a su rescate... pero para su decepción, Adalia no tardó en alcanzarles, y de repente la situación se volvió más que complicada para los tres: era posible que tuvieran órdenes de no disparar contra Gretch, el resto de la tripulación, sin embargo, no tuvo ningún tapujo en encañonar a Marc.

Durante un segundo pareció que el comandante tenía la partida ganada, y así fue hasta que una repentina sacudida de origen desconocido hizo convulsionar toda la nave, consiguiendo que la mitad de la tripulación se desequilibrara y cayera al suelo, entre ellos el propio comandante.

Todas las alarmas se activaron, el puente de mando se vio inundado por una luz roja parpadeante y la cristalera se fracturó de arriba abajo. Gretch no dudó en

aprovechar la distracción para alejarse de Steffan y reunirse con Rob y Marc.

—¿Qué ha sido eso? —exigió saber Adalia mientras Rosenstock intentaba incorporarse.

—¡Nos atacan, Primera! —exclamó uno de los oficiales que aún se mantenía en su puesto—. ¡Un destructor espacial nos ha disparado!

—¡Es imposible! —bramó el comandante con irritación—. ¡La armada de Nueva Tierra está inutilizada!

—¿Rob? —se volvió Gretch interrogativa hacia el androide.

—No soy yo —respondió él.

—No son tropas de Nueva Tierra, comandante, son... son de Dackhara —explicó el oficial consternado.

—¿De Dackhara? —replicó Adalia—. ¿Qué hacen aquí?

—Traición —susurró Rosenstock apretando los dientes.

—¡Ya... ya son tres, comandante! —advirtió el oficial tragando saliva—. Acaban de entrar al sistema.

Tanto él como su lugarteniente, el resto de la tripulación y Gretch sabían que si el ejército dackhariano había acudido, no tenían nada que hacer. El «Leviatán» era todo un titán del espacio, pero era una nave solitaria, una cuyos cazas habían caído o se encontraban enzarzados en una guerra contra los cazas de Rob... no tenían ninguna posibilidad contra tres destructores y la escolta que los acompañaran.

Un nuevo impacto hizo temblar la nave una vez más. En esta ocasión hasta Gretch cayó al suelo, y Marc lo evitó tan sólo porque utilizó la vara que sujetaba como apoyo.

—¡A toda máquina hacia Nueva Tierra! —ordenó a la desesperada el comandante, que luego se volvió hacia Adalia, no sin antes dedicarles una mirada de odio a Marc, a Rob y a su sobrina—. Coge la nave de estos idiotas y vuela hasta la superficie con el virus... llévate al último terrícola y al androide, así les engañaremos como ellos hicieron con nosotros. En la superficie da igual lo que ocurra, pero libera el virus, ¡arrasa ese miserable planeta!

—A sus órdenes, comandante —exclamó Adalia satisfecha por las órdenes que recibía.

—¡No! —bramó Marc amenazándola con la vara dackhariana cuando se acercó para agarrarle y llevárselo. A Gretch le hubiera gustado ayudarle, pero su pistola seguía enfundada, y allí había por lo menos diez personas con las suyas en la mano, esperando una excusa para apretar el gatillo.

—No me obligues a cargar con tu cadáver —le espetó Adalia furiosa—. Es inútil que te resistas, no sabes utilizar esa arma, no puedes hacerme daño con ella.

—¿Eso crees? —replicó él desafiante... y girando sobre sí mismo, agarró la vara como si se tratara de una jabalina y la arrojó contra la cristalera agrietada.

Un pequeño agujero, abierto gracias al impacto del penetrante acero dackhariano en una superficie ya dañada, fue más que suficiente para que todo el conjunto de

cristales colapsara, se quebrara y el vacío lo absorbiera fuera de la nave, llevándose consigo a toda la tripulación del puente de mando que, impotente, no pudo evitar la succión que amenazaba con arrastrarles a todos al vacío.

Gretch imantó sus botas como ya había hecho antes para burlar la absorción, y el comandante clavó el filo de su vara dackhariana contra el suelo y se aferró al mango con fuerza, viéndose elevado en el aire por la fuerza del viento que se formó en un instante, pero aguantando en el sitio sin ser expulsado a la muerte que suponía el exterior. Adalia se agarró a la palanca de emergencia de la puerta, logrando así quedar en una posición parecida a la de Rosenstock, mientras que Marc no tuvo tanta suerte y sí que salió despedido por el aire en dirección al agujero que él mismo había provocado... no obstante, consiguió agarrarse en el último segundo a la mano que Gretch le tendió.

—¡Trepá por mi brazo! —le indicó ella realizando un esfuerzo colosal por mantenerle sujeto mientras la fuerza del vacío tiraba de él, que aún sujetaba la cabeza de Rob por un cable con la mano libre.

Parecía que iban a conseguirlo, Marc, con mucho esfuerzo, estaba a punto de alcanzar su cuello, donde podría aferrarse con mayor firmeza hasta que el sistema de seguridad sellara de nuevo el puente de mando... pero la palanca en la que se sujetaba Adalia no aguantó, y la lugarteniente de Rosenstock salió volando por los aires con tan mala pata que acabó encontrando en su camino hacia el espacio exterior una nueva ancla: el cable suelto de la cabeza de Rob.

El peso añadido eliminó de un plumazo los avances de Marc, y por poco no consigue que acabara soltándose y los tres se precipitaran al vacío.

—¡No puedo aguantarte mucho más tiempo! —le advirtió Gretch, que tiraba con ambas manos y con todas sus fuerzas para mantenerle sujeto.

—¡Pesa demasiado! —gimió él refiriéndose a Adalia.

—¡Suéltame! —sugirió Rob.

—¿Estás loco? —replicó Marc—. ¡No voy a soltarte!

—¡Piénsalo! ¡Yo no puedo morir en el vacío! —le recordó el androide.

—¡Ah! Pues también es verdad... —reconoció él, que vio por primera vez miedo en el rostro de Adalia cuando su mano soltó el cable por el que sujetaba a Rob, y ambos acabaron siendo lanzados al espacio.

—¡No! —fue lo último que gritó antes de que el vacío hiciera que cualquier otro sonido se volviera inaudible.

—¡Esto no ha terminado! —declaró iracundo el comandante Rosenstock mientras que Marc, ya con las dos manos libres, comenzó a trepar de nuevo por el brazo de Gretch hasta aferrarse por fin a su cuello y quedar bien sujeto—. ¡No mientras quede un dackhariano leal y dispuesto a llevar a cabo la gloriosa obra de tu padre!

—Pues ya es hora de acabar con ese dackhariano leal —exclamó ella, que sin tener que emplear las manos en sujetar a nadie, pudo emplear una para desenfundar su pistola de plasma.

Con los tirones del vacío tratando de llevarles le fue difícil apuntar, pero consiguió dirigir un proyectil contra el mango de la vara que mantenía a su tío clavado al suelo. Cuando ésta se partió, el dackhariano quedó sin agarres y fue lanzado también al espacio, poniendo fin de una vez por todas a la amenaza que el excomandante Rosenstock representaba para el sector.

Unas compuertas de seguridad metálicas cubrieron el agujero que había dejado la cristalera rota sólo unos segundos más tarde, y cuando el puente de mando recuperó la gravedad y el oxígeno, ambos volvieron a caer juntos al suelo.

—¡Lo hemos conseguido! —exclamó Marc con incredulidad al tiempo que se ponía en pie—. ¡Hemos ganado!

Sí, habían ganado, los cazas no habían llegado a Nueva Tierra, y Adalia y Steffan estaban muertos... la amenaza había sido neutralizada por completo, pero Gretch no sentía nada. Todo aquello no era su vida, ni la que le había prometido su tío, ni la que disfrutó antes de que murieran sus padres. Ella era una contrabandista que había acabado con su enemigo de un disparo, y no en un duelo de varas dackharianas, y también una capitana espacial con una nave modesta y una tripulación que había salvado todo un mundo. Y con eso se conformaba.

Un nuevo temblor, producto de una explosión en el «Leviatán», consiguió sacarla de esos pensamientos y devolverla al momento.

—Mejor no cantar victoria tan pronto —le dijo a Marc—. Creo que el ejército de Dackhara todavía no se ha enterado... tenemos que salir de aquí antes de que vuelen esta nave.

La capacidad de la gabardina de curvar la luz y simular la invisibilidad en su portador no había sido concebida para que la usaran dos personas al mismo tiempo, pero fue suficiente para que ambos pudieran salir del puente de mando y pasar inadvertidos entre el «sálvese quien pueda» imperante en la tripulación del moribundo destructor. Con sus líderes muertos, el puente de mando vacío y el combate perdido ante la superioridad de la flota de Dackhara, lo máximo a lo que podían aspirar era a escapar en una de las cápsulas de salvamento, y con suerte evitar que les volaran por los aires en la batalla espacial antes de ser detenidos en la órbita de Nueva Tierra.

Entre todo el gentío que luchaba por ponerse a salvo antes de que fuera tarde, y las alarmas sonando por doquier, Gretch y Marc corrieron en dirección a los hangares para regresar a la Calicó. Como ya no podían coger los trenes deslizantes, tuvieron que mezclarse entre la multitud de huía, y acabaron perdiendo la invisibilidad debido a que se volvió imposible caminar por allí sin chocar con alguien. Sin embargo, no hubo nadie que intentara impedirles el paso, ocupados como estaban en salvar sus propios pellejos.

—¡Esto va a saltar por los aires! —exclamó Gretch cuando una nueva sacudida provocó una avalancha humana que casi les arrastra contra el suelo.

—Ya falta menos... —dijo Marc apretando los dientes, consciente del poco

tiempo que les quedaba.

Cuando salieron al pasillo que llevaba al hangar, Marc pudo ver por fin a las naves agresoras que, si bien les habían salvado con su llegada, también podían acabar matándoles si no relajaban un poco su beligerancia... aunque ya conocía lo suficiente a los dackharianos como para saber que eso no iba a pasar. Aquellos destructores tenían cierto parecido con el «Leviatán», pero era sencillo darse cuenta de que eran mucho más pequeños, como si ellos fueran tan sólo ballenas y en el que se encontraban un verdadero leviatán de los mares.

Un rayo de plasma surgido de los cañones de la nave más próxima voló en mil pedazos uno de los pasillos que llevaban al hangar, y debido a la onda expansiva que produjo, el metal del suelo sobre el que se encontraban comenzó a crujir y rechinar como si fuera a partirse de un momento a otro.

—¡Vamos, que éstos no perdonan a nadie! —exclamó Marc apretando el paso, seguido de cerca por Gretch.

Como los cazas seguían fuera, y las cápsulas de evacuación se encontraban en una zona distinta, el hangar continuaba tan vacío como cuando llegaron, lo que les permitió abordar en la Calicó sin ninguna complicación. Una vez allí, y tras alcanzar el puente de mando, Gretch se apresuró en poner en marcha la nave.

—Al menos no la han inutilizado —observó Marc con alivio cuando el motor se puso en marcha sin ninguna complicación.

—Sí, pero no sé cómo vamos a salir de aquí, no hay nadie que nos abra el hangar —señaló ella alarmada.

En efecto, las compuertas que permitían la entrada y salida de naves continuaban selladas, y aunque quedara alguien al mando de los controles, no tenían ningún motivo para querer abrirlas para ellos. No obstante, otro rayo de plasma originado en uno de los destructores dackharianos impactó contra el hangar en ese mismo instante, abriendo en él una grieta que acabó partiéndolo por la mitad y lanzando la parte rota al espacio.

—Yo veo una salida clarísima —afirmó Marc contemplando el enorme agujero que había quedado tras el impacto. Por él cabían cómodamente diez naves iguales a la Calicó.

—Pues larguémonos de una vez —exclamó Gretch, que agarró los mandos y avanzó a toda velocidad en dirección al exterior—. ¡Allá vamos!

En cuanto alcanzaron la inmensidad del espacio, la nave aceleró hasta dejar atrás el «Leviatán», que ofreció todo un espectáculo de luces cuando los ataques enemigos consiguieron que el monstruoso destructor espacial estallara en mil pedazos, acabando así también con el buque insignia de los rebeldes dackharianos para siempre.

—Espero que Rob esté bien —se preocupó Gretch mientras los trozos de la nave destruida volaban en todas direcciones.

—Yo también lo espero —dijo Marc uniéndose a su congoja. Si la explosión le

había pillado demasiado cerca, tal vez no lo contara.

Annelie Lehner respiró aliviada cuando confirmó que había puesto suficiente distancia entre la explosión del «Leviatán» y la cápsula de salvamento en la que había logrado meterse como para poder decir que estaba a salvo. Apartó con el pie el cadáver de unos de sus excompañeros, que con el traqueteo casi se le había echado encima, y se colocó a los mandos de la cápsula. A su alrededor yacían muertos cinco soldados rebeldes que se había visto obligada a eliminar ella misma cuando ya se creían a salvo. Su plan era regresar al bando al que pertenecía en realidad una vez terminada su misión, y estaba seguro de que le causarían problemas, por tanto, había decidido quitarlos de en medio de manera preventiva.

—Annelie Lehner desde cápsula de evacuación G-29 a destructor «Gneisenau», código 14-26, no disparen contra mí, repito, no disparen, estoy de su parte —dijo por el comunicador.

—Destructor «Gneisenau» a cápsula de evacuación G-29, código aceptado —respondieron desde el otro lado—. El coronel Breuer la espera a bordo, Lehner. Cambio y corto.

Annelie resopló aliviada. Por fin aquella pesadilla había terminado, Nueva Tierra se había salvado y Dackhara había acabado con un peligroso enemigo. Una misión que acababa bien siempre la satisfacía, y tan satisfecha se sentía que no vio la cabeza con dos cables colgando que se le acercaba hasta que chocó contra el cristal de la cabina, sobresaltándola.

—¿Qué diantres era eso? —se preguntó buscando con la mirada después de que aquello saliera disparado por el rebote del golpe, sin embargo, el objeto ya se había perdido de vista.

A Rob le costó más de lo que había pensado en un principio localizar su cabeza. Había puesto uno de sus cazas a ello, pero contando con un único satélite que repitiera la señal, fue difícil localizarse cuando iba flotando a toda velocidad por el vacío y al mismo tiempo todavía tenía que atender lo que quedaba de batalla espacial. Aunque por suerte ya se podía decir que ésta estaba ganada.

Lamentó ir a sufrir otro desconchón tras golpear con una cápsula de evacuación que pasaba por allí, aunque al menos el impacto sirvió para frenarle un poco, porque desde que la explosión del «Leviatán» le había propulsado a toda velocidad en dirección al espacio profundo, temía acabar saliendo del radio que mantenía bajo control y terminar perdido para siempre. Aunque lo que en realidad le preocupaba era que Gretch y Marc hubieran podido ponerse a salvo a tiempo antes de que la explosión sucediera.

El caza llegó por fin hasta él, y le sujetó con el gancho de remolque antes de dar

la vuelta y marcharse en dirección a Nueva Tierra. Acabada la amenaza de los dackharianos rebeldes, ya no le quedaba nada que hacer allí... sin embargo, otro de los cazas que aún controlaba detectó la señal de la Calicó, y mientras cuadraba su posición exacta, no pudo evitar sonreír al descubrir que sus amigos en efecto estaban a salvo.

De inmediato, cambió el rumbo del caza para interceptarles.

—¿Sabes? En las películas de mi época, en momentos como éste es cuando el héroe y la chica se besan —dejó caer Marc, que contemplaba cómo Nueva Tierra se iba haciendo más grande en el horizonte conforme se acercaban al planeta, y quiso probar suerte.

—¡Qué tontería! Además, no voy a besar a ninguna chica —replicó Gretch sin prestarle atención, atenta a esquivar los escombros de naves que flotaban en el espacio.

—No... eh... tú eres la chica y yo el héroe —señaló Marc.

—¿Tú el héroe? —exclamó volviéndose hacia él indignada—. Perdona, pero creo que soy yo la que ha ideado este plan y acabado con el comandante.

—Puede ser, pero yo rompí la cristalera, propiciando el final del comandante, esa tía loca y de todos los rebeldes, ya de paso —se defendió Marc.

—Sí, pero ésta es mi historia, la de mi familia, la de mi infancia, la que tenía que cerrar para siempre —protestó ella frunciéndole el ceño.

—No, perdona, ésta es mi historia. He estado congelado mil doscientos años, y si no hubiera despertado a tiempo para que todos los sucesos que nos han llevado aquí sucedieran, el planeta habría acabado arrasado —insistió Marc.

—No sé dónde encaja el androide en ese tópico anticuado hace siglos del héroe y la chica, pero es mi flota de cazas la que ha salvado el planeta, no lo olvidéis —se escuchó decir a la voz de Rob.

—¿Rob? —exclamó Gretch volviéndose hacia el panel de mandos—. ¿Eres tú? ¡Hemos recuperados las comunicaciones!

—Vaya qué oportunas... —rezongó Marc.

—¿Dónde estás? —le preguntó ella.

—Siendo arrastrado por un caza sobre vosotros —respondió el androide—. Necesito un poco de ayuda para subir a la nave antes de atravesar la atmosfera cogido de un gancho.

—Vaya, el héroe necesita ayuda —se mofó Marc.

—¡Oh, por favor! Eres el que más ayuda ha necesitado de todos nosotros —le espetó Gretch—. ¿Tengo que recordarte que te encontramos muerto y congelado dentro de una nevera?

—¡Y tú estuviste prisionera en el «Leviatán» hasta que fui a rescatarte! —le espetó él.

—Rescate que jamás habría ocurrido sin mi colaboración —apuntó Rob.

—Muy bien, de acuerdo, dejemos que sean los demás los que decidan —sugirió Marc poniendo paz en la nave—. Cuando lleguemos al planeta, veremos sobre quién recaen más honores...

## CAPÍTULO 10

—... y por eso, Nueva Tierra se enorgullece en condecorar con la medalla al mérito a los valientes héroes del ejército dackharianos, que sabiendo el grave peligro que corría el planeta, no dudaron en poner sus vidas en juego para salvarnos de la terrible amenaza que se cernía sobre las buenas gentes que hoy respiran aliviadas sabiendo que todo ha terminado bien...

—Esto es injusto a todas luces —gruñó Marc mientras veía el discurso del presidente Gianakopurlos proyectado en una imagen holográfica desde una mesa del *Boost*, en el Horizonte de sucesos, el primer lugar que habían ido a visitar cuando abandonaron Nueva Tierra.

—Compromisos políticos —dijo Gretch con desgana apagando la imagen con un gesto de su mano—. Al gobierno dackhariano le conviene ser quien acabara con mi tío, y al de Nueva Tierra que la gente vea a los dackharianos como amigos, de cara a un futuro ingreso en la CPU... contar que buena parte del mérito es de tres tipos sin importancia era contraproducente. ¿Qué imagen darían sus cuerpos de seguridad y fuerzas armadas si tuvieran que confiar la seguridad del planeta a tres fugitivos para que les solucionaran una amenaza tan grave?

—Por eso no me gusta trabajar para el gobierno —declaró Rob, que todavía se revolvió incómodo en el cuerpo nuevo que le habían construido.

De todas formas, no tenían de qué quejarse. Thalassinos les entregó también una medalla al mérito, aunque en una ceremonia más privada, y el gobierno dackhariano había insistido en que sus nombres, en especial el de Gretch, también constaran entre los de los salvadores del planeta. Les habían reparado la nave, dado un cuerpo nuevito a Rob y retirado los cargos que pesaban contra ellos... ni siquiera obligaron a Marc a ponerse un chip, y además les gratificaron con un millón de ridios.

No obstante, tras haber participado activamente en la salvación de un billón de vidas humanas, a Marc aquello le seguía sabiendo a poco.

—Sólo digo que nosotros hicimos la mayor parte del trabajo —protestó.

—Bueno, en realidad Nueva Tierra ya sabía lo del ataque, y si no hubiéramos llegado nosotros y metido el virus en la base militar, habrían podido defenderse de Rosenstock sin ninguna dificultad —señalo Rob con mucho acierto—. Además, el ataque de los dackharianos fue lo que permitió que escapáramos del «Leviatán» sanos y salvos tras haber acabado con el excomandante.

—Visto así... —murmuró Marc con resignación.

—Vale, no somos héroes, ¿y qué importa? —replicó Gretch—. El dinero y la libertad son suficiente recompensa para mí, ¿qué más se puede pedir? ¿Quieres salvos y honores? ¿De qué valen? Ya tuve de eso cuando era niña, y te digo que de nada.

—Hablando del dinero, tocamos a un tercio de millón cada uno —recordó—. ¿Alguna idea?

—Lo he estado pensando, y es una verdadera fortuna —opinó Rob—. Podría comprarme otro robot de guerra, ya que en Nibiru no han tenido el detalle de devolverme a Juggernaut.

—Las máquinas de guerra ya no se llevan —le dijo Gretch para intentar consolarle.

—No controlo todavía los precios de hoy en día —reconoció Marc—. ¿Qué se podría comprar con esa cantidad?

—Podrías comprarte una casa con jardín en Atenea, o un piso aceptable en el centro de Europa, en Nueva Tierra —respondió el androide—. Aún te sobraría para tu propio vehículo y algunos ahorros para vivir hasta encontrar algún trabajo... por cierto, ¿a qué te dedicabas en tu época?

—A nada, pero estudié filosofía.

—¿Filosofía? —replicó Gretch extrañada—. ¿Eso no es lo que a lo que se dedicaban en la antigua Tierra unos tipos vestidos con togas hace tres mil años?

—Vaya, por lo visto la filosofía sigue tan ninguneada en el futuro como en mi época —lamentó.

—En el presente —le corrigió Gretch por enésima vez.

—Entonces veo ya muy claro lo de Atenea —opinó Rob—. Aunque suene a tópico, a los atenianos se les conoce por su afición a ese tipo de enseñanzas humanísticas.

—Todo eso suena muy bien... una casa en un lugar bonito, un trabajo que dé dinero, filósofos con togas y demás. Pero a mí dadme una nave espacial y años luz por recorrer, y quedaos vosotros en esos diminutos planetas, con sus leyes y sus normas —afirmó Gretch, que inmediatamente les mostró una sonrisa socarrona—. Señores, sugiero que subamos a la Calicó ahora mismo y lapidemos ese dinero en los hoteles y casinos de Ciudad Paraíso, en Eternia.

—Suena más divertido, qué duda cabe —reconoció Rob.

—Allá donde fueres... —dijo Marc encogiéndose de hombros—. ¡Maldita sea! No he regresado de entre los muertos tras más de un milenio congelado para volver a preocuparme por conseguir una casa, un trabajo y un coche. ¡Contad conmigo!

—Si salimos ahora mismo, podemos llegar para la conjunción de lunas de este mes. Las bebidas cuestan la mitad durante toda la noche, y la noche dura tres días —exclamó Gretch.

—¿Pues a qué esperamos? —replicó poniéndose en pie—. Por cierto... ahora que soy parte de la tripulación de la nave, ¿cuál es exactamente mi puesto?

—Grumete, por supuesto —respondió ella.

—¿Grumete? —repitió Marc decepcionado—. Después de todo lo que ha pasado, ¿sólo soy un mísero grumete?

—No pretenderás ser capitán cuando hace una semana que te montaste en tu primera nave espacial, ¿verdad? —le espetó.

Hubiera deseado tener algo que argumentar ante eso, pero no podía quitarle la

razón.

—Entonces, ¿tendré que supervisar al robot que limpia y hace las camas?

—Técnicamente él te supervisaría a ti —le corrigió Gretch.

—Tranquilo —dijo Rob quitándole hierro al asunto—. En un par de años, como mucho, podrás ascender a tripulante de segunda.

—Pues qué bien...

\*\*\*\*\*

El campo de concentración de la ciudadela de Venhart había multiplicado su población en los últimos días. Tras la muerte de Rosenstock, las redadas contra sus partidarios habían conseguido un éxito desacostumbrado, al no contar ellos con tanto apoyo como el que disfrutaban antaño. Y por primera vez en veinte años, el gran comandante Bonhart Tadeus Smeith les miró y no tuvo ningún miedo.

—Pese a todo, la situación se ha salvado de cara a la opinión pública —le explicó el coronel Solimán Brey Breuer—. Por supuesto, Thalassinos sospecha, pero no le conviene sacar a la luz que supiéramos lo del ataque antes de que ocurriera y no les avisáramos. La versión oficial seguirá siendo que los descubrimos lo del ataque y atrapamos a Rosenstock entre dos frentes. Es una explicación convincente, y nadie tiene por qué creer que pretendíamos ver el planeta arrasado. Si la sobrina del excomandante no hubiera intervenido... cuando se detectó el virus en la superficie no pensamos que pudiera tratarse de algo localizado, y una vez dentro del sistema sólo podíamos atacar.

—Tal vez haya sido mejor así —afirmó Smeith, que se apartó de la ventana y regresó a su escritorio—. Ahora Nueva Tierra sabe que no nos chupamos el dedo, y nos deben un favor muy grande por haberles salvado el cuello. Además, Gretchen Rosenstock, hija de Goran Jakor Rosenstock, participando de forma activa en la muerte de su tío... ni en sueños habría imaginado un golpe como ese contra los disidentes.

—Interpreto con sus palabras que debo anular la recompensa por su cabeza —inquirió el coronel atusándose los bigotes—. Personalmente es algo que recomiendo.

—Sí, por supuesto, debemos mantener la imagen de que es amiga del legítimo gobierno de Dackhara... o sea, nosotros —asintió Smeith—. Si no hay ningún otro asunto...

—Ninguno de importancia, comandante —contestó Breuer levantándose de la silla y dedicándole una reverencia antes de salir del despacho.

Sólo cuando el coronel se marchó, y Smeith se encontró en la más completa soledad, se permitió el lujo de dejarse llevar un instante por el sentimentalismo y lamentar la muerte de su hija Adalia. Si de él hubiera dependido, se habría cobrado la cabeza de la sobrina de Rosenstock, el androide que la acompañaba y ese amigo del siglo XXI que se habían echado como venganza por aquello. Pero un buen líder a

veces tiene que sacrificar sus ansias personales por la política, y gracias a esa mujer seguiría siendo un líder mucho tiempo.